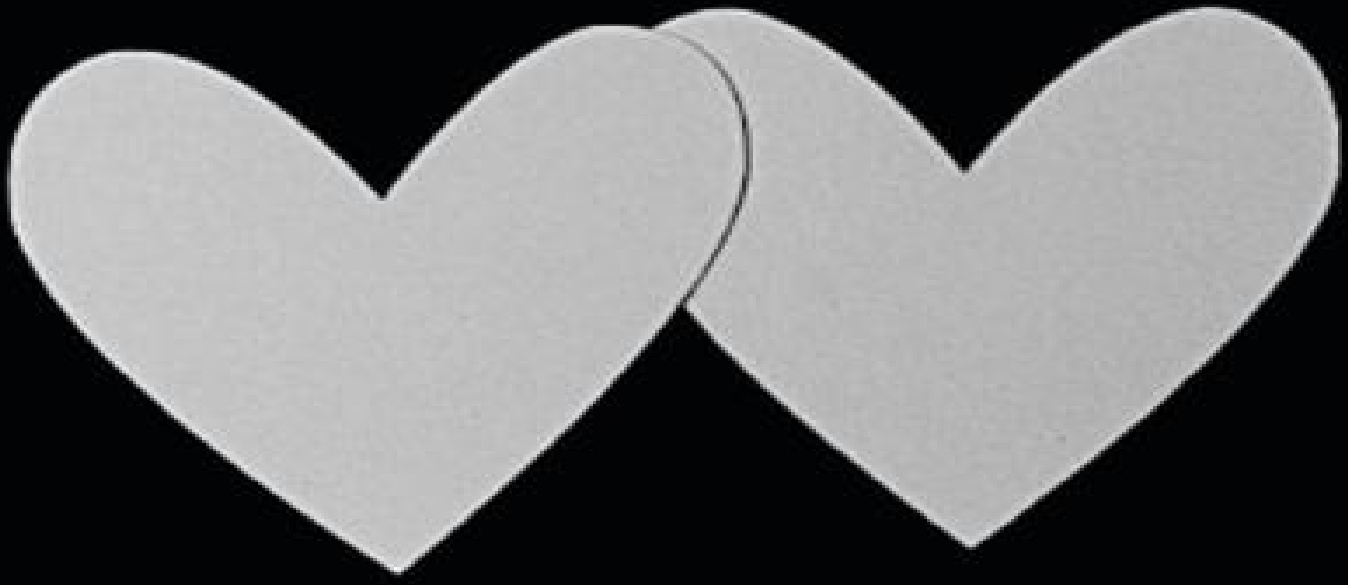
KAROLAYN PINEDA

LIBRO #4 DE LA SAGA NO DIGAS NADA



NO DIGAS NADA Y Conóceme

ÉL SE DARÁ CUENTA QUE CON ELLA TODO ES DISITINTO

NO DIGAS NADA Y Conóceme

Karolayn Pineda

©NO DIGAS NADA Y CONÓCEME
©KAROLAYN PINEDA
©PRIMERA EDICIÓN: 2024
Trujillo – Venezuela

Facebook: Karola Escritos
Instagram: @karolaescritos

Diseño de portada: Karolayn Pineda

Registro:
ISBN: 9798323480166.
Safe Creative: 2101036485460.
Sello: Publicación independiente.

©Todos los derechos reservados
Prohibida la reproducción o distribución total o parcial de esta obra, ni su incorporación a

un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de la autora. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.



DEDICATORIA

Para los amores eternos, para aquellos que siguen su camino hasta la felicidad.
Para mi mejor amiga, Flavia, por siempre ser incondicional y mi lectora más fiel.
Gracias por siempre estar.

TABLA DE CONTENIDO

DEDICATORIA
SINOPSIS
EPÍGRAFE
PREFACIO
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
SEXTO LIBRO
AUTORA

SINOPSIS

Leslie Walts ha sido desde pequeña, una persona muy madura, espontánea, alegre y decidida. Desde hace cinco años no vive en Seattle; se fue a Londres a estudiar administración de empresas en una prestigiosa universidad.

En un muy corto período de tiempo, se graduó, hizo una especialización y se convirtió en la empresaria más joven de llevar las riendas de la sucursal de la inmobiliaria Sunshine en Londres. Ahora ha vuelto a Seattle. A muchos les tomó por sorpresa.

"La pequeña Leslie", como su familia la llama, ha cambiado. Ha crecido y ahora es muy diferente a lo que fue de niña.

Pero, la persona que se sorprendió más por su regreso, y su cambio físico, fue Raymond Butler, el amor platónico de su adolescencia y el hombre a quien besó antes de irse del país. Un hombre que le lleva una gran cantidad de años, pero que siempre le gustó y amó en secreto.

El mismo hombre que dejó de hablarle por tanto tiempo.

Libro #4 de la Saga No digas nada.



EPÍGRAFE

En tus ojos veo esperanza.
En tu sonrisa hay picardía, pero también sinceridad.
¿Por qué me haces esto?
¿Por qué me lo haces tan difícil?
Tú me dices que te conozca, que me acerque a ti.
Pero tu historial de casanova me aleja.
Me tiene a la defensiva.
Porque no sé si realmente quieres estar
conmigo o es solo una aventura más.
No soy una niña, lo sabes muy bien.
Ahora, todo es diferente.
¿Qué hago? ¿Nos conocemos?
¿Qué pasa si me dejo enamorar?
¿Correré de nuevo a ti para llorar?
No podré hacerlo.
Dime, cariño, ¿qué hago?



PREFACIO

EL BESO QUE NO DEBÍ DAR

Leslie

Cinco años atrás...

—¡Se está haciendo tarde, Leslie! —grita mi hermana desde la planta baja de nuestra casa, ella ha estado apurándome en que termine de alistarme para irnos al aeropuerto, corre de aquí para allá, no se queda quieta. Hoy se comporta como toda una mamá; está llena de emociones. A veces pienso que puede estar embarazada de nuevo, porque ha sido una montaña rusa últimamente.

—¡Ya voy a bajar, Lola! —Camino por última vez en mi habitación, a partir de hoy, ya no viviré aquí... Vendré algunas veces, pero estaré en Londres por muchos años mientras estoy en la universidad.

¿En qué momento me gustaron los negocios y las empresas? Cuando empecé a ver cómo era mi cuñado Roger con su empresa; él es increíble, sabe lo que hace. Me ha enseñado muchas cosas sobre el área, y cada cosa que me dice, me entusiasma más. No puedo negar que irme a vivir a otro país es algo que no me esté haciendo sentir nerviosa, todo lo contrario, estoy muerta de miedo. Pero no soy una cobarde, no voy a tirar la toalla sin haberlo intentado.

Es por eso, que, dentro de cinco horas, mi vuelo hacia Londres me llevará a una nueva vida, una nueva experiencia... es algo que he esperado desde hace mucho tiempo.

Mi sobrina Leah entra a la habitación con su muñeca en la mano, me mira con su ceño fruncido, como si no entendiera lo que está ocurriendo.

—¿Qué pasa, mi pequeña? —le pregunto, acercándome a ella al verla con ojos húmedos. ¿En qué momento ha cambiado su mirada azulada?

—¿Te estás yendo para siempre? —Su dulce voz me llena el alma y estruja mi corazón. ¡Cuánto la extrañaré!

—Claro que no, cariño. Tía Les va a estudiar en otra ciudad... Voy a volver —la atraigo en un abrazo—. ¿Prometes que seguirás siendo así de hermosa y especial, mi Leah? No olvides llamarme, decirme cómo te fue en el jardín de niños, si jugaste con Cole y Andrea, ¿vale?

—No te vayas, tía Les —ruega, su tono de voz me hará llorar. No quiero que esto sea una despedida, no es como si me fuera para siempre...

—Tengo que ir, princesa, pero prometo traerte muchos regalos cuando venga a visitarte, o cuando vayas a Londres, llevarte a comer muchos malvaviscos con chocolate, ¿te gustaría? Sé que a Lucas y a ti te gustarán.

El pequeño Lucas, mi otro sobrino, está en casa de sus abuelos paternos, de él me despedí esta mañana antes de irse. También extrañaré a ese pequeño travieso.

—Sí, sería súper, tía. —Ella me vuelve a abrazar, me da una sonrisa suave e intenta no llorar, así como lo estoy haciendo yo.

—Te amo mucho, ¿lo sabes? —Ella asiente—. Te extrañaré miles de mundos.

—¡Te amo miles de mundos, tía Les! —Me da un fuerte abrazo, la cargo en mis brazos, damos un par de vueltas y ella termina diciéndome que me detenga, que irá a buscar a Chocolate, su perrito, para que también me diga «chao, tía Les». Me río, negando con mi cabeza. Limpio una lágrima que se ha escapado de mi ojo. Respiro hondo y sonrío.

Todo irá bien.

—¿Estás lista, Les? —La voz de Roger me sorprende, pensé que nos encontraríamos en el aeropuerto, él tenía un almuerzo importante con unos empresarios.

Lo miro consternada, él se ríe.

—¿Por qué me miras así? ¿Soy un fantasma? —Bromea.

Ruedo los ojos, mofándome de él.

—Creí que nos veríamos en el aeropuerto.

Él se me queda mirando unos segundos con una sonrisa ladeada.

—La familia es primero, y no podía solo verte en el aeropuerto y decirte adiós tan rápido. —Me sorprendo cuando veo que su rostro se ha puesto un poco sonrojado y sus ojos se han humedecido. ¡No, él no puede estar haciéndome esto!

—No llores, porque me harás llorar —le advierto, él se ríe, se acerca y me da un abrazo, lo recibo con gusto. Este hombre ha sido como un hermano y un padre al mismo tiempo en los años que tiene de casado con mi hermana. Es un gran apoyo, así como Lola lo es. Somos afortunadas de tenerle en nuestras vidas.

—Es difícil no sentirme nostálgico, pequeña Leslie —me dice mientras me abraza—. Sabes cuánto te quiero, y lo orgulloso que estoy de ti. Sé que todo te irá muy bien en Londres. Puedes llamarnos en cualquier momento, siempre estaremos para ti. ¿Lo sabes, verdad?

—Sí, *Gran Roger*. —Han sido muchos años llamándole de esa manera—. Los extrañaré mucho, ustedes son todo lo que tengo, son muy importantes para mí. Pero es momento de crecer, ¿no? Superarme, crecer y aprender de la vida. En un momento llegaría este día y, aquí estamos.

—¡Joder! Tú siempre siendo tan madura —se queja Roger, riéndose—. Extrañaré tu sentido de humor, Leslie, ¿qué haré cuando las hormonas se le alboroten de nuevo a tu hermana? —Me río con él—. La diferencia horaria nos joderá, no voy a llamarte mientras duermes.

—Sí, ni se te ocurra —me vuelvo a reír—. Estás siendo dramático, Roger. Vayamos bajando porque Lola se volverá loca si me sigo tardando y llego tarde al aeropuerto.

Nos separamos de nuestro abrazo, él me da una sonrisa, da un pequeño apretón a mi hombro y dice—: Te quiero mucho, Leslie. Qué bueno que seas mi cuñada, te apoyo y estoy orgulloso de la gran mujer en la que te estás convirtiendo.

Sus palabras hacen mella en mí, haciendo que lágrimas se acumulen en mis ojos.

—¡Dije que no lloraría y tú vienes a decir estas cosas! ¿Por qué nadie me ayuda a no llorar? —Me quejo como niña pequeña, lo que hace a Roger soltar una carcajada—. ¡No te rías!

Las lágrimas comienzan a descender por mis mejillas mientras me río, él niega y me atrae de nuevo a un abrazo; en un momento se nos une Lola con un quejido nostálgico y llorando también.

De pronto, unos pequeños brazos nos rodean también, Chocolate ladra al vernos abrazados y salta para alcanzarnos. Este es nuestro súper abrazo familiar. No puedo dejar de llorar. ¡Intenté ser fuerte, pero me fue imposible! Los extrañaré con locura.

Tomo una bocanada de aire y me aparto de todos.

—Vale, si seguimos llorando y abrazados, perderé mi vuelo. ¡Andando, familia! —exclamo saliendo de mi habitación, dando algunos aplausos—. ¡Londres me espera!

Escucho la risa de mi hermana y la de Leah siguiéndome detrás.

El viaje hacia el aeropuerto se hace eterno, el tráfico está un poco congestionado y no dejo de ver por la ventana, admirando el cielo de Seattle, sus calles y su gente. Voy a extrañar mucho esta ciudad.

De pronto, el color del cielo me hizo acordarme de unos ojos azules que se despidieron

de mí hace dos días. El recuerdo de cómo Ray me organizó una comida en su casa como despedida de la mejor niñera que han tenido sus hijas –puedo decir que he sido la única–, pero también de alguien especial para él. O bueno, esas fueron sus palabras.

—Hoy quiero hacer un brindis por Leslie, que, aunque no pueda beber aun legalmente, brindaremos con ella. No te enojes por no darte vino, sabes cómo es Roger y sus reglas —me dice mientras me mira, sonríe y me guiña un ojo.

Mi corazón está latiendo sin parar, siento que mis entrañas están haciendo de las suyas, las mariposas en mi estómago se han convertido en águilas sobrevolando por todos lados. ¡Me encanta ese hombre! Y odio que nunca me vaya a ver como algo más que la "pequeña Leslie".

Debo confesar que, desde un tiempo para acá, me molesta mucho que me llamen "la pequeña Leslie", bueno, que venga de Roger y Lola no, pero sí de los demás. Ya soy mayor de edad. ¡No soy una niña!

Bufo internamente.

Debo vivir con ello...

Mi amor por Raymond Butler es un secreto, algo que he guardado por más de cinco años, desde el momento en que lo vi diferente y todo en él me parecía perfecto. Aún lo hago... Es un hombre que hace latir muy fuerte mi corazón, más que Paul, mi antiguo novio.

Hace un año, él tenía una esposa a su lado. Una morena con cuerpo de modelo y hoyuelos matadores, llevaba un gran anillo en su dedo anular. Él moría por ella... y nunca entendí cómo es que Mayra le hizo sufrir, haciéndole todo tipo de desplante y diciendo barbaridades de él. Me hierve la sangre cada vez que recuerdo todo lo que hizo.

Le devuelvo la sonrisa negando, hago una mofa a Roger y él solo levanta sus hombros y dice—: Vale, solo un sorbo porque es tu despedida y te vamos a extrañar mucho.

Sonrío como si me hubiese dicho la mejor noticia de todas, las personas sentadas en la mesa se ríen y llenan una copa de vino para mí. La tomo, la observo y la levanto.

—Gracias a todos por estar aquí conmigo, aprecio mucho el gesto que has tenido conmigo, Raymond —le agradezco, intentando que mis ojos no delaten el amor que siento por él —. Fue lindo cuidar de tus niñas. Las extrañaré mucho.

Las pequeñas están durmiendo mientras nosotros estamos cenando en casa de Raymond.

—Sé que ellas también lo harán. Además, te adoran... todos te adoramos. ¡Eres la mejor niñera! —bromea.

Solo su niñera... Vale.

—Eres una persona especial, genuina, dulce... y pare de contar, te deseamos todo lo bueno en Londres, estamos seguros que lo harás excelente, Leslie. Te extrañaremos —levanta su copa y mira al resto de la familia en la mesa, solo somos cuatro cenando. Leah está durmiendo también—. Salud por Leslie, que cumpla sus sueños y metas —termina de decir.

Un suspiro se me escapa, intentando que el sentimiento agridulce no me haga sentir triste, estoy haciendo todo lo posible para no llorar.

Un nudo en mi garganta hace su aparición en el momento en que el auto entra al estacionamiento del aeropuerto. Mis manos se sienten un poco sudorosas y mi corazón empieza a latir más rápido. El sonido del despegue y llegada de los aviones suenan por todo el lugar.

—Hemos llegado, cariño —comenta mi hermana. Miro hacia un lado y veo la cabeza de Leah apoyada sobre mi pierna izquierda, no me había dado cuenta que se había quedado dormida. Roger estaciona el auto, apaga el motor y se gira para vernos.

—¿Estás lista, Leslie? —me pregunta, me le quedo mirando unos segundos—. ¿Preparada para una nueva vida en Londres?

Tomo aire y asiento—: Estoy lista, Roger.

Él me sonríe, Lola también lo hace. Les devuelvo la sonrisa, tomando sus manos y dándoles un apretón.

No decimos más nada, dejamos que el calor de nuestras manos se transfiera el amor que nos tenemos. Roger toma la manito de mi sobrina, y nos quedamos así por un momento.

—Salgamos, se te hará tarde, Les. —Lola nos saca de nuestra burbuja. Roger y yo nos reímos, asentimos y salimos del auto.

Mi hermana lleva cargada a Leah en sus brazos; mi cuñado me ayuda con las maletas. Entramos al aeropuerto, hago lo requerido, sellan mi pasaporte y estoy casi lista para ir a la zona de embarque. Mis nervios están a flor de piel, siento muchas emociones en estos momentos.

Hablo unos segundos con Leah que se ha despertado, ella no deja de abrazarme y darme besos en las mejillas. Lola me dice por milésima vez que me cuide, que la llame en cualquier momento, que siempre estará para mí y un sinfín de cosas de mamá, que agradezco mucho, pero ya me lo ha repetido más de diez veces, a decir verdad.

—Sí, hermana. Te llamaré, comeré y dormiré bien. Prometo no dejarme morir en otro país —intento bromear, pero Lola me da una mala mirada, termino riéndome—. Te amo mucho, no te preocupes, estaré bien. Lo prometo.

Ella niega, meneando su cabeza hacia los lados, con ojos llenos de lágrimas y una suave sonrisa en su rostro. Esta será la primera vez en que nos separemos desde que estamos juntas de nuevo. Sé su preocupación hacia mí, más que todo por las pesadillas que algunas veces tengo, pero le he prometido que estaré bien. Eso no me detendrá en cumplir mis metas, así sea yéndome a otro país.

—Nunca olvidaré la forma en cómo afrontaste la noticia de que estaba embarazada, lo madura y fuerte que fuiste, incluso más que yo... y solo eras una niña de trece años. —Mi hermana posa su cálida mano sobre mi mejilla, sonriéndome, mirándome con orgullo—. Eres y siempre serás mi pequeña Leslie, pero sé que cuando te subas a ese avión, te convertirás en toda una mujer. ¡Ve! —Señala hacia la zona de embarque—. ¡Cómete el mundo!

Río, también con lágrimas en los ojos.

—¡Claro que me comeré al mundo! ¡Soy Leslie Walts!

—La mejor hermana del mundo —concluye Lola. Le sonrío nuevamente, atrapando su cuerpo en un abrazo, en el que Leah se une con sus pequeños brazos. Nos fundimos en otro de los muchos abrazos que nos hemos dado en los últimos días, y en especial hoy. Le digo que le de muchos besos y abrazos a su hermano por mí.

El anuncio del vuelo hacia Inglaterra hace que mi cuerpo se tense, Lola refunfuña apartándose de mí. A un lado veo a Roger hablando por teléfono, se percata del anuncio y termina su llamada, se acerca a nosotras y me da un abrazo de medio lado.

—Es hora —dice con una sonrisa ladeada. Asiento, dándole un último abrazo— Cuídate mucho, pequeña Leslie.

—Tú igual, Gran Roger. Cuida mucho de mi hermana y de mi sobrina, prometo que cuando regrese a Seattle, seré toda una empresaria como tú.

Roger sonríe, asiente y me da un pequeño beso en la coronilla de mi cabeza.

—Sé que serás la mejor.

Vuelvo a darles un abrazo a todos por última vez.

—Por favor, váyanse en estos momentos... —Hago una pausa, el nudo en mi garganta se ha afianzado—. Si los sigo viendo, lloraré.

—Pero... —se queja Lola. Roger la abraza y le da un apretón.

—Vamos, mi amor. Leslie lo prefiere así. —Le agradezco con una sonrisa—. Despídete de la tía Leslie, corazón —le dice a mi sobrina, ella vuelve a darme un saludo con su manito, da un beso al aire y me sonríe. Lola lucha mucho con sus lágrimas, sin embargo, asiente, me lanza un beso y se despide como Leah lo ha hecho.

Limpio mis lágrimas cuando ellos empiezan a irse por el pasillo por el que vinimos, rumbo al estacionamiento. Respiro de manera profunda, intentando calmarme, doy media vuelta y camino hasta la fila de personas que van entrando a la zona de embarcación.

—Es tu momento de brillar, Leslie Walts —me digo a mí misma.

Veo el billete del pasaje en mis manos, paso mis dedos sobre el papel y suspiro una vez más. A lo lejos escucho que alguien dice mi nombre muchas veces, niego, quizás no es conmigo. Levanto mi cabeza en el momento en que me llaman por mi apellido, busco por todo el lugar la voz que he reconocido.

¿Qué hace aquí?

Sus ojos azulados se topan con los míos, mi ritmo cardíaco ha cambiado en un segundo. Me quedo estática por un momento, sin poder creer lo que mis castaños ojos están viendo.

El mismísimo Raymond Butler ha venido a despedirse de mí en el aeropuerto. ¡SANTA MIERDA!

—¿Raymond? —pregunto, mirando hacia la fila, salgo de allí y me acerco al susodicho —. ¿Qué haces aquí?

No te hagas ilusiones, Leslie Walts.

—No podía faltar a despedirte, disculpa que haya llegado tarde, veo que ya subirás al avión —dice mirando hasta la puerta de embarcación—. Déjame darte un último abrazo.

Una gran sonrisa se dibuja en mi rostro, mis ojos se nublan por la emoción de que él esté aquí. Dejo mis maletas en el suelo, corro hasta él para abrazarle. ¡Oh por Dios! ¡Quería tanto esto!

—Gracias por venir —susurro en su oído, él afianza el abrazo.

—Feliz viaje, *Bella Leslie*.

Los altavoces anuncian el último llamado para mi vuelo.

—Ya tienes que irte —me dice Raymond, separándose un poco de mí—. Lo harás estupendo, confío en ti. Te quiero mucho, Les.

—Gracias, Ray. Era todo lo que quería escuchar de ti... —confieso sin temor—. El que hayas venido me ha hecho muy feliz.

Él me mira confundido, pero sonríe de igual manera.

—Ve, no te vaya a dejar el avión y tengamos que recurrir al Jet de la empresa —bromea riendo.

En estos momentos siento un acumulo de emociones y sentimientos que harán que en cualquier momento explote. Me quedo mirándole, observando su belleza, sus ojos tan azulados y su boca...

En un impulso, sin mediar palabra, quito nuestra distancia, tomo su rostro con ambas manos y le doy un beso en sus labios. No sé qué estoy haciendo, pero no puedo controlar mi cuerpo. Muevo mis labios sobre los suyos, saboreándolos. Me paralizo cuando él da respuesta al beso, sus labios se mueven lentamente que todo en mí explota.

Fuegos artificiales se escuchan a nuestro alrededor.

Cuando creía que todo era un sueño, la realidad vuelve a mí. Haciendo un torbellino en mi mente; mis mejillas comienzan a teñirse de un color carmesí, mis orejas se sienten calientes y al abrir mis ojos, veo la confusión en los ojos de Raymond.

¡¿QUÉ HE HECHO?!

Me pongo nerviosa al tiro, muriendo de vergüenza me separo de él, alejándome por completo. Retrocedo sin poder creer lo que he hecho. ¡Lo he besado! ¿Qué demonios me ha pasado? ¡Joder!

—Leslie... —masculla Raymond, tensando su mandíbula y tragando saliva.

Su mirada es diferente, se nota confusión y algo más, que en estos momentos, no puedo descifrar. Pienso en el vuelo, tomo mis maletas y corro hasta la puerta de embarque, doy el billete de avión y, una vez aceptado, me dispongo a caminar por el pasillo.

Sin mirar atrás. Con el corazón a mil millas por hora.

Con la sensación de sus labios sobre los míos.

Y con el completo conocimiento de que ese beso no lo debí dar.

Pero... a pesar de eso, se sintió jodidamente bien.

Capítulo I

Leslie

Si los momentos se pudieran repetir, yo repetiría el día en el que conocí a Raymond Alexander Butler. El día que entró por la puerta del apartamento de mi hermana y se excusó por llegar tarde, llevó pastel y, de una vez, mi corazón hizo un clic que cuando era más joven no podía explicar. Lo quisiera repetir solo para darme cuenta que no era una buena idea ilusionarme con él.

¿Trece años mayor que yo? Sí.

¿Un Casanova de primera? Lamentablemente, sí.

¿Un hombre encantador del cual fácilmente podrías enamorarte? Jodidamente sí.

Y yo caí.

Solo era una adolescente la cual lo veía como un tipo genial y encantador; bromista, inteligente y tenía la sonrisa más bonita de todas.

Pero como siempre decía Lola: era un amor platónico.

Y así quedó.

Raymond Butler fue mi amor platónico de adolescencia. Y digo «fue» porque eso ya pasó. Cinco años han transcurrido desde que hice la locura de besarlo. Eso ocurrió cuando tenía diecinueve años.

No pude aguantarme. Todos esos años siempre lo veía desde lejos, me gustaba mucho. Aunque sabía que era imposible y algo descabellado, me seguía gustando. Entonces, en un impulso: lo besé.

Después me di la vuelta y me fui a Londres.

Ha pasado muchas cosas desde ese día...

Hoy he vuelto a Seattle, y es a la única persona a la que no quiero ver. Estoy ansiosa de encontrarme con mi familia. Los he extrañado demasiado. Ellos me visitaron muchas veces en Londres, pero volver es algo más, es estar en casa.

Tengo sentimientos encontrados. Todo en mi cuerpo se siente extraño, ansioso, con una energía inexplicable.

Me miro una vez más en el espejo, el vestido negro que llega a mis muslos luce muy bien en mí. Mi maquillaje refleja la sobriedad, la elegancia y la determinación de una mujer empoderada, que no se deja de nadie y que siempre va por lo que quiere.

Muchas de las facetas de la "pequeña Leslie" ya no están en mí. No sé si mi familia lo ha notado, pero ya no estoy con la mente en las nubes, llena de ilusiones absurdas que no llevan a nada.

Por ejemplo: el estar enamorada secretamente del cuñado de mi hermana. Pero eso ya no importa. Es pasado.

De igual manera, lo impulsiva que podía llegar a ser, ahora todo lo hago con lógica, pienso primero y luego actúo; es mejor para mi vida personal y profesional.

El evento de hoy es para darme la bienvenida a Sunshine. A pesar de que he estado trabajando arduamente en la sucursal de Londres, esta es la primera vez que pisaré el suelo de la empresa de mi cuñado en Seattle.

Además, esta noche en el evento estarán importantes inversionistas que hemos invitado

para hablar de negocios y poder expandir la inmobiliaria y otras áreas a diferentes estados del país.

Vengo con muchos proyectos para la empresa, lo mejor de todo es que Roger sabe que estoy preparada para esto, y me da la oportunidad de ejercer plenamente. Cree en mí desde el primer día y, por eso, siempre estaré agradecida.

Acomodo mi cabello hacia un lado de mi hombro, doy una última mirada a mi rostro y salgo de la habitación que me han asignado más temprano en este prestigioso hotel de la ciudad. Apenas llegué al país hace unas horas, descansé y me empecé a arreglar para el evento corporativo. No he visto a mi hermana, solo le avisé por mensajes que he llegado a Seattle.

Mi teléfono comienza a vibrar en mis manos, me detengo en medio del pasillo para contestar la llamada. Sonrío cuando veo que Owen está llamando.

Owen es mi novio de hace un año, alguien que me quiere y aprecia todo lo que hago. Ya lo extraño. Mi trabajo aquí solo será por seis meses, él vendrá a visitarme y yo iré a Londres de vez en cuando para verle también. Estoy segura que nuestra relación podrá soportar la distancia.

¿Qué ocurrió con mi relación de adolescencia con Paul? Terminó hace muchos años. Fue mi primer amor adolescente, mi primera relación, pero hubo un momento en que nada se sentía igual. A él le comenzó a gustar alguien más, y yo... seguía ilusionada con el hermano menor de los Butler.

Tonterías de niña.

—Hola, cariño —escucho decir a Owen por el otro lado de la línea.

—Hola, amor. ¿Cómo estás? Llegué hace unas horas, en estos momentos estoy yendo al evento de bienvenida.

—¿Descansaste?

Él siempre está preocupado por mi bienestar.

—Sí, dormí unas horas. ¿Qué tal estás? ¿Qué haces despierto? —Miro un momento la pantalla para ver la hora—. Es la una de la mañana allá, cariño.

Mi novio se ríe.

—He estado trabajando toda la noche, mi jefe quiere unos papeles importantes por la mañana. —Hace una pausa—. Además... Ya te extrañaba, necesitaba oír tu voz.

Sonrío con ternura.

Owen y yo nos conocimos en la universidad, éramos muy buenos amigos hasta que empezamos a sentir cosas por el otro, y decidimos intentarlo. Nos llevamos muy bien, nos queremos y tenemos ya un año de relación.

—También te extraño —le digo con nostalgia—. No puedo esperar por verte, solo serán dos meses hasta que puedas venir a visitarme.

—Haré todo lo posible porque así sea, mi LesLes. Te quiero y extraño.

—También te quiero, mi Owewe.

Esa es nuestra forma de decir que nos queremos, algo infantil, pero divertido para ambos.

Finalizamos la llamada, me quedo mirando un momento el teléfono, ladeo una sonrisa y sigo caminando para ir hasta la sala de eventos del hotel. Tarareo una canción de los Beatles mientras llego al lobby en el que me esperan. Esta noche espero ganarme la confianza de los inversionistas, tener el primer proyecto aquí es muy importante para mí.

La música suave que suena en el recinto me llena de tranquilidad, aunque una parte de mí se sienta en alerta o nerviosa por algo. No quiero pensar mucho en ello, porque igualmente podría pasar: ver a Raymond.

Doy mi entrada a la sala, unas grandes escaleras dan la bienvenida a una alfombra roja

que se esparce por toda el área. Muchas personas se encuentran en el lugar, lo más probable es que todos sean parte de la empresa o socios de los Butler.

Me detengo cuando en un altavoz dan mi bienvenida al evento, exclaman mi nombre y me piden que baje las escaleras para estar con el señor Roger Butler en el centro de la sala. Alzo una de mis cejas bien depilada y maquillada, pero luego hago mi mejor cara de profesional.

Entra en el papel, Leslie Walts. Haz tu mejor obra esta noche.

Observo a todas las personas que me están mirando desde el centro de la recepción, encuentro a Roger entre la multitud, con una gran sonrisa en sus labios, está feliz de verme. Lo puedo notar.

Sigo escudriñando a todos con la mirada, hasta que las alarmas de mi cuerpo comienzan a sonar, todas están encendidas y en mi interior gritan: "alerta roja".

La mirada penetrante que un hombre de cabello castaño con algunas entradas en su cabeza, ojos azules tan profundos como el mar, y una pequeña barba, se fija en mí, haciendo que queme todo dentro de mi cuerpo. Me mira con asombro, como si no pudiera creer que yo esté aquí.

No puedo respirar por un momento, hasta que la parte racional de mi cerebro hace un cambio de configuración y deja de mirar al Butler que muchas veces me hizo sentir triste en estos cinco años que pasaron sin estar en esta ciudad.

Miro a otro sitio, desviando su mirada; entro en papel de mujer empresarial y bajo las escaleras con lentitud, dándome el lujo de que todos me vean, de que se den cuenta de quién soy y a qué vine.

Vengo a trabajar, a dar lo mejor de mí y hacer de Sunshine la mejor empresa de Washington, y si es posible, de todo el país.

Nada ni nadie me va a detener en mi propósito.

Leslie Walts vino a hacer negocios, no a jugar a las muñecas.

Paso por al frente de Raymond, le miro por un segundo y luego volteo para ver a mi cuñado, quién me recibe con los brazos abiertos. Le doy una gran sonrisa, me hace feliz verle.

—Mi pequeña Leslie —exclama eufórico—. ¡Qué hermosa estás!

Me río.

—Lo sé, Gran Roger. —Nunca he dejado de llamarle así—. ¿Feliz de verme?

—Por supuesto, cariño. —Vuelve a darme otro abrazo—. ¿Qué tal el viaje?

—Estuvo bien, estoy cansada, pero vine a hacer negocios. ¿Vinieron los inversionistas?

Roger niega con su cabeza, pero no puede disimular su sonrisa.

—Sí que vienes a trabajar, está bien, entiendo. —Mira por todo el lugar—. Creo que solo uno ha llegado. Mejor bebe y come algo antes de que nos reunamos con ellos, ¿te parece?

Suspiro con resignación.

—¡Arg!, está bien. Voy a dar una vuelta por el lugar y en veinte minutos nos vemos de nuevo. —Él asiente—. Por cierto, ¿mi hermana no vino?

Menea su cabeza negando.

—Leah está con fiebre desde la tarde, vine porque te quería dar la bienvenida y tu hermana me obligó a venir para verte. Se disculpa contigo, que espera que vayas mañana a casa.

Ladeo una mueca.

—¿Qué tiene Leah?

Leah es mi sobrina de diez años; ella, su hermano Lucas y la pequeña Lily, son hijos de mi hermana Lola y este buenmozo hombre de traje, llamado Roger Butler.

—Amigdalitis —responde sin más.

—Auch, pobre de mi sobrina. Vale, mañana tempranito voy a visitarles.

—Lo de tu apartamento temporal ya está listo, te envío la dirección y en el lobby te darán la llave.

—Está bien, gracias, Roro —le agradezco con un abrazo—. Por todo. Por apoyarme y dejarme venir a trabajar contigo.

Él sonríe.

—Confío en ti, además eres buena en lo que haces, por nada te consideran la mejor empresaria joven del año. —Nos reímos—. Haremos un buen equipo.

Asiento. —Así será.

Roger me dice que irá a atender a algunos invitados, que camine un rato por el lugar mientras los inversionistas llegan. Un mesero pasa con una bandeja de champagne, tomo una copa y me la voy bebiendo mientras miro a todos los invitados.

No conozco a nadie, por lo que no establezco ninguna conversación. Creo que llevo tres copas de champagne, lo que me hace querer ir al baño.

Pregunto dónde están los baños a uno de los meseros, me indica el pasillo y camino hacia allá. Al salir del mismo, voy ensimismada pensando en Owen y en Marcela, mi amiga de Londres. De pronto, choco contra alguien, me disculpo y al alejarme de su cuerpo, subo mi cabeza para ver a la persona con quién choqué.

Trago saliva, respiro hondo y miro al hombre de ojos azules, los mismos ojos con los que soñé muchas veces.

—Leslie —murmura Raymond, con su voz gruesa y algo rasposa, me doy cuenta que los años no pasan en vano, y que a sus treinta y siete años es todo un señor.

—Hola, Raymond. —Saludo sin tanto cariño, a diferencia de cómo en otro momento pude haberlo saludado.

Él se me queda mirando, detallándome, algo que me incómoda un poco porque me hace sentir nerviosa.

—¿Cómo has estado? —Ladea un poco su cabeza—. Eh... Has cambiado.

Lo que dice me hace reír.

—Estoy bien, gracias por preguntar en estos cinco años. ¿Qué tal tu vida?

Él tensa su mandíbula y frunce su ceño.

—¿Hay algún problema?

Niego con indiferencia.

—Ninguno, Raymond.

—¿Por qué ya no me llamas Súper Ray?

Lamo mis labios sopesando su pregunta.

Porque ya nada es igual a antes. Quisiera decir.

—Tu nombre es Raymond, y ya estamos grandecitos para llamarte así. —Miro hacia la salida—. En fin, debo irme.

Sin despedirme, paso a un lado de él, pero toma de mi brazo y me gira hacia su dirección. Me mira con detenimiento, tenso mi mandíbula y hago todo lo posible para hacerle saber que su presencia ya no me afecta.

—¿Desde cuándo eres esta persona tan fría? No eres la pequeña Leslie que conozco.

Lo encaro de frente.

—Porque no soy una niña, Raymond.

El castaño me mira confundido, mira mis ojos, pero luego su mirada baja hacia mi boca. Inspecciona cada parte de mi rostro, como si estuviese viendo a alguien más.

—Te ves diferente.

—Soy una mujer —digo con firmeza—. Crecí, soy exitosa, amo lo que soy actualmente. ¿Qué hay de malo en ello? —inquiero, alzando un poco mi barbilla para hacerle saber que no me intimida ni me hace temblar de nervios como cuando era una adolescente.

Esa chica de diecinueve años que pensó que él algún día se fijaría en ella, ya no existe. Hace mucho tiempo me prometí que lo olvidaría, que dejaría el enamoramiento platónico en el pasado.

Avanzar.

Dejándolo muy atrás.

—Si me disculpas, debo atender a los inversionistas que han llegado —quito el agarre de su mano en mi brazo—. Buenas noches, Raymond. Que tengas una excelente velada.

Le doy una sonrisa suave, pero llena de frialdad.

Qué gran reencuentro. Pero lo hiciste bien, Leslie. No te dejes.

Darme apoyo moral en estos momentos es lo mejor que puedo hacer. Debo estar alejada de este hombre, por mi bienestar y salud mental.

Estoy bien sin él, así será siempre.

La noche ha sido amena, no puedo quejarme de la atención que Roger me ha dado; bebí champagne, comí rollitos de canela y hablé de mi futuro proyecto con los inversionistas. Las horas pasaron volando mientras explicaba el proyecto; los hombres estaban renuentes al principio, pero cuando empecé a explicar cada detalle, no tuvieron otra razón para rechazar la reunión del lunes por la mañana. Roger me miraba emocionado, con orgullo, y eso me alentaba mucho más en hablar.

Al final, me felicitó y me dijo que ha sido pan comido. Que los tengo en mis manos. Le sonreí y bailamos un poco.

No puedo dejar de sentir la inquietud de que Raymond me ha estado mirando toda la noche. ¿Qué ocurre con él? ¿No ve a la Leslie con grandes mejillas y alegría de antes? ¿A la niña que siempre estaba tras él? Ya no existe esa Leslie.

Me asusto cuando un dedo se posa sobre mi hombro, haciéndome girar.

Allí está de nuevo. Mirándome de una forma diferente.

—¿Quieres bailar conmigo? —inquiere, tendiéndome su mano. Miro de ella a sus ojos. Hace una seña con sus cejas.

No puedo huir, no lo voy a hacer.

Suelto un suspiro, aceptando su propuesta de baile. Es molesto lo que acaba de ocurrir, mi mano se ha sentido cómoda en la suya. ¡Qué estupideces digo!

Raymond me acerca a su cuerpo, porque vamos a bailar una canción lenta. Intento alejarme, él lo entiende y dejamos espacio entre ambos.

—¿Por qué eres tan fría conmigo? Con Roger eres un amor.

—Porque Roger es mi familia, es mi cuñado y como mi padre prácticamente. ¿Qué hay de malo en ello? —pregunto enarcando una ceja.

—Yo también soy tu familia.

—Sí... prácticamente.

Él nos hace girar con suavidad, le sigo el ritmo. Mirándonos. Es como si fuera una lucha entre ambos. Intento ser lo más indiferente con él.

—Te ves diferente, Leslie... Hay algo en ti que cambió. No sé cómo explicarlo...

—Muchas cosas cambiaron, Raymond. Han pasado cinco años sin que me vieras. Obviamente, me ves diferente.

Él niega. —No... Tu aura es distinta. No eres la misma Les de siempre.

Me exaspero con sus palabras. Sí, ya sé que cambié. ¿Tiene que seguir quejándose por ello?

—Vale, dejemos el temita con mi cambio. La gente crece, hombre. Tengo veinticuatro años, obviamente voy a cambiar físicamente, a madurar más y avanzar. ¿Tú no lo has hecho?

El castaño se comienza a reír.

—Dios mío, ¿en qué momento te volviste tan agresiva? —En su boca hay una sonrisa traviesa que me hace sentir nerviosa—. Ya veo porqué Roger te dejará trabajar en la empresa, ¿eres una fiera en los negocios?

Mi entrecejo se ha fruncido.

Te metiste con el tema equivocado, Raymond Butler.

—Lo soy —digo con firmeza—. Y no vengo a jugar a las muñecas como muchos piensan —recalco que sea uno de ellos—. Vengo a hacer negocios, a que Sunshine sea tan grande y famosa que todos quieran trabajar con ella. No vengo a jugar, Butler, vengo a trabajar.

El mencionado me mira con asombro, abre su boca, pero vuelve a cerrarla. Mejor que se quede así y no diga más nada.

—Gracias por el baile, *tío querido*. —Le llamo así solo por molestar, mis amigas de secundaria siempre decían que era mi tío porque era el tío de mi sobrina. Algo ilógico, pero bueno, adolescentes.

—No soy tu tío, Leslie Walts. —Su voz tan seria me toma por sorpresa, le ha molestado que le llamé así. ¡Vaya!

—Somos familia, ¿no? —insinúo con burla.

—Lo somos, pero no soy tu tío.

Me río para mis adentros, niego con mi cabeza y lo dejo allí. Sin despedirme de nuevo, solo doy media vuelta y subo las escaleras para irme de aquí.

Muchas emociones, mi corazón no deja de latir, siento que todas mis arterias están pulsantes en todo mi cuerpo.

—Quita estas emociones, Leslie Walts. Elimínalas de tu sistema —me digo a mí misma, mientras camino por el pasillo rumbo a mi habitación. Voy a quitarme este vestido, ponerme algo más cómodo y dar una vuelta por la manzana. Necesito respirar el aire de Seattle y calmar mi mente.

Odio que ese hombre me descoloque.

No voy a caer de nuevo por él, me niego.

Capítulo II

Leslie

Hoy es mi primer día en Sunshine, la empresa que comenzó siendo una inmobiliaria, pero que se ha expandido a varias áreas comerciales; convirtiéndose en una de las más conocidas en Washington. Es así que ya tiene una sucursal en Londres desde hace dos años, donde me nombraron vicepresidenta encargada por un tiempo. A penas me había graduado de mi especialización, pero mis sobresalientes en la universidad y posteriores diplomados, hicieron que el comité de la empresa me diera tal cargo.

No puedo negar que hice un muy buen trabajo; desde el primer día confié en mí y en mi equipo de trabajo. En Londres gané el premio a la Empresaria más joven del año, por mi gran labor en London Sunshine. Cuando Roger me llamó diciéndome que tenía el cargo, no podía creerlo. Ese día lloré y reí al mismo tiempo. ¡Me estaban dando la oportunidad de oro! No podía rechazarla ni pensar que no podía con esa gran responsabilidad. Había estudiado para ejercer una empresa, y eso era lo que iba a hacer.

Ahora estoy aquí, en mi lugar de nacimiento, en la ciudad que me vio crecer, llena de esperanza, entusiasmo y emoción por comenzar a trabajar en la empresa de mi cuñado. Muchos piensan que mi puesto fue dado por ser la cuñada del presidente, por una parte, es así –no puedo mentir–, pero al mismo tiempo, es por mi gran trabajo y esfuerzo, soy buena en lo que hago. Los negocios se convirtieron en mi estilo de vida, en algo que me apasiona y me meto de lleno.

El reloj marca las siete y media de la mañana, aún tengo tiempo de arreglarme y llegar temprano. Lo mejor que hizo Roger fue haberme encontrado un apartamento cercano a la empresa. Eligió una buena zona, a pesar de que solo llevo viviendo aquí dos días, me parece que está bien. Además, el balcón da a una vista preciosa de la ciudad.

Ayer fui a visitar a mi hermana y mis sobrinos, ¡están tan hermosos y grandes! Lola estaba feliz de verme, y no podía creer que haya vuelto. Le aseguré que serán pocos meses, pero ella ignoró mi comentario y siguió hablando sin parar. Mis niños estaban felices de verme, decían que me extrañaban. Ya Leah se siente un poco mejor, el dolor de garganta aún lo tiene, pero no tenía fiebre. Pasamos un domingo muy bonito, comí en su gran casa y jugué con los pequeños. Lucas está muy guapo, y Lily está creciendo muy rápido.

El tono de llamada de mi teléfono me hace espabilar, lo busco rápidamente por el apartamento y lo encuentro en la encimera de la cocina. Veo la pantalla, sonrío al ver quién es.

—¡Buenos días! —saluda una enérgica Lola, no ha perdido eso con los años. Siempre me hace bien hablar con ella—. ¿Cómo amaneció mi pequeña? ¡Hoy es tu primer día en Sunshine!

Me comienzo a reír.

—Suenas como si fuera mi primer día de escuela, querida hermana —me burlo, ella resopla—, pero estoy feliz de que me llames. Estoy bien, ¿cómo están ustedes?

—¿En qué momento mi divertida Leslie se volvió tan amargada?

—¡No soy amargada! —replico, asombrada por lo que dijo. Ella se empieza a reír—. ¿Te estás burlando de mí, Lola?

—Por supuesto. ¡Sé que sigues siendo divertida! Solo que... has crecido, ¿vale? —Se escucha como si estuviera haciendo un mohín—. Siempre serás mi pequeña Leslie, pero ahora debo verte como toda una mujer que será una ficha importante para los negocios de la empresa.

Mi hermana después de sus tres embarazos es más sentimental de lo normal. Su vena maternal la utiliza hasta conmigo. Aun así, es mi familia, la amo a toneladas y sin ella no sería nada.

—Estoy muy orgullosa de ti, Les —finaliza su discurso. Sus palabras hacen nublar mis ojos, sí que traspasa su sentimentalismo—. ¿Te busco para que lleguemos juntas a la empresa?

—Gracias por todo, Lola... yo... siempre estaré agradecida por todo lo que has hecho por mí en todos estos años. —Debo ser honesta y agradecida, Lola ha sido mi apoyo incondicional desde que mis padres no están. Ella es como mi segunda madre.

He sido huérfana desde que tenía nueve años...

—¡Dios mío, voy a llorar! —exclama con un tono de voz quebradizo, pero tratando de reír al mismo tiempo—. Mis hijos me hicieron sentimental, voy a culpar a Roger por eso.

Me río.

—Gran Roger te dirá algo como: *Rubia, eres hermosa siendo sentimental, nuestros hijos son increíbles gracias a ti.* Y luego te emocionarías, le dirías que lo amas y bueno... lo demás tú sabrás.

Ella no puede dejar de reírse. ¡He dicho la verdad! Ellos son dos melosos en acción. Fue divertido conocer su historia ya estando grande, el detrás de cámaras de ese acuerdo que pactaron hace tantos años atrás, el que hizo que se enamoraran.

—¡Demonios! Sí que nos conoces.

—Obvio, hermana. Viví con ustedes muchos años, sé cómo son.

Lola deja de reírse.

—Entonces, ¿te busco o no? Puedo decirle a Raymond que lo haga, él me llamó anoche y...

—No —digo inmediatamente—. Tomaré un taxi, no te preocupes. Sé manejarme sola, además le dije a Roger que me consiguiera un auto temporal.

—Vale, como usted diga, señorita Walts —se mofa mi hermana—. Te deseo muchos éxitos, tú puedes con esto y más, Les. Estamos orgullosos de ti. Como dicen los coreanos que te gustaba ver de pequeña: *Fighting!*

Niego con mi cabeza, mientras sonrío. Ella se acuerda de los doramas que veía cuando era adolescente. Lo que ella ha dicho es una forma de dar ánimo.

—Gracias, hermana. Te amo mucho.

—Yo a ti, Leslie. Siempre juntas, recuérdalo. —Esa frase me la decía muchas veces cuando ella estaba peleando mi custodia y aún no vivíamos juntas—. Nos vemos en la empresa, agenda un almuerzo conmigo.

—Siempre juntas, Lola —repito con una sonrisa—. Está bien, nos vemos más tarde. Besos a los niños.

Ella se despide, luego finaliza la llamada.

—Hoy comienzo una nueva etapa en mi vida, así que... ¡Vamos por ello! —me digo en voz alta. Sonrío al recordar lo que dijo Lola, es por eso que me doy ánimos de la misma forma. Empuño mi mano y la alzo, dando un pequeño golpe al aire, diciendo—: *Fighting!*

La bienvenida en la empresa ha sido amena, aunque muchas miradas cayeron sobre mí,

unas de indiferencia y otras de curiosidad. Roger hizo el protocolo de bienvenida, pidió que celebráramos mi llegada con champagne, sí que puede ser algo extraño que hagan todo esto con una empleada, pero lo he disfrutado y estoy agradecida por todo.

He tenido toda la mañana ocupada, me he reunido con cada área corporativa para presentarme y decirles que estoy dispuesta a trabajar en pro de la empresa.

Más temprano, cuando Roger hizo lo de la bienvenida, Raymond llegó tarde y se disculpó al entrar al área de presidencia. Lo miré y él solo me dio un asentimiento con su cabeza. Le devolví el gesto y seguí mirando a Roger quien daba el discurso de recibimiento. Mi hermana estuvo junto a mí, sonriendo como una mamá orgullosa, también estuvo Laura Montreal, la mejor amiga de mi hermana y Vice Gerente en Finanzas. Por lo que entendí, es un cargo nuevo en la empresa.

Mi cargo en Sunshine es como Gerente de negocios, una persona que se encarga de plantear acuerdos, exponerlos y tratar de negociar con nuevos inversores; es el tercer puesto más importante de la empresa, luego del presidente y vicepresidente. Roger me está dando la oportunidad de crear nuevos proyectos para que la junta directiva los apruebe y así poder realizar inversiones en nuevos campos.

Miro la hora y meneo mi cabeza, es hora de almorzar; mi nueva asistente Raiza me dice por el interlocutor que las Gerentes de finanzas han venido a visitarme. Sonrío de inmediato. Les digo que las deje entrar a mi oficina, y seguido de eso, escucho cómo la puerta se abre y dos rubias en acción entran a mi morada.

Me levanto de mi silla reclinable, sonriéndoles y caminando hacia ellas para darles un abrazo.

—¡Hola, chicas! —saludo con emoción.

—¡Les! Mira lo hermosa que estás —me halaga Laura, una rubia de ojos verdes quien ha sido una buena amiga para mi hermana y para mí todos estos años. Yo siempre iba a su casa cuando salía de la secundaria. Su perro Bambú era genial, es triste que haya muerto hace un par de años. Ella me lo contó por videollamada.

—Tú no te quedas atrás, ¡mírate! Los cuarenta y dos años no te han caído mal, te ves más bella que siempre. Estoy segura que André te lo hace saber todos los días —siseo, sonriendo. Ella se ríe.

—Gracias, gracias, gracias —canturrea, moviendo su cabello a los lados con sus manos —. Él realmente lo hace, me dice que soy hermosa. Mis hijos también lo dicen —se vuelve a reír —. Pero lo más importante de todo es que yo sé que soy hermosa y radiante como un sol.

Sonrío al saber que ella es feliz y que tiene una familia preciosa.

—Me alegra mucho eso, Lau. Por cierto, pronto voy a tu pastelería, debo saludar a Claire.

Laura y su mamá fundaron una pastelería juntas, sé que les va a estupendo, Claire hace los mejores pasteles del universo entero.

Ella asiente. —Te esperamos.

—¿Ya comiste, hermana? —inquiere Lola, mirando mi oficina—. Me gusta, aunque le falta tu estilo. Sé que podrás decorarla a tu gusto.

—Pensaré en las cosas que colocaré... No, no he comido —respondo a su pregunta.

—Entonces, vamos a almorzar —dicta, diciéndole a Laura que vayamos a Life's. Me cuentan que es la cafetería y restaurante que queda cerca de la empresa, tiene años allí y conocen al dueño. Además de que la comida es deliciosa.

—Vayámonos, muero de hambre.

Ellas me hacen caso, busco mi bolso y salimos de mi oficina. Es bueno haber vuelto,

extrañaba a este par con locura. Admiro su amistad y familiaridad, todos somos una familia.

Lola me dijo que Roger quería que almorzáramos todos juntos en un súper restaurante, pero no se pudo porque tuvo una reunión urgente con un cliente. Le dije que no había problemas, que podemos cenar esta noche, o comer mañana.

Entramos en Life's, un hombre muy divertido y colorido nos saluda, nos presentan y sé que se llama Loretto. De una vez, me cae bien. Es fresco y nos llama bellezas tropicales. ¿Tropicales a dos rubias y una castaña muy americanas? ¡Vale!

Hablamos de todo un poco mientras comemos, Laura habla sobre sus hijos y su esposo; me acuerdo de que lo conocí antes que ella. En ese tiempo ella salía con Raymond... Un secreto que guardé por muchos años, pero que todos terminaron sabiendo porque salió a relucir en una noche de juegos en casa de Lola. Y no fue por mí.

Hoy han venido los amigos de mi hermana y mi cuñado. Laura está aquí con André, y Raymond también se les ha unido con su esposa Mayra. Una mujer que no me cae para nada bien.

Y que... está embarazada de Raymond.

Los he saludado a todos, no puedo unirme a ellos porque tengo mucha tarea y un examen importante mañana en la escuela. Paso las horas estudiando, cuando ya he terminado, bajo a la cocina por un poco de jugo y algunas galletas. ¡Estudiar da hambre!

Al salir de la cocina, me paso un momento por la sala, donde están todos. Escucho risas y voces altas, suenan un poco raro. ¿Están bebiendo? Supongo que Mayra no lo hace por lo de su embarazo.

Me sorprendo cuando veo que hay dos parejas y la media de una, sentados en el suelo en medio de la sala, con bocadillos y cervezas, noto que la morena no está.

Me quedo un momento para verlos interactuar, miro con asombro a Raymond que está ebrio y arrastra las palabras. ¿Vale...?

—Hace un tiempo, cuando salía con Laura... —empieza a decir, mi boca se abre de pronto. Miro a los demás quienes lo miran con sorpresa, menos André que lo mira con el ceño fruncido—...esperen, no debí haber dicho eso...

—¿Ustedes salieron? —pregunta Lola con ojos muy abiertos—. Sabía que tenían algo, pero ¿fueron novios?

—Sí, o algo así... —contesta Raymond con una sonrisa arrogante. ¡Oh, cállenlo!

—Bueno... Eso pasó hace mucho... —intenta decir Laura—. No hay por qué hablar de ello.

Raymond hace una mueca de disgusto, pero después se ríe.

—Ella me cambió por el otro hombre de ojos azules —dice riéndose—. Aunque admito que son una bonita pareja.

—Joder, sí que está borracho —susurro para mí misma. Me paralizo cuando los ojos del susodicho me miran y me sonríen.

—¡Bella Leslie! —exclama con entusiasmo, sonriéndome—. ¡Únete a nosotros!

Los demás voltean para mirarme.

—¿Terminaste de estudiar? ¿Todo bien, cariño? —me pregunta Roger, ladeando una pequeña sonrisa.

—Sí, ya voy a dormir. Debo levantarme muy temprano.

—Buuu, ¡verdad que aún estás en la escuela! —se lamenta Raymond, lo miro frunciendo el ceño. ¿Por qué bebió tanto?

—Creo que es hora de irnos, voy a llamar a un taxi —dice Laura, levantándose con

André del suelo y caminando en busca de su bolso.

El apuesto rubio juega con sus manos mientras espera por Laura, me paro junto a él y le hablo.

—¿Cómo está Pope? —le pregunto a André, su perro es muy lindo, ama jugar con Bambú.

—Bien, en casa con Bambú —responde con una sonrisa—. ¿Qué tal los ensayos de baile?

Él fue una vez con Laura a verme bailar en una presentación de la escuela. Supongo que su esposa le ha contado sobre mis ensayos para el baile de fin de año.

—Viento en popa —digo riéndome—. Espero verte el día de la presentación.

—¡Claro! Solecito y yo estaremos ahí para apoyarte.

Le doy una sonrisa.

—Gracias, André.

Laura se nos une, le dice a su esposo que pronto llegará el taxi. Ellos no están ebrios, algo achispados.

Volteo a mirar a Ray quien sigue sentado en el suelo de la sala, su hermano habla con él. No sé a dónde se ha ido Lola. Me acerco un poco para hablar con los hermanos, pero me quedo quieta al escuchar cómo Raymond habla sobre su matrimonio.

—No sé por qué discutimos tanto... Yo la quiero, estoy emocionado por ser padre. Tal vez...

—En las relaciones puede haber diferencias, no te preocupes, quizás sean las hormonas que la tienen así.

El hombre de ojos azules solo asiente y suspira.

—Tierra llamando a estación Leslie, Tierra llamando a estación Leslie, uno, dos... —escucho decir a Lola. Pestañeo y muevo mi cabeza, viendo que las rubias me miran con burla.

—¿Estás con nosotras o en qué planeta, pequeña? —Laura intenta no reírse—. Estabas súper ensimismada.

Niego.

—Estaba... pensando en el trabajo.

Ellas se miran y asienten.

—No te agobies tanto, haz tu mejor esfuerzo y disfrútalo. Lo harás bien, Les —me anima Lola.

Les doy una suave sonrisa.

—Dinos, ¿cómo está tu novio londinense? —La sonrisa pícara de Laura me da risa.

—Owen está bien, esta mañana recibí un mensaje de voz dónde me daba ánimos y me decía que me quería.

—Él me cae bien, pero hay algo que aún no me simpatiza —murmura mi hermana. Frunzo ligeramente mi ceño, ella siempre dice eso sobre él.

—¿Qué hay de malo en él? —replico.

Ella niega.

—Todo es muy bueno en él —responde—. Eso me hace un poco de ruido. —Hace un gesto con su mano—. No me prestes atención, el chico es genial y te quiere. Eso es lo que importa.

—Uhmm, vale...

—¿Pueden creer que la bruja Smith quiere que Raymond no vea más a sus hijas?

Mi ceño de una vez se frunce. Miro a Lola de manera interrogativa.

—¿Por qué no puede verlas? —inquiero con curiosidad y un poco molesta.

—Según lo que me dijo él, es que quiere más dinero y lujos para Riley y Marie, pero que al final son para ella. Cómo si no le bastara el dinero que gana en su empresa.

—Eso es un movimiento para molestarle o para acercarse de nuevo, ¿no creen? —interviene Laura.

—¿Creen que esa mujer luego de estar con él por casi dos años, decir que es el peor hombre del mundo ante la prensa y que nunca estuvo enamorada de él quiera volver? ¿Para sacarle más dinero? ¡Si sabíamos que estuvo con él por la fama y dinero! —No puedo disimular mi molestia. ¡Yo odié a esa mujer!

—Pero... él sí se enamoró de ella, Leslie. —Las palabras de Lola me hacen tensar la mandíbula—. Él se decepcionó mucho de ella, pero y, ¿si su corazón quiere tenerla de vuelta? Por el bien de las niñas...

—Saben lo que pienso de esa mujer... Yo les conté —dice Laura con indiferencia—. Me hizo daño en su momento, me humilló y luego quería que todo fuera color de rosa cuando se casó con Raymond.

¡Esa mujer es una bruja!

Estoy molesta y no entiendo la razón de ello. Intento tomar aire y dejar pasar el momento. No me importa lo que pase en la vida de Raymond Butler. Ya no.

—Debo irme, chicas —digo, viendo la hora en mi teléfono—. Tengo una reunión con un posible cliente en menos de una hora y debo repasar lo que hablaremos.

—Está bien, pequeña. —Lola nunca dejará de llamarme así—. Nos vemos más tarde.

—Nos vemos, chicas. Gracias por el almuerzo —les agradezco, me despido y salgo de Life's. Sintiendo molestia dentro de mi cuerpo.

Hablar sobre la exesposa de Raymond nunca es de mi agrado, y menos que se meta con las niñas. Tengo mucho tiempo sin verlas, deben estar muy grandes y, posiblemente, no me recuerden, pero yo siempre lo hago y les guardo cariño.

Al entrar a Sunshine, paso directamente al ascensor para poder ir a mi oficina, cuando está por cerrarse, el mismísimo Raymond Butler entra sin darse cuenta de que estoy dentro, el hombre va ensimismado en su teléfono. Miro al frente, intentando ignorarle.

—Buenas tardes, Leslie Walts —saluda, haciendo que mi piel se erice y mi corazón se detenga por un momento.

Sí sabe que estoy aquí.

Capítulo III

Leslie

—Buenas tardes, Raymond Butler —saludo de vuelta.

—No te he podido dar la bienvenida —dice, alzando su cabeza para mirarme. Sigo mirando hacia la pared del ascensor, intentando no prestarle atención—. ¿Hay algún problema? ¿Por qué frunces el ceño?

Su pregunta me hace mirarle, sus ojos azulados me saludan gratamente, luego dejo de hacerlo para volver a mi posición inicial.

—Ninguno —respondo sin más.

—Bienvenida a Sunshine, Leslie —su tono de voz es suave y cariñoso—. Te deseo mucho éxito. No solo Roger confía en ti, yo también lo hago.

Sus palabras intentan derribar el muro que he construido entre nosotros, pero igual sigo sosteniéndolo con fuerza para que no me afecte.

Solamente digo—: Gracias, Raymond. Haré mi mejor trabajo.

Él suspira asintiendo. Ninguno de los dos habla mientras subimos a nuestro respectivo piso, el doceavo. Algunas personas entran al ascensor, haciéndonos retroceder hasta chocar con la pared final de la caja metálica. Nuestros cuerpos están a centímetros de tocarse.

El número del piso de presidencia se visualiza en el tablero, me preparo para salir, pero la mano de Butler se posa en mi brazo deteniéndome. Lo siguiente que siento es su aliento muy cerca de mi oído y un susurro:

—Cena conmigo, por favor.

Volteo para mirarle, sus ojos azules me miran expectante, él espera una respuesta, pero me zafo de su agarre y salgo del ascensor. Sin responderle, esperando que haya captado el mensaje de que no voy a cenar con él.

Son las cinco de la tarde, puede decirse que mi primer día en la empresa ha culminado. El día pasó sin mayor transcendencia, tuve una reunión con Roger y los inversionistas que estuvieron en mi fiesta de bienvenida. Pudimos cerrar el trato, ahora Sunshine tendrá nuevos negocios en Connecticut. Fue mi primer acuerdo y todo salió excelente. Roro me felicitó y prometió llevarme a cenar con su familia. Acepté felizmente.

Los extraño mucho, y esta cena me hará acercarme nuevamente a ellos. Ha pasado mucho tiempo desde que no estoy aquí y Lola me lo dice siempre: «La casa se siente diferente sin ti, Les». Le pegó bastante que me fuera a Londres, pero supo sobrellevarlo. Ahora está orgullosa de mí y todo lo que he logrado en tan poco tiempo.

Reviso el último documento del día, ya mi vista se siente algo cansada, pero no me rindo y sigo. Mañana por la mañana tengo un desayuno con una ejecutiva de la empresa Lollypot, grandes en infraestructura y creación de nuevas casas.

Me asusto cuando la puerta de mi oficina se abre de pronto, haciéndome subir la cabeza rápidamente en esa dirección.

Volteo los ojos cuando veo que es Raymond quien entra como perro por su casa.

—Buenas... —dice el hombre de ojos azules entrando a mi oficina—. Veo que tu asistente se fue temprano.

—¿Qué haces aquí, Raymond? —Termino de arreglar los documentos en los que estaba trabajando.

—Uy, pero al menos dame la bienvenida. Es primera vez que vengo a tu oficina, Walts —comenta, alzando sus cejas, da una vista rápida a todo el lugar—. Está bonita... Solo le falta tu estilo personal.

—¿Tú tienes un estilo en tu oficina?

Él asiente, posando sus manos dentro de los bolsillos de su pantalón.

—Cuando quieras puedes ir a verla.

Esbozo una mueca.

—No me apetece.

—Igual, en algún momento tendrás que ir... —Hace una pausa, lo que me hace mirarlo y enarcar una ceja—...por trabajo.

—Vale. —Busco mi teléfono y me dirijo hasta el perchero dónde está mi bolso—. No me has dicho a qué viniste, además de venir a ver cómo es mi oficina.

—Vine a llevarte a cenar como bienvenida a la ciudad.

—Tengo planes, además... —Reviso el reloj en mi muñeca izquierda—. Son las cinco y media de la tarde apenas, es como muy temprano para cenar —respondo rápidamente. Es mentira, pero realmente no quiero darle el gusto de cenar conmigo porque sí.

—¿Por qué eres tan evasiva conmigo? ¿Qué te he hecho? —En su rostro se observa confusión, tiene sus cejas fruncidas y me mira como si intentara descifrarme.

Hago una mueca en mi boca mientras niego meneando la cabeza lentamente.

—No soy evasiva contigo, ¿lo hago parecer así? Solo que... —intento buscar las palabras correctas—. Estoy muy ocupada, Raymond. Tengo una cita esta noche.

—Una cita... —Saborea las palabras—. ¿Tu novio no está en Londres?

Su pregunta me hace espabilar. ¿Cómo sabe que tengo un novio?

—¿Piensas que no sé nada de ti?

—Pues así pareció en cinco años.

Él tensa su mandíbula, mira a otro sitio antes de mirar mis ojos. Nuestra distancia es más o menos de dos metros. Él está cerca de la pequeña sala de estar que tengo en el centro de la oficina.

—Ya entiendo... ¿Estás molesta conmigo porque no hablamos en cinco años?

Me quedo mirándole sin hablar, intentando que los sumos no se me suban a la cabeza y sacar la Leslie molesta y rencorosa.

—Para nada, Raymond. ¿Sigues creyendo que soy una niña? —Muevo mi cabeza, y resoplo—. Bah, supéralo.

Tomo mi bolso y empiezo a caminar a la puerta para irme de aquí.

—Ya encontraré la razón de esta actitud conmigo —dice, lamiendo sus labios—. Hoy te dejaré ir a tu supuesta cita, pero en algún momento cenarás conmigo.

Ruedo los ojos y asiento.

—Como tú digas, Raymond.

Abro la puerta y salgo de la oficina, dejando a Raymond atrás. Él no tarda mucho en salir también. Entro al ascensor y presiono el botón de recepción. Butler me mira a lo lejos, lamiendo sus labios de nuevo y con ojos entrecerrados, sigue tratando de descifrarme. Le doy una sonrisa sarcástica, levanto mi mano y le guiño un ojo. Cuando él va a decir algo, las compuertas del

elevador se cierran, haciéndome reír por lo que acabo de hacer.

Niego.

—Qué caradura es... Sabía de mí y nunca me llamó. —Bufo—. ¿Qué ocurrió contigo en cinco años, Raymond Butler?

Dejo de pensar en el hermano de mi cuñado y contesto la llamada entrante, mi teléfono no para de sonar.

Una sonrisa tenue se dibuja en mis labios cuando veo que Owen está llamando.

En él es quien debería estar pensando.

El apartamento que Roger me ha buscado me gusta mucho, puedo libremente caminar por todo el lugar, sentir el aire fresco de la ciudad entrar por el gran ventanal, en el balcón hay lugar para varias macetas con flores hermosas. Tengo que ir a la floristería para poder encontrar las flores perfectas que condicionen este lugar en algo cómodo, agradable y tratar de que sea un hogar mientras estoy aquí. Aunque sea por seis meses, espero que este lugar me dé buenos momentos.

Miro cómo el cielo se vuelve de varios colores avisando que pronto será de noche; me encanta mirar el atardecer, se siente bien, te relaja y te da un poco de paz.

Antes cuando era más joven y apenas había llegado a Londres, no podía dejar de admirar el cielo, pensar que así se estaría viendo en Seattle. Extrañaba mucho mi ciudad, pero poco a poco fui amando Londres, haciéndola mía, y así fue. Amo demasiado esa ciudad. Ahora, extraño estar allá.

Tu vida cambia de un momento a otro, hay lugares donde te sientes a gusto, en dónde te comienzas a conocer realmente y disfrutas estar. Tanto Seattle como Londres me hacen sentir así.

Bebo mi último trago del jugo de cerezas que he comprado antes de venir aquí. Debo prepararme para la cena con los Butler-Walts. Estoy ansiosa de ver a mis sobrinos, de pasar tiempo con mi hermana y mi cuñado. Pasar tiempo con mi familia.

Tengo tanto que agradecerles por haberme apoyado, que me quedo corta del amor y la gratitud hacia ellos.

Son como mis segundos padres...

La pequeña punzada que me da cada vez que pienso en mis papás vuelve, recordándome que los extraño, y que, aunque tenga vagos recuerdos de ellos, sé que me amaron mucho y que estaban felices de tenerme.

Le doy una sonrisa al cielo, pensando en ellos; sé que están orgullosos de mí y de Lola. Sé que nos siguen amando.

Dejo de pensar y doy media vuelta para ir a mi nueva habitación en busca de un buen vestido y comenzar a arreglarme. Aún tengo la ropa dentro de las maletas, no he tenido tiempo de acomodarme del todo. Menos mal que tengo auto, así podré llegar a tiempo y no tener que buscar un taxi. En serio, Roger es lo máximo. Buscó el auto perfecto, cómodo y del color que a mí me gusta tanto: un rojo fuerte que lo hace destacar entre los demás.

—Déjame aclarar una cosa, Marcela: No vengo a jugar con nadie, vengo a trabajar —recalco una vez más, ella ha comenzado a reírse de mí. Le he contado lo que ha ocurrido con Raymond desde que llegué. Ella sabe todo lo que sucedió con él.

Marcela es mi mejor amiga de Londres.

—Es que yo no digo nada, solo veo tu rostro —replica aun riéndose—. ¡Mírate! Te enoja todo lo que hace, pero también te gusta molestarlo. ¿Le has dicho tío?

Me río de nuevo al recordar eso.

—¡Sí! Y el tipo se cabreó, tenías que ver lo rojo que estaba. Muy divertido, Marcy.

Ella niega.

—¿Qué le pasa? ¿Se sintió un viejo verde? —Se vuelve a carcajear.

Me quedo pensando en cómo está después de tanto tiempo...

—No luce para nada como un viejo verde... —digo sin pensar, luego miro a mi amiga en la pantalla de mi teléfono, ella ha abierto su boca y se vuelve a reír—. No, no pienses nada.

—Ay, Leslie, sigues queriendo a ese hombre.

—¡Claro que no! Ya fue, ya pasó —replico usando mis manos, haciendo una señal de que terminó—. Eso fue un amor platónico adolescente. Olvidémoslo.

Ella hace una mueca y alza sus manos en rendición.

—Si tú lo dices así con esa seguridad... Intentaré creerte, pero tus ojos dicen otra cosa, Les. Espero que él no lo note.

—¡Arg! Odio que la gente diga que mis ojos son muy expresivos.

La castaña se ríe.

—Es que lo son, cariño. A ver, cuéntame, ¿te arreglas porque tienes una cena con tu familia?

Gracias al cielo ha cambiado el tema de conversación, ya me estaba poniendo los pelos de punta el hablar sobre Raymond Butler.

—Sí, voy a verme con ellos —respondo, colocándome los aretes que compré en Bolton cuando fui con Marcy en unas vacaciones.

—¿Sabes qué es divertido? —La miro sin entender—. Tu acento, hablas americano mezclado con británico. Suena hasta sexy. Si supiera que contigo no tengo chance, dejo a mi novia y me lanzo a tu cuerpo, bebé.

Me carcajeo. Sé que bromea, aunque sé que es lesbiana, ella nunca lo haría. Me ha dicho infinidades de veces que soy su hermana de otra madre.

—Seríamos una pareja fenomenal —le digo, siguiéndole el juego.

—Joder, ¡sabes que eres como mi hermana! ¡Puaj!

Al final hace como si estuviera arcadas. Me vuelvo a reír. Soy afortunada de tenerla como mi amiga. Cuando me fui de aquí, mi amiga de la escuela dejó de hablarme con el tiempo, entonces conocí a esta castaña divertida y alegre en la universidad, y desde el minuto uno, nos llevamos muy bien.

—Les, te dejo, aquí es muy tarde ya.

—Ay, sí, lo siento. Olvidé que ya eran las tres de la mañana allá.

—Bah, sabes que soy un búho. Me voy es porque debo terminar el documento que debo presentar en la empresa. Tu ausencia ha hecho que todos estén más flojos de lo normal, pero igual Tomlinson nos tiene al margen.

Ella trabaja en la sucursal de Sunshine, hace el trabajo operativo del área de ventas. Tiene un jefe, y siempre hace su trabajo para poder ir ascendiendo a dónde quiere llegar. Es muy trabajadora, y tiene buen ojo en los negocios. Sé que llegará lejos.

—Vale, amiga, feliz noche. Gracias por llamar, te extraño dos mundos —la miro por la cámara—. Besos, cuídate y recuerda vigilar a Owen —me río—. Al menos ve si está comiendo bien.

Marcy resopla.

—Como si fuera un bebé —dice volteando sus ojos—. Está bien, le daré una visita y te digo cómo está el pobre.

Le doy una sonrisa.

—Te quiero, chaooo.

—Igual, Les. Y recuerda: si te sigue gustando, ve por él.

Meneo mi cabeza.

—Ya no me gusta.

—Claro... ¡Adiós! *Británica off.* —Hace una señal de paz en su mano izquierda y se termina de ir.

La amo. Es increíble.

Dejo el teléfono a un lado de la peinadora y termino de arreglarme, no quiero llegar tarde.

El restaurante al que Roger y Lola me han citado es hermoso, candelabros decoran desde el techo, haciendo que el lugar luzca elegante y clásico, las paredes pintadas de un color blanco viejo estilizan el restaurante. Las mesas redondeadas se encuentran decoradas con pequeños arreglos de una combinación de diferentes tipos de flores. Sabía que el señor Butler nos traería a un sitio caro, es por eso que elegí un bonito vestido acorde a la situación.

Un garzón me da la bienvenida, me pregunta si tengo reservación y digo el nombre de mi cuñado, inmediatamente me lleva hasta la mesa donde se encuentra mi familia. Es una mesa familiar, hay varios puestos vacíos. Supongo que era la única disponible.

—Buenas noches, querida familia —saludo al llegar, mi hermana me da una gran sonrisa, al igual que Roger. Los niños se levantan y exclaman «Tía Leslie», Leah y Lucas me envuelven con sus pequeños brazos, Lily se baja con cuidado de su silla y también corre hacia a mí. No puedo creer lo grandes que están.

—¡Mis niños! —Los abrazo cómo puedo, rodeándolos por completo—. Los extrañé mucho. ¿Cómo están?

—Estoy bien, tía Les —responde Leah, dándome una sonrisa hermosa—. Lucas también ha estado bien. Y Lily...

—¡Leah! —La amonesta Lucas—. También puedo hablar, no soy mudo.

Los pequeños están a punto de comenzar una discusión, entonces les digo que nos sentemos. Ellos me hacen caso. Ayudo a la pequeña Lily a sentarse de nuevo en su asiento, le doy un beso en su mejilla y otros dos a sus hermanos. Un beso para Lola y otro para Roger.

—Los niños te aman —murmura Lola.

Sonrío feliz.

—Y yo a ellos —digo mirando a los susodichos—. ¡Qué gusto verles a todos!

—Bienvenida, estábamos esperando por ti —anuncia Roger.

—Espera, aún faltan más personas —interrumpe Lola, la miramos sin comprender—. Invité a Ray y a las niñas.

Con razón el resto de sillas vacías en la mesa. Sonrío para no verme como que la presencia de Raymond me moleste. Al menos, veré a las niñas. Algunas veces cuando Lola hacia

videollamada y ellas estaban en la casa, las saludaba, pero ellas no me recordaban.

Mi corazón comienza a palpitar rápidamente cuando la voz de Raymond se escucha en el lugar, saludándonos.

Veo a su dirección, se ha cambiado de ropa, ya no lleva el traje gris de esta tarde. Ahora viste casual, pero con una chaqueta de color negro. Visualizo a dos pequeñas que reconozco muy bien, a pesar de los años, no han cambiado mucho. Los ojos azules de Riley y los castaños de Marie nos miran a todos, saludan a sus tíos y a los niños. En un momento me miran con curiosidad. Ahí es cuando Raymond habla.

—Mis amores, la mujer que está en la mesa y que conocen, pero no recuerdan, es Leslie, la hermana de la tía Lola.

Riley me sonríe, mostrando la ausencia de dos de sus dientes, supongo que se le han caído recientemente.

—¡Eres la mujer bonita que habla con la tía Lola por videollamada!

Me río, asintiendo.

—¡Sí, pequeña! ¿Y tú, Marie? ¿Sabes quién soy? —Le pregunto a la morena de siete años que me mira no con tanta dulzura como su hermana pequeña.

—No —responde, negando con su cabeza—. ¿En dónde me siento, papi?

—Vengan, tomemos nuestros asientos.

Raymond ubica a las niñas cerca de mis sobrinos. Mientras que él se sienta en el asiento vacío que había a mi lado. Una vez que lo hace y todos están ensimismados viendo qué comer, él acerca su boca a mi oído y dice por lo bajo—: Al final, vamos a cenar juntos. He ganado, bella Leslie.

Un escalofrío cala en todo mi cuerpo, haciéndome enderezar. Acomodo mi cabello y le miro.

Demonios, me ha afectado que me llame así. Odio admitir que lo extrañaba.

—Te dije que tenía una cita.

—Con tu familia —agrega.

—Nunca dije con quién sería.

—Estás hermosa, Les.

Miro a las niñas, intentando ignorar a Raymond.

—Gracias. —Es lo único que digo.

El mesero llega a pedir nuestras órdenes, cada uno realiza la suya. Lola ayuda a los niños a elegir. Es toda una mamá, amo verla en ese modo.

—¿Ustedes niñas, qué quieren comer? —Les pregunto a Riley y a Marie.

—Yo quiero lo de siempre —contesta Marie. Ella es un poco cortante al hablar, pero siento que es solo conmigo, tal vez es porque no me conoce y así es ella cuando se siente con desconfianza con alguien. Le doy una sonrisa suave—. Papá sabe qué me gusta.

—Vale, cariño. ¿Y tú, Riley?

—Quiero... —hace una mueca de estar pensando, coloca su pequeño dedo índice sobre su boca—...pastel de carne con papas fritas y helado de fresa, glaseado y muchas fresas.

Sonrío mirándola. Es adorable.

—Me encanta tu orden, creo que también quiero de eso en mi postre.

Ella solo sonríe y mira hacia donde está Lucas y Leah, los llama y entablan una pequeña conversación de postres, fresas y tipos de chocolates.

—Tus hijas son muy lindas —me encuentro diciéndole a Raymond, él sonríe mirándolas.

—Soy afortunado de tenerlas, son mi vida entera. Mataría y moriría por ellas... —Hace

una pausa, luego me mira fijamente—. Son lo mejor que tengo.

Una sonrisa sale de mis labios.

—Eso... Eso es bonito. ¿Eres todo un padre ejemplar?

Él se ríe, niega con su cabeza.

—Para nada, pero lo intento. Ellas me ven como un superhéroe, como su todo... Hago todo lo posible por no defraudarlas.

—Eso hacen todos los padres... —Me encojo de hombros sin querer—. No puedo decir mucho, pero... Lo veo en mi hermana y en Roger, ellos son unos padres increíbles.

Intento decir unas palabras, pero no salen de mi boca.

Sé que tú también lo debes de ser.

—Les —me llama mi hermana—. Cuéntanos, ¿Qué tal tu primer día en Sunshine?

Sonrío al escuchar su pregunta, empiezo a contar mi día. Intentando que la cercanía de Raymond no me distraiga, ni me haga sentir nerviosa.

Ha ganado.

Al fin y al cabo, estamos cenando juntos.

Nos hemos llevado bien... Esta noche ha sido una tregua.

Me alegra de tener esta familia.

Me alegro de estar aquí. Los extrañaba muchísimo.

La velada ha sido maravillosa, llena de risas infantiles, gruesas y erizantes como las de Raymond y un poco escandalosas como la de Lola y la mía. La hemos pasado muy bien, contando anécdotas, escuchando a los niños, hablando de Sunshine y de cómo ha estado nuestras vidas en estos años.

Pude conocer un poco a los niños; me enteré que Raymond de manera disimulada, sigue siendo un Casanova. Lo que me hizo resoplar y negar de manera interna. No ha cambiado para nada.

Riley y Marie viven con su madre, pero hay días en que están con Raymond. Y por lo que supe, la mayoría del tiempo se quedan con él, porque su mamá viaja mucho debido a su empresa. La menor es más habladora que su hermana mayor, Marie se parece muchísimo a Mayra, tanto en el color de su piel como en algunas facciones de su rostro. En cambio, Riley se parece a Raymond, en sus ojos azules y su sonrisa, hasta en su picardía. Impresionante.

—Es hora de irnos, ha sido un placer cenar con todos y pasar este lindo tiempo juntos —dice Roger—. Niños, despídanse de sus tíos.

Cómo si una orden militar fuera, aunque no sonó como eso, ellos hacen caso. Leah me da un abrazo y un beso antes de ir con su tío, Lucas saluda primero a Raymond y luego a mí. La hermosa Lily se acerca a su tío y a mí, nos dice que nos acerquemos a ella, toma el rostro de su tío con sus pequeñas manos, juntándolo con el mío muy cerca; eso me sorprende. Hace que nuestras mejillas se toquen. La miramos incrédulos, de pronto mi sobrina nos abraza, da besos en nuestras frentes, nos pide que le demos un beso en sus mejillas, lo intentamos aun teniendo sus manitos sobre nuestras mejillas, luego musita: «Chao, tía Les y tío Ray».

La barba del mencionado reposa en mi mejilla, siento lo áspero de ella, intento moverme, pero él voltea y casi nos besamos. Mis reflejos reaccionan y me hace correrme hacia atrás. Miro al castaño, sus ojos azulados me miran con un color más fuerte de lo normal. Lamo mis labios y miro en otra dirección, no sé por qué se siente una pequeña tensión en la mesa. Roger mira a

Lola y luego a nosotros.

Comienzo a despedirme, intentando zafarme de este momento.

—Yo... Debo irme ya, tengo una llamada importante antes de dormir.

Lola se ríe.

—¡Deja que Owen duerma!

Intento reírme sobre eso, y no parecer que me he puesto nerviosa por el acercamiento entre aquel hombre y yo.

—Sabes que nos amamos, lo extraño mucho.

Ella sonríe.

—Es un buen chico, o eso parece —masculla, volviéndose a reír.

Raymond carraspea, le miro, sigue viéndome como hace unos momentos, aunque con ceño fruncido.

—¿No tenías apuro de irte?

Frunzo mi ceño por sus palabras. ¿Me está corriendo de aquí?

—¿Disculpa? —contraataco.

—Tenías apuro, ve y corre a hablar con tu noviecito.

Enarco una de mis cejas.

Lo miro sin entender.

Bufo y tomo mi cartera.

—Buenas noches, familia. Chao, niños. El fin de semana prometo llevarlos a un lugar genial y comer mucho helado.

Los niños se emocionan.

—¿Podemos ir también, tía Leslie? —Me sorprendo cuando Riley me llama de esa manera.

La miro consternada, pero me repongo.

—Sí, claro, tu hermana y tú pueden ir con nosotros. Pide permiso a tus padres y estás dentro del viaje de tía Les —le digo sonriéndole.

—¿De verdad habrá mucho helado? —pregunta un poco renuente Marie.

—Conozco un sitio genial en la ciudad, tienen muchos sabores. Iba mucho cuando niña, les gustará.

—¿Podemos ir con ella, papiii? —pregunta Riley con ojos de cachorro. Su papá la mira y luego me observa, intenta descifrarme de nuevo.

—Yo los acompaño —declara.

—¿Papá puede ir, Leslie? —Marie es quien pregunta.

Alzo nuevamente mi ceja hacia él, nuestras miradas parecen una batalla ahora mismo.

No puedo decir que no. Las niñas están ilusionadas en ir.

—Sí, su padre también puede venir, niñas.

—¡Estupendo! —exclama Riley.

—Nos vemos el sábado, Leslie —dice Marie con una pequeña sonrisa.

—Nos vemos el sábado —repite su padre, dándome una mirada picarona.

Les doy una sonrisa final, me despido de nuevo y salgo del lugar.

Con la sangre corriendo fervientemente por todo mi cuerpo, mis pulsaciones a más de cien por minuto y con odio hacia Raymond Butler. ¿Por qué intenta molestarme?

Capítulo IV

Leslie

El timbre de la casa suena, anunciando que alguien ha venido a visitarnos. No creo que sea Lola, ella se fue con su amiga de la universidad. Estoy haciendo mis tareas para que cuando llegue, podamos ver nuestro programa de televisión favorito de las noches. Estoy tan emocionada de que esté aquí, el episodio de hoy será increíble.

Mamá está cocinando la cena, y papá está abriendo la puerta. No presto atención a quién llegó, debo terminar mi asignatura de inglés para poder estar lista para cuando llegue mi hermana. De pronto, papá empieza a discutir con las personas que está en la sala, levanto mi cabeza y veo que son dos hombres con armas en sus manos. Todo en mí empieza a asustarse, ¿qué está pasando?

Las manos de mi madre me rodean los hombros, me susurra que me esconda y no salga. La miro sin entender, pero ella me ruega que me vaya. Mi papá les dice a los dos hombres que no tiene el dinero que piden. ¿Son ladrones? ¿Nos están robando?

Reacciono en el momento en que mi mamá me toma de la mano y me saca de la mesa del comedor donde estaba haciendo mi tarea. Corro con ella hasta mi habitación, me hace entrar en mi armario, toma de nuevo mis hombros, sus ojos están llenos de lágrimas, pero me da una sonrisa.

—No salgas de aquí hasta que te diga, ¿vale? —Me dice mi mamá con su voz dulce y suave llena de angustia; quiero llorar, tengo miedo. No entiendo lo que ocurre—. ¿Me escuchaste, Leslie? No salgas, por favor.

—Mamá, no te vayas, no me dejes aquí —comienzo a llorar—. Tengo miedo, ¿dónde está Lola?

—Lola ya vendrá, cariño. Por favor, no salgas, por favor —me ruega con dolor en su voz.

Los gritos de mi padre se mezclan con la de los hombres, mamá traga fuerte, me abraza y me dice que me ama.

—Te amo, mi conejita, no salgas de aquí. Ya regresaré y te diré que salgas.

—No te vayas, mami, por favor, por favor —mis sollozos son cada vez más fuertes, no quiero que se vaya.

Ella niega y cierra la puerta del armario.

Me quedo encerrada en él, esperando... Escucho voces, gritos, desesperación. No paro de llorar, hipeo varias veces, quiero a mi mamá.

Aferro mis manos sobre mis piernas cuando escucho pasos, la voz de un hombre llamándome me da terror. Está muy cerca...

—Sé que estás por aquí, niñita. ¿Será que el dinero lo tienes tú?

Mi respiración es acelerada. ¡Quiero a mi hermana!

Lola, llega por favor.

Abro mucho los ojos cuando un disparo se escucha muy fuerte en la habitación.

Sin pensarlo, me levanto para abrir el armario e ir hasta donde mis padres. En ese momento el hombre me atrapa en sus brazos.

Un grito fuerte y desgarrador sale de mi garganta, siento mi cuerpo sudoroso, el dolor de

pecho está presente, así como mis lágrimas derramadas en mis mejillas.

Intento respirar correctamente, pero no paro de temblar.

Odio cada una de las pesadillas que he tenido en tantos años.

Odio recordar lo que sucedió el día en que asesinaron a mis padres.

Odio tener tan marcado ese recuerdo que no importa cuántos especialistas he visto para tratarlas, siempre vuelven de vez en cuando. Trato de ser la persona más feliz de todas, que no le importa nada, que sigue adelante sin importar que; pero cuando los jodidos recuerdos regresan, todo en mí se debilita.

Odio que no he encontrado un patrón, una solución, nada. Y duele, duele no poder deshacerme de este dolor, de estos jodidos recuerdos que solo me atormentan. Odio sentirme débil, sentir que no puedo controlar mi mente, que no puedo evitar las pesadillas, no puedo evitar recordar y revivir tan desgarradora experiencia.

Suelto un suspiro desde lo más hondo de mi alma, paso mis manos sobre mi rostro, lo froto varias veces, limpio mis lágrimas y acerco mi brazo hasta la mesa de noche junto a la cama para buscar mi teléfono y ver la hora.

5:30 am.

La voz de mi madre vuelve a mi mente.

"Te amo, mi conejita".

Un sollozo sale de mí, debilitándome por completo. Apoyo mi rostro sobre mis piernas flexionadas; lloro, sacando todo lo que siento.

Anhelo.

Nostalgia.

Tristeza.

Rabia.

Desesperación.

Sigo en ese bucle una hora más, no pude conciliar el sueño de nuevo. Mi pecho duele, aún siento las ganas de llorar y siento que mi cabeza explotará del dolor. Me levanto de la cama para tomar una ducha tibia, intentar aliviar mis músculos y poder quitar la cara de tragedia que llevo. Una vez bañada, salgo y camino hasta la cocina, tomo un analgésico y me sirvo una taza de café cargado.

Necesito estar bien, hoy tengo una reunión importante y debo estar al cien porciento.

Suspiros van y vienen mientras trato que un bocado pueda bajar hacia mi estómago, pero dejo el desayuno casi completo. Veo la bolsa de basura que había recolectado anoche, la tomo y salgo del apartamento para botarla por el bajante del edificio. Cuando voy por el pasillo, me encuentro con un hombre que me parece conocido. Él voltea y me da los buenos días.

—Buenos días, vecina. ¿Eres nueva, cierto?

Asiento, devuelvo el saludo.

Dejo la bolsa de basura en el bajante y me volteo, el vecino sigue aquí.

—Soy Loretto, mucho gusto... —Se me queda mirando extraño—. Espera... ¿tú no eres la chica que estaba con Lola y Laura en la cafetería?

¡De ahí es que lo conozco!

—Sí, soy hermana de Lola. Tú eres el chico que atiende, ¿no?

Él me da una gran sonrisa.

—¡Lo soy! —dice alegre. Le doy una suave sonrisa, aunque él parece una persona alegre y simpática, mi ánimo está de perros para seguirle la corriente.

—Un placer conocerte, supongo que nos estaremos viendo, vecino —le digo, caminando hasta mi apartamento.

—Sí, nos vemos, vecina. Ten buen día.

Doy un asentimiento, una sonrisa y vuelvo a entrar a mi apartamento.

—Lamento no estar de humor, vecino alegre —musito al entrar.

Me encojo de hombros.

—Hoy será un día horrible.

Las punzadas en mi cabeza no cesan, aun así, voy a mi habitación y me visto para ir a la reunión con los ejecutivos de Vancouver que han venido por un negocio de inmobiliaria.



Raiza entra por enésima vez a mi oficina, se equivoca trayéndome expedientes que no son los que pido, me tiene cansada.

—Raiza, este tampoco es el documento que quiero —la amonesto mirando la carpeta que tengo en las manos—. ¿No puedes decirle a las miles de asistentes que tienen los Butler para que te consiga el que es? Estoy cansada de verte entrar y salir de mi oficina sin traer el que es.

Ella luce nerviosa, traga saliva varias veces y mira sus manos mientras hablo.

—Lo siento, señorita Leslie. Recuerde que soy tan nueva como usted.

Su comentario me hace resoplar.

Niego con mi cabeza, alzo la carpeta y le digo que vuelva a buscar el documento.

—En el sistema debe de estar, búsquelo usted, señorita Walts.

—¿Disculpa? —inquiero con una ceja alzada—. ¡Es tu trabajo! Estoy tratando de crear una buena presentación para la reunión de mañana, mi cabeza va a explotar, estoy que no aguanto a nadie, y ¿tú me vienes a decir que haga tu trabajo? ¡Puf! ¡Lo que me faltaba!

—No es mi culpa que esté irritada —suelta una vez más. ¡¿Pero quién se cree?!

—Vete, no hagas nada, sal de mi oficina. No voy a aguantar tus arrebatos.

En ese momento entra mi hermana con cara de asombro. Mira a mi asistente, la mujer alza sus hombros, da una mirada de suficiencia y sale de la oficina. Lola se me queda viendo sin entender nada.

Respiro varias veces para intentar calmar mi disgusto, el dolor de cabeza que no se quita desde temprano y los miles de pensamientos que revolotean en mi mente.

—¿Qué ocurre, pequeña?

—Lola... —Alzo mi mirada hacia ella y vuelvo a desviarla hacia el escritorio—. Nada.

—Algo te pasa, ¿te sientes mal? —pregunta con preocupación. Suspiro mirándola de nuevo.

—Sí, me duele la cabeza. No dormí bien anoche.

Ella se queda pensando.

—¿Aún las tienes?

Sé a qué se refiere.

Pero no quiero decirle que he soñado de nuevo con lo que ocurrió. No quiero preocuparla. Nunca le he contado realmente lo que pasó esa noche, ella cree que estuve debajo de una mesa... pero, no solo fue eso.

—No —miento—. Solo tuve una mal noche debido a que aún no me siento cómoda con el apartamento, tú sabes... no me he acostumbrado del todo a la diferencia horaria.

La rubia asiente, pero me sigue mirando como si no me creyera.

—¿Qué haces aquí? —cuestiono para cambiar de tema—. ¿Cómo están los niños?

—Los niños están bien, Leah se siente mejor de su garganta, Lucas y Lily están en la escuela. —Se sienta en la silla al frente de mi escritorio—. Vine a saludarte.

Ella me sonríe.

—Vale... —Esbozo una pequeña sonrisa—. El fin de semana pasaré por ellos.

—Sí, están entusiasmados de salir a pasear con la tía Les.

—Yo también. Los extrañaba mucho.

—¿Qué ocurrió contigo y Raymond en la cena? —pregunta de pronto, eso me hace tensar la mandíbula.

Me hago la desentendida.

—¿Qué pasó allí?

Lola ladea su cabeza, escudriñándome.

—No lo sé... Se sintió algo de molestia entre ustedes.

—¿Te pareció así? —Niego varias veces con mi cabeza—. Tú sabes cómo es Raymond. Él puede ser molesto a veces.

—Sí, tienes razón —dice asintiendo.

—Hermana, no quisiera decirte adiós, pero tengo que terminar mi presentación —señalo la computadora—. Lo siento...

Asiente, se levanta de la silla y camina hasta la puerta.

—Sabes que puedes contar conmigo, Les... no te cierres, por favor —comenta, mirándome fijamente. Sus palabras hacen que mis ojos se llenen de lágrimas, pero disimulo mirando un documento en el escritorio.

—Nos vemos más tarde, hermana. —Es lo único que digo. Oigo su suspiro y el sonido de la puerta al cerrarse.

Cierro mis ojos y las imágenes de mi pesadilla de anoche vuelven a mí. Comienzo a llorar.

No quiero hacer esto aquí.

Recuerdo que cuando me ocurría en Londres, lo único que hacía era llorar en el baño de la facultad y luego irme a casa. No soportaba cómo me sentía. Cuando esto ocurre, siempre tengo un día de mierda.

Mi teléfono empieza a sonar el timbre de llamada de Owen. Dirijo mi mirada hacia el móvil, suspiro, limpio mis lágrimas y contesto la llamada.

—Cariño —saludo, escondiendo mi estado de ánimo.

—Amor mío, ¿cómo amaneces? Te envié un mensaje de voz, pero aún no has visto el mensaje como tal.

—No he estado pendiente del teléfono. Tengo un poco de dolor de cabeza, pero estoy bien, ¿y tú? ¿Qué tal el trabajo?

—Voy bien, mi jefe aún no se cansa de mí, lo que me hace sentir alivio —dice bromeando, eso me saca una sonrisa—. En resumen: haciendo todo lo que me pide. Estoy cansado, además, estoy extrañando a mi novia.

—Yo también te extraño, Owen. —Mi voz se quiebra por todas las emociones que siento —. Lo siento.

—¿Estás bien, Les? Te escuchas diferente.

Estoy triste.

—No, estoy bien, no te preocupes. —Me quedo en silencio, él intenta llenarlo

contándome sobre Londres y sus amigos—. Owewe, tengo una reunión en unos minutos, te llamo luego, ¿sí? Lo siento, amor.

—Tranquila, corazón, te llamo más tarde. Hoy debo quedarme hasta tarde con un documento.

—Vale, hablamos ahora. Te quiero —digo con sinceridad, enviándole besos. Él me los devuelve.

—Yo más, princesa.

La llamada finaliza, vuelvo a suspirar y voy al baño para poder recomponerme. No puedo ir a la reunión luciendo un espanto, como una llorona vagando por la empresa.



La reunión no lleva ni treinta minutos, pero estoy que me voy. Me siento nauseabunda, perdida y no comprendo lo que Roger y Raymond le plantean al ejecutivo de Empresas Finns. Cuando es mi turno de hablar, lo hago, explico mis sugerencias, mis ideas y puntos claves para la negociación. Por un momento siento que me falta la respiración. Llevo mi mano a mi frente y con el codo apoyado a la mesa, trato de respirar bien, de sentirme bien.

—¿Te sientes mal, Leslie? —Escucho preguntar a Raymond. Mi cuerpo se tensa. Tomo aire y levanto la mirada hacia los presentes, hasta Roger me mira con preocupación.

—Hoy no me sentido bien, discúlpenme. Lo siento, Roger —le digo directamente—. Debo salir.

Él me mira confundido y preocupado. Me disculpo con los ejecutivos, acomodo mi silla y salgo de la oficina de reuniones.

Me mareo por un momento, cierro mis ojos y los vuelvo abrir. No aguanto el dolor de cabeza. ¡Joder!

Camino hasta mi oficina, necesito salir de aquí. Debo irme al apartamento. Ignoro a mi asistente. Una vez que entro a mi oficina, Raymond también lo hace.

Miro hacia un lado para no prestarle atención, buscando mi bolso y teléfono.

—¿Estás bien?

—¿Te envió Roger? —inquiero con desgano.

—No —contesta con seguridad—. Vine porque me preocupé por ti, luces pálida.

—No me siento bien.

—Vamos al hospital entonces.

Niego.

—Solo quiero ir a mi casa. —Tomo el bolso, el teléfono y el bote de analgésico que tenía en el escritorio.

—Te llevo —dice con rapidez—. No puedes conducir así.

Hoy no quiero discutir, no quiero llevarle la contraria. Necesito salir de aquí y él es la única opción en este momento. Así que la tomo.

—Vale. Gracias —digo, saliendo de la oficina, sin mirarle y caminando hasta el ascensor.

Aquí vamos, yupiii, un viaje en auto con Raymond Butler.

Lo que me faltaba para que siguiera siendo un pésimo día.



Ninguno de los dos habla, siento su mirada encima de mí. Al subirnos al auto, le indiqué la dirección de mi apartamento, pero miro extraño el camino, no estamos yendo a mi nueva casa. Me doy cuenta que él está conduciendo hacia el hospital.

—¿Para dónde estás yendo, Raymond? —Señalo la carretera—. No es mi dirección.

—Lo sé, te estoy llevando al hospital. Luces realmente mal, siento que en cualquier momento te vas a desmayar.

—Detente. Estoy bien... —Una punzada en la cabeza hace que cierre los ojos con fuerza —. Solo... llévame a mi casa.

—No, Leslie. Haremos lo que yo diga, te ves mal y no dejaré que te pase algo en tu apartamento estando sola.

Miro en su dirección, él me mira con determinación. No sigo discutiendo, porque cuando lo hago, el dolor se afianza más.

—Ya hemos llegado.

Veo el letrero de “Hospital” y suspiro. Al menos me darán algo para que se quite este estúpido dolor.

Nos bajamos del auto, entramos a la sala de emergencias del hospital para que me atiendan, él va a mi lado, me da algunas miradas, pero no dice nada, sigue caminando. De pronto, el mejor amigo de Laura llega a nosotros, creo que él nos reconoce.

—Butler —afirma el moreno.

—Hola, McKein —saluda el mencionado—. Vengo con Leslie, ¿recuerdas? La hermana de Lola Walts.

Por lo que recuerdo su nombre es Christian; él asiente, me indica que lo acompañe hasta una camilla, me hace acomodarme en ella y hace su interrogatorio.

Le cuento que no dormí bien anoche, que tengo un dolor de cabeza del demonio y que siento náuseas. Él explica que tengo un estado de estrés alto, además, la falta de sueño completo hace que me sienta mal.

—¿Alguna razón por cómo te sientes?

Miro a Raymond que está presente, no quiero hablar de cómo me siento realmente al frente de él. El doctor lo nota y le pide a Butler que nos deje a solas. Él asiente, alejándose.

—Anoche tuve pesadillas, no dormí bien... Esto me ha pasado antes, sé cómo controlarlo... Solo que... —Hago una pausa—. No me siento bien, creí que iba a desmayarme en la oficina. Él me trajo y bueno...

—Vale, te administraremos un analgésico intravenoso, hidratación y podrás irte en una hora —indica todo el procedimiento, le avisa a una enfermera y me dice que estaré bien—. Un gusto volver a verte, Leslie.

Le doy una sonrisa cordial.

—Igualmente. Te vi en las fotos de navidad de Laura. —Él sonríe asintiendo—. Son buenos amigos, ¿no?

—Los mejores amigos —responde—. En un rato vuelvo para saber cómo te sientes, ¿vale?

—Está bien, muchas gracias, doctor.

Él me sonríe de nuevo, saluda a Raymond y se va.

Recuerdo que ellos no se llevaban bien hace unos años, supongo que han arreglado sus problemas y ahora se saludan. Hasta Laura se lleva bien con Raymond.

Han pasado muchos años...

Miro a donde está el hombre de ojos azules, él lleva su traje de empresario, tiene sus

manos dentro de los bolsillos de su pantalón y está mirándome fijamente. Nuestros ojos se conectan, él intenta descifrarme una vez más. Dejo de mirarle cuando la enfermera llega con las indicaciones del doctor. Me pide que me relaje en la camilla, para colocarme el medicamento.

Cierro mis ojos para intentar calmar mis pensamientos, poder relajarme y que el dolor de cabeza se quite.



Abro lentamente mis ojos y lo primero que veo es a Raymond mirándome ya no tan alejado. Nuestras miradas se cruzan nuevamente. ¿Me he quedado dormida?

Me doy cuenta que no tengo las punzadas matadoras de hace un rato, me siento somnolienta aún. Me incorporo en la camilla, mirando hacia todos lados.

—¿Te sientes mejor? —La voz de Raymond se escucha serena, pero aún con preocupación.

Asiento. —Sí, ya no tengo el dolor tan fuerte.

—Pensé que te ibas a desmayar...

Lamo mis labios inconscientemente. Su mirada va hacia mis labios y traga en seco.

—Uhm, sí... no dormí bien anoche y supongo que por eso es el dolor de cabeza —intento decir.

—Menos mal vinimos, ¿ves? Te sientes mejor. No podías irte a tu casa así.

—Sé manejar los dolores de cabeza, Raymond —replico.

—Tomar muchas pastillas tampoco es la solución, Leslie Walts.

Le doy una mala mirada.

—¿Ya me podré ir?

—No lo sé —mira hacia atrás en busca de alguien—. Mira, ahí viene McKein.

El mencionado se acerca a nosotros.

—Leslie, ¿cómo te sientes?

—Mejor, se me quitó el dolor. Gracias —le agradezco con una sonrisa—. ¿Ya podré irme?

—Si te sientes mejor, sí. Recuerda que, si tienes algún otro síntoma, puedes venir o llamarme, Raymond tiene mi número.

¡Vaya! Cómo han cambiado las cosas en años.

—Vale, muchas gracias por su trabajo, doctor McKein.

Él me da un guiño. —Para eso estamos, Leslie. Cuídate, cualquier cosa, ya sabes dónde encontrarme.

—Gracias.

Veo que Christian palmea el hombro de Raymond, Butler le agradece y se despiden. La enfermera que me atendió, vuelve para retirarme la vía intravenosa, le agradezco y se va. Dejándonos solos.

—Debo pagar la cuenta... —digo, intentando levantarme.

Cuando voy a bajarme de la camilla, Raymond se acerca para ayudarme. Una de sus manos se posa en mi mano, y la otra en mi hombro. Su toque me hace sentir nerviosa. En un segundo he dejado de respirar hasta que él retira sus manos.

—Yo ya he pagado, no te preocupes —responde.

Trago saliva, me incorporo en el suelo y acomodo mi cabello.

—Gracias por la ayuda.

Aunque no me gusta que lo haya hecho, no puedo ser una malagradecida.

—Vamos —dice con voz ronca.

Me había olvidado del bolso, pero noto que Raymond lo lleva en la mano. ¿En qué momento? Va a mi lado sin mediar palabra, me abre la puerta del auto y nos adentramos en él, rumbo a mi apartamento.

—Eh... quiero darte las gracias por llevarme al hospital —confieso, mirando hacia la carretera.

—No es nada, Leslie. Lo necesitabas. Ya tienes tu color natural —dice, echándome un vistazo—. Parecías una *zombie* que nos comería en cualquier momento o un fantasma de lo pálida que estabas.

Abro mi boca, sorprendida por lo que ha dicho, él disimula su sonrisa, pero termina carcajeándose; hago lo mismo, no pude evitarlo.

—Iba a comer tu cerebro —le sigo el juego, me siento con un poco de humor. El dolor se ha ido. Mi cuerpo se encuentra relajado.

Él se ríe. —¿Cómo es que te comportas como una terca y dejas a un lado tu sentido del humor?

Pongo los ojos en blanco.

—Estaba muriendo del dolor, Raymond.

—Lo sé, Bella Leslie.

Mi cuerpo se inmuta. Todo en mí se tensa.

—No me llames así —digo inmediatamente.

El castaño me mira confundido, el momento en el auto se vuelve tenso, mis palabras han salido muy hoscas.

—¿Por qué no? Te llamo así desde siempre. —Su ceño se ha fruncido.

—Ya no me gusta, no lo hagas.

—Tú no puedes decidir el cómo te llamo —argumenta, sonando molesto—. ¿En qué momento cambiaste tanto?

—¿Volverás con eso? La gente crece, Raymond. ¡Por Dios! —me exaspero—. Deja ya de tener la imagen de la pequeña Leslie. Ya no soy esa niña.

—Sé perfectamente que ya no eres una niña. Solo... no me explico tu comportamiento hacia mí.

El sonido de mi teléfono nos interrumpe, decido contestarlo para evitar hablar con Raymond. No quiero que me vuelva a doler la cabeza por estar discutiendo con él.

—Aló.

—Princesa, ¿cómo te sientes? —La voz de Owen me hace entrar en razón, me devuelve a la realidad.

—Hola, cielo. —Miro de reojo a Raymond, quien frunce su ceño y me da una mala mirada, ladea su cabeza y bufa muchas veces. ¿Qué demonios le ocurre?—. Me siento mejor, fui al médico.

—Gracias a mí —masculla mi acompañante, pude escucharlo. Lo ignoro.

—Me alegro, princesa. Cuídate mucho, recuerda que no puedo cuidarte porque estás muy lejos.

Ladeo una sonrisa suave.

—No te preocupes, me cuidaré. Tengo que estar bien para cuando nos veamos.

—Te extraño, Les.

—Yo también te extraño, no veo la hora de que estemos juntos de nuevo.

El tamborileo del dedo pulgar de Raymond sobre el volante me tiene harta, lo miro y su mirada es de pocos amigos.

Le digo a Owen que lo llamo cuando llegue a casa, él me envía besos sonoros, lo que me hace sonreír, él siempre tan amoroso. Le devuelvo los besos y termino la llamada.

—Mucho amor en el aire —ironiza Raymond.

Enarco una ceja en su dirección.

—Sí, el amor es hermoso —digo solo por molestar, respiro el aire del auto haciendo énfasis con mis manos—. Huele muy bien.

Mal hecho. Ahora su colonia está impregnada en mi nariz, lo cual está haciendo estragos en mi interior. ¡Demonios!

—Obvio, nena, es mi colonia —responde con suficiencia y sarcasmo.

El que me llamara nena nos sorprende. Él se da cuenta.

—Llegamos a tu edificio. —Mira por la ventana de mi lado—. Ya sabía dónde quedaba, Roger me dijo dónde te quedarías estos meses.

—¿Y eso te interesa?

El castaño me da una sonrisa ladeada, en sus ojos hay picardía, pero no dice mucho.

—Buenas noches, Leslie Walts. Que te sientas bien. Si necesitas ayuda, puedes llamarme.

Intento descifrar su mirada, pero me rindo. Tomo mi bolso, lo miro de nuevo y niego para mis adentros.

—Buenas noches, Raymond Butler.

Y así es como me despido una vez más, sin agradecerle ni darle un beso en la mejilla. Me molesta que me haga sentir nerviosa, que a la misma vez siempre esté a la defensiva con él.

Qué molesto eres, Butler. ¿Qué voy a hacer contigo?

Capítulo V

Leslie

Los días de la semana transcurren tan rápido que el viernes llegó sin más. Luego de mi desastroso martes, al llegar a casa, tomé una ducha tibia, escuché música mientras hacía yoga y mi cuerpo se relajó, esa noche pude dormir bien, aunque unos ojos azules no dejaban de rodear mi mente.

Mi hermana me llamó antes de dormir, tuve que decirle que todo estaba bien, que no se preocupara. Mi cuñado también me envió un mensaje de texto.

A todos les dije que estaba bien. *Aunque no fuera así.*

Los demás días transcurrieron tranquilos, intenté no tratar a Raymond más allá de un saludo. Él también estuvo distante; sin embargo, muchas veces sentí su mirada en mí.

Las reuniones que tuve esta semana fueron fructíferas, hicimos un negocio grande con una empresa de Los Ángeles; los Butler estaban emocionados por mi jugada en la mesa de reuniones. A los inversionistas les encantaron mis ideas, mis planes y ofertas, no pudieron resistirse ni dar una negativa. En una hora teníamos el acuerdo firmado.

Son pasadas las tres de la tarde, Marcy me escribió temprano contándome que irá a visitar a sus abuelos en España, le deseé un buen viaje y que, por favor, no se ligara con una compatriota suya, ella y el amor no son tan buenos amigos.

¿Qué ocurrió con mi asistente? La cambié de área.

No nos llevábamos bien, y no quería tratar con ella. Lo hablé con recursos humanos y fue cambiada al área de Marketing. Ahora tengo a una dulce joven recién graduada en asistencia empresarial, nos hemos acoplado en un par de días. No es prepotente ni tan desubicada como la antigua asistente.

Y como si la estuviera llamando con el pensamiento, la pelinegra aparece en el marco de mi puerta, tocando y entregándome el informe que le pedí hace unos minutos atrás.

—Muchas gracias, Carol —agradezco mientras hojeo el informe.

—¿Quiere que le compre una rosquilla y un café en Life’s, señorita Walts?

Alzo la vista, pensándolo por un momento hasta que sonrío y asiento.

—Por favor —digo casi en ruego.

Ella asiente, da una pequeña sonrisa y sale de mi oficina.

¿Ven? Nos llevamos fenomenal.

Miro la hora nuevamente, no han pasado ni cinco minutos desde que Carol se fue por mi café. Veo mi teléfono y un mensaje de Owen llama mi atención.

Owen:
Amor, hoy estaré en casa de un amigo,
te llamo mañana.

Leo el mensaje con extrañeza, no ha dicho con quién quedará. Tal vez sea un compañero de trabajo. Escribo un mensaje corto.

Leslie:
Vale, corazón. Feliz noche, besos.

Dejo el móvil a un lado, vuelvo a leer el informe y me quedo allí hasta que mi asistente llega con el café.

—Señorita Leslie, el señor Butler quiere verla en su oficina.

Frunzo mi ceño.

—¿Cuál de los dos?

—El señor Raymond.

Mi respiración se corta cuando menciona su nombre.

Lo dejaré esperar un rato, disfrutaré mi bocadillo y luego iré.

—¿Dijo para qué quiere mi visita? —pregunto de vuelta.

—Creo que es sobre un informe que envió ayer a presidencia.

—¿El de la empresa Yıldız, la turca?

Ella asiente.

Se supone que todo estaba bien con esos inversionistas, es nuestro primer acuerdo en Estambul y se ha hecho con una buena coordinación de parte de ambos. ¿Qué quiere hablar de ese informe? Vale, no discutiré. Iré, hablaremos y listo.

Carol ha dejado el pedido sobre mi mesa, me dice que disfrute del bocadillo y sale nuevamente. Lo engullo poco a poco mientras bebo de mi café. No sé cuántos minutos han pasado, pero el teléfono de la oficina empieza a sonar, contesto colocándolo en altavoz y me sorprendo por la voz de la persona al otro lado de la línea.

—¿No piensas venir? —inquiere Raymond con tono demandante. Enarco una ceja, terminando de comer el bocadillo, cuando trago es que hablo.

—¿Disculpa? Estoy ocupada, Raymond. En un rato estaré allá, ¿es muy urgente lo que me tienes que preguntar sobre el informe? Lo puedes hacer por aquí.

Escucho un pequeño gruñido a lo lejos.

—No, necesito que sea en persona.

—¿Qué hay de malo en el informe?

Me limpio con una servilleta las comisuras de mi boca, bebo el último sorbo de café y espero a la respuesta de Butler.

—Quiero que hablemos sobre el terreno donde será la nueva inmobiliaria en Turquía. El presupuesto aún no me cuadra en la nómina, y quiero que me aclares ese punto.

Suspiro.

—Vale, ya voy. Todo estaba aclarado hasta que el señor Yıldırım habló sobre un terreno en las cercanías del centro de Estambul, entonces se vería un nuevo presupuesto; pero ya lo hablaremos.

—Te espero en cinco minutos —dice antes de colgar.

Pongo los ojos en blanco.

Camino hasta el baño para lavar mis manos y cepillar los dientes, veo mi rostro y está bien a pesar que llevo todo el día maquillada.

Me sorprendo cuando me doy cuenta que estoy arreglándome antes de verle. Niego con mi cabeza. Salgo del baño, busco la carpeta del negocio del que vamos a hablar y cierro la puerta de mi oficina tras de mí.

—Iré a dónde Butler, vengo en un rato —le digo a mi asistente, ella me informa que no tengo más nada importante en lo que queda de día laboral.

Asiento y sigo mi camino hasta la oficina del vicepresidente de Sunshine.

Mis tacones resuenan a través del pasillo que divide nuestras oficinas, las asistentes de presidencia me miran, saludan e indican que puedo pasar a ver al vicepresidente. Les doy las

gracias, y una vez anunciada, entro por primera vez a la oficina de Raymond Butler.

—Aquí me tiene, señor Butler —anuncio al cerrar la puerta; el mencionado alza su mirada hacia mí y me hace tragar en seco. Su mirada azulada siempre tan penetrante e intimidadora.

—Señorita Walts. —Es lo único que dice.

Abro la carpeta para leer el informe completo, busco el punto en que él quiere hablar.

—Cómo te dije en la llamada, hay un terreno que está disponible para la venta, ellos ya han negociado ese punto, pero ofrecieron otro lugar más cerca al centro de Estambul. Entonces, se dejó a la espera de que nuestro corresponsal allá nos confirme si el sitio es acorde para el negocio.

—¿Cuándo se habló de esta nueva oferta? Roger no me había comentado.

—Fue ayer. Lamento no haberlo informado, pero estaba esperando a que Senegan nos confirmara el lugar.

Él niega con su cabeza.

—Debes informar cada paso que das, Leslie. Información cómo ésta es importante porque así no corremos el riesgo de hacer un negocio grande que vaya a afectar este. —Sus cejas están fruncidas, su tono de voz en tan profesional que me ha descolocado un poco. No le hago mucho caso y asiento.

—Vale, lo haré porque es el protocolo de aquí. Pero en Londres yo hacía los negocios, y cuando estuvieran listos, le avisaba a mis superiores. Ellos confiaban en mi trabajo.

—No estás en Londres —replica. Cierra la carpeta, luego vuelve su mirada—. Presidencia debe saber cada movimiento que se realiza en cada negocio. No puedes hacerlo solo tú, es información de todos. ¿Entendido?

Intento no sulfurarme. Aunque no me guste admitirlo, él tiene razón. Si estuviera en su posición, también debería saber lo que ocurre con los acuerdos. Así que debo aceptar sus protocolos.

Pero no lo digo en voz alta. No le daré el gusto.

—Como he dicho: lo haré porque es su protocolo. Pero yo hago mi trabajo a mi manera. —Me levanto de la silla—. Si eso era todo, me iré.

La oficina se torna silenciosa en un momento.

—Leslie... ¿Cómo te has sentido? —Su pregunta me pone en alerta de nuevo, pero disimulo.

—Estoy bien, gracias. —Una respuesta corta evita más preguntas.

Camino hasta la puerta de su oficina, ni siquiera le he echado una mirada. Doy un vistazo rápido y noto que todo es de color azul marino y negro.

—¿Qué te parece mi oficina? —cuestiona Raymond a mi lado, ¿en qué momento se levantó y vino hasta aquí? Lleva sus manos dentro de los bolsillos de su pantalón gris claro—. Es tu primera vez aquí. No te he dado la bienvenida.

—Es bonita —respondo sin más, mirándola un poco—. Tienes buen gusto. El azul marino es mi color favorito, así que... Me gusta.

Él está muy cerca, puedo oler su colonia con facilidad.

—Nos veremos mañana, ¿no? —Su voz ha sonado tan cerca de mí, que mi piel se eriza.

¡Cálmate, Leslie!

Él habla sobre el paseo por la ciudad con los niños. No lo recordaba.

—Sigues queriendo ir...

—Claro, las niñas están entusiasmadas. Además... Quiero hablar contigo. Ha pasado

mucho tiempo.

Volteo por inercia, estamos muy cerca. Escasos centímetros nos separan.

—Ahora sí quieres saber de mí, ¡vaya! —La ironía en mi voz le sorprende—. ¿De qué quieres hablar conmigo? ¿De cómo me fue en Londres?

Él ladea su cabeza, traga saliva y tensa su mandíbula.

—Me molesta cuando te pones a la defensiva. Aunque... te hace lucir bonita.

¿Qué carajos ha sido eso? Me quedo sin decir algo. Me ha tomado por sorpresa. Cuando él va a hablar, me repongo de inmediato.

—Dile a las niñas que pasaré por ellas, no debes venir. Estaremos bien.

—Ese no ha sido nuestro acuerdo, Leslie. Iré con ustedes.

Suspiro con frustración.

—Vale, querido tío, acompáñanos.

La molestia en el momento en que lo llamo "tío" está presente en segundos.

—Deja de llamarme así.

—¿Te molesta? —Me río por lo bajo. Meneo mi cabeza—. Pero si eso es lo que eres, tío Raymond.

Su mandíbula podría quebrarse en cualquier momento. Me vuelvo a reír.

Pero dejo de hacerlo cuando su rostro se acerca más al mío. Su mirada refleja molestia, pero hay algo más en ella.

—Soy el tío Raymond, sí, pero —hace una pausa, toca mi nariz con su dedo índice y le da un toque—, no el tuyo.

Trago saliva.

—Así que deja de molestarme, Leslie Walts.

—¿No lo soporta el Casanova de Seattle? —inquiero con una sonrisa socarrona—. Apuesto a que sigues siendo un Casanova.

—¿Qué tiene que ver eso con que me llames tío?

—Nada —digo, alejándome de él—. Solo me acordé de cómo ilusionas a las mujeres y luego las deshechas sin más, como si no valieran nada.

—No me conoces —replica con molestia de nuevo. ¿Estoy tocando una fibra sensible?—. No sabes nada de mí.

Emito un suspiro fingido, alzo mis manos al aire y digo—: Y tampoco quisiera hacerlo.

Cuando va a volver a hablar, lo corto con un «Buenas tardes, tío», saliendo de su oficina, sintiéndome victoriosa, pero con un sentimiento amargo en la boca del estómago.



Al llegar al edificio de mi apartamento, me encuentro con mi vecino de al lado; el hombre colorido que he visto varias veces en el ascensor. Hoy lleva una boina de color turquesa junto con una camisa de mezclilla y pantalón de mismo tipo, pero más oscuro que la camisa.

Él me saluda amablemente, va leyendo una revista de moda y en su muñeca cuelga una bolsa de supermercado.

—¿Cómo están mis chicas favoritas? —Escucho que pregunta, me quedo mirándole sin entender—. Lola y Laura —aclara.

—Oh, ellas están bien —digo, riéndome por lo tonta que he sido al no entender por quienes estaba preguntando—. Las he visto muy poco esta semana. Tú sabes, mucho trabajo en la empresa.

Él se sorprende.

—¡También trabajas en Sunshine! Con razón tu vestimenta. —Miro mi ropa, buscando algún defecto. Él se ríe—. Te ves muy sofisticada como para trabajar en un supermercado o una tienda.

Ahora su revista reposa debajo de su axila.

Le doy una sonrisa.

—Sí, trabajo allí. ¿Cómo está la cafetería? Mi asistente ha ido varias veces por mis cafés o algún panecillo de frambuesa. Los hacen muy ricos, por cierto.

Él hace una mueca de suficiencia.

—Nuestra cafetería es la mejor.

—Lola dijo que eras el dueño —comento, saliendo del ascensor. Ya hemos llegado a nuestro piso.

Se ríe, su risa en un poco fina, pero agradable.

—Es un secreto a voces. Soy el dueño de Life's, pero hago todo como si fuera un trabajador de medio tiempo, aunque sea el último en irme —Vuelve a reírse, le sonrio—. Siempre ha sido así, y me gusta.

—Eso es lindo —digo, asintiendo.

—Cuando quieras, pasa por allá, tendrás un panecillo de frambuesa por cortesía de la casa. —Me da un guiño antes de entrar a su casa—. Feliz tarde, Leslie.

—¡Tú igual, Loretto!

Entro a mi apartamento con una sonrisa. ¡Qué persona tan agradable y simpática!

Creo que seremos buenos vecinos en lo que viva aquí.

—Déjame realizar una llamada a Senegan para confirmar lo del terreno y te vuelvo a llamar, Roger. —Tengo alrededor de veinte minutos hablando por teléfono con mi cuñado sobre el negocio con los turcos.

Nuestro corresponsal aún no nos da respuesta, pronto se deberían de comenzar con la construcción de la sede y aún no tenemos noticias de él ni de los inversionistas.

Camino por toda la sala, me he bebido dos tazas de café desde hace una hora y siento que tengo taquicardia.

No debí beber tanto, ahora debo controlar el nerviosismo y mi ritmo cardíaco, pero la preocupación de que Senegan no responda puede más conmigo.

Repica varias veces, pero no contesta. Vuelvo a llamar dos veces más y me lleva a la contestadora.

Me estoy desesperando. Estoy muy molesta.

—¡Contesta, imbécil! —vocifero hacia el teléfono que ahora se encuentra en el cimiento de la cocina. Llevo mis manos hasta mi cintura, intento dar varias respiraciones profundas para calmar mi enojo.

Mi teléfono suena y contesto la llamada con rapidez sin ver la pantalla.

—¡Aló! —musito con enojo.

—Vale, cualquier cosa que te esté ocurriendo, no tengo la culpa.

Qué bien.

Alejo el móvil de mi oreja y observo la pantalla: RAYMOND BUTLER.

—¿Qué quieres, Raymond? —inquiero sin paciencia.

—Llamo para saber a qué hora pasas buscando a las niñas. —Su voz es calmada.

¡Joder! ¡El paseo!

Vuelvo a ver la pantalla del teléfono y veo la hora, son casi las tres de la tarde. ¡Debía estar con ellos hace una hora!

—Voy saliendo de mi casa, tuve un contratiempo, pero buscaré a mis sobrinos y luego busco a tus hijas. —Recorro el apartamento en busca de mi bolso y las llaves del auto—. ¿Vives en la misma casa?

—Sí, sabes dónde queda. Ellas están esperándote desde hace dos horas, Marie está molesta y Riley piensa que no la llevarás al paseo.

Cierro los ojos. ¡Primera salida con los niños y ya voy tarde!

—Dile que en minutos estoy con ellas —sigo caminando por el pasillo, he salido de la casa—, qué raro que mi hermana no me ha llamado.

—Tal vez pensó que estabas ocupada. Cómo ahora eres una mujer de negocios.

—Sí, lo soy. Eso estaba haciendo, estaba trabajando.

Presiono el botón del ascensor.

—Qué bueno, la empresa necesita de un personal calificado y trabajador.

Ruedo mis ojos.

—¿Algo más qué decir, Raymond?

—Más nada. Solo no te tardes demasiado. Las niñas cuando se enojan no hay quien las controle.

Suspiro.

—Vale, ya estoy en camino —digo antes de colgar.

Mi teléfono vuelve a sonar cuando estoy manejando hacia la casa de mi hermana en busca de mis sobrinos, es Roger quien llama.

—Lola está preguntando si vas a llevar a los niños a comer helado —dice Roger cuando contesto la llamada.

Emito un sonido lastimero.

—Sí... Es que me concentré con el negocio turco que olvidé el paseo. Raymond me llamó porque las niñas me están esperando también. ¡Qué pena! ¿Qué pensaran los niños de mí? —Apuesto a que Lucas está enojado o Leah. Esos niños me comerán viva.

—¿Es la tía Leslie? —Escucho preguntar a Leah por el otro lado de la línea. Roger le responde una afirmativa. Entonces escucho ruido—. ¡Tía Leslie! ¿Dónde estás? Te estamos esperando desde hace dos horas. Mis hermanos están molestos, Lily casi llora porque no llegas.

—Cariño, lo siento mucho, estaba trabajando. Voy en camino a buscarlos, estén listos. Dile a tus hermanos que tía Leslie les comprará el helado más grande en recompensa.

—No tanta azúcar, Leslie —cizañea Roger.

—¡Papá! —Lo regaña Leah—. Está bien, tía. Te esperamos.

—¿Qué pasó con el negocio? ¿Contestó Senegan?

Otro problema...

—No, Roger. No contesta. Es como si se lo haya tragado la tierra.

—Ya lo encontraremos. No te preocupes, estás haciendo un buen trabajo. —Sus palabras no me calman del todo, pero me quita un poco el peso de la preocupación—. Ahora deja el trabajo a un lado y disfruta de una bonita tarde con mis hijos y sobrinas.

Sonrío.

—Está bien. —Hago una pausa para mirar el semáforo que ya está en verde—. Roger.

—Dime.

—Gracias por confiar en mí.

—Lo estás haciendo bien. Sigue así, ya verás que el negocio con Turquía saldrá bien.

—Gracias de nuevo.

—Deja de agradecerme y maneja con cuidado, muchachita.

Me río.

—No cambias.

Él finaliza la llamada.

Manejo hasta llegar a casa de los Butler Walts, mis sobrinos al escuchar la bocina del auto, salen deprisa y se suben en el mismo. Mi hermana viene detrás de ellos, Roger me saluda desde la entrada de su casa. Le devuelvo el saludo y una sonrisa.

—Con calma, niños —les dice Lola a mis sobrinos. Ellos me saludan con un beso en la mejilla.

Una vez sentados en sus respectivos puestos, colocados sus cinturones de seguridad, arranco el auto rumbo a la casa de Raymond.

—Me disculpo por haber llegado tarde, chicos. No fue mi intención. —Ellos asienten y le restan importancia, me sonríen—. ¿Están listos para una tarde fabulosa con tía Les, niños?

Ellos cantan un «¡SÍ!» unísono que me llena el alma de alegría.

La casa de Raymond no es tan lejos a la de mi hermana. Se encuentra en *Queen Anne*, una zona adinerada de Seattle. Por supuesto el Casanova de Seattle no viviría en otro sitio. Esa ha sido su casa desde que se casó con Mayra hace unos años, luego de divorciarse prefirió seguir viviendo allí. No sé su razón, pero sigue haciéndolo después de cinco años.

Estaciono el auto enfrente de la gran casa de dos pisos, un hermoso jardín lleno de grama fresca y bien arreglada. No ha cambiado mucho en este tiempo.

Les digo a los niños que me esperen tranquilos por un momento dentro del auto. Me bajo del mismo y al hacerlo, me doy cuenta que el auto de Raymond está estacionado al frente del mío.

No le doy importancia y sigo caminando para tocar el timbre de la casa. Una vez que suena, no pasa ni un minuto hasta que una señora de servicio me abre la puerta.

—Buenas tardes, vengo a buscar a Marie y a Riley. Soy Leslie Walts.

Las mencionadas llegan rápidamente a la puerta, la menor es quien se emociona más de verme. En cambio, Marie me ve con cara de pocos amigos.

—Hola niñas, discúlpenme por llegar tarde. Estaba trabajando —me disculpo con sinceridad, hago un mohín.

—Tranquila, tía Les, ya estás aquí —dice Riley. Ve detrás de mí y se emociona al ver a mis sobrinos. Comienza a saludarlos con la mano.

—Llegas tarde, Leslie. —Es lo único que dice la hermana mayor. Sus ojos castaños oscuros me observan con molestia. ¿Ella siempre es así? ¿O es que le caigo mal?—. ¡Papá! —grita, llamando a su padre.

La señora de servicio, que distingo como la ama de llaves, está parada a un lado de nosotras, custodiándonos.

Unos pasos fuertes vienen hacia nosotras, sé perfectamente de quienes son. Espero su llegada, no sé si cumplirá con su palabra de acompañarnos.

Les doy una sonrisa a las niñas, intentando calmar el momento.

—Por fin has llegado —comenta Raymond, colocando sus manos sobre los hombros de su hija mayor—. Las niñas te estaban esperando.

—Sí, lo sé. Lo siento por eso, niñas. ¡Pero ya estoy aquí! Mis sobrinos están en el auto esperándonos. Ya deberíamos de irnos.

Él no dice nada sobre ir con nosotras.

—¿Papá, tú no irás? —cuestiona rápidamente Marie, mirándolo con preocupación. Esa pregunta estaba en la punta de mi lengua.

Él me mira un momento y luego ve a su hija.

—Tengo que trabajar, hija. Leslie las llevará a comer helado. Se divertirán.

Un sentimiento extraño recorre mi cuerpo.

—Sí, chicas. ¡La pasaremos genial! —Ellas miran a su papá con cara de cachorro lloroso —. Vayan al auto, ahorita las acomodo en sus respectivos asientos.

—No, no iré si mi papá no va —replica Marie, entrelazando sus brazos sobre su pecho.

Raymond frunce su ceño.

—Marie, Leslie vino a llevarte a pasear por la ciudad. No puedes rechazarla. Ella se pondrá triste si no vas con ellos. Mira —señala el auto, los niños están mirando por la ventana—, ahí están tus primos esperándote.

—Ven con nosotros, papá, por favor —ruega Riley con tristeza en su voz—. La tía Les dijo que no había problema de que fueras. En el restaurante lo dijo.

Ellas me miran como para que yo confirme ese hecho. Aunque no quisiera tener a este hombre tan cerca por un par de horas, debo confirmar su ida a nuestro paseo. Ellas quieren que su padre vaya con nosotros, y no soy quién para quitarles esa ilusión.

—Claro, yo dije que su papá podía venir con nosotros —contesto con una sonrisa, no del todo sincera.

Raymond se da cuenta, pero no dice nada. Tal vez tiene otra cosa que hacer.

—Pero si él no puede ir, debemos respetar su decisión, ¿no creen?

—¡Papá, por favor! —Vuelven a pedir las niñas al mismo tiempo.

El mencionado las mira como si estuviera debatiendo su decisión, pero al final accede.

—Está bien, iré con ustedes. Voy por las llaves del auto y regreso. Tienen sus bolsos listos, ¿cierto?

—¡Sí! La señora Shanny nos ayudó.

Raymond ya se ha perdido por el pasillo de su casa en busca de las llaves. Miro hasta el auto y los niños me ven con aburrimiento. Los he tenido esperando mucho tiempo.

—¡Ya vamos, chicos!

—¡Apúrate, tía Leslie! —grita Lucas—. Marie y Riley, suban al auto. ¡Quiero un helado muy grande de galleta y fresa!

Su último comentario me hace reír. Él siempre quiere helado, y hoy es la oportunidad perfecta para comer todo el helado que pueda.

Eso sí, que mi hermana no se entere.

Cuando Raymond sale de la casa, él y las niñas se dirigen hasta su auto. Me indica que conduzca hasta el lugar al que vamos, él irá detrás de mí. Hago lo que hemos hablado. Manejo hasta el centro de Seattle, localizo la heladería que muchas veces vine cuando era pequeña. Muy cerca de aquí se encuentra una plaza con un parque, perfecto para llevar a los niños. Estaciono el auto en la acera disponible, a unos locales de la heladería, Raymond hace lo mismo en el puesto de adelante. Verifico todo, tomo mi bolso y le digo a los niños que esperen a que yo me baje para que ellos puedan hacerlo.

—Aquí es la heladería, chicos —les digo mientras ellos bajan del auto—. Recuerden estar siempre juntos, portarse bien y disfrutar del paseo, ¿vale?

—Sí, tía Les —dice al mismo tiempo.

Les sonrío, esperamos a que Butler y sus hijas nos alcancen.

Los cinco niños caminan hasta la heladería *Coppelianni*, una de las heladerías con más años en Seattle y que tiene una gran variedad de sabores. Nos adentramos al local, hacemos nuestros pedidos y salimos en busca del parque cercano. Cada uno lleva un sabor diferente, Lucas intenta llevar su cesta de galleta llena de helado de fresa y galleta de chocolate. Por otro lado, las hermanas Butler Smith eligieron un cono de galleta y una sola porción de helado.

Mis sobrinas son como su hermano, también han elegido dos sabores diferentes. Lily a pesar de que es la más pequeña, sostiene su cesta con tanta fuerza como si su vida dependiera de ello. Le he preguntado por si necesita ayuda, y solo respondió «Yo puedo, tía. Gracias».

Sonó como una niña grande, sus palabras me sorprendieron, sin embargo, dejé que ella llevará su cesta de helado. Igualmente la superviso de vez en cuando por si su helado cae al suelo.

Llegamos al parque, nos sentamos en dos bancas, los niños están sentados en una sola, comiendo sus helados y hablando de los sabores del mismo. Sonrío al verles comunicativos, llevándose bien con el otro. Se nota que se quieren mucho y que pasan el tiempo juntos.

—Ellos son como un gran grupo, a pesar de que Lucas es el único varón, se lleva bien con ellas, las respeta y ellas a él —comenta Raymond mientras termina de comer su barquilla de Mora.

Un sabor tan peculiar para él. No sabía que le gustaban los helados de frutas. O tal vez no lo recordaba.

Sonrío en dirección a los niños.

—Todos son como hermanos, se llevan tan bien. Amo verlos interactuar, escuchar sus ocurrencias. Han crecido mucho en tan poco tiempo. Las videollamadas no son iguales a verlos de frente, abrazarlos y besarlos. Extrañaba a mis sobrinos... también extrañaba a las niñas.

Volteo para mirar a Raymond.

—Ellas también han crecido, están muy hermosas.

Él sonríe orgulloso.

—Mis hijas son estupendas. Gracias por traerlas contigo. Tenían mucha ilusión de venir y compartir. Bueno —ladea su cabeza—, Riley más que Marie, pero sé qué mi tulipán amarillo también quería venir.

Lo miro extrañada.

—¿Tulipán amarillo? —pregunto sin entender.

Él se ríe.

—Mis tulipanes —dice como si entendiera su referencia—. Mis hijas son mis tulipanes. Marie es mi tulipán amarillo y Riley es mi tulipán rojo.

Eso me hace reír.

—¿Por qué tulipanes?

—A ellas les encantan. Una vez fuimos a un paseo por un campo de flores, y había muchos de ellos, cada una eligió un tulipán y eran diferentes, desde entonces las llamo así a cada una. Eso fue hace como dos años.

Eso es lindo...

No sé qué ha pasado en cinco años, pero se nota que Raymond Butler es un buen padre.

Uno amoroso.

—Papá, me terminé mi helado, ¿tienes más servilletas?

—Sí, cariño, toma —le contesta a la más pequeña, le entrega un par de servilletas que le

han sobrado de su helado.

La pequeña le agradece sonriéndole.

No pasa un minuto de su interacción cuando siento el toque del dedo pulgar de Raymond sobre la comisura derecha de mi boca. Lo miro con ojos muy abiertos.

—Tenías helado, y cómo puedes ver, me quedé sin servilletas. No tenía más opción —se excusa de inmediato con una sonrisa pícara en su rostro—. ¿Te molestarás también por eso?

Lo miro con el entrecejo fruncido. Su toque ha hecho que mi corazón se acelerara. Se siente un pequeño hormigueo en la zona que tocó.

—Gracias, pero podías haberme dicho solamente —replico, limpiándome la boca con mi servilleta.

—Fue por inercia —responde—. O tal vez no, quién sabe...

Intenta disimular una sonrisa, pero termina viéndome desafiante.

—¿Por qué no querías venir al paseo?

Veo como lame sus labios, mira a las niñas y su mirada vuelve a mí.

—Tú no querías que viniera, además, no estaba de humor como para estar discutiendo contigo a cada rato.

Enarco una ceja.

—¿Discutiendo?

Él alza sus cejas enfatizando que he comenzado a discutir, lo que me hace retractar, le bajo un par de rayas a mi modo de defensa personal hacia Raymond Butler.

—Vale. Entonces, no querías venir por eso.

—Sí, también tenía otro asunto, pero me canceló y ya no tenía con quién salir.

Tenso mi mandíbula.

Tenía una cita con una mujer. ¡Puf!

—Todo un Casanova —siseo, meneando mi cabeza lentamente—. No cambias.

—No me conoces, Leslie Walts. Ya te lo he dicho.

Encojo mis hombros de manera fingida.

—Los rumores terminan siendo ciertos cuando conoces a la persona. Sí, te conozco. Supe lo que le hiciste a Laura hace años... Hay muchos cuentos sobre ti, Raymond.

Él intenta decir algo, pero se calla. Sabe que es verdad, lo que pasó con Laura fue cierto, ella misma me lo contó una vez estando en Londres, cuando ya tenía más de veinte años. La engañó con la madre de las niñas. Salía con ambas a la vez. Lastimó mucho a mi amiga.

En ese momento odié mucho a este hombre.

No podía creer lo canalla que fue con ella. Al final, se terminó casando con la morena que lo engañó y se burló de él.

Quizás fue el karma de la vida.

Uno por uno no es trampa.

—Tía Leslie, hemos terminado de comer los helados y botamos la basura, ¿podemos ir a jugar en el parque? —pregunta Leah.

—Sí, cariño, pero con cuidado. Nosotros estaremos cerca mirándolos.

—Está bien.

Los niños corren hasta el parque de juegos, nos acercamos a unas bancas que están más cerca a dónde juegan los niños.

Sin darme cuenta me siento por un momento en las piernas de Raymond, por estar mirando a Lily bajarse de un tobogán infantil; al sentir las piernas del hombre, me levanto como si hubiese tocado lava.

—Yo... —comienzo a titubear. Él se está riendo, lo que me hace enfurecer—. No me di cuenta. Disculpa.

Mi tono de voz ha sido frío.

Mi corazón sigue latiendo tan rápido que me asusta. Me siento a un lado de él, pero un poco más alejada. Le miro y él hace lo mismo conmigo.

Nuestras miradas se unen, él me mira con determinación, tratando de descifrar lo que hay en mí. Por mi parte, intento verle, recordar lo que era hace un tiempo, pero mucho en él ha cambiado. Se ve mayor, más maduro. Aunque su mirada sigue siendo la misma, esos ojos azules que amaba ver, están ahí, mirándome fijamente.

Evado su mirada al darme cuenta que llevamos muchos segundos de ese modo.

—Me alegra que hayas vuelto, Leslie. —No volteo mientras habla, intento mirar a los niños jugar, evitando a toda costa volver a mirar esos ojos azules que remueven todo de mí. No quiero.

—Aunque hayas cambiado físicamente, seas mucho más madura a cuando te fuiste, en tu mirada sigue estando la *Bella Leslie*. Y no digo la niña o adolescente, sino tu esencia.

Mi mandíbula está tensa.

—Esa chica que dices se fue hace mucho tiempo cuando la rechazaron y olvidaron —me encuentro diciéndole. Me arrepiento en el momento—. Y no volverá. No la busques. No la encontrarás.

—Ya lo veremos —sentencia con una seguridad que hace erizar mi piel.

No ocurrirá.

No volverá.

Ya no existe.

Que ni lo intente.



Capítulo VI

Leslie

Llevo dos semanas y media en Seattle, aún no me acostumbro del todo, a pesar de que viví por diecinueve años en esta ciudad antes de irme a Londres. Me he sentido cómoda en el apartamento, lo he decorado un poco; coloqué algunas plantas en la terraza y en el interior del mismo. Compré cuadros con figuras abstractas que me gustaron en una galería cerca de la casa, mi ropa ya está en el closet, y me llevo muy bien con mi vecino de boinas alegres, el querido Loretto.

—Cuéntame cómo es que llegaste a llevar las riendas de la empresa de tu cuñado en Londres, Leslie —me pide Loretto, entregándome una taza de chocolate caliente y malvaviscos que ha preparado. Una tarde me invitó a pasar el rato en su apartamento para hablar un poco, luego esto se convirtió en una rutina en la última semana.

Nos llevamos muy bien. Él es súper divertido, espontáneo y alegre.

Me gusta mucho su personalidad.

Bebo un sorbo de mi taza achocolatada, uhmm... delicioso.

—Para ser honesta, todo fue muy rápido —empiezo a decir, acomodándome mejor en el sillón alargado que tiene mi vecino en su sala de estar—. En la universidad mis notas eran excelentes, aprendía muy rápido y siempre quería más. En *London Sunshine*, estaban pidiendo vacantes para el puesto de coordinación y negocio nacional, un cargo que se inventaron para buscar a alguien que les ayudara a realizar la gerencia y mejorar la atracción de los inversionistas. Pidieron algunos requisitos, no tenías que tener un currículo tan gordo para entrar, mientras tuvieras buenas ideas, supieras de negocios y fueras bueno en ello, tenías muchas posibilidades de quedar.

El rubio me escucha atento mientras bebe de su chocolate, él también está sentado en el sillón, a medio metro de mí.

—No voy a negar que tuve ayuda de mi cuñado; él se enteró que estaba aplicando por el puesto, movió un poco de influencias, vieron mi currículo, me pidieron cinco ideas estructuradas con ventajas, desventajas, recursos... Todo un plan gerencial. Les encantó, más allá de que Roger haya hablado, los jefes de Sunshine le gustaron mis propuestas, comencé a trabajar, cada vez me adentraba a los negocios, concretaba con peces gordos que eran muy difíciles de llegar, y yo lo hice —Hago una pausa, sonriendo, Loretto se ríe—. Todo se fue dando, hice mi especialidad y estuve allí hasta que me ofrecieron el cargo de vicepresidenta, y lo acepté.

—¿Y qué dijo tu familia?

—Roger no lo podía creer; me llamó, hablamos sobre la situación, me explicó que él no hizo nada con esa decisión, me dijo que aún no tenía mucha experiencia en el área como para manejar una empresa, pero me defendí, le dije que era cierto, pero que tenía todas las capacidades y herramientas para lograr un buen trabajo.

—¡Chica! ¡Sacando garras!

Me río por su comentario.

Termino de beberme el chocolate caliente, aun sosteniendo la taza en mis manos.

—Al final de la llamada, me dijo que estaba muy orgulloso de mí, que era mi decisión y que me apoyaría. —Me levanto para llevar la taza al lavaplatos, lavarla y voltearme—. Hice un

buen trabajo, quedaron satisfechos y, un año después, me ofrecieron venir para acá, y aquí me tienes. Por seis meses —recalco al terminar.

—¿O sea que serás mi vecina por solo seis meses? —inquiere con cara de reina del drama.

—Sí —contesto con firmeza—. Haré mi trabajo y volveré a Londres, ya tengo una vida allá...

—¿Un novio? ¿Prometido? —pregunta, enarcando una de sus dejas bien arregladas.

Sonrío con dulzura.

—Un novio.

—Espero que sea buenísimo en la cama, para querer volver tan rápido —insinúa con una sonrisa burlona.

Ruedo los ojos.

—No todo es sexo, Loretto.

Él se carcajea.

—Si tú lo dices, cariño.

Pasamos un par de horas hablando, conociéndonos y dándonos cuenta que tenemos muchas cosas en común. Nos hemos reído bastante. He tenido una tarde muy divertida.

Hay un pasillo oscuro que no reconozco.
Voces de un par de hombres llenan el lugar.
Un grito de una mujer estremece mi cuerpo.
Corro hasta llegar a donde las voces están.
“Hija” escucho en susurro.
Mi cuerpo se paraliza cuando reconozco que es mamá quien habla.
Ella me mira desde el suelo ensangrentado, en su rostro hay muchas lágrimas.
¡MAMÁ! intento gritar, pero mi voz no sale.

Me levanto de golpe en la cama. Mi cuerpo está temblando, lleno de miedo y nostalgia. Las lágrimas no paran de descender por mis mejillas.

—Mamá... —digo con voz quebrada—. Te extraño, mamá.

Hoy tengo dos reuniones con los Butler y dos grandes empresas de Miami. Han venido por un acuerdo en común, pero que debemos evaluar sus propuestas antes de tomar una decisión y elegir una de ellas para las nuevas inversiones en Florida.

Arreglo el vestido negro con botones dorados que he decidido usar este lunes; el mismo tiene una pequeña abertura en el muslo que se ve muy bien en mí. Me encantó cuando lo vi en una tienda del centro comercial que visité el fin de semana pasado. Lo combiné con un *blazer* de color rojo y botines cortos con tacón.

—Luzco estupendamente hermosa —me digo a mí misma sobre el espejo. Me río por mi comentario. Pinto nuevamente mis labios de rojo carmesí, acomodo las ondas de mi cabello hacia un lado y salgo del baño de la oficina. Dispuesta a ir a la reunión con todas las ideas frescas, matadoras y que dejarán a los empresarios de Florida queriendo explicarme cada detalle de sus propuestas.

Estoy lista.

Camino por el pasillo de presidencia, saludo a las asistentes de los Butler y entro a la sala de reuniones que han habilitado. Dentro hay seis hombres en trajes costosos, ellos al darse cuenta de mi entrada, se levantan de sus sillas y me dan la bienvenida. Doy los "buenos días" y me acerco a mi puesto, el puesto que se encuentra a un lado de Raymond.

—Estábamos esperando por usted, señorita Walts —anuncia Roger en su modo profesional. Mi hermana tuvo razón el día que me dijo que mi cuñado hablando profesionalmente era caliente, no lo voy a discutir. Suena demandante. Todo un jefe. Lo admiro.

Asiento en su dirección.

—Soy Leslie Walts, Gerente de negocios de Sunshine —me presento ante los demás.

En la mesa hay dos señores de mediana edad que son de la empresa corporativa *Flowers S.A*, encargados del manejo de semillas y florería en Miami, tienen terrenos por toda Florida; por otro lado, hay dos más, pero más jóvenes, son de la empresa *Wonderfull C.A*, competidores directos de Flowers. Ambos vienen por inversiones a sus empresas, quieren que Sunshine los patrocine e invierta en sus tierras. Algo que Raymond tuvo idea de hacer como nuevo proyecto para la empresa, me gustó la iniciativa y decidí organizar esta reunión con ambas empresas.

Al acercarme a mi puesto, y posteriormente sentarme, Raymond carraspea. Le miro un momento, él me da una mirada que dice mucho y la vez nada. Me detalla de arriba abajo, lo que me hace sentir un poco incómoda y confusa.

La reunión comienza, cada una de las empresas dan lo mejor de sí, ofrecen globos y castillos, botan su casa por la ventana, se expresan de sí mismos como las mejores empresas de semillas en Florida. Es divertido ver cómo se destruyen una con otra; intervengo en varias oportunidades, dejándoles pensativos, reconsiderando sus ofertas. Les pido balances a corto, mediano y largo plazo. Roger me mira con una sonrisa disimulada en sus labios, sabe lo que hago. Raymond me observa fijamente hablar, entrecierra sus ojos varias veces, lame sus labios y juega con sus manos sobre la mesa.

A veces, reafirma mis consideraciones, haciendo que los hombres tartamudeen en sus respuestas. Siento que los dos Butler y yo somos un equipo que no se deja amedrentar ni juega carritos. Sabemos lo que hacemos, sabemos lo que queremos y lo que no.

Puedo decir que somos tiburones en el momento de querer lo mejor para nuestra empresa.

—Vamos a considerar sus propuestas, envíennos por correo los cambios que han hecho hoy, lo que pidió la señorita Walts y programamos una nueva reunión en unas semanas, ¿les parece?

Los hombres no se ven con buenas caras. Creo que les he acabado sus ilusiones esta mañana, pero no podía dejar que, por un poco porcentaje, quieran de Sunshine grandes inversiones.

—Muy bien, señor Butler —dicen los hombres, uno que otro se mantiene en silencio, me dan miradas desaprobatorias. Ninguna de ellas me intimida.

Les sonrío amablemente, me despido de ellos mientras acomodo mi cabello aun estando sentada en mi puesto. Raymond está levantado del suyo, pero muy cerca del mío. Puedo oler su colonia desde aquí.

Deliciosa...

Una vez que todos se han ido, quedando solamente los Butler y yo en la sala, Roger se comienza a reír. Lo miro extrañada, pero con una pequeña sonrisa en mis labios.

—¿Qué ocurre, Roger? —le pregunto sin entender.

Él niega, meneando su cabeza, se acerca y me da un beso en la coronilla de la mía.

—Eres increíble, pequeña. ¡Vaya! Te faltó comértelos, chupar sus huesos y botarlos en el cesto de basura. Estuviste así —señala con su dedo índice y pulgar la medida de un centímetro —, de acabarlos.

Miro a Raymond por un momento, él también sonríe mientras me mira.

—No es tanto, solo hice unas preguntas inofensivas... —Alzo mis manos y las muevo en el aire—. ¿Qué iba a saber yo que iban a titubear y comenzar a equivocarse en sus respuestas? ¿Errores en planificación? Bah, solo hice mi trabajo.

Los hombres se carcajean.

—Buen trabajo, Leslie —dice esta vez Raymond—. Nos estás salvando el pellejo.

Me empiezo a reír.

—¿Qué harían sin mí, niños? —bromeo, ellos siguen negando con sus cabezas sin dejar de sonreír y mirarme con... ¿orgullo?—. Bueno, si me disculpan, voy a prepararme para la otra reunión, comer algo y volver con ustedes.

Me levanto de mi puesto, acomodo mi vestido y me dirijo a la puerta. Roger dice que espere un momento, que debe entregarme algo, pero que está en su oficina. Él sale de la sala de reuniones, dejándome a solas con su hermano.

Miro mis uñas, juego con mi labio inferior, sintiendo el silencio sepulcral que hay en el lugar; de pronto, Raymond carraspea, miro en su dirección y este está apoyado de espaldas sobre la larga mesa de reuniones. Tiene sus brazos entrecruzados sobre su pecho, me mira con picardía, como si estuviera a punto de tentarme.

—Felicidades, lo hiciste bien en la reunión. Roger tiene razón, los ibas a devorar.

Bufo.

—Ellos creían que nos verían las caras de ingenuos —digo, negando—. Cuando ellos van, nosotros ya venimos. No jugarán con nuestro tiempo.

Él me da una sonrisa ladeada.

—Sí que sabes de negocios, *Bella Leslie.*

Mi ceño se frunce, le doy una mala mirada.

—Para eso me preparé muy bien en Londres, *querido tío Raymond.*

Veo como su rostro cambia a uno neutro, obviamente no le ha gustado el cómo le llamé. Pero si él quiere tentarme y molestarme, yo también puedo hacerlo.

—Aquí está —anuncia Roger entrando a la sala. Volteo para mirarle, él lleva un sobre manila en sus manos, me lo entrega, sonriéndome—. Los niños te enviaron un regalo.

Una sonrisa que llena mi rostro de felicidad aparece inmediatamente, abro el sobre y saco varias hojas con dibujos en ellas. Los miro uno por uno, ¡mis sobrinos me han hecho muchos dibujos!

—Son hermosos —musito con emoción, miro a los hermanos y ellos me sonríen también —. Amo a estos niños.

—Ellos también te aman —dice Roger.

Hay un dibujo que me llama la atención. El ambiente es como un parque con toboganes y tierra, hay siete personas dibujadas en el centro del parque, detallo que hay cuatro niñas con faldas y lazos, un niño con camisa de rayas, y dos personas adultas –supongo, porque son más altos que los demás–, tomados de la mano, uno a lado del otro, encima de ellos hay un corazón rojo. Miro el dibujo con detenimiento.

—¿Qué pasa? —pregunta Raymond, se acerca y mira el dibujo.

Leah ha hecho este dibujo. Su firma torcida y con corazones está en una esquina de la hoja.

—Muy ingeniosa mi querida sobrina —murmura Raymond.

Reacciono, llevando la hoja al final de las otras, me despido de ellos y salgo. Aún confundida por el dibujo de mi sobrina mayor. ¿Qué quiere decir con ese corazón? ¡Puf! ¡Niños!

Intento restarle importancia, pero la imagen del dibujo vuelve de vez en cuando a mi mente.



Sábado por la mañana, Seattle está entrando a otoño y las mañanas se han puesto más frías. Los abrigos empiezan a relucir entre las personas, octubre hizo su entrada de la mejor manera. Un mes tengo en Seattle, el tiempo pasa tan rápido que siento que está haciendo una carrera en que los seis meses terminen en un cerrar y abrir de ojos.

Esta semana me inscribí en un gimnasio de boxeo, deporte que me encanta practicar, al menos para hacer ejercicio. Descubrí que me gustaba cuando salí con un chico en Londres que me llevó a uno de sus entrenamientos. Probé cómo era, me gustó y soy buena en ello. Me hace liberar estrés.

Me visto de modo deportiva, meto la ropa limpia en un bolso, mis propios guantes de boxeo, toalla y productos de aseo personal. Todo listo para tener un entrenamiento satisfactorio.

Necesito liberar estrés, estos últimos días he trabajado mucho. El acuerdo con Turquía aún está en la deriva y presiento que uno de nosotros debe irse de viaje para finiquitar ese contrato. Los Butler tienen sus ojos en mí, Senegan muy poco se comunica, todo el proyecto está parado por los turcos.

Todo esto me ha tenido con dolores de cabeza, además las pesadillas no dejan de aparecer de vez en cuando.

Tengo mucha tensión en mí.

Conduzco hasta el gimnasio *Pointless*, a pocos minutos de mi apartamento; estaciono el auto y entro al recinto. Un lugar lleno de cuadriláteros, sacos de boxeo colgando y una que otra máquina de ejercicio. Un hombre muy amable me da la bienvenida, me indica donde están los casilleros para miembros del gimnasio. Guardo mi bolso dentro, saco lo necesario y me preparo para comenzar con el entrenamiento.

Una hora después, sintiendo que todo mi cuerpo suda, mi rostro está enrojecido y que mis músculos están haciendo su mejor esfuerzo, descanso en una esquina del cuadrilátero, bebo un poco de agua y me seco la cara con una toalla.

El instructor que me asignaron ha ido a saludar a un socio muy importante que ha llegado. Mi curiosidad es grande por saber quién es la persona. Me atraganto con el agua cuando veo a Raymond Butler caminar por el gimnasio, con mi instructor a su lado. En un momento, el hombre moreno y con grandes músculos me señala y la mirada de Raymond se dirige a mí. Sus ojos demuestran sorpresa, pero trata de disimularla al segundo, frunce su ceño y da una mirada de seriedad.

Trago saliva, acomodo mis cosas y trato de no volver a ver en su dirección. Una vez descansada, me vuelvo a levantar y a calentar nuevamente.

—Así que también haces boxeo —sisea, entrando al cuadrilátero. Está vestido con un pantalón deportivo de color negro y una camisa sin mangas del mismo color. Sus brazos son tan ejercitados que no puedo dejar de mirarlos. Se nota que el desgraciado viene muy seguido a este lugar.

—Raymond Butler, de todos los lugares de Seattle, te consigo aquí —digo, rodeando el cuadrilátero, él me sigue el juego y camina también del lado contrario.

—El mundo es pequeño, Leslie. Más esta ciudad.

Asiento, haciendo una mueca de no importarme lo que dice.

—Veo que eres el socio importante que el instructor mencionó que había llegado.

Él sonríe con suficiencia.

—Soy uno de los dueños, ¿qué te parece? —pregunta con arrogancia.

—En el mundo de los negocios... —Alzo mis manos enguantadas al aire—... todo es válido.

El castaño se acerca, dándome una mirada evaluadora de pies a cabeza. Luego me mira de la misma forma que lo ha hecho desde que llegué a Seattle: me trata de descifrar.

—No la busques... no la encontrarás —expreso, sonriendo con ironía con mis labios cerrados.

Cualquiera diría que es una sonrisa falsa, en definitiva, lo es.

Él se ríe. Se va acercando cada vez más. No bajo mi cabeza, tengo el mentón un poco alzado, dándole a entender que no me pone nerviosa.

Aunque sí lo hace, por desgracia.

—No me tientes, Raymond Butler —farfullo con molestia.

—¿No te tiento en qué, Leslie Walts? —Su mirada es desafiante, pero pícara.

—Simplemente... no me tientes a hacer algo que no debería.

—¿Cómo qué? ¡Dilo! O... ¡Hazlo! —Su voz es tan serena que me pone los pelos de punta.

Me acerco a él, haciendo lo mismo que hace; solo nos separan escasos centímetros, él intenta no desviar su mirada a mi boca, pero falla. Traga en seco y aprieta su mandíbula.

No puedo evitar dirigir mis ojos a su carnosa boca, sus ojos azules me miran con expectación.

Me encanta jugar con él, sacarlo de sus casillas y molestarlo. Y hoy no será la excepción. Hacerlo molestar se está convirtiendo en mi pasatiempo favorito últimamente.

—No me tientes a llamar a seguridad para que te saque del lugar... No me importa que seas el dueño. Puedo decir que me estás molestando... —Hago una sonrisa socarrona y me alejo de él.

Raymond me mira sin entender, lame su labio inferior y se ríe de nuevo.

Estamos jugando... ¿no?

Le enseño los guantes de boxeo puestos en mis manos, los golpeo y digo—: ¿No vas a entrenar? ¿Te pusiste los guantes por gusto? ¿Quieres ver cómo te pateo el culo, querido tío?

El mencionado emite un sonido ronco de molestia, tensa su mandíbula y me observa con ojos desafiantes.

—Muéstrame lo que tienes. —Es lo único que dice.

Que comience el juego.

La adrenalina está por todo mi cuerpo, el sudor corre por todos lados, la excitación y el juego que tengo con este hombre me tiene por las nubes. Sus músculos me desconcentran, su mirada retadora y desafiante hacen mella en mí. Intento hacer buenos movimientos para que no me derribe y yo pueda ganar esta contienda. Pero el condenado no se deja.

Golpeo varias veces su abdomen, su espalda y hasta me subo en ella, él se comienza a reír, yo también lo hago. Cuando estamos en el medio del cuadrilátero, intento alejarme para poder respirar, tratar de aliviar el dolor en mis músculos y pensar en la siguiente jugada. De

pronto él se acerca a mí, me toma por la cintura y me atrae a su cuerpo, me quedo paralizada, mirándole sin entender. Trago saliva esperando a su próxima acción.

En todo el encuentro, nuestros cuerpos se han tocado demasiado, un sentimiento de electricidad se siente cada vez que él me toca. En este juego ha habido roces, uno que otro acercamiento... Todo está matándome. No puedo negar que este hombre hace cosas en mí.

¿En este juego nos podemos quemar? Porque jodidamente siento que lo haré, y no quiero. No puedo.

—Déjame decirte una cosa, Leslie —empieza a decir con una voz serena, que hace que mi piel se erice—. No juegues con fuego si no deseas quemarte... —Pierdo el sentido cuando su nariz comienza a rozar la mía, haciendo que cierre los ojos para sentir su tacto—. No tientes al diablo si no vas a aceptar el trato.

—Raymond...

Cuando vuelvo a abrir los ojos, él me mira fijamente, observando cada parte de mi rostro.

—En este juego podemos jugar los dos... —Hace una pausa, lame sus labios y dice—: Recuerda: No soy tu tío, y eso, lo sabes muy bien, *Diablita*.

Se separa con sus últimas palabras, me da una mirada con sonrisa ladeada y sale del cuadrilátero sin despedirse. Dejándome pasmada, aturdida y más caliente que nunca. ¿Qué demonios ha sido eso?


adidas

Capítulo VII

Raymond

No dejo de pensar en ella.

No entiendo por qué el rostro de Leslie Walts no sale de mi mente desde esa noche que volvió a la ciudad hace un mes. Esa dichosa noche que la volví a ver después de tanto tiempo. Esa jodida noche en la que la vi bajar por aquellas escaleras blanquecinas el día de su bienvenida. Su rostro, su manera de caminar: tan segura y desafiante.

No podía dejar de mirarla.

Y mientras mis ojos no se despegaban de ella, los recuerdos de hace cinco años regresaban a mi mente; la forma en cómo me besó en el aeropuerto y lo que me ocurrió días después... Son momentos que debería olvidar por completo, pero no puedo. No quiero.

Hay algo que me lo impide, no entiendo el qué.

Cada día que pasa, más pienso en ella. Su forma de ser, tan diferente a la Leslie que conocí, su manera de desafiar a cada inversionista y a cada empresario sin titubear. Todo lo que hace me llama la atención.

Es una idiotez estar pensando en ella.

No puedo pensar en Leslie de esta manera.

Ella es prohibida.

Era prohibida hace cinco años... Ahora ya no es una niña.

¡Maldita sea! Tanto me repite que ya no es la pequeña de hace años, que quisiera gritarle que lo sé, que estoy muy claro en ello.

¡Jodidamente no se ve como una adolescente!

Mi dedo índice no deja de tamborilear en mis labios, me he quedado mirando fijamente hacia la nada mientras pensaba en la castaña con la que no puedo ni siquiera tener un mal pensamiento.

No puedo hacerlo.

Está mal.

Me levanto de mi silla reclinable, me paso las manos por mi cabello con frustración, doy pasos por mi despacho en casa, miro hacia el jardín por la pared de vidrio que lo separa de él.

—Deja de pensar en ella, Raymond —me recrimino.

Su boca seductora, ese rojo carmesí tan provocativo que usa, sus vestidos ajustados, su astucia y su inteligencia en los negocios, están haciendo estragos en mí de una manera que ni sé cómo explicar.

Es deseo.

¡Demonios! ¡La deseo!

Y eso me está matando.

—No, ella no, ella es Leslie... No puedo... —Todo lo vivido desde que volvió regresa a mi mente, dejándome consternado y sin palabras.

Camino hasta la estantería en dónde está el licor, me sirvo un vaso bien cargado, sin hielo ni agua, y lo tomo completo, en seco.

Necesito calmar mis pensamientos.

Mi teléfono suena por algún lugar, lo busco con la mirada y veo la luz de la pantalla

iluminarse sobre mi escritorio, lo agarro y veo quién llama.

Es Roger.

No estoy de humor para hablar de negocios ahora mismo.

El teléfono vuelve a encenderse, mi hermano sigue llamando sin parar.

Gruño por lo bajo, atendiendo la llamada.

—¿Qué estás haciendo que no contestas? —pregunta sin saludar mi hermano mayor.

—Estoy en casa, ¿qué ocurre? —No estoy de ánimos para seguirle el juego a Roger.

Mi humor está de perros.

—Lola te invita a cenar con nosotros, los niños fueron a casa de Laura y dormirán allá.

Me río con ironía.

—No se supone que, si es casa sola, noche sin hijos... ¿Deberían de hacer miles de posiciones por toda la casa sin supervisión?

Roger se ríe.

—Eso es para más tarde —comenta—. Leslie también está aquí, han preparado un pastel de carne.

Hoy no es mi día, definitivamente.

Me disputo entre ir y verla, conocer un poco más allá de ese muro de defensa que es conmigo y ver cómo se desenvuelve con mi cuñada. No estaría mal ir a molestarla un poco. No estaría mal verla de nuevo... en lo absoluto.

—Vale, voy en camino.

Niego con mi cabeza, una pícara sonrisa se me escapa.

Juguemos un rato, Leslie Walts.

Dejo el vaso de vidrio sobre la mesa, subo a mi habitación por la chaqueta de cuero de color negro, tomo las llaves del auto y salgo de casa.

Es fin de semana, las niñas están en Miami con su madre. La próxima semana estarán conmigo, así que esta noche es libre para mí.

Tarareo algunas canciones de rock que se reproducen de mi lista de reproducción de Spotify, los ojos castaños de Leslie vuelven a mi mente, haciéndome apretar un poco el volante.

Pienso en el día que estuvimos en el gimnasio. Ella estaba sorprendida de verme allí, luego la forma en cómo se balanceó sobre mí, intentó golpearme en todos los sentidos, lo que hizo fue ponerme como una piedra.

Ella sin darse cuenta es una bomba de seducción, es una diabla que tienta sin esfuerzo.

Llamarla Diablita fue algo tan espontáneo.

No pude resistirme más, tuve que salir de allí e ir por una ducha fría.

—Diablita... —mascullo mientras giro en la cuadra que me llevará a la casa de los Butler Walts.

Una vez estacionado el auto, pienso en que un mes conociendo a esta Leslie ha sido una sorpresa tras otra. Es completamente una mujer. Una hermosa mujer, me tiene muy sorprendido.

Me acerco a la puerta de la casa de mi hermano, toco el timbre y espero a que me abran. Juego con la llave del auto, aun tarareando la canción que venía escuchando; noto que la puerta se abre, alzo la vista para ver quién es y observo a mi adorada cuñada.

—Hermosa Lola —la saludo, dándole un beso en la mejilla—. Qué hermosa te ves, deberías de estar en muchas posiciones con mi hermano en estos momentos, ¿qué haces invitándome a cenar?

La rubia me mira, pero no aguanta ni un minuto antes de que comience a reírse.

—Tengo muchos años conociéndote y sigues siendo el mismo Raymond de siempre.

Sonrío, dándole un guiño.

—Soy lo mejor que tienes después de Roger y tus hijos —digo con suficiencia fingida, ella enarca una ceja—. Tu hermana no cuenta.

—¿Yo no cuento en qué? —escucho preguntar a la mencionada. No puedo dejar de sonreír de forma seductora al verla. Allí está la mujer que no me deja dormir bien desde hace un mes. ¡Joder!

—Oh, también te han invitado —ignoro su pregunta, solo para molestarla. Se ha convertido en un pasatiempo hacerlo.

Muy divertido.

—Bueno, no soy una ilusión o un holograma —contesta de manera sarcástica.

—Vale... —sisea Lola, viéndonos con ojos entrecerrados—. La comida casi está lista, Ray. Mi esposo está arriba, baja en un momento. Creo que un inversionista le ha llamado.

Volteo los ojos con fastidio.

—¿Esa gente no entiende que después de las siete de la noche no se llama?

—Negocios son negocios, Raymond —responde Leslie con brazos entrelazados en su pecho y dándome una mirada de suficiencia.

Cómo quisiera estamparle un beso para que se calle. Su boca viperina molesta a veces, es tan rápida para contraatacar que me descoloca. Esta Leslie es tan distinta a la del pasado.

Simplemente suspiro, le doy una mueca y camino para el despacho de mi hermano.

Solo dejaré que tenga la última palabra por un rato, pero su desafío constante hace que mi entrepierna se endurezca y no es nada cómodo.

Roger habla sobre el negocio en Vancouver, luego pasa al de Turquía y todo me parece aburrido. Si iba a venir a pasar un sábado en la noche con ellos es para beber, comer, no para hablar sobre trabajo.

—Hermano, sé que amas tu trabajo y la empresa es todo para ti, pero ¡demonios! Me tienes cansado ya.

Miro a mi hermano con seriedad y fastidio, mi mano está apoyada sobre mi mentón, mientras estoy sentado en el mueble de cuero. Ya me he bebido la copa de vino tinto que Lola nos ha traído y Roger sigue hablando de negocios.

—Discúlpame, pero si iba a venir por negocios... La película que pudiera estar viendo sería más interesante.

Roger niega con su cabeza, baja los papeles y cierra su laptop.

—Tienes razón —responde, se levanta de su puesto y me indica que bajemos—. Esos proyectos me tienen cabezón estos días.

Bajamos las escaleras.

—Sí, a todos, pero esta noche dejémoslo a un lado. Disfruta de tu esposa, estás sin los niños por hoy, un momento a solas siempre es importante. —Le doy varias palmadas en la espalda. Me detengo, tomándole el hombro—. Además, tu Rubia tuvo tres hijos, pero se ve más hermosa que cuando la conocimos. Y lástima que se enamoró de ti —bromeo con una sonrisa burlona—, era un muy buen partido.

Él me mira entrecerrando sus ojos, pero se ríe.

—No tenías mi encanto —responde con soltura.

—Puf, era mucho mejor que tú, pero uno no manda en el corazón.

Roger da una sonrisa genuina.

—Es cierto... No podía obligarme a no ir por ella.

—Menos mal lo hiciste, porque hubiese ido con todo si me lo hubiese propuesto. —Le doy un guiño y una sonrisa, me río un poco antes de entrar a la cocina donde están las chicas.

—¿Cómo van? ¿Necesitan ayuda? —inquiero, poniendo mis manos en los hombros de mi cuñada. Miro a Leslie, ella no alza su mirada, está decorando un pastel de mora.

—Puedes arreglar la mesa junto con Roger.

—Perfecto.

Mi hermano busca la vajilla de platos, me entrega varios y caminamos hasta el comedor para arreglar la mesa, mientras lo hacemos, hablamos sobre el último partido de los Marineros de Seattle.

Cuando todo está listo, las chicas se nos unen, nos sentamos en la mesa y comenzamos a comer. Hablando de todo un poco, sobre la vida de Leslie en Londres y su fulano novio londinense.

—¿Ustedes lo conocen? —interrogo para saber un poco más. No que me importe, pero tengo curiosidad.

—Sí —contesta Roger—, el hombre es muy correcto en todo. Es simpático, me cae bien.

Muy correcto. Interesante.

—Cuéntanos, Raymond —comienza a decir Leslie, pongo mi atención en ella, mirándola con seriedad, esperando por conocer qué es lo que quiere saber de mí—. ¿Cuántas conquistas tiene el Casanova de Seattle?

Tenso un poco mi mandíbula, la escudriño con la mirada. Ella está empeñada en que sigo siendo el mismo hombre de hace algunos años.

La gente comete errores, pero también aprenden de ellos.

Si ella quiere pensar que lo soy, ¿para qué llevarle la contraria?

—La misma cantidad de los rumores que se esparcen. —Es lo único que digo. Volteo mi mirada hacia Lola y le pregunto por la obra de teatro que Leah tiene la próxima semana en su escuela.

El ambiente se ha vuelto tenso por un momento, pero cuando comienza a hablar Lola sobre su hija, se le une Roger contando anécdotas de los ensayos en casa y cómo Leah se frustra por no aprenderse sus líneas.

De vez en cuando, miro a Leslie, ella tiene sus mejillas ligeramente sonrojadas, intenta comentar, pero muchas cosas son nuevas para ella.

No me gusta que me saque en cara mi pasado; muchas cosas han cambiado desde hace años, como para seguir en lo mismo.

No nos conocemos en lo absoluto, Leslie Walts.

—No pensé encontrarte aquí —digo muy cerca de su oído cuando le tiendo una copa de vino. La castaña la acepta; emite un asentimiento como agradecimiento.

Ella bufa.

—Como si no hubiese escuchado a hablar a Roger por teléfono contigo —replica, lo que me hace sonreír.

—Vale, me has atrapado.

—Siempre.

Sus palabras me sorprenden.

—¿Siempre? —inquiero con curiosidad.

—Olvídalo.

Niego. Se la dejaré pasar por hoy.

—Cuéntame, ¿cómo te trata Seattle?

—Como un grano en el trasero.

Enarco una ceja sin entender.

—¿Tan mal?

Su respuesta es un sonido confirmatorio.

Ella se voltea haciendo saber que no quiere hablar mucho; dejo que el silencio reine por un momento. Me paro a su lado, mirando el cielo estrellado. Nuestros hermanos están en la sala en una forma muy acaramelada. Cualquiera pensaría que esta es una cena de parejas.

Bebo el último trago de vino tinto, no es de mis gustos preferidos, pero hoy acepté. De igual forma, estoy conduciendo, esto terminará pronto. La dulce mujer a mi lado no creo que se quede mucho tiempo.

—¿Es cierto que Mayra no quiere que veas a las niñas muy seguido?

Su pregunta me hace tensar. Supongo que Lola le ha contado sobre ese pequeño problema que me ha estado molestando desde hace un mes. No es algo de lo que quisiera hablar esta noche, pero por algún motivo, quiero hacerlo.

Juego con la copa de vino, le doy un par de vueltas con lentitud, admirando el cristal.

—Al parecer ha hablado con abogados para que solo las vea un fin de semana cada mes. No cada semana como lo he hecho desde hace dos años.

Eso me está jodiendo muchísimo. No puedo estar sin ver a las niñas por tanto tiempo.

—¿Por qué lo hace ahora? —Noto curiosidad y un poco de preocupación en su tono de voz.

Dejo de mirar la copa, rozo mi lengua con mis dientes y esbozo una sonrisa irónica.

—Solo quiere molestar.

—¿Quiere volver contigo?

—¿Por qué quieres saber sobre todo esto, Leslie? —La miro fijamente con ojos entrecerrados y ceño fruncido. Es algo personal, y aunque tengamos años conociéndonos, siento que nada es lo mismo. Es como si para mí, ella fuera una desconocida.

Ella se descoloca por un momento, pero saca ese lado de fiera sin domar que me está llamando mucho la atención.

—Solo quería conversar, no me importa lo que ocurra en tu vida, Raymond. —Ella hace una pausa sin dejar de mirarme, algo dentro de ella hace doblegarse levemente—. Me preocupan las niñas.

—Las niñas estarán bien, me seguirán viendo; ella no se saldrá con la suya. Soy su padre, y estaré presente en sus vidas. Cuando me necesiten, allí estaré.

Ella se ríe, perdiendo su rostro enseriado, lo que me hace sonreír con extrañeza también.

—Ellas son niñas de papá. Te aman muchísimo, es impresionante.

Pensar en mis hijas me hace esbozar mi mejor sonrisa.

—Son mis tulipanes —bromeo, ella se ríe asintiendo—, el amor por ellas es inexplicable. Nunca me arrepentiré de tenerlas.

Todo lo que digo es cierto, nunca me he arrepentido de mis hijas. Cuando me enteré que Mayra estaba embarazada de Marie, me sentía en las nubes. Algo nervioso, asustado, pero emocionado. Me sorprendí, sí, pero cuando me hice la idea de un hijo, mi perspectiva cambió.

Cuando nació mi hija mayor, todo fue diferente. Toda mi vida cambió para mejor.

Sentía que quería a Mayra, me enloquecía y me gustaba demasiado en ese tiempo; creía

que estaba enamorado de ella. Es por eso que le pedí matrimonio, me casé y viví tres años de un matrimonio dónde el amor fue unilateral.

Si es que a eso se le llama amor.

Luego se convirtió en un desastre del cual me enoja recordar.

Me frustra saber que daba todo por esa mujer, y al final, fue una sinvergüenza que solo quería más dinero del que tenía, quería fama. Tristemente la obtuvo a mi costilla.

Pero siempre estuve para mis bebés, estuve allí cuando nacieron, cuidándolas y amándolas cada día. Nunca me he despegado de Marie y de Riley.

Ellas son mi todo.

—Te has quedado callado —dice Leslie mirando con curiosidad.

Rasco mi nuca y hago una mueca con mi boca.

—Estaba pensando en mis hijas, este fin de semana están con su mamá.

Leslie asiente.

—¿Se llevan bien con ella?

—Sí, aunque por lo que me cuentan, su madre trabaja mucho y las cuida una niñera.

Los ojos de la castaña se abren un poco más, siendo tan expresivos como siempre.

—Es algo de lo que quiero hablar con el abogado.

—De todo corazón, espero que no entren en disputa, recuerden que las niñas pueden percibir todo y sentirse mal.

Ella tiene razón.

—Es lo menos que quiero hacer —respondo con seguridad—. Nunca les haría daño.

—¡Chicos, vengan a ver esto! —grita Lola desde el interior de la casa.

Leslie señala en dirección a donde nos llamaron.

—Sí, vamos a ver qué quieren.

Ella me da una sonrisa con labios cerrados.

Creo que esta es la primera vez que tenemos una conversación donde no discutimos cada segundo. No mencioné su arrebato en la cena, porque fue quien dio el paso para hablar. Pero en algún momento le haré saber que ya no soy la persona de hace años, que era un inmaduro y pensaba que se estaba comiendo el mundo mientras salía con varias chicas.

Se sintió bien hablar de esta manera con ella.

Poco a poco te iré encontrando, Bella Leslie... Solo dame tiempo.

El sonido de la alarma de mi teléfono me despierta, intento abrir un ojo y ver la hora, son las seis y media de la mañana. Vuelvo a cerrarlos, gruño por lo bajo, pero salto de la cama para levantarme e ir al gimnasio, más tarde tengo un desayuno con los señores Simpson, los dueños de una empresa textil en el estado. Estamos buscando expandirnos con las tiendas de ropa en el país, creando nuestra propia mercancía, así como atraer a nuevos diseñadores que quieran trabajar con nosotros. Tengo que ganarme su confianza para que podamos comprar su materia prima.

El entrenamiento de esta mañana no estuvo fuerte, pero me dio bastante energía para aguantar este día. Mi desayuno con los Simpson tuvo contratiempos, ellos al final no llegaron a la cita y estuve esperándolos por media hora en el restaurante. Me cabreé por unos minutos hasta que me di cuenta que no valía la pena. Ellos se excusaron, pero aun así, me jodieron lo que restaba de mañana.

Llegué a la oficina con cara de perro, sin que nadie me molestara. Mi mal humor también

se basa en que Mayra no ha parado de llamar desde anoche, pensé que era sobre las niñas, si les había ocurrido algo, pero no. Era para que habláramos sobre el nuevo acuerdo de ver a las niñas una sola vez al mes.

¿Qué carajos le sucede?

No pude escucharla más, tuve que finalizar la llamada después de un cortante "buenas noches". Mi teléfono vuelve a sonar con el tono que le coloqué para cuando la madre de mis hijas llamara. Una canción irritante que me molesta demasiado escuchar, pero era una buena manera de saber cuándo no responder. Aunque muchas de las veces caigo... porque me preocupo por las niñas.

Así que: estoy jodido.

Contesto la llamada con el tono más frío posible.

—¿Qué quieres ahora, Mayra? —Me reclino en mi silla, cerrando mis ojos y pasando mis dedos por mi frente con frustración.

La voz fina de mi exesposa se escucha del otro lado de la línea.

—Mi abogado se reunirá con el tuyo pronto, ya sabe lo que quiero en cuanto a las niñas.

—Mayra, déjate de espectáculos, dime la verdadera razón por la que no quieres que yo tenga a mis hijas cada semana o los fines de semana. Estábamos bien con ese acuerdo.

—No mereces tenerlas mucho tiempo, no eres un padre responsable, no les enseñas buenos valores.

Abro mis ojos con furia, alzo mis cejas sin poder creer lo que está diciendo.

—¿Qué demonios estás diciendo? ¿Te estás escuchando? ¡Tú no puedes estar hablando en serio!

No soy el padre perfecto, pero sí hago lo mejor para ellas.

—Los miles de rumores sobre ti y mujeres de la ciudad rondan por todas las redes sociales.

—Mayra, ¡son puras habladurías! —vocifero molesto, dando un golpe a mi escritorio.

No me había dado cuenta que la puerta se había abierto y que Leslie me está mirando sorprendida. Me desconcentro por un momento, sin entender lo que me está diciendo Mayra por el otro lado del teléfono. Estoy malditamente cabreado.

—Nos veremos en los juzgados, porque ni una mierda me vas a prohibir ver a mis hijas, Mayra Smith —declaro por última vez antes de golpear el teléfono con la mesa.

Siento que mi rostro está enrojecido, mis pulsaciones van a más de cien y no dejo de apretar mi mandíbula con fuerza.

Me levanto de la silla, tomo de nuevo el teléfono y busco el contacto de mi abogado, cuando él responde, digo—: Quiero que te reúnas con el abogado de mi exesposa y pelees la custodia de mis hijas, ellas no pueden estar siendo cuidadas por niñeras mientras su madre hace cualquier cosa en Miami.

—Señor Butler, debemos tener pruebas, no podemos irnos a ciegas —replica Stevens, mi abogado desde hace muchos años.

—Contrata detectives, investiga, ¡para eso te pago!

Corto la llamada.

Estoy sumamente cabreado.

De pronto, las finas manos de Leslie están tocando mi rostro, nuestros ojos se encuentran y nos miramos fijamente por un momento.

Ella susurra—: Cálmate, respira hondo varias veces. Tienes que pensar con cabeza fría, Raymond.

Me quedo en silencio, intentando calmar mi corazón, mi cabreo y este deseo que he estoy sintiendo por esta mujer.

Me he dicho infinidades de veces que Leslie Walts es prohibida, que no puedo mirarla de esta forma. Pero en este momento, siento algo inexplicable al mirarla.

—Respira, Raymond —pide una vez más.

Hago lo que me dice, poco a poco voy calmándome, sin embargo, aún siento el cabreo por todo lo que ocurre con mi exesposa y mis hijas.

¡Qué estupideces de rumores!

Estoy cansado de que me estén asociando con cada mujer de esta ciudad. Ya no soy el mismo hombre de hace años, ¡joder!

Leslie me sigue mirando con preocupación; pero su mirada, ahora mismo, me calma. De manera inconsciente, mi mano comienza a acariciar su mejilla, ella me mira con asombro, pero no dice nada. Ella quita sus manos de mi rostro.

—¿Qué haces aquí? —Es lo único que digo. Alejando mi mano, tocarla se siente como fuego y no me quiero quemar con ella.

—Vine a buscarte, Roger está esperándonos desde hace rato en la sala de reuniones. ¿Lo olvidaste?

Suspiro cansado, asintiendo a lo que preguntó.

—No he tenido un buen día —respondo, haciendo una mueca de desagrado.

—Ya verás que encontrarás la solución a este problema, pero siempre piensa con cabeza fría, si te enojas y dices cosas hirientes, ella utilizará eso en tu contra.

No quiero hablar de esto con ella. Hoy no.

No digo nada más. Asiento, tomo mi teléfono, lo pongo en silencio y salgo de la oficina con ella detrás. De una vez capta el mensaje de que no quiero hablar sobre el tema. Y agradezco que no sea de las mujeres quisquillosas que quieren saberlo todo.

Camino por el pasillo hasta la reunión, aun sintiendo sus manos sobre mis mejillas.

No sé qué carajos me pasa con ella.

Capítulo VIII

Leslie

La reunión con Roger empieza sin mucho alboroto, Raymond al entrar se disculpó, mi cuñado solo le dio un asentimiento, le entregó una carpeta con la información del negocio del que hablaremos; comenzó a hablar sobre cuentas, puntos importantes de la negociación. Así hemos estado unos treinta minutos, pero no me enfoco mucho en lo que se discute, mis ojos y mente se van directamente al hombre de ojos azules que se ve ensimismado.

Rara vez responde, solo cuando Roger le llama o él tiene que hablar sobre un punto que no le parece bien; mis intervenciones son cuando son necesarias, tampoco tengo mucho que decir. El negocio por donde se mire no es bueno, Roro intenta buscarle hasta la quinta pata al gato, para verificar que no perdamos dinero, pero yo ya di mi punto de vista.

—No me parece que sea un buen negocio, ellos no están aportando buen material para la tapicería de los muebles que queremos en la nueva colección. Si queremos seguir con las tiendas de muebles, debemos buscar a buenas empresas —expongo, Roger asiente y vuelve a mirar la carpeta.

—Ray, ¿puedes pasarme una carpeta que está en aquel estante? —pregunta Roger, señalando una estantería de dos metros que tiene al fondo de su oficina. El mencionado lo mira un momento, pero acepta el pedido y se levanta de su silla, lo miro, él me da un guiño.

¿Qué significa eso?

No le presto atención, miro el informe en mis manos y espero a que continuemos discutiendo otro negocio del que también hemos venido a hablar.

Me gustan estas reuniones, no son tan formales, como las que tenemos en la sala especial para las que hacemos con inversionistas o con los diferentes departamentos de Sunshine.

Mi cuerpo se eriza de pronto, cuando unos dedos rozan mi nuca, abro mucho mis ojos, subo mi mirada a la persona que lo hizo y él solo sonríe de medio lado con picardía en sus ojos. Dirijo mi mirada hacia Roger, mi cuñado no se ha percatado de lo sucedido.

Raymond se sienta en su silla como si no hubiese hecho ese gesto conmigo, eso fue muy inesperado. Desde hace mucho tiempo no tenemos ese tipo de cercanía. Creo que nunca, si quitamos las molestias que me hacía de pequeña, pero era como juego de niños.

Debo admitir que ahora siento que no lo conozco en absoluto, no sé nada de él. Y gestos como estos me abruman, no sé qué pensar de ellos. Mejor no le tomo mucha importancia, él es bromista de naturaleza, solo quiere molestar y ya.

Le doy una última mirada, él sigue sonriendo, disimulando lo que ha hecho.

—Mañana Lola va a darnos el informe contable del mes, Laura también expondrá el semanal junto con los nuevos presupuestos.

—Vale, creo que esto es todo por hoy, es tarde y quiero ir a casa temprano.

—Sí, yo también quiero ir a pasar un rato con mis hijos —dice Roger sonriendo.

Me levanto de la silla mientras me despido, camino hasta la puerta, escucho cómo Roger le pregunta a Raymond si se encuentra bien, miro en su dirección y veo como el hermano menor solo asiente y dice que después hablan.

Salgo de la oficina, observo a las asistentes de presidencia, las saludo y sigo caminando hasta la mía, Carol debe estar esperándome para poder irse a su casa.

Me detengo cuando escucho que alguien dice mi nombre varias veces, volteo y miro a Raymond caminar hasta mí.

¿Ahora qué quiere?

—Espera, Leslie —dice al estar en frente de mí.

—Dime.

—¿Puedes venir un momento a mi oficina? Debo hablarte sobre una información de Estambul que llegó esta mañana. Se me había olvidado decirte.

—Vale, que sea rápido porque quiero irme a casa.

Él asiente, me hace una seña de que camine adelante hacia su oficina, le hago la misma seña y ambos lo hacemos. Aún sigo aturdida por su roce inesperado, ¿intentó ser bromista?

¡Deja de pensar en ello!

Entramos a la oficina de Raymond, todo el lugar huele a él. Su colonia sí que es fuerte.

Huele muy bien, ¡ugh!

—¿Senegan envió información? —pregunto, mirando hacia atrás por un momento, de un segundo a otro, siento como mi rodilla choca con un mueble de la oficina, lo que me hace quejarme del dolor.

Digo malas palabras en voz baja.

El hombre a mi lado se preocupa y me pregunta si estoy bien.

—¿Te duele mucho? Ven. —Toma mi mano con la suya, me atrae hasta el fulano mueble golpeador de rodillas, me siento y él se arrodilla. Hoy llevo vestido a medio muslo, por lo que mis piernas están desnudas y en mi rodilla derecha hay un círculo muy rojo, que probablemente se vuelva un hematoma.

Soy muy sensible, y cualquier golpe que me haga se marca rápidamente en mi piel.

Me tenso cuando las manos de Raymond se posicionan en mi rodilla, su calidez me está abrumando de nuevo. Los pequeños roces que realiza para calmar el dolor me están dando un tipo de calor corporal nada normal.

—Creo... creo que estoy bien, solo se hará un hematoma y listo —le digo a Butler para que deje de tocarme y yo deje de sentir este calor extraño.

—Flexiona la rodilla, hazle movimiento. —Él me ayuda a hacer los movimientos.

—No me duele. Solo es la molestia del golpe, Raymond —le digo, mirándole. Sus ojos están llenos de preocupación.

—¿Segura?

Doy varios asentimientos.

—Estoy bien —mascullo, dándole una pequeña sonrisa—. Hablemos del proyecto.

Intento cambiar el tema, necesito que se separe. Siento mucho calor, y sus manos aun tocándome están poniéndome nerviosa.

Su mano se desliza por mi pierna, lo que hace que mi piel se erice, él carraspea y yo sin querer lamo mis labios.

Nuestras miradas se conectan, nos quedamos mirando, pero él traga en seco y se levanta, baja y me da un beso en la frente; un beso tierno, pero protector al mismo tiempo. Cierro mis ojos de manera inconsciente, sintiendo cómo sus labios tocan mi piel. No sé si es que el tiempo se detuvo o él se ha mantenido por mucho tiempo dándome el beso.

Él se da cuenta y se aleja. Miro mis manos, pero alzo la vista en su dirección.

—Buscaré la información en la computadora. —Es lo único que dice. Observo sus movimientos, se acomoda la corbata de su traje, intentando aflojarla un poco mientras se acerca a su ordenador.

No digo más nada, me acomodo el vestido, veo por última vez la zona rojiza de mi rodilla y me levanto para acercarme al escritorio de Butler, un poco aturdida por todo lo que ha ocurrido.

Me está asustando la reacción de mi cuerpo hacia este hombre.

Ponte las pilas, Leslie. No dejes que te afecte de nuevo.

—Senegan envió un informe explicando lo del nuevo terreno, la próxima semana comenzarán a construir. Roger sostuvo una reunión con los turcos el lunes pasado, y terminaron de cerrar el trato.

Frunzo mi ceño.

—¿Por qué no me lo habían informado? Saben muy bien que he estado atenta a cada paso de Turquía. Es un negocio grande.

—Tenías otros proyectos, ya todo se había hecho. Te lo estoy informando ahora.

Bufo.

—Me dijiste hace unos días que debía informar cada paso que hacía, y ustedes me informan las cosas ya después que están hechas, ¡de paso no el mismo día, sino después! —No puedo creer esta doble moral. Yo sí tengo que informar, pero ellos no lo hacen al día.

—Leslie... mira, no quiero discutir sobre esto. Estoy cansado, quiero irme a casa también.

Meneo mi cabeza, negando. Molesta por todo.

—No me vuelvan a pedir que sea cómo quieren, que cumpla reglas cuando ustedes ni siquiera lo hacen. Y dile a Roger que también va para él.

Doy media vuelta para caminar hasta la salida. Volteo de nuevo para mirarle y decirle—: No se metan conmigo, si son reglas, son reglas. No a medias. Yo no soy la pequeña Leslie que puedan hacer y deshacer, aquí soy Leslie Walts. ¿Entendido?

No pude evitar alzar la voz, pero es que estoy realmente molesta. Lo dejo sin hablar, ni siquiera espero a que conteste.

Que no quieran pasarse de listos. Yo no estoy jugando.

Salgo enojada de la oficina de Butler, taconeando por todo el pasillo.

Molesta con que me haya tocado, con que no sigan las reglas y molesta con que este hombre me siga afectando después de tantos años.

Maldita sea.



Llevo más de dos horas de haber llegado a la casa; hice yoga, lavé los platos que había dejado del desayuno, fui a ver si Loretto había llegado del trabajo, pero no estaba en su casa. Todo con tal de no pensar en lo ocurrido en la empresa.

Intenté llamar a Marcela, no contestó.

He estado evadiendo las llamadas de Owen, no quiero hablar con él. No quiero traspasarle mi molestia, ni sentirme mal por haberme sentido nerviosa con Raymond a un lado.

Ha llamado varias veces, por lo que solo le enviaré un mensaje para que sepa que estoy bien. Mañana lo llamaré, cuando esté más calmada.

Aún sigo muy enojada, y más conmigo misma, por mi estúpido comportamiento.

Roger también intentó llamarme, pero cancelé su llamada. No puedo creer que no me haya informado lo del proyecto. ¡Estaba muy preocupada! Pensé que lo habíamos perdido.

Suspiro una vez más, sentada en la cama, apoyando mi espalda en el respaldar de madera. El televisor está encendido, pero mi mente está en otro sitio en estos momentos, no sé ni siquiera qué ha pasado en la mitad de la película que me dispuse a ver.

El rostro enfurecido de Raymond viene a mi mente, ese momento en que estaba fuera de sí; no sé cómo es que mi cuerpo reaccionó sin darme cuenta, toqué su rostro e intenté que se calmara. Cuando entré en razón, él estaba tocando mi rostro también.

Sus ojos decían muchas cosas al mismo tiempo. Su mirada tan azulada, llena de tantos sentimientos, pero la furia era latente.

Su molestia con Mayra es real, él no la quiere. No la ama así como en aquellos años en que daría la vida por ella o eso creía en ese entonces. Él hacía todo por esa mujer.

Luego estuvo el roce de sus dedos... el beso en la frente... su preocupación.

No quiero que juegue con mi mente. La parte lógica de mí tiene que despertar, no puedo sentirme nerviosa ni como una chica ilusionada de nuevo. Pero ¡joder! ¿Qué hago para no sentir ese calor cuando me toca? Cuando está cerca, todo en mí se pierde. Mi cordura se esfuma.

Estoy harta de que mi cuerpo reaccione a su cercanía.

Debo crear límites, o simplemente alejarme, para poder volver a ser la Leslie de Londres que no quería saber nada de Raymond Butler.

¡Ugh! Te odio, Raymond. ¡Deja de molestar mi mente!

Han pasado tres días desde que estuve en la oficina de Raymond, solo he ido a las reuniones de manera formal, hago mi trabajo, hablo de los proyectos y vuelvo a mi oficina. Roger ha notado que estoy molesta con él, sabe perfectamente que hasta que se me pase, no puede intentar llegar a mí.

Desde que era más joven lo sabe, es por eso que me ha dado espacio y solo me saluda.

Mi hermana me ha llamado, los niños piden una salida con tía Leslie, pero he estado muy ocupada para hacerlo, pero pronto debo cumplir con ellos. También merezco un descanso, y pasar una tarde con mis sobrinos me llenan por completo de una buena energía.

Vi a Laura hace dos días, tomamos un café donde Loretto, me habló de los niños y André, hasta me invitó a cenar con ellos el fin de semana. Gratamente acepté, amo mucho a su familia. Son unas personas tan amables y divertidas, sus hijos son preciosos y su marido mucho más.

Saludo a Rose, la señora de recepción, Lola me comentó que ella tiene muchos años en la empresa. Siempre es amable cuando la saludo.

Le doy al botón del ascensor para subir a mi oficina, acomodo la carpeta con varios informes dentro que llevo en las manos; escribo un mensaje a Owen, él inmediatamente me llama. Contesto, sonrío al escuchar su voz.

—Hola, cariño —me dice, su voz se escucha cansada.

—Owewe —saludo con dulzura—. ¿Aún en el trabajo?

—Sí, sabes que el jefe quiere que trabaje hasta tarde, y hago todo por ascender.

—Entiendo, lo estás haciendo bien.

Las puertas del elevador se están cerrando, pero no lo hacen, alguien ha metido la mano para detenerlas, éstas vuelven a abrirse. Miro quién lo ha hecho y trago de forma amarga.

Raymond.

—Buenos días —emite con un tono ronco mañanero. ¡Baja bragas! ¡Lo odio!

—Buenos días —saludo de vuelta con cortesía.

—Les —me llama Owen del otro lado de la llamada.

—Aquí estoy, cariño. —Miro a Raymond, él ha fruncido su ceño de pronto—. ¿Has visto a Marce?

—No, no la he visto. Sabes que no nos llevamos muy bien, más alejado de ella, mucho mejor.

—¿Por qué no? Marce es súper genial.

¿Desde cuándo no se llevan bien? Yo deje a todos siendo amigos en Londres.

—No me cae bien —dicta sin decir más—. Cuéntame, ¿no hay hombres tratando de conquistar a mi hermosa novia? Si los hay, voy directo a comprar un vuelvo a América.

Me río por lo bajo.

—No serías capaz —bromeo diciéndole.

—¡Claro que sí!

Me vuelvo a reír.

Raymond carraspea, veo que quiere decirme algo, pero lo ignoro. Sigo hablando con Owen, pero él termina la llamada antes de que el ascensor se estacione en el duodécimo piso de la empresa.

—Tu noviecito —comenta Raymond con ironía.

—Sí, mi querido novio.

—Interesante.

Cuando vamos a salir, lo hacemos al mismo tiempo, como si quisiéramos huir del lugar. Pero al hacerlo, nos tropezamos y los papeles que ambos teníamos en nuestras manos se caen. Nos agachamos a la misma vez, haciendo que nuestras narices se rocen y estemos tan cerca que cualquier movimiento haría que nos besáramos.

Trago en seco, sus ojos se ven muy azules, los estoy mirando tan cerca que destello un poco de verde en ellos, como si fueran pequeños rasguños de color en su iris. Él no deja de mirar desde mis ojos hasta mis labios, traga saliva y respira forzadamente.

—¿Los ayudo? —pregunta una sus asistentes, interrumpiendo el momento. Lo cual agradezco demasiado.

Busco mi carpeta, acomodo mis papeles y me levanto, diciendo “buenos días” y caminando hasta mi oficina.

Mi corazón late muy rápido.

¡Deja de afectarme, Butler!

Veo como la puerta de mi oficina se abre, Raymond entra como perro por su casa, sin anunciarse ni avisar que venía; mi asistente está detrás de él, me mira con una disculpa, le digo que lo deje pasar.

¿Él no entiende que debemos trabajar y que no quiero hablar con él? Intento mil formas de no mirarle, de intentar concentrarme en el informe que Roger me ha enviado más temprano, pero es imposible. Siento que su mirada quema por todo mi cuerpo.

—¿No tienes trabajo que hacer, Raymond? —pregunto con molestia, sin dejar de mirar la hoja del informe.

—Sí, pero quería pasar por aquí para ver si la gurú de negocios necesita alguna ayuda.

Alzo mi vista para escudriñarle. ¿Gurú de negocios? ¿Desde cuándo me llama así?

Me acomodo el mechón de cabello que estaba puesto detrás de mi oreja. Lamo mis labios, dándole una mala mirada. Sus ojos se han ido hacia mi boca cuando hice el gesto de los labios.

—No necesito tu ayuda, tío Raymond —insinúo solo para molestarle—. Perfectamente puedo preguntarle a Roger.

Veo como tensa su mandíbula, da un respiro profundo y saca las manos que estaban dentro los bolsillos de su americana.

—¿Qué intentas al llamarme «tío»? —Se va acercando a mi escritorio. Me levanto para ir por una taza de café instantáneo. Siento su mirada detrás de mí.

—No intento nada, querido tío. —Me hago la desentendida, mientras vierto el agua caliente en la taza y el sobre de café—. ¿Quieres uno? No puedo ser descortés.

Me volteo para mirarle, él me ve con ojos entrecerrados.

—Sabes perfectamente que no soy tu tío, Leslie. Te lo he dicho muchas veces y te encanta seguir haciéndolo —replica.

Resoplo con diversión.

—¿Por qué te enojas cuando te llamo así? —Una sonrisa socarrona se dibuja en mi rostro —. ¿Te hace sentir viejo?

Raymond se comienza a aproximar, eso hace que mi sistema de alarma empiece a sonar en mi interior. Alerta roja.

Intento no demostrar ningún ápice de nerviosismo.

Hazte la dura, Leslie Walts.

Es muy difícil no hacerlo teniéndolo a él muy cerca.

—Porque me cabrea que juegues con eso, cuando sabes que no lo soy —responde muy cerca de mi rostro—. Además, no me ves de esa manera y, te lo voy a demostrar.

—¿Qué? —trato de preguntar, pero mis palabras se quedan atascadas en mi garganta.

Mi cuerpo se ha quedado sin aliento, ningún músculo se mueve. Sus manos están sobre mi rostro y su boca junto a la mía.

Raymond Butler me está besando.

¿Me están jodiendo?

Me toma de sorpresa, sus labios capturan los míos, cubriéndolos por completo. Su tibieza se siente tan bien. Mi cuerpo comienza a reaccionar y lo primero que hace es seguirle el beso. ¿Por qué no se aleja?

El castaño mueve sus labios con suavidad, pero en algunos momentos lo hace con fiereza, intentando que yo abra mi boca para poder dejarle entrar. Cuando mordisquea mi labio inferior, inmediatamente mi boca hace lo que quiere, dejando que su lengua entre y haga estragos en mí. Movimientos lentos, otros rápidos; es un juego sin parar.

Reacciona, Leslie. ¡Demonios, aléjate!

Mis manos se han posado sobre sus hombros, siguiéndole el beso que no debería seguir. Sintiendo tantas cosas a la vez. Pienso en esos años en que él no me habló, que me rechazó y ni siquiera intentó mencionar lo sucedido. La molestia vuelve a mí, pero lo que me hace reaccionar es la imagen de Owen que llega a mi mente, haciéndome apartar bruscamente de él.

Niego varias veces con mi cabeza.

—¿Qué demonios estás haciendo, Raymond? —inquiero con un ligero tono de voz. ¡Su beso me ha afectado! ¡Joder!

Él se queda sin habla. Mira hacia el suelo, tocando sus labios... Cuando levanta su mirada para unirla con la mía, veo confusión en sus ojos, pero está mezclada con... ¿Deseo?

Veo que intenta hablar, pero no emite ninguna palabra.

—¡Tú no puedes estar haciendo esto! ¡No! —Me desespero y comienzo a caminar por la oficina. Molesta con él, conmigo misma—. ¡Tú nunca me llamaste, Raymond! Nunca escribiste ni preguntaste como estaba. Tú... me olvidaste. ¿Qué demonios?

Él levanta la mirada, ahora con molestia. Sus cejas están fruncidas y su mirada más azul

que el agua del mar en la noche.

—Eso no es cierto, Leslie—contraataca, acercándose a mí.

—¡Claro que lo es! Ni por el cariño que me tenías cuando era una niña te preocupaste por mí. ¡Cinco años!

Él se acerca tanto, que nuestras respiraciones se mezclan. Me mira fijamente. Veo que quiere decir algo, pero duda mucho en hacerlo. Hasta que veo que sus muros descienden y comienza a hablar:

—Unos días después al día que te fuiste y me diste ese beso, amanecí tan empalmado por ti que terminé haciéndome una paja, ¡pensando en ti! —confiesa, eso me deja helada—. Y me asusté, me cabreé conmigo mismo. Porque contigo no podía hacer lo que hacía con las demás mujeres, a ti no te podía conquistar.

—Porque... ¿Era una jovencita muchos años menos que tú?

—Porque eras Leslie, la hermanita de Lola. Y te quería mucho como para joderlo.

Sus palabras me han dejado sin habla.

—No quería hacerte daño, Leslie —termina de decir.

Mi respiración es acelerada, todo mi cuerpo está enfurecido.

—¿Y por eso fue que me dejaste de hablar por cinco años? Te entiendo un año o... tal vez, meses. ¡Pero joder! ¿Nunca te preguntaste por mí?

—Leslie... no podía. —Eso no me dice mucho.

Niego. —Vete de mi oficina.

Él alza sus manos en rendición.

—No debí decirte nada... ni haberte besado. Lo siento.

Meneo de nuevo mi cabeza.

—No quiero hablar contigo en estos momentos, vete.

Raymond intenta acercarse de nuevo, pero niego con mi cabeza.

—Si no te vas tú, me voy yo.

Bufo molesta, dando media vuelta y yéndome de mi oficina. Si sigo allí, voy a dejar toda la razón a un lado, y no, no volveré a caer. Ni porque me haya confesado lo que ocurrió hace años.

No puedo creerlo.

“Terminé haciéndome una paja pensando en ti”. ¡Joder!

Le doy al botón del ascensor, entro y marco planta baja, necesito salir de aquí por un rato.

Mi mente está completamente confundida.

Siempre quise saber su razón, y ahora que la sé, me siento extraña. No pensé que diría eso. Nunca lo esperé. ¡Por Dios!

Pienso en el beso... Llevo mis manos a mis labios. Aún siento su sabor dulce, la manera en cómo sus labios rozaban los míos, su lengua jugando con la mía.

Gruño molesta.

No debo estar pensando en otro hombre. No puedo engañar a Owen. Él es demasiado bueno como para hacerle esto. ¡Demonios!

Además, no voy a ser una de las conquistas del Casanova. ¿Por qué me besó? ¡Arg!

Estoy molesta por dos cosas: porque me haya besado sabiendo que tengo novio y porque sentí las idiotas mariposas que sentí cuando lo besé hace cinco años. También podemos agregar el hecho de que estoy jodidamente excitada por lo que dijo.

No voy a volver a atrás.

Él no merece ni mi atención.

Pero no puedo dejar de pensar en el beso.
¡Reacciona, Leslie Walts! No caigas otra vez. ¡No!

Capítulo IX

Leslie

—Enfócate en el saco de boxeo, Leslie —me digo a mí misma mientras golpeo a mi contrincante enfrente de mí.

Lo hago varias veces, para así tratar de evadir mis pensamientos y seguir con mi vida. Desde hace dos días no dejo de pensar en lo que ocurrió en mi oficina.

Ese beso no tuvo que haber sucedido.

La música del gimnasio cambia, empieza a escucharse una canción que pareciera que fuera a haber un combate. Miro a todos lados sin entender. Las personas comienzan a aglomerarse muy cerca del cuadrilátero central.

¿Habrá una pelea?

Me quito los guantes, agarro mi envase de agua junto con la toalla y me acerco a donde todas las personas están yendo.

—¿Qué ocurre? —pregunto a un chico a mi lado.

—Va a haber una pelea de exhibición.

Espero a ver quiénes serán los contrincantes, las personas cuchichean entre sí, la música sigue siendo fuerte; me estoy cansando de esperar. El instructor oficial de Pointless, Julio Martínez, un latino algo serio y estricto, se posiciona en el medio del cuadrilátero, nos da la bienvenida a una exhibición de boxeo para que las personas se entusiasmen con el deporte.

No hay nada bonito en darse golpes unos con otros. Pienso, aunque el ejercicio con boxeo me gusta, lo de darse golpes unos contra otros no.

—Hoy vamos a ver a uno de los entrenadores del gimnasio boxear con uno de los dueños del lugar. Pointless se enorgullece de tenerlos a todos aquí.

Enarco una ceja.

Él no puede ser... ¿Cierto?

—Démosle la bienvenida a Tyler Opper, uno de nuestros entrenadores estrellas, y a Raymond Butler, nuestro socio más importante.

El público silba, grita y vitorea a los participantes. Mis ojos y boca están abiertos a la par. Sin poder creer lo que está pasando.

¿Qué va a hacer Raymond? ¿Él sabe boxear de verdad?

Me comienzo a preocupar.

Está realmente loco.

Lo peor es que no puedo hacer nada. Es su decisión.

¡Demonios!

Los participantes se saludan entre sí, luego a los demás. Raymond lleva puesto sus guantes de color negro, le colocan el casco y el disco de protección en la boca. Está sin camisa, su musculoso cuerpo reluce muy bien, su abdomen y pectorales marcados lucen como una tableta de chocolate.

Lleva pantaloncillos de deporte de color negro y amarillo.

Él no sabe que estoy aquí, y es mejor, no quiero hablar con él sobre lo sucedido.

Roger está en un viaje de negocios junto con Lola, los niños están quedándose en casa de sus abuelos paternos. A pesar de que hemos quedado Raymond y yo dirigiendo la empresa,

ninguno ha planteado una reunión para hablar sobre negocios. Intento hacerlo con Roger para evitar hablar con su hermano.

La campana de boxeo suena y la contienda empieza. Ambos jugadores se pasean por el cuadrilátero, intentando estudiar su primer movimiento. Raymond mira a su contrincante con seriedad, muy dispuesto a ganar. Se balancea de un lado a otro, el primer golpe llega del entrenador Tyler, un grito se me sale cuando veo que ha golpeado a Raymond en el estómago.

Él se recompone, respira hondo y se pone en posición de ataque, golpea varias veces al entrenador, usando técnicas que todos podemos visualizar.

Pasan los minutos correspondientes, en los cuales no he respirado de solo pensar que golpeen muy fuerte a Raymond. Julio vuelve a hablar por micrófono, acordando que Butler ha ganado por tener más puntos y mejor técnica de boxeo, lo cual me sorprende porque su contrincante es entrenador del lugar, debió haber ganado.

Ellos se saludan por última vez, chocan puños y sonríen para una foto que una chica les está tomando.

Poco a poco las personas se van dispersando para seguir con sus entrenamientos. No me muevo de mi posición, estoy un poco alejada del cuadrilátero; veo que Ray mira a todos lados, como si estuviera buscando a alguien, lo hace hasta que sus ojos colisionan con los míos.

No nos habíamos visto desde hace dos días.

Desde que nos besamos.

Desde que él confesó cómo se sintió hace cinco años. Aún no puedo creer lo que dijo.

Él baja del cuadrilátero, quejándose por algo, camina con soltura hasta donde estoy. Trago saliva cuando miro su abdomen sudoroso, pero me asusto al verle una pequeña cortada en su hombro.

Acorto nuestra distancia, él se sorprende de que lo hiciera, lo noto en su mirada.

—Tienes sangre —exclamo con preocupación, sin saludarle.

Él me mira sin entender.

Señalo en dónde tiene el pequeño corte.

—Te han cortado, ¿no te duele?

—Me ha dolido más tu indiferencia todos estos días a esto, Leslie —responde sin titubeos. Me asombro por sus palabras—. No, no me duele. Arde, pero no tanto. Estaré bien, tampoco me estoy desangrando.

Niego con mi cabeza.

—Ven, vamos a mi casillero, tengo un bolsito con algunas cosas de primeros auxilios.

—¡Vaya!, una mujer preparada.

Eso me hace reír.

—Espero que no te estés burlando de mí, porque si no te golpearé más fuerte que Tyler.

Él enarca una de sus cejas con diversión.

—Quisiera ver eso —insinúa con una sonrisa socarrona en sus labios.

Ruedo mis ojos.

—Vamos antes de que se infecte.

Raymond se me queda mirando, pero quitó el contacto de sus ojos conmigo cuando comienzo a caminar. Siento su presencia detrás de mí. Al llegar a mi casillero, lo abro con rapidez, lo que hace que sin querer me corte con un pequeño alambre que había en la puerta. Me quejo, pero no le doy importancia.

Saco las cosas del bolsito; el algodón, una botella de alcohol, una crema y curitas adhesivas.

Veo que el hombre a mi lado no deja de sonreír.

—¿Qué? —pregunto, quejándome.

Él niega.

Vuelvo a preguntar.

—Curitas con ositos, qué lindo.

Pongo los ojos en blanco.

—Eran las únicas que había en el negocio al que fui —replico, colocando alcohol en el algodón y posicionándolo en la piel de Raymond, quien se queja por el contacto—. ¿Duele?

Hace un sonido negando.

—Limpiamos, te aplico una crema que tengo y colocamos la curita —le explico.

—Parece que fueras experta en esto.

—Cuando pequeña me caía mucho, aprendí a hacerlo... Cuando bailaba, tú sabes.

—¿En pasado? ¿Ya no lo haces?

¿Por qué estamos hablando tan a la ligera sin pensar en lo que pasó hace dos días?

Me quedo en silencio, mirando su herida, terminando de curarla.

—¿Ya no bailas, Leslie? —En su voz hay curiosidad, alzo mi vista por un momento y él luce un poco consternado.

—No, ya no. —Es lo único que digo antes de colocar la cura sobre su corte. Intento acomodar las cosas que he utilizado, pero él toma el algodón y el alcohol, hace lo mismo que hice hace un momento, pero me sorprendo cuando toma mi mano, busca uno de mis dedos y presiona el algodón en uno de ellos.

Me quejo por el ardor que he sentido.

—Ahora es mi turno de curarte, te cortaste al abrir el casillero —dice con una mirada tan profunda, que me hace sentir cosquillas en todo el cuerpo. Limpia con cuidado el rasguño que me hice con el alambre, coloca una curita con osos sobre mi dedo, y sin pena, da un pequeño beso sobre él, haciéndome dejar de respirar.

Lo miro sin entender, abrumada por lo que ha hecho.

—Eres muy hermosa, Leslie Walts —me halaga con un susurro ronco—. Muy hermosa.

Me quedo mirándole hasta que mi cuerpo empieza a reaccionar y me muevo, intentando separarme de él, recojo las cosas que usamos, hago a un lado lo que debo botar en la basura.

Miro de nuevo a Raymond, él ladea una sonrisa muy seductora.

—Es tan difícil verte como la pequeña Leslie, con ese cuerpo, ese rostro y esa boca tan provocativa —murmura, viendo mis labios como si fueran su desayuno de esta mañana.

—Deja de verme así, Raymond.

—¿Cómo te estoy mirando? —Lame sus labios, haciendo que los mire por un segundo.

—De la manera en que lo haces —respondo, dándome la vuelta para tomar mis cosas y cerrar el casillero.

Es hora de irme.

—Tienes que decirme cómo.

Estoy a punto de decirle que deje de verme con deseo y algo más. Me está desequilibrando.

Pero nos interrumpen.

El socio de Raymond lo saluda, le pregunta cómo se siente y lo felicita por su buen desempeño en el cuadrilátero.

Es mi momento de salir de aquí. Camino sin despedirme ni mirar atrás. Inesperadamente siento cómo una mano toma la mía y me hace girar, me asombro al momento, pero identifico a la

persona que me toca.

—Gracias —dice con una sonrisa, me quedo sin pestañear—, por lo que hiciste.

Meneo mi cabeza.

—No hay de qué. —No sé qué más decir, su mano sigue tomando la mía y su sonrisa me está haciendo sentir nerviosa.

Necesito dejar que me afecte. No puede ser posible que cada vez que él se acerque me sienta como la niña enamorada de hace años. Soy una mujer, es momento de actuar como una. Debo hacerle frente, recordar que tengo un novio en Londres esperando por mí, que me quiere y me aprecia cómo soy, que me respeta y nunca ha jugado conmigo.

Cuando voy a alejarme de él, se acerca y besa mi frente como la otra vez, pero esta vez es de manera rápida. Luego de hacerlo, me sonríe y se va hacia donde se encuentra su socio.

Suelto un suspiro cuando me volteo, dándoles la espalda.

Eso ha sido... dulce.

Roger ha convocado a una reunión de emergencia dentro de cinco minutos, estoy terminando de hablar con nuestro encargado en el negocio de Turquía, Senegan me informa que el proyecto ha comenzado con éxito, dentro de tres meses estará listo si se hace todo al pie de la letra. Finalizo la llamada, pidiéndole que me siga informando cada paso en Estambul.

Arreglo mi escritorio, busco mi teléfono y salgo de la oficina, rumbo a la de mi cuñado. Carol me detiene un momento para decirme que saldrá a Life’s por cafés, le doy la aprobatoria y pido un trozo de pastel de chocolate, que le diga a Loretto que me dé el mejor pastel. Ella se ríe, asiente y camina al ascensor.

Les doy un asentimiento a las asistentes de los Butler y toco la puerta antes de entrar a la oficina de Roger; el hombre se ve desquiciado, no para de caminar de un lado al otro. La puerta se abre de nuevo, entra Raymond también con cara de preocupación.

—Vale, ¿qué está ocurriendo? —les pregunto al ver que Raymond se sienta en uno de los muebles de la oficina, sin saludar ni mirarme.

—Hay un problema en Londres —responde, haciendo que mis alarmas también empiecen a sonar—. Tenemos un problema con dos empresas, han dejado de trabajar con nosotros, haciendo parar los negocios que teníamos.

—¿Cuáles negocios? ¿Cuáles empresas? ¿Por qué finalizaron nuestro consenso? —Me aproximo a su escritorio, cruzo mis brazos sobre mi pecho y lo miro detalladamente mientras frunzo mi ceño.

—Leslie, necesito que vayas a Londres unos días, intenta arreglar lo que ocurre allá, no confío mucho en Yeater, me haces falta en esa sucursal, pero también eres importante y pieza clave aquí —dice Roger, sin responderme lo que le he preguntado.

—Está bien, me voy a Londres.

—No puedo acompañarte, tengo el viaje a Los Ángeles, sabes que no puedo faltar.

—Voy con ella. —Escucho decir a Raymond detrás de mí, volteo mi cabeza para mirarle, él sigue sentado en el mueble, con su tobillo puesto sobre la rodilla contralateral de su pierna.

—¡Perfecto! —exclama mi cuñado—. Necesito que se vayan esta noche, usen el jet privado, puedo irme en un vuelo comercial.

—Está bien —digo, él asiente.

—Sé que tú mejorarás todo, eres mi mano derecha. —Las palabras de Roger me hace esbozar una pequeña sonrisa.

—¿Qué hay de mí? —Se queja su hermano.

Roro pone los ojos en blanco.

—Tú lo eres aquí —responde, dándome un guiño—. Menos mal que Robert no está en esta empresa, sería un dolor el trasero como Ray.

Me río por lo bajo.

Su hermano mayor me cae bien, aunque tengo un par de años sin verle. Él muy poco se la pasa con sus hermanos.

—Cuenta conmigo, lo solucionaremos —le aseguro—. Ahora me iré a casa, debo arreglar mis cosas antes del vuelo. Me envías con tu asistente lo referente al viaje.

El castaño asiente, empieza a llamar a su asistente, me despido de él.

—Nos vamos a Londres, hermosa —susurra Raymond al acercarse a mí antes de salir—. Nos vamos a divertir.

Lo miro, enarcando una ceja.

—Vamos a trabajar —recalco.

—Trabajar a veces es divertido, ¿no crees? —inquiere con una sonrisa burlona.

—Por supuesto. —Es lo que digo antes de salir de la oficina.

¿Que empiece la diversión londinense?

Sonrío al recordar que volveré a casa por unos días, veré a Owen y a Marcela.

¡Vamos por ello!

Hemos llegado hace tres horas a Londres luego de un viaje de nueve horas, aunque dormí en el avión, me siento cansada. Raymond me habló de vez en cuando, y la mayoría del tiempo fue sobre trabajo. En una ocasión pregunté sobre las niñas y me dijo que estaban bien, pero que Mayra las sigue teniendo en Miami. Se nota su frustración en su rostro, también dolor de no poder verlas. Ella ha intentado mucho no dejar que las vea.

Le pregunté si él podía ir a Miami y dijo que lo haría esta semana, pero que tuvo que venir conmigo por trabajo.

—Esto será solo hoy o mañana, puedes irte pasado mañana e ir a verlas. —Fue lo que le dije en ese momento. Él solo asintió y dejó el tema hasta allí. Noté que no quería hablar sobre ello, entendí su indirecta petición y le dije que iba a dormir.

Al llegar al hotel y hacer check-in, cada uno se fue a su habitación correspondiente. No quería quedarme aquí, tengo mi propio apartamento en la ciudad, es absurdo pagar por una noche o dos en este hotel, pero él insistió en que no podía dejarle solo y rodé los ojos, pero acepté venir para acompañarle. Al final y al cabo somos compañeros de trabajo.

Además, donde nos estamos hospedando queda a cinco minutos de London Sunshine, mi apartamento está a veinte minutos sin tanto tráfico. Quería tomar una ducha rápida renovadora de energías e ir a la empresa para arreglar el problema cuanto antes.

Mientras él conducía el auto alquilado que pidió a la empresa, le envié un mensaje a Marcela, diciéndole que estaba en Londres y quería que nos viéramos en alguna cafetería cercana al hotel. Cuando entré a la empresa, volví a ver mi teléfono, pero ella aún no había contestado.

No quise escribirle a Owen, quiero sorprenderlo.

—Creo que necesito otra taza de café —mascullo al entrar al ascensor con Raymond a mi lado.

—Te has bebido dos, estarás hipereléctrica dentro de media hora.

—Perfecto, mis ideas son mejores —replico con una sonrisa con suficiencia, él alza sus cejas mofándose de mí.

Hoy nos hemos llevado bien, ninguno ha mencionado lo ocurrido hace días, ni él ha intentado seducirme o dicho cosas de más. Lo cual agradezco, tengo suficiente con el problema de Sunshine para estar lidiando con él.

Esta vez somos compañeros de trabajo con una misión: resolver el problema de London Sunshine.

Más nada.

Elijo el piso donde trabaja Owen.

—¿No vamos a presidencia? —interroga Raymond.

—Sí, pero pasaré a saludar a mi novio primero, será rápido —contesto, mirando el tablero con los números de los pisos—. Trabaja aquí.

—Qué bien. —Su tono de voz suena con sarcasmo—. Entonces te acompaño, quiero conocer al perfecto Owewe.

Volteo incrédula a lo que ha dicho. Enarco una ceja en su dirección.

—¿Perfecto Owewe?

Él se ríe, saliendo en el piso indicado, me espera fuera del ascensor, pregunta a qué oficina debemos tocar la puerta. Lo ignoro, no quiero discutir, estoy emocionada por ver a Owen. Tenemos dos meses sin estar juntos en la misma ciudad.

Abro la puerta de la oficina sin tocar, él siempre está allí, tiene una oficina para él solo.

—¡Sorpresa! —expreso con felicidad, pero mi sonrisa se pierde dentro de la ira que va corriendo como pólvora sobre mi cuerpo.

¿Qué demonios?

—¿Qué carajos pasa aquí? —intento preguntar, pero el cabreo en mi cuerpo no me deja hablar correctamente.

La escena frente a nosotros es de página porno de baja calidad, mi novio está dando embistes a una mujer pelirroja que no soy yo. En el momento de mi grito, el hombre giró como si hubiese escuchado a un fantasma hablarle. Está pálido, su miembro está al desnudo, sus pantalones abajo y la mujer está en posición de perrito.

—¿Le...Leslie? —La voz de Owen se escucha con demasiado nerviosismo.

—¡¿Qué demonios, Owen?! —exclamo con fuerza, pero intento controlarme, no es lugar para una escena. ¡Mierda! El hombre que creía el mejor novio del mundo me está engañando con una pelirroja de pelo teñido.

—Lo puedo explicar...

—¿Qué vas a estar explicando? ¡Por Dios! No hay ninguna explicación. La única explicación aquí es que ¡eres un maldito desgraciado! —Intento llegar a él para darle una bofetada, pero la mujer se interpone, mostrando sus tetas al aire.

Me hierve la sangre.

—No lo toques, como puedes ver, me prefiere a mí. ¿No ves que solo te usó para subir de rango? —La pelirroja me mira de arriba abajo—. Así que tú eres la fulana jefa de Sunshine que tanto aclaman.

—Cállate que el problema no es contigo, es con él. —La hago a un lado, el descarado de Owen la aleja de mí y le dice que no se meta—. Así que querías subir de rango, ¡vaya!

El rostro de Owen parece cambiar de un momento a otro, su mirada no es la misma.

Ha dejado de fingir.

—Eras un buen trampolín —responde sin censura, sonriendo con orgullo. Ya se ha

arreglado el pantalón.

No puedo creerlo.

—Vete al diablo, Owen Heckins. —Le doy la bofetada que tanto quería darle desde que entré a esta inmunda oficina.

Me doy la vuelta, dispuesta a salir, miro al hombre de ojos azules que tiene su rostro rojizo de molestia, su mandíbula tensa y ceño fruncido. No recordaba que Raymond estaba detrás de mí. ¡Ha presenciado todo esto! ¡Qué bochorno!

—Vámonos —le digo al pasarle por un lado.

—Leslie. —Me llama Owen. Lo ignoro, no le daré importancia. Nunca más.

Siempre lo defendí, creí cada palabra que decía... Todo era una estúpida mentira. ¡Los hombres no sirven!

El grito ahogado de la pelirroja llega a mis oídos, me volteo para ver qué ha ocurrido. Me sorprendo cuando veo a Owen en el suelo, con sangre en su labio inferior. Lo próximo que veo es a Raymond, sobando su mano y diciéndole algunas cosas a mi, ahora, exnovio.

—Que no se te ocurra volver a hablarle ni a contactarla en tu puta vida, ¿me oíste? Eres un parásito, imbécil.

Owen escupe sangre.

—¿Quién carajos eres tú? —Reclama como si tuviera alguna razón para preguntar.

—¡No es de tu incumbencia! —le grito, tomo la mano de Raymond y nos hago salir de allí.

Es la última vez que lo veré. ¡Qué idiota!

Le doy al botón del ascensor, directo al piso de presidencia.

—Leslie, no es necesario, tú puedes... —intenta decir Raymond.

Siento un apretón en mi mano, no me había dado cuenta que seguía tomando la suya. La suelto, alejándome de él.

Niego sin hablar mucho.

—Vine a trabajar, entonces eso haré.

Él se me queda mirando por un momento, lame sus labios y asiente. Dándome espacio, lo cual estoy agradecida de que lo haga.

Estoy jodidamente enojada.

La reunión ha terminado, pregunté sobre lo que está ocurriendo con las empresas, di mis opiniones acerca de la situación, intenté plantear algunas soluciones que se deben hablar en otra reunión con mayor énfasis; mis jefes de aquí tenían en sus rostros una mezcla de alivio, pero de molestia por tenerme aquí. Poco se habla de su incompetencia para no dejar que las empresas finalizaran sus contratos con nosotros.

No pude evitar pensar en la escena porno que estaba protagonizando mi exnovio, la imagen de él tirándose a otra mujer no salía de mi mente en otra la reunión. ¡Puaj! Intentaba mucho controlarme y no lanzar todos los papeles al aire con la furia que siento.

Expuse cada punto en que Roger y yo discutimos que era crucial para solventar esta problemática; evadí mi vista a Raymond para no pensar en que puede estar pensando que soy una estúpida por creer que mi novio era el chico perfecto, que le creía cada cuento, y lo hacía un santo. ¡Por Dios! ¡Estaba fornicando con otra mujer! Y luego venía con su cara bien lavada a decirme que me quería y que no esperaba el momento para vernos. ¡Me engañó! ¡Me usó!

La sangre me hierve, siento que cada músculo de mi cuerpo está tenso; trato de disimular

mi molestia con sonrisas que no llegan a mis ojos, solo por cortesía lo hago. Tenía dos meses sin estar en Londres, sin estar en esta empresa.

—Deberías de no fruncir mucho el entrecejo, te saldrán arrugas muy joven. —Escucho la voz susurrada por Raymond muy cerca de mi oído. Mi cuerpo se eriza al sentir su aliento en mi oreja—. Salgamos de aquí.

—Debo hablar con Yeater, mi jefe aquí—explico, dándome la vuelta. Mal hecho, nuestras narices están muy cerca.

Miro sus ojos azules, tan bonitos como siempre.

—Odio verte enojada, aunque tus ojos están un poco turbios, ¿quieres llorar? —Él habla muy bajo, para que no nos escuchen.

—Yo no lloro, Raymond. No lo hago con gente que no merece una lágrima de mí.

Las veces en que lloro son por mi familia; por mis padres, por sentirme sola. No por un idiota que quiso aprovecharse de mí. Lloro por gente que me importa, y Owen Heckins dejó de hacerlo en el momento en que abrí la puerta de su oficina.

—Iré a mi próxima reunión, si quieres, vete al hotel o da una vuelta por la ciudad, por lo que cuentan, has venido antes.

Raymond tensa su mandíbula, entrecierra sus ojos y traga saliva. Observo cada movimiento antes de irme.

—Estoy contigo, Les.

—No necesito tu compasión —digo sin más, caminando hacia el ascensor para ir hasta la oficina de mis superiores, ya no soy la vicepresidenta de London Sunshine, aunque soy una pieza clave en la empresa, ahora hay otra persona en mi puesto, solo por los meses que me faltan estar en Seattle.

Falta poco para volver a donde pertenezco.

Al salir de la reunión, siento que mi cuerpo sigue estando tenso. Tengo un dolor de cabeza ligeramente latente desde hace una hora. Estoy cansada, necesito ir a mi apartamento y descansar, no quiero ir al hotel.

Espero que Marcy lo haya limpiado como le pedí, al menos, un arreglo en estos meses. Tal vez debería llamarla y decirle lo ocurrido. Mi cabeza está hecha un lío que no quiero hacer nada al mismo tiempo.

Camino por el pasillo hacia el ascensor, es tarde, casi las siete de la noche. Ha sido un día completamente jodido. De pies a cabeza.

Hago masajes en mi sien, intentando aliviar el dolor de cabeza. Me detengo cuando escucho la voz de Raymond detrás de mí.

—¿Te vas sin mí?

Volteo para mirarle con interrogación. ¿Qué hace aquí?

—¿Qué haces aquí? —pregunto, mirando hacia los lados. El piso de presidencia está solitario.

—Eres mi compañera de viaje, no te puedo dejar sola. Venimos juntos.

Alzo una de mis cejas.

—¿El Casanova de Seattle ha llegado a Londres y no se va de caza?

—Tengo mejores cosas que hacer —contesta con seriedad, pasando a mi lado y presionando el botón del elevador.

—¿Cómo cuáles? Si se puede saber... —inquiero detrás de él.

—Estar contigo —responde, girándose para verme—. No te voy a dejar sola, Leslie.

—Estoy bien, Raymond. Estoy dolida y molesta, pero no significa que acabaré con mi

vida, ¿vale?

—No juegues con eso.

Suspiro.

—Lo siento, pero es así como son las cosas. Estoy cabreada, molesta conmigo misma por creer que él era...

—¿Un santo? —Bufa—. No lo parecía mientras tenía a aquella pelirroja en cuatro.

Si las miradas mataran, Raymond Butler estaría muerto ahora mismo. Lo escudriño por completo, dándole una mirada que quemaría todos sus huesos.

—Vale, me pasé, lo siento. Al menos terminó con un buen moretón en el rostro para que respete.

—No debiste haber hecho eso, puede demandarte por agresión.

El ascensor llegar a nuestro piso, el hombre a mi lado me invita a pasar primero, lo hago y él entra después.

—Que lo haga, no le tengo miedo —dice, mirando sus nudillos golpeados.

Meneo mi cabeza en negación.

—Sé que podías defenderte sola, tienes todas las agallas para hacerlo —comienza a decir —, pero estaba enfurecido en que te estuvieran engañando.

Miro hacia suelo, pero luego levanto mi rostro para verle.

—Así se sintieron muchas chicas porque tú las dejabas al otro día: engañadas.

Él niega.

—Ellas sabían lo que hacían, pero...—Hace una pausa—. Sí, también fui un patán hace años. Y muchas de las cosas que hice en ese entonces me arrepiento de haberlas hecho. Era muy inmaduro, pero la gente cambia. Crece y se da cuenta de los errores que comete.

En estos momentos estoy viendo un lado de Raymond que nunca había visto antes, esta parte madura que acepta sus errores no la había conocido. Él se escucha tan serio en lo que habla. No miente. No evade el momento. Él está siendo sincero.

¿Ya no existe el Casanova de hace años?

El sonido del ascensor suena en el lugar, anunciando que hemos llegado al subterráneo dónde está el estacionamiento de la empresa.

Raymond sale, buscando el auto que estamos usando, camino detrás de él. Veo como desactiva la alarma y abre la puerta del copiloto para mí. Asiento para agradecer, entrando en el mismo e inspirando el aire dentro; huele a él mezclado con un poco de cuero.

—Vayamos a comer, tú eres la chica que vive en esta ciudad, dime a dónde vamos.

Me quedo pensando por un segundo, mirándole, tratando de descifrar quién es el hombre frente a mí.

En este momento no me importan los trece años de diferencia que me lleva, ni lo que ocurrió hace cinco años; estoy tratando de darnos una oportunidad de conocernos por primera vez, de una manera diferente. Somos adultos. Podemos hablar civilizadamente.

—Vamos a mi apartamento.

Él no cree lo que he dicho, sus ojos se han abierto un poco.

—Pedimos comida a domicilio, no quiero ir a un restaurante —termino de decir.

Butler se ríe.

—Hace años, la comida chatarra era mi preferida porque no sabía cocinar y me daba flojera hacerlo, pero como soy un padre responsable y genial, aprendí a hacerlo. No soy un chef profesional, pero me defiendo.

—Entonces, ¿quieres cocinar? ¿No estás cansado?

Ladea su cabeza, apoyándola sobre el asiento. Alza su mano y empieza a contar con sus dedos.

—Te esperé tres horas sentado afuera de la oficina de tu jefe, viajamos desde muy temprano, vi una escena de película porno barata en vivo, me aguanté tu cara de malhumor toda la reunión...—Deja de contar para mirarme—. Sí, algo, pero quiero hacerte sentir mejor, aunque sea probando mi horrible comida.

Eso me hace reír.

—No me vayas a envenenar, por favor —bromeo. Él también se ríe.

—Intentaré no hacerlo —responde, dándome un guiño antes de encender el auto y conducir en la dirección que le he dicho.

Aprecio que intente hacerme sentir mejor. A veces pienso que estoy empezando a conocer a Raymond, pero hay otras en que sale a relucir el hombre genial que siempre ha sido.

El amable, divertido y caballero.

Al menos con mi hermana y conmigo ha sido de esa manera.

Me acomodo en el asiento y disfruto del recorrido por la ciudad que me ha adoptado como suya en estos cinco años viviendo aquí.

Con un corazón lleno de sentimientos agridulces.

Le he dado la bienvenida a Raymond a mi casa londinense, todo está en su mismo sitio. Marcela sí ha venido a hacerle limpieza, lo cual agradezco mucho. Pienso en que no me ha contestado mi mensaje, no sé qué es de su vida. Tengo varios días sin poder hablar con ella.

El castaño se pasea por mi cocina intentando encontrar algo para cocinar, pero le digo que no hay insumos para hacerlo, lo que hace que pidamos comida por domicilio. Él promete cocinar alguna vez, para que así pueda probar su mala comida hecha con cariño. Desde que hemos entrado al auto no me ha preguntado sobre Owen, solo intenta hacerme sentir bien, me hace reír, pregunta por mi estadía aquí y cosas triviales.

Hace un rato le invité a beber una botella de vino que tenía guardada en una estantería, aceptó y ahora llevamos la mitad consumida. Me siento un poco achispada, con sentimientos encontrados. Aún muy molesta con Owen, conmigo misma, con haberle creído por tanto tiempo. Me siento usada, como si mis sentimientos no valieran. Como si yo no valiera.

Una vez más está ese sentimiento en que nadie me quiere...

Siempre creí que su amor o cariño era real.

Me duele más su traición, su jugada tan sucia para llegar a más arriba en la empresa, a que me haya engañado con otra mujer.

Bebo el trago de mi bebida con rapidez, sin dejar alguna gota en la copa. Raymond me mira con comprensión, dejando que me sienta como quiera, no me presiona. Solo me deja sentir.

—Esto es tan irreal, tú estando en mi apartamento —comento, mirándole con una sonrisa irónica.

—¿Por qué? —inquiere con curiosidad. Él está sentado en otro taburete del cimiento de la cocina. Hemos estado bebiendo desde hace media hora.

Me quedo en silencio.

—¿Por qué? —Me río—. Pensé tanto en ti aquí... Me preguntaba si me odiabas, si ya no me querías... Siempre pensaba en ti.

Mi filtro en este momento está silenciado, mis palabras fluyen como río sin caudal.

Que alguien me detenga, por favor.

—Leslie... —comienza a decir. Deja su copa a un lado.

Me levanto de mi taburete, acercándome a él. Raymond observa cada paso que doy.

—Fui un cobarde por no hablarte, un completo imbécil... Era un adulto y...

Mi próxima acción es callarle.

Callarle por un momento, la mejor forma de hacerlo es besándolo. Lo que he hecho sin ningún temor. Culpo al vino por eso.

Mis dos manos están posicionadas en ambas mejillas, atrayéndolo con fuerza hacia mi boca, tratando de saborearlo, de intentar calmar mi corazón que ha estado corriendo a miles de millas por él desde hace tantos años.

Lo que estoy haciendo está mal.

Me separo con brusquedad, sus ojos poco a poco se van abriendo, pasa sus dedos por sus labios y niega.

—Leslie, no hagas algo de lo que mañana te puedas arrepentir —dice con una tensa calma, lame sus labios, levantándose de su puesto. La diferencia de estatura es presente, lo que me hace subir mi vista para verle directamente a sus ojos.

—¿Y si tal vez no lo haga?

La mirada de Raymond es tan profunda como el agua del mar en una noche sin estrellas, oscura llena de deseo. Menea su cabeza en negación antes de atraerme a su cuerpo y posar sus labios con los míos, atrayéndonos a la burbuja de deseo que hemos creado desde que nos volvimos a ver; en este momento está estallando en todo su esplendor.

Ya no soy la pequeña Leslie, ahora puedo hacer con él lo que quiera. No tengo diecinueve años, soy una mujer hecha y derecha.

No hay prohibiciones esta vez.

Los labios de Raymond son demandantes, no hay calma en ellos. Mordisquea mi labio inferior, buscando que mi lengua se una a la suya para danzar en una hermosa melodía llena de desenfreno y deseo. Su mano derecha está localizada en mi cuello, tomándome con posesión, mientras que su otra mano está rodeando mi espalda, afianzando su agarre.

No hay espacio entre ambos.

No quiero que se aparte.

—No sé qué me pasa contigo, pero te deseo... Necesitaba decirlo. —La voz de Raymond es rasposa, me está volviendo loca.

—¿Qué estamos haciendo, Raymond? —pronuncio su nombre con un jadeo al momento en que su mano se cuela por debajo de mi vestido y siento sus dedos rozar mi trasero.

—Algo que está sumamente prohibido, pero adivina qué... —Nos dejamos de besar para mirarnos por un segundo. Sus pupilas están muy dilatadas, se nota demasiado por su color de ojos—. Me gusta mucho lo prohibido, Diablita. Esta vez no hay prohibiciones que valgan.

Capítulo X

Leslie

Nuestros cuerpos se atraen al otro como si ambos fuéramos imanes; Raymond tiene su mano dentro de mi vestido, alzándolo más para poder acariciar mi trasero a su antojo. Intento con dedos temblorosos desabrochar su camisa, él no deja de besar mi cuello, mordisquea varias veces, haciéndome jadear de placer. También hago mi trabajo, beso cada vez que puedo sus labios, su pecho descubierto, tan blanco como la leche y bien trabajado, acaricio, beso y lamo su piel. Él jadea muy cerca de mi oído lo que me enciende mucho más.

Lo que estamos haciendo es una locura, pero no quiero detenerme y sé que él tampoco quiere hacerlo.

Raymond me sube sobre su regazo, me aferro a su cuello, entrelazando mis brazos detrás de su nuca, me río cuando me da un apretón en uno de mis glúteos; él captura mi boca rápidamente en medio de la sonrisa, mordiendo mi labio inferior. Me dejo llevar, saboreándolo por completo. Sus labios son un manjar que desde hace cinco años quería volver a probar, ahora está mezclado con el sabor dulce del vino, más rico sabe.

Es bueno besando, sus besos son entre apasionados y suaves, me tienen en un vaivén.

Le indico donde es mi habitación, sus manos no dejan de acariciar mi trasero y piernas mientras hacemos el recorrido por el pasillo; ya no lleva puesta su camisa blanca, ahora muestra su abdomen bien ejercitado en Pointless. Nos seguimos besando hasta llegar a la punta de mi cama, él me sienta con cuidado en ella, le ayudo a desabrocharse el pantalón, pero antes de eso le doy una mirada de arriba abajo, él sonríe y niega.

—Les, si me sigues mirando de esa manera me harás entrar a ti más rápido. —Sus palabras me hacen tragar saliva, lamo mis labios y en el momento en que vuelvo a mirarlo fijamente, él toma mi mentón con su mano derecha y me besa con su lengua acariciando mis labios, un beso húmedo que hace que una corriente eléctrica traspase por todo mi cuerpo, haciendo que mi piel se erice.

—Hazlo, Raymond —digo con determinación al separarse—. Esta noche dejemos que el deseo se desborde entre nosotros. Somos adultos, hagámoslo.

—¿Qué ocurrirá mañana? —pregunta, acostándome mientras sube mi vestido por completo, alzo mis brazos para quitármelo. Él hace un recorrido desde la base de mi cuello hasta llegar a la mitad de mis pechos. Me arqueo cuando lame esa zona.

—No pensemos en el mañana... —respondo, atrayendo su boca a la mía de nuevo. ¡Demonios, qué buen sabor!

Mi lógica se esfumó esta noche y, hoy, no me importa.

—No quiero que con esto pienses que soy un Casanova, Leslie —vuelve a hablar Raymond.

Sus labios y lengua succionan el lóbulo de mi ojera, haciéndome gemir.

—No lo haré, ¿vale? ¡Demonios, Raymond! ¿Quieres hacerlo o no?

Lo encaro, él me mira con una determinación en sus ojos, por un momento pensé que me dejaría excitada y con ganas de tener sexo con él, pero cuando su mano se posa sobre mi mandíbula atrayéndome para un beso profundo, sé que esa es su respuesta.

Ninguno de los dos vuelve a hablar; quita mi sostén, lanzándolo para alguna parte de la

habitación, mis manos no salen de su cabello, luego se posicionan en su espalda mientras su boca hace estragos con mi cuerpo; succionando mis pezones, lamiendo cada parte de mi piel, lo araño algunas veces, pero él no se queja, más bien aumenta el ritmo de sus toques. Lo ayudo quitándole el pantalón, queda solo en un bóxer de color blanco; él admira mi cuerpo, pasa sus dedos en modo caricia por mis piernas, pasando por mi zona íntima y sigue subiendo por mi abdomen.

Cuando está por bajar mi braga, pregunta—: ¿Cómo te gusta, Diablita? ¿Duro o suave?

Suspiro de manera forzada, ¿en qué momento me empezó a llamar Diablita? Él no duda en quitarme la braga en un tirón.

—¿Esto se lo preguntas a todas? —inquiero, enarcando una de mis cejas. Me arqueo nuevamente cuando su boca se posiciona en mi clítoris, lamiendo y succionando al mismo tiempo. ¡Oh, sí!—. Enséñame lo mejor que tienes, Butler.

Siento que sonríe, ¿cómo interpreto su sonrisa? ¡Que haga conmigo lo que quiera! Será una sola vez en nuestras vidas, luego de este encuentro, no habrá más. Esto es una locura.

—Eres una diablita tentando al diablo, ¿eh?

Sus ojos irradian lujuria. Separa los labios, me besa en la boca y respira entrecortadamente al alejarse, me encanta mirarlo; Raymond teniendo sexo es el mismísimo dios griego. Te mira con una pasión que sientes que te quemará completamente.

Gimo cuando dos de sus dedos entran en mí, acariciando con suavidad de arriba abajo.

—¿Qué me estás haciendo, Leslie Walts? —Su mandíbula se tensa cuando toco su rostro con mi mano, acaricio y lo beso.

—No pensemos, Raymond. Porque, por donde se vea, esto está mal. ¡A la mierda todo! ¿No crees?

—Sí que eres una diabla —asegura.

Sonrío ante sus palabras, me encanta tener un efecto en él. De un momento a otro, le hago voltearse, quedando debajo de mí, me siento con cuidado, incitándole. Veo como cierra sus ojos con placer.

—Tengo condones —informo, estirándome hacia la mesa de noche a lado de la cama, él gime cuando me muevo. Tomo un preservativo y se lo muestro—. ¿Te lo pongo? —pregunto con seducción.

—Así que sabes hacerlo...

—Sé hacer muchas cosas, Raymond —respondo, dándole un guiño.

Hago lo necesario abriendo el paquete, pero lo dejo a un lado de la cama un momento, agarro su miembro y lo acaricio, él gruñe entre dientes. Una sonrisa con satisfacción se dibuja en mi rostro, me corro hacia atrás para poder jugar con él. Lo miro de nuevo, Ray me está mirando sin poder creer lo que estoy haciendo. Dejo la incertidumbre y rodeo con mi boca su pene, dando lengüetazos, succionando y haciéndolo mío.

En el sexo no soy una santa, ni pretendo serlo. Si quiero y deseo algo, lo hago.

Los jadeos de Raymond me hacen saber que lo estoy haciendo bien, ¡joder! ¡Claro que soy buena en esto!

—Oh, nena... Me estás matando... —masculla entre jadeos.

Doy una succión más, lo rozo con mis dientes con cuidado, lo que hace que Raymond gima. Me alejo y le coloco el preservativo, una vez que está puesto, él me arrastra cerca de su rostro rápidamente, para besarme con un desenfreno que me sorprende, su lengua se enrolla con la mía, es una guerra, no sé quién ganará.

—Súbete en mí —dicta, rozando con sus dientes mi mandíbula.

Me posiciono sobre él con lentitud, gimiendo con la sensación de su miembro dentro de

mí; tomo varias respiraciones, veo que él también lo hace. Gimo fuerte cuando sus movidas empiezan desde abajo, haciéndome reaccionar y hacer mi parte del trabajo. Embisto varias veces con fuerza, mis piernas están débiles por todas las sensaciones corriendo por mi cuerpo, mis manos están puestas en su abdomen, él las toma con firmeza, los dos somos un coro de jadeos.

Nuestros cuerpos están sudorosos; de pronto Raymond me recuesta a la cama con un movimiento rápido, grito con sorpresa, pero gimo de nuevo cuando sus embistes encabezan ritmos más profundos, más rápidos y sus besos en mis pechos me hacen sentir las corrientes de nuevo.

—Eres tan hermosa, Leslie —murmura entre besos—. Eres una bomba de seducción, me estás volviendo loco, nena. Eres prohibida...

—Esta noche no hay prohibiciones... Solo hay deseo. —Jadeos van y vienen de ambas partes—. Raymond...

—Leslie... —susurra, enterrando su rostro en mi cuello. Los embistes son cada vez más rápidos, hace movimientos oscilatorios a un ritmo que me tiene en las nubes.

Voy a llegar...

—Joder —decimos al unísono una vez que llegamos al mismo tiempo. Impresionante... eso nunca había pasado antes con nadie.

—Esta noche hemos jugado con fuego, Leslie... —intenta decir con respiraciones entrecortadas, ocultando aún su cara en la curva de mi hombro con mi cuello.

—Sí que lo hemos hecho. —Mi voz se escucha jadeante—. Nos hemos quemado.

—Pero, ¿sabes qué? —pregunta, alzando su cabeza para mirarme, espero a su respuesta —. Me ha gustado arder.

Nos miramos fijamente por un segundo, diciendo tanto con nuestras miradas.

Hemos hecho una locura... pero qué grata locura.

Me río, negando con mi cabeza.

Él me mira sin entender.

—Estamos locos.

Frunce su ceño.

—¿Te arrepientes? —inquiere, saliendo de mí, lo detengo, hago que me mire de nuevo.

—No, y tampoco lo haré después.

Ninguno de los dos se ha movido de la cama, Raymond está acostado a mi lado, un poco somnoliento. Lo que hemos hecho ha sido una locura, pero no me arrepiento que haya sucedido. No quiero hacerlo. Ambos queríamos esto, no se pudo posponer más. En algún momento sucedería, el deseo por el otro estaba presente, era tangible. Pero nunca creí que de verdad lo haríamos. Raymond me deseaba... ¡míranos ahora! Estamos acostados en mi cama en Londres.

—¿En qué piensas? —interroga Raymond, mirando el techo.

—¿En qué piensas tú? —replico, dirigiendo mi mirada hacia él.

—En que nos hemos acostado, Leslie —responde, mirándome de vuelta—. Y siento que aún no he saciado mi deseo por ti.

El efecto del alcohol se ha esfumado hace rato, ahora estoy completamente sobria y cuerda. Muy consciente de lo que diré.

—Y si digo que me pasa lo mismo, ¿qué haremos? —Acaricio su brazo desnudo sobre la sábana que nos envuelve.

Su mirada se vuelve intensa de un segundo a otro. De nuevo está su lucha interna entre lo

prohibido y lo correcto, ¿desde cuándo es tan correcto?

—¿Está mal que la saciemos?

Me acerco a él, posicionándome sobre su cuerpo por debajo de la sábana, piel con piel.

—Solo por esta noche... —respondo antes de capturar sus labios con los míos, aferrándonos a un beso profundo, pero suave al mismo tiempo. Tratando de saciar el deseo por el otro una vez más.

Una vez más...



Los niños gritan a mi alrededor.

Yo solo quiero estar en mi casa... con mi familia.

Mis padres... Lloro, lloro, lloro de nuevo.

¿Dónde está Lola?

Me siento en una esquina del lugar al que me han traído, no conozco a nadie. Pero hay muchos niños de todas las edades.

Tengo miedo que las personas que nos hicieron daño regresen.

Ellos mataron a mamá y a papá.

Lloro, lloro mucho.

Quiero a mis papás.

Quiero a Lola.

¡No quiero estar aquí!

Escucho que alguien me llama muchas veces, me sobresalto y grito por su toque. Mi rostro está con lágrimas, mi pecho se siente apretado, y no dejo de temblar.

—Les, ¿qué ocurre? Hey, hermosa —me dice Raymond, tocando mi rostro para mirarle, intenta limpiar mis lágrimas, pero niego.

No quiero que me vea en esta situación. No quiero dar lástima. No quiero pensar en el sueño.

—Vete, Raymond... —digo en un susurro—. Vete, por favor.

—¿Estás bien? ¿Qué pasa? —Él intenta atraerme a su cuerpo para abrazarme, pero meneo mi cabeza negando. No quiero que me vea vulnerable... ¡No!

—Solo vete ya, va a amanecer. Fue solo una noche, adiós —le digo, señalándole la puerta de mi habitación—. Cuando amanezca, olvidaremos lo que hemos hecho y seguiremos con nuestras vidas.

El castaño me mira sin entender mi comportamiento, frunce su ceño, pero también me mira con preocupación. Suspira con fuerza, asiente y se comienza a vestir.

—Nos vemos en la empresa. —Es lo que dice antes de irse.

Bajo mi cabeza, sintiendo que todo mi mundo se ha desequilibrado de nuevo. ¡Estúpidas pesadillas! ¡Estúpidos recuerdos!

—Lo siento, Raymond, pero no verás a esta Leslie...

A una Leslie rota, con recuerdos que aún la torturan.



Estoy sentada en la sala de reuniones de London Sunshine, escuchando las nuevas

resoluciones que hemos planteado para el problema que hay en la sucursal. Es mi segunda reunión, son las tres de la tarde y me siento cansada. Luego de la pesadilla no pude dormir más, por lo que he dormido como mucho, unas cuatro horas.

He bebido tres tazas de café y ya estoy comenzando a sentir mi cuerpo algo tembloroso. La falta de sueño y la cafeína no es una buena mezcla.

De vez en cuando, siento la mirada de Raymond en mí, no me ha dejado de ver en ambas reuniones. Ha querido hablarme, pero lo ignoro. Ni siquiera es porque nos hayamos acostado ayer, sino que me siento incómoda por el hecho de que me vio llorar, que me vio de una manera que no comparto con nadie.

Las pesadillas son un secreto que llevo por muchos años, esperando que algún día dejen de aparecer. Me hacen sentir mal, decaída, como si estuviera enferma, me desequilibran, agobian.

Me debilitan.

Esta mañana tuvimos una reunión con las empresas involucradas en la cancelación de los contratos, le sugerimos nuevos planes y ellos aceptaron, dándonos una segunda oportunidad. Por lo que nuestro trabajo aquí ha concluido. Estoy aliviada de que aceptaran con rapidez, pensé que estaríamos una semana en Londres tratando de convencerlos.

—Con esto culminamos, trabajaremos en lo acordado y estaremos al pendiente con las dos empresas —anuncia Yeater, las personas a mi alrededor asienten. Él me ve esperando una respuesta de mi parte—. Esperamos verte en pocos meses por aquí de nuevo, Walts.

Faltan cuatro meses para volver.

Le doy una suave sonrisa.

—No pueden vivir sin mí —bromeo, él se ríe.

—Tuvimos una pequeña crisis, pero la hemos resuelto.

—Buen trabajo, nos vemos pronto —le digo a mi jefe y a los trabajadores de Sunshine. Ellos me sonríen—. Extraño estar aquí.

Por último, le doy una mirada a Raymond, su rostro está enseriado, su dedo índice está posicionado sobre sus labios.

Esos dedos hicieron muchas cosas en mí anoche...

Trago saliva fuertemente, lamo mis labios y dejo de mirarlo.

Nos despedimos de todos, prometiendo volver en los meses acordados. Raymond se acerca hasta donde estoy, diciéndome que podemos irnos al hotel. No digo nada para no expresar ningún gesto equivocado cerca de mis jefes, le sigo la corriente hasta que estamos en planta baja.

—Hablemos, Leslie —me dice Raymond, tocando mi antebrazo. Miro en donde ha puesto su mano, luego a sus ojos, alejo mi brazo.

—No hagas eso —le advierto.

Él ignora mi comentario, pero no vuelve a tocarme.

—Vayamos al hotel, hablemos... Lo de anoche... —empieza a decir, pero lo interrumpo.

—Lo de anoche ya pasó, no volverá a ocurrir. Te dije que lo olvidaras al amanecer.

—¿Estás bien? Me preocupé, estabas llorando mientras dormías.

Sus ojos expresan preocupación, algo que no quiero que haga.

—Estoy bien, olvida eso. Olvida todo, Raymond.

Le veo tensar su mandíbula, suspira y me mira.

—¿Cuándo nos vamos? —pregunto para cambiar de tema.

Quiero irme a Seattle cuanto antes, al fin y al cabo, Marcy nunca me respondió y ya no tengo un novio al que visitar. Me preocupa, me molesta y duele que mi amiga no me haya escrito

en semanas. ¿Dónde está?

—Mañana, hoy quiero pasar lo que queda de día relajándome en la piscina climatizada del hotel. ¿No quieres?

Me quedo pensando, no es mala idea. Aunque es mucha tentación ver a Raymond en bañador sin poder volver a tocarlo.

—Lo pensaré —respondo sin más.

Butler me señala el ascensor y volvemos a entrar en él para ir al estacionamiento e irnos al hotel. Necesito dejar de pensar en sus manos tocando todo mi cuerpo, sus besos y la manera en que se vino conmigo. ¡Cielo Santo! Solo fue una vez. No puede suceder otra vez.



Cuando llegamos al hotel, cada quien se fue a su habitación. Las miradas intensas que Raymond lanza hacia a mí, me hace sentir muchas cosas y una de esas, es calor, mucho calor.

Decido ir a la tiendita que hay en el hotel, milagrosamente venden trajes de baño, escojo uno bonito y me visto para bajar a la piscina, lo pensé, lo medité, pero al final tiré mis pensamientos lejos y me decidí por ir a pasar un rato agradable nadando.

No quiero pensar en pesadillas, en que mi novio me engañó ni en por qué mi mejor amiga no me responde las llamadas. Ni mucho menos en que me acosté con Raymond Butler.

El último mensaje de voz que le envié fue diciéndole: «¿Dónde estás, mujer? Estoy preocupada, Marcy. Si no contestas, iré a tu casa y tumbaré la puerta, no me importan tus vecinos».

Llego hasta el área de piscina climatizada, el lugar está un poco solitario, pero inmediatamente reconozco al hombre de ojos azules que se encuentra dentro. Disimulo que no lo he visto y camino por el sitio en busca de una tumbona, me quito el pareo de color negro al igual que mi traje de baño, lo coloco a un lado con mis cosas. Veo por un momento mi teléfono, sintiendo la mirada de Raymond clavada en mí.

Suspiro con frustración al ver que Marcela finalmente respondió, y solo fue: «Estoy bien. Hablamos después». ¿Qué demonios ocurre con ella?

Me aproximo a la piscina, bajo con cuidado por las escaleras, sintiendo la tibieza del agua. ¡Deliciosa! Sonrío internamente cuando veo que Raymond viene nadando por debajo de ella hacia mí. Al momento de subir a la superficie, mi respiración se atasca cuando su cabeza sale a flote, con el rostro lleno de gotas corriendo por todos lados, él se peina su cabello hacia atrás. Me da una mirada muy bajabragas.

Calor, mucho calor.

—Así que decidiste venir —sisea con una sonrisa—. ¿Nadamos?

Disimulo una sonrisa pícara.

Me adentro al agua con facilidad, sintiendo su tibieza; nado por debajo hasta el otro extremo. Él va a mi lado. Cuando salimos a flote por aire, nos miramos un momento; Raymond observa mis labios, haciendo que mi corazón lata con fuerza. Dejo de mirarle para seguir nadando. Lo hacemos unos minutos, hasta que él toca una de mis piernas, arrastrándome hacia atrás, sorprendiéndome, respiro un poco y enmudezco cuando me toma por la cintura y me besa.

Es un beso posesivo, juega con mis labios por varios segundos hasta que mi boca se abre un poco más y le da la bienvenida a su lengua. Lo beso como si nadie estuviera viéndonos, como si nadie nos conociera.

Estamos en un país en donde nadie sabe quiénes somos, cómo nos conocimos ni lo que hicimos anoche. Por un momento pienso en que podemos hacer lo que queramos en esta ciudad,

nadie se enterará. No hay conocidos, familia ni hermanos que pudieran opinar sobre lo mal que hacemos en involucrarnos.

—Raymond —susurro sobre su boca con jadeos.

—Leslie... Necesito más de ti. —Su voz jadeante, remueve todo dentro de mí. Sus manos se mueven sobre mi trasero, acariciándolo, eso hace mella en mí. Vuelve a besarme como hace unos minutos, mis piernas se entrelazan sobre su cintura, por poco siento su erección en mis nalgas.

—Dijimos que solo era una noche, Raymond —intento explicar, los besos en mi cuello me tienen hecha gelatina.

—Hoy también... por favor, sé que lo deseas al igual que yo.

Dije muchas veces que no caería en sus garras, y mírame ahora, queriendo estar de nuevo con él.

Me separo de su cuerpo para nadar unos metros a distancia de él. Ray me mira con cara de derrotado desde su posición, lo que me hace reír.

Juguemos un rato.

Le hago señas para que se acerque, sonríe con picardía, cuando está viniendo hacia mí, empiezo a nadar hacia otro lado. Comenzamos el juego de gato caza al ratón, me río por las caras que hace. Intento nadar más rápido que él cuando quiero irme hacia el otro extremo, pero él me alcanza, tomándome por la cintura y hundiéndome, para besar mis pechos por encima de la tela mientras estamos debajo del agua. Siento sus dientes rozar mi pezón, pataleo para poder subir y respirar. Él también sube a la superficie, se ríe y me acaricia la mejilla.

—No aguantaste mucho —dice bromeando.

—Me quieres matar haciendo eso allá abajo —me quejo, riéndome también.

Él encarna su ceja derecha, me da un guiño y me besa la mejilla, acercando su boca a mi oído.

—Podemos hacer más —susurra, erizando mi piel con sus palabras.

—Sabes que aquí hay cámaras, ¿verdad? Es un sitio público.

—¿Qué hablamos de lo prohibido?

«Me gusta lo prohibido» dijo antes de besarme anoche.

Hago lo mismo que él, hablarle muy cerca del oído.

—A mí también me gusta, pero estamos muy expuestos, señor Butler.

Hago una jugarreta, deslizo mi mano sobre su abdomen para llegar a su entrepierna y meter mi mano por dentro de su bañador. Él gruñe, posicionando su rostro en mi hombro, cualquiera podría pensar que estamos abrazados. Raymond me rodea con su brazo, el pataleo intentando nadar me comienza a cansar, pero mi mano sigue jugando con su miembro, quien está firme como una roca.

—Si sigues haciendo eso, me harás llegar como un precoz, Leslie —murmura con voz gruesa, muy afectado por mi toque—. Eres una diablita muy descarada.

—Siéntelo... —susurro, lamiendo el lóbulo de su oreja—. Porque es lo único que obtendrás hoy. —Aprieto por última vez antes de escurrirme por su cuerpo y nadar hasta las escaleras.

Mucha tentación por este día. Mientras más alejados mejor.

Camino por el pasillo hasta mi habitación, que por casualidad está al lado de la de Raymond. Cuando la abro, unas manos se posan en mi cintura aferrándose a mí, haciéndome entrar en la habitación, por su toque, sé quién es.

—No me vas a dejar así, Diablita —susurra Raymond en mi oído, dando besos en mi

hombro.

Me desliza la toalla, esta cae al suelo, dejándome vestida en traje de baño. Lame mi piel como si fuese su helado favorito, da pequeñas succiones y muchos besos.

—Raymond... no podemos hacer esto de nuevo —trato de decir, sintiendo su boca recorrer mi cuello.

—Te deseo, Leslie. ¡Demonios! Lo hago, nena.

Que este hombre me desee con tanta fuerza me descoloca, rompe mis muros, mi lógica. ¡Joder! ¡Hagámoslo una vez más!

—Una vez más, solo porque estamos en Londres y aquí quedará esto, ¿vale?

Él se ríe, me da vuelta para encararle, me toma de la cintura y me alza para que enrosque mis piernas a su cuerpo.

—Ya lo veremos, hermosa.

—No ocurrirá —replico, él solo sonríe y me besa dejándome sin aliento, haciendo que deje de pensar en los demás y disfrute del momento.

Pero...

No lo permitiré.

Esto ocurre en Londres, se queda en Londres.

Esto está prohibido, pero ¡demonios! Nos encanta lo prohibido.

Capítulo XI

Leslie

El vuelo a Seattle ha sido muy tenso, entre las miradas de Raymond y los recuerdos de lo que hicimos anoche en mi habitación, me tienen al borde del deseo; debería de tener algo de frío por el aire acondicionado del avión, en cambio, tengo calor, me siento caliente mientras me muevo una y otra vez en el asiento. Ninguno de los menciona los dos orgasmos que me dio anoche, ni las posiciones que hicimos para darnos todo el placer posible.

El problema que había en London Sunshine está resuelto, con las ideas acordadas y los nuevos contratos, todo irá muy bien en la sucursal. Ya deseo llegar a casa, quiero visitar a mis sobrinos, beber vino con Loretto y mantener la distancia entre el hombre, que está al frente de mí, y yo.

Es necesario.

Lo que hicimos en Londres, se quedará allá. Una aventura que no pudimos evadir, pero que ocurrió y simplemente ya pasó. No puede volver a suceder. En Seattle hay prohibiciones, nuestra familia es una. Estoy muy segura que Lola no le gustaría saber que me he acostado con su cuñado, ni mucho menos a Roger.

Aún me ven como la “pequeña Leslie”; obviamente tomo mis propias decisiones y hago con mi vida lo que me parezca, pero una parte de mí no desea ni quiere que su familia se entere de lo que hemos hecho.

Eso me hace hablar en voz alta y hablarle a Raymond.

—Estás consciente de que lo que ocurrió en Londres nadie puede saberlo, ¿verdad?

Butler me mira con una sonrisa ladeada, llena de picardía como él solo lo hace.

—Estoy muy claro de ello, Leslie. —Él se acomoda en su asiento, posicionando su tobillo derecho sobre su rodilla contraria—. Lo que no sé si es que todo quedará en Londres.

—Va a quedarse allí —le aseguro con determinación—. Olvídalo.

Él solo se ríe.

—Cuando baje del avión iré a Miami —me informa, eso me hace bajar la guardia. Está hablando de sus hijas—. Estaré unos días fuera.

Doy asentimientos lentos con mi cabeza.

—Que te vaya bien, saludos a las niñas —digo, dejándole de mirar y enfocándome en mi teléfono.

Tratando de no darle importancia al hecho de que se va a Florida por unos días, me alegra porque así verá a sus hijas y, al mismo tiempo, estaremos alejados, de esa manera podremos bajarle a la calentura y olvidar lo ocurrido. Ese viaje ayudará a calmar nuestra tensión sexual, que ¡demonios! Es demasiado tangible.

Por donde lo veas, es algo descabellado que todo esto haya pasado.

Él me da una sonrisa y se acomoda en su asiento, dispuesto a dormir. Lo miro unos segundos más antes de concentrarme en mi teléfono, ponerme los audífonos, reproducir una canción y cerrar mis ojos, también dormiré un rato. El viaje es largo y solo llevamos una hora de vuelo.

Necesito dejar de pensar en Raymond.

Cuatro días han transcurrido desde que llegué a Seattle; me tomé dos días de descanso para visitar a mi hermana y a los niños, salir con Loretto al teatro y tener un maratón de películas de comedia acostada en mi cama. También han sido cuatro días en que no he hablado con Raymond, ninguno de los dos ha hecho algún movimiento para hablar. Es mucho mejor así, no mencionamos lo ocurrido. Aunque intente olvidar esos dos días llenos de lujuria, no he podido hacerlo.

En la noche me despierto exaltada y excitada por haber tenido un sueño donde Raymond me toca, me besa y está dentro de mí. Sueños húmedos que no me dejan dormir con facilidad luego de tenerlos.

Me tienen mal.

Muy mal.

Me asusta el hecho de que quiera volver a estar con él, hacerlo por última vez. Siento que no he podido saciar por completo mi deseo, mis ganas de estar con él son más fuertes cada día.

Probablemente ya tenga a alguien en Miami con quien acostarse. Lo cual me recuerda que fui una tonta en caer en sus garras de Casanova. ¡Joder! Lo peor es que no me arrepiento en lo absoluto de haberlo hecho. Mi atracción hacia ese hombre es fuerte. Mi cuerpo se va hacia él como si lo atrajera con magnetismo, sus besos me encienden y sus toques me llevan a las nubes.

Es sexo.

Es darse placer al otro.

Es deseo.

Es prohibido...

Dejo de pensar en el hombre de ojos azules cuando mi teléfono suena por alguna parte de la sala de estar de mi apartamento. Dejo a un lado la computadora, en donde estaba leyendo unos documentos que me envió Roger sobre un nuevo proyecto; me levanto para buscar mi teléfono, lo encuentro en el mesón de la cocina.

Es una videollamada de Marcela. Respiro hondo y contesto rápidamente. Han sido semanas sin hablar con ella.

—Hola —decimos al unísono. Marcy no tiene buena cara, se nota preocupación en ella, incomodidad.

—¿Estás bien? —pregunto con inmediatez—. ¿Dónde estabas?

—Les... —Hace un mohín en su boca—. Estas semanas han sido un caos, disculpa por estar alejada.

—¿Qué ocurre, Marcy? ¡Me tienes con el corazón en la garganta!

—Sabes que vine a España a ver a mis abuelos, bueno, mi abuelo falleció debido a un infarto, mi abuela se puso muy triste y también enfermó, he estado cuidándola con mi madre. En eso días de nostalgia y negación, de dolor... me enrollé con una chica, pero la muy desgraciada me robó y me dejó tirada en la deriva en un sitio de Madrid que ni conocía.

Oh, Marcy...

—No te quería decir nada, no he tenido cabeza para sobrellevar todo... Lo siento mucho.

Niego.

—Yo lo siento, Marcy. Siento mucho lo que te ha pasado en estas semanas. Envío un fuerte abrazo a tu familia, a ti...

Entre lágrimas, ella esboza una pequeña sonrisa.

—Te he extrañado mucho, Leslie. Cuando la desgraciada me dejó tirada en aquel hotel, pensé en ti, y en que me advertiste que no me enrollara con nadie. Te fallé. —Vuelve a hacer un mohín—. Lo peor es que eso no es todo, la mujer me denunció diciendo que yo la había obligado

a acostarse conmigo, y que le había robado. ¿Puedes creerlo? Sí, estábamos ebrias, ¡pero no la obligué a nada!

Abro mis ojos y boca con asombro.

—¡Dime quién es para ir a buscarla y agarrarla por los pelos! —No puedo creer que le hayan hecho todo eso a Marcela, ella no es una mala persona. ¡Por Dios! Estaba pasando por un momento de dolor para luego meterse en problemas.

—Y bueno, sigo en España... Estaré aquí por un tiempo. Pedí permiso en el trabajo y me dieron unas semanas. ¿Cómo estás?

Ladeo una mueca en mi boca, resoplo mientras camino por la sala en busca del mueble, me siento, tratando de encontrar comodidad.

—Owen y yo terminamos —suelto sin más.

Ella esboza una mueca también.

—Me engañó con una pelirroja de la oficina.

Recordar lo que ese imbécil me hizo me hace revolver el estómago, el cabreo vuelve a recorrer mi cuerpo en un segundo.

Marcela cierra sus ojos como si estuviera lamentándose algo.

—Les... Tengo algo que decir. —La miro fijamente—. Antes de venirme, vi salir a una mujer pelirroja del apartamento de Owen, cuando me dijiste que lo visitara, eso hice; le pregunté que quién era y solo dijo que era una prima. Te iba a decir, pero se me olvidó cuando llegué aquí. Discúlpame, sé que debí decirte.

Meneo mi cabeza negando, apoyando mi cabeza sobre el espaldar del mueble.

—Tranquila, Marcy. Eso ni siquiera es lo que me duele y enoja —ella me mira sin entender—, el muy idiota estaba conmigo para ascender en su puesto, llegar tan lejos a mi costa.

—Hijo de p... —Se calla, mirando hacia los lados, ella silencia el micrófono y habla con alguien, veo cada movimiento que realiza del otro lado de la pantalla—. Debo colgar, Les. Prometo llamar mañana, ¿vale?

Asiento hacia el teléfono. —Está bien, amiga. Por favor, cuídate mucho. Y espero que tu abuela se recupere pronto, saludos a tu mamá. Te quieroooo.

—Yo más a ti. —Se queda pensando un momento—. Espera, tu mirada me dice que me tienes que contar algo. Te conozco.

La miro sorprendida de que me conozca tanto, o que una vez más, mis ojos sean muy expresivos.

—Ya hablaremos de eso después...

Ella mira a la persona que tiene enfrente, suspira y asiente.

—Debo irme, hablamos después, Les —dice, enviándome besos al aire antes de finalizar la llamada.

Emito un suspiro hondo, sintiendo alivio de saber sobre Marcela; me duele lo que está pasando y lo que le sucedió hace días. Agradezco que al menos esté bien, sé que en algún momento nos pondremos al día, pero esta vez, me siento bien por haber hablado con ella. La extraño a montones.

El timbre del apartamento suena, lo que me extraña. Son casi las once de la noche, Loretto debe estar durmiendo como un bebé, así que dudo que sea él. Camino extrañada hasta la puerta, veo por la mirilla y me sorprendo cuando veo a Raymond esperando del otro lado. ¿Qué hace aquí? ¿Por qué viene a esta hora? ¿Cómo sabe el número de mi apartamento?

Muchas preguntas rondan en mi cabeza, miro cómo estoy vestida –estoy presentable siquiera–, tomo una respiración y abro la puerta. Él se asombra un poco, ¿pensaba que no

abriría? Su mirada me escanea de pies a cabeza, mis piernas están desnudas debido a que estoy usando un pequeño pantaloncillo de dormir con una blusa de mangas finas, que me hacen ver muy escueta de ropa.

—Raymond —anuncio, entrelazando mis brazos por encima de mis pechos. No llevo sostén, él lo nota. Traga en seco. Sus ojos por fin se dirigen a los míos y noto que están más oscuros. Así como... en Londres.

Mi cuerpo se pone en alerta cuando él se acerca, toma mi rostro con su mano derecha y me atrae muy cerca de su boca.

—No puedo dejar de pensar en ti, en tu cuerpo, en tus besos... —susurra con voz ronca, tan seductora como ella sola—. Te deseo, Leslie. Quiero más de ti.

Trago saliva, intentando hablar, pero mis ojos es un vaivén entre su boca y sus ojos. No puedo dejar que él tenga la última palabra entre ambos, no puedo darle ese poder. Lamo mis labios antes de hablar, él me atrae más a su cuerpo.

—Raymond... aquí no... Estamos en Seattle, lo ocurrido en Londres ya pasó.

—No puedo saciarme de ti. Por favor, hermosa. —Tantea con sus labios los míos, haciéndome perder la cordura—. Necesito estar contigo una vez más.

¡Demonios! Yo también lo deseo.

Corto nuestra distancia con un beso feroz, lleno de pasión; tomándolo por completo con mis manos, nos adentramos en un beso donde nuestras lenguas juegan con la del otro, retrocedo para que podamos entrar y poder cerrar la puerta. Él lo hace, tirando la puerta detrás de él. Sus manos se cuelan por debajo de mi blusa, acariciando mi piel con necesidad. Gimo cuando su mano se posa sobre uno de mis pechos y le da un pequeño masaje mientras muerde mi labio inferior.

Estamos cometiendo nuevamente una locura.

—Ray...Raymond, detente. No podemos... —mascullo entre besos, luchando entre seguir o detenerme, pero mi boca no deja de besarlo de vuelta.

—Sí podemos... Si te preocupa que alguien se entere, nadie lo hará. Solo lo sabremos tú y yo —argumenta, quitándome la blusa y capturando el pezón de mi pecho derecho. Lo succiona a su antojo, haciéndome jadear—. Dejémonos llevar, Diablita.

—¿Ahora quién está tentando al otro? —pregunto bromeando, él se ríe.

—¿Te quieres quemar conmigo, Diablita? —Su boca ahora está en mi cuello.

No respondo, solo lo beso.

Él me levanta para poder entrelazar mis piernas a su cuerpo, camina y me deposita en el mueble donde estaba trabajando, me doy cuenta de la computadora y la coloco en el suelo.

—Una chica trabajadora... —Va diciendo mientras me baja el pantaloncillo, dejándome en bragas—. Oh, Leslie...

Esto está yendo demasiado rápido, debo pensar, no puedo simplemente dejarme llevar.

—Detente —indico con seriedad, él me mira confundido. Le señalo que se acerque más a mí, él intenta apoyarse al mueble. Hablo mientras quito los botones de su camisa—. Aquí mando yo, si vamos a hacer esto es con condiciones. Con mis condiciones.

¿Mi cordura? ¿Mi lógica? ¡Se esfumaron por completo!

Él enarca una ceja con picardía, me da un beso tentándome de nuevo, alzo mi mano y con mi dedo índice hago una seña de negación.

—Reglas... Como toda una diabla. Cuéntame, ¿cuáles son tus condiciones? —pregunta, dejándome besos en mi mano y antebrazo.

—Primero: esto es solo sexo, para calmar el deseo por el otro. —Voy diciendo mientras

le voy desnudando—. Segundo: No es cuando tú quieras, sino cuando yo quiera. —Paso mis dedos por todo su pecho y abdomen, su piel se eriza por mi toque—. Y tercero: Nadie, absolutamente nadie debe enterarse sobre esto. No es una relación, es solo sexo. Es un juego sin compromisos. Tú muy bien sabes a lo que me refiero.

Sigo diciéndolo: esto es una completa locura. Pero ¡que me condenen! Soy adulta, puedo hacer lo que quiera en mi vida. Y aunque sé que estoy jugando con fuego, me quiero quemar. Aunque sea por un rato. Será divertido jugar con él.

¿Qué puede ir mal entre nosotros? Todo. Pero... Esto no pasará a mayores. No es amor; mis ilusiones platónicas se fueron hace mucho tiempo y hace unos años decidí que no volvería a ilusionarme por él. Es deseo. Un maldito deseo que nos está quemando por dentro y que debemos liberar.

Podemos jugar un rato, en cuatro meses estaré de vuelta en Londres y él encontrará a alguien más con quien acostarse.

Así de simple.

—Como ordenes, Leslie Walts —contesta, estando de acuerdo con esta locura de trato, sonriendo como el gato de Alicia en el país de las maravillas—. Si quieres jugar, hagámoslo.

—Es como un negocio; ambos saciamos el deseo, tenemos condiciones... —digo, tocándole el rostro con mis manos, lamiendo la comisura de su labio, tentándolo—. Sabemos hacer tratos. Entonces, señor Raymond Butler, ¿tenemos un trato?

—Lo tenemos, señorita Leslie Walts. Ahora, cerrémoslo de la mejor forma... —susurra, besándome como lo sabe hacer: con fiereza y suavidad; moviéndose sobre mí para hacerme sentir la erección dentro de sus pantalones.

Hemos hecho un trato...

Un trato lleno de lujuria, deseo y sin amor.

¿Nos quemamos una vez más?

Porque me gusta arder con él.

Si me hubiesen dicho hace cinco años que haría un trato sexual con Raymond Butler, nunca me lo hubiese creído. Hubiese peleado con esa persona y negado muchas veces que eso no ocurriría ni en millones de años. Por mucho tiempo quise su atención, que me mirara de otra forma, no como la pequeña hermana de Lola. Sabía perfectamente que era imposible, que para ese entonces era una adolescente que apenas se había graduado de la preparatoria e iba a la universidad.

Él era un hombre divorciado, con hijas, con un historial de mujeres por todos lados, pero yo seguía ahí, ilusionada, hasta ese día en el aeropuerto donde me atreví a besarle, haciendo que por cinco años me dejara de hablar. Ahora sé su razón, pero nunca vi venir lo que el destino nos traería. Caer en el juego de la seducción, del deseo y la lujuria ha sido algo sumamente peligroso, pero que no puedo dejar de hacer.

Raymond ha cumplido con su parte del trato, aunque intente seducirme, tenemos relaciones cuando yo quiero. Y he tratado muchísimo en no verme desesperada de tenerle siempre en mi cama, ha habido noches en que aparece sin avisar, pidiendo que estemos juntos una vez más, y por supuesto, mi cuerpo acepta sin traba alguna.

Llevamos una semana de juego, seduciendo al otro, tentándonos, quemándonos.

Uno de estos días casi lo asesino cuando estábamos en una reunión con Roger, mi cuñado estaba ensimismado hablando sobre el negocio de Los Ángeles al que asistió cuando estábamos

en Londres; él no dejaba de mirar su carpeta con la información que obtuvo allá. Entonces en ese momento, Raymond aprovechó e hizo que su lapicero cayera al suelo, lo siguiente que hizo fue pasar su mano cálida por mi pierna descubierta, ese día llevaba vestido. El muy sinvergüenza me tomó desprevenida y pegué un grito, que asustó a Roger y tuve que excusarme, diciendo que pensé que algo había tocado mis piernas.

El culpable no dejaba de reír, diciendo que soy asustadiza. Roger siguió con su exposición sobre LA sin darle mucha importancia al asunto; yo estaba escudriñando con la mirada a Raymond, él solo me guiñó un ojo y sonrió como si hubiese hecho una jugarreta de niños.

Esta noche tenemos un evento corporativo al que fuimos invitados, como no tengo pareja para ir, Raymond se ofreció en llevarme, lo cual acepté por solo educación, de igual manera, somos los representantes de Sunshine y no está mal vernos juntos. Me sorprendí cuando me lo pidió, al parecer tampoco tenía a quién llevar. Lo cual me extrañó, pensé que llevaría a una de las modelos con las que tanto lo asocian.

Mi hermana y su esposo también vienen, hoy los niños están con sus abuelos paternos. La señora Gloria y el señor Lucas adoran a los pequeños, aman cuidarlos.

Entro al recinto donde se está efectuando la ceremonia, todas las personas están vestidas con el código de etiqueta, por mi lado luzco un vestido de noche de color salmón claro, éste tiene una falda translucida que hace relucir mis largas piernas. Tiene un escote que amo y que luce elegante. Me encanta este vestido, luzco muy bien en él.

Preferí llegar sola, encontrarme con Butler aquí en vez de que me buscara en mi apartamento, sé que, si hubiese sido de esa manera, nos dejaríamos llevar y hubiésemos llegado tarde.

Es divertido jugar con él.

Miro a alrededor en busca del susodicho, cuando fijo mi vista en un lugar, sus ojos me encuentran. Esos ojos azulados me miran de una manera que me desnuda y enciende al mismo tiempo. Me escanea por un momento, ladea una pequeña sonrisa y empieza a caminar hacia mí. Cuando llega a donde estoy, acerca su boca a mi oído para susurrarme algo.

—Te ves muy hermosa, provocativa... ¿Qué pasaría si te arrebato un rato y te quito este vestido? —inquiere de manera seductora, haciendo que mi piel se erice. Sonrío, disimulando su atrevimiento.

Él no se aleja, esperando a que yo diga algo.

—Míralo desde lejos, puede que solo le eches un vistazo, o... —Hago una pausa, miro a los presentes, nadie nos tiene en cuenta—...me lo quites más tarde.

Butler se ríe con picardía, niega y me da un beso en la mejilla.

—Bienvenida, Walts.

—Gracias, Butler. —le respondo, empezando a caminar en busca de nuestra mesa. Sé que nuestros puestos son a lado del otro. Así nos lo asignaron, y está bien, al menos hablaré con él y no me aburriré. Estos eventos me aburren de vez en cuando, pero también son grandes oportunidades para conocer a nuevos inversionistas.

Siempre hay que estar en modo tiburón en busca de su presa.

Saludo a los invitados que están sentados en nuestra mesa asignada, nuestros puestos están algo alejados, cerca de la pared. Hay dos puestos vacíos del lado de enfrente, los que supongo que son para mi hermana y mi cuñado, que casualmente van llegando. Les sonrío al verlos, ellos también me regresan la sonrisa, nos abrazamos y damos la bienvenida.

—¿Tienen mucho rato aquí? —pregunta Lola, sentándose en su puesto. Meneo mi

cabeza.

—Acabo de llegar, no sé Raymond.

—Tengo poco de haber llegado —responde el mencionado.

Ambas asentimos. Pregunto por los niños y ella me dice que están bien. Roger habla un momento con Raymond, le hace señas para que vayan a hablar con un empresario que está en la sala y tenían tiempo sin ver. Ellos se disculpan y se levantan de la mesa.

—¿Cómo estás, hermana? —Me interroga Lola, sentándose en el puesto de Raymond.

—Bien, Lola, ¿cómo estás tú?

Ella me mira con suspicacia. No sé qué intenta que le diga.

—Estoy bien. Les... pronto es el aniversario de la muerte de nuestros padres, ¿quieres acompañarme a visitar sus tumbas?

Trago saliva con pesar, sé que su aniversario es pronto; mis pesadillas no dejan de aparecer cuando ese día llega, muchos recuerdos rondan mi cabeza, la voz de mamá la escucho en cada sueño, los gritos y el desespero de papá también. Pesadillas que me atormentan, son días en que me siento muy mal. Será difícil estando aquí.

—Tierra llamando a Leslie, ¡hey! —me llama Lola, tocándome el brazo para poder obtener mi atención. La miro con extrañeza un momento, hasta que caigo en cuenta que me ha hecho una pregunta y no he respondido.

—Mi agenda está llena, Lola, pero intentaré tener un día para ir contigo —intento excusarme.

La rubia ladea su cabeza, hace una mueca, pero da un asentimiento.

—Está bien —dice, tocando mi mano que están puestas sobre la mesa de forma entrelazada—. Sabes que puedes hablar conmigo de cualquier cosa, somos un equipo, ¿no?

Suspiro, asintiendo.

—Lo somos, Lola. Solo... dame mi espacio, por favor.

—Te lo he dado por muchos años, hermana. Me preocupas, y sabes que siempre quiero lo mejor para ti.

—No soy una niña, Lola —replico, intentando zafarme del tema. No quiero hablar de ello, y menos sabiendo que los chicos vienen hacia nosotras.

Ella esboza una mueca de pesar en su rostro, asiente y se va levantando del puesto de Raymond, mientras dice—: Ya hablaremos. No puedo dejar que las pesadillas agobien tu vida.

Le doy una mirada más antes de que los Butler lleguen a la mesa, ellos miran nuestros rostros y preguntan qué ocurre, Lola dice que nada, que solo hablábamos.

Algún día, Lola, pero hoy no.

El evento transcurre con normalidad, nuestros acompañantes de mesas son amigables, hemos hablado sobre negocios y economía nacional e internacional. Llevamos más de una hora estando aquí, pronto nos servirán la cena. Hablar con Raymond no es aburrido, tiene temas interesantes.

Ahora no somos como perros y gatos, discutiendo a cada segundo, esta vez podemos entablar una conversación sin querer matar con la mirada al otro.

Estoy mirando a un grupo de señoras que hablan en una mesa, están muy parlanchinas. Se nota que se entretienen hablando o están achispadas por el champagne que han servido toda la noche. Roger y Lola han ido a bailar un rato junto a las demás personas que lo hacen en una pequeña pista de baile improvisada.

Raymond sigue a mi lado, se ha quedado callado desde hace unos minutos.

Mis muslos se contraen cuando una mano proveniente de la dirección donde está el

hombre trajeado a mi lado, toca uno de ellos, haciendo pequeñas caricias. Miro a los lados para ver si alguien nos está mirando, con disimulo dirijo mi vista hacia abajo, para ver si se nota que su mano está sobre mi pierna. Nada se ve. La tela del mantel blanquecino cubre nuestras piernas. Subo mi vista hacia Raymond, él solo me mira fijamente, con fuego en su mirada; diciéndome todo con ella.

Él intenta subir mi falda para poder tocar la desnudez de mi muslo derecho, pero lo detengo, apartando su mano hacia un lado. Butler se ríe por lo bajo, se acerca a mi oído para susurrarme algunas palabras.

—Déjate llevar, Diablita. ¿No te gusta lo prohibido? Juguemos...

Cierro mis ojos por el placer que se siente tener su mano tocando por completo mi muslo, ha logrado su objetivo y ha subido mi falda.

No puedo desaprovechar su toque... una vez más.

Intento acomodarme en mi asiento, acercándome a la mesa; apoyo mis codos sobre la misma y entrelazo mis manos. Todo se me contrae cuando siento que sus dedos han llegado a mi intimidad, dando pequeños toques, caricias que envían corriente hacia mis piernas.

—Disimula, hermosa... —dice Raymond, riéndose de cómo me tiene.

Me remuevo en mi asiento, intentando no cerrar mis ojos, pero se me hace imposible cuando las sensaciones me colman llenándome. Siento que mis bragas se están humedeciendo. ¡Este hombre me excita hasta con esos delicados toques! Miro de pronto en su dirección cuando su mano ha dejado de tocarme.

Quiero más.

Él se endereza como si no estuviera haciendo nada, lo miro sin entender. Hace como si no me prestara atención. Sus ojos se dirigen hacia al frente, dirijo mi vista hacia donde tiene la suya enfocada.

Trago saliva al darme cuenta de quién es la persona.

Es Lola.

Quien nos mira con confusión en su rostro.

¿Nos ha visto?

¡Demonios!

Capítulo XII

Raymond

La mirada de Lola me incomoda un poco, hay algunas posibilidades en que esté dudando sobre por qué Leslie y yo estábamos tan pegados del otro; mi mano dentro de su entrepierna, sintiendo su calidez... Esta mujer me tiene muy mal. No dejo de pensar en ella y en cómo se siente tan bien cada vez que estamos juntos. ¡Joder! ¡Me tiene muy erecto aquí donde estoy!

Me acomodo en mi puesto, intento limpiar mis dedos con el pantalón, acercándome a la mesa y colocar mis codos sobre ella, entrelazando mis manos y mirando a Lola con seriedad.

—¿Qué ocurre, Hermosa Lola? —inquiero con tranquilidad. Noto que la hermana menor de las Walts está tensa, no dice ni una palabra. ¿Tiene miedo de que su hermana la atrape jugando conmigo? Eso sería un desastre descomunal, pero somos adultos, podemos hacer lo que queramos libremente, ¿no?

Aunque sí, hacer este tipo de negocio sexual con Leslie ha sido una locura, un disparate de mi parte, pero la carne es débil y quiero comerla a cada rato. La hermosa mujer a mi lado no es una niña, sabe perfectamente lo que hacemos; fue su idea. No pude resistirme a no aceptar, desde el primer beso que le di hace unas semanas, todo lo que hacía era desearla a más no poder.

Londres fue el lugar donde esa tensión sexual que teníamos, que era tan latente y tangible, explotara. Tentarla se ha vuelto mi pasamiento favorito últimamente, tenerla bajo piel, sintiendo cada parte de ella, dándole todo el placer posible, me ha hecho un hombre adicto.

¡Joder! ¡No puedo negarlo!

Me he vuelto adicto a Leslie Walts.

En Miami pensaba en ella, en todo lo que habíamos vivido en eso dos días en Londres; cuando pisé el suelo de Seattle, instintivamente estaba conduciendo hacia su apartamento. Llamé a Roger con la excusa de que las niñas le habían enviado un regalo a Les y que necesitaba saber el número de su apartamento.

Si supiera lo que hemos estado haciendo por una semana, se volvería loco.

Pero mientras no sepa, todo estará bien.

Leslie sigue sin mediar palabra, Lola solo niega y se sienta en su respectivo puesto.

—Pensé que Roger estaba aquí, dejamos de bailar porque llegó un amigo de la universidad a saludarlo, lo dejé hablando con él y me fui al baño, pero ya veo que sigue hablando —dice, mirando hacia la dirección dónde está mi hermano.

El suspiro de alivio que escucho emitir a Leslie, me hace saber que efectivamente está nerviosa y no quiere que su hermana se entere de lo que estamos haciendo. ¡Demonios! Ni que lo haga, Lola es muy protectora con su hermana y me castraría las bolas si supiera que me estoy acostando con ella.

En algún momento, Leslie se irá a Londres de nuevo y, cuando eso ocurra, dejaré en claro que ya no podremos seguir con nuestra negociación. Ella tiene su vida allá, lo entiendo.

En cuanto a la lagartija aquella que la engañó... Ya escuchará mi nombre otra vez. Eso no se quedará así.

—Con permiso... —masculla Leslie, tomando su cartera mientras trata de levantarse—. Iré a retocarme.

Su voz suena afectada, le doy una rápida mirada y deduzco un leve sonrojo en sus

mejillas. Sonrío para mis adentros.

—¿Lo conoces?

Miro a Lola sin entender.

—¿A quién? —pregunto de vuelta.

Ella pone los ojos en blanco.

—Al amigo de Roger.

Observo al amigo de mi hermano y no lo reconozco. Puede que no haya sido de sus amigos más cercanos o con los que iba de fiesta. Mis ojos se desvían hacia donde se fue Leslie; es el momento de distracción.

—Sí, ¡claro! —exclamo, levantándome—. Iré a saludar, caminar por ahí a ver si conozco a alguien más, tú sabes —digo, guiñándole un ojo. Ella se ríe y sacude su cabeza.

¡Perfecto! Ahora, Raymond, solo saluda y vete detrás de la castaña con vestido matador que está en el baño.

Me acerco a Roger, le doy una sonrisa a él y su amigo de la universidad, nos presentamos y luego me excuso para ir por Leslie. Doy varias miradas hacia donde está Lola, aprovecho que está ensimismada en su teléfono.

Sonrío triunfante.

Verifico la zona, viendo si alguien viene al baño, me aproximo lentamente a la puerta, echo un vistazo hacia adentro y veo que Leslie está viéndose en el espejo.

—Pssst, pssst. —Intento que me mire y me diga que está sola.

Ella se da cuenta que la llaman, mira hacia la puerta y se sorprende al verme.

—¿Hay alguien más? —interrogo casi en susurro. Leslie niega, lo que me hace sonreír.

Entro al baño, cierro la puerta con seguro y me acerco a la castaña como si fuese un león merodeando su presa.

—¿Qué haces aquí? Sí que te gusta la adrenalina, lo prohibido, ¿no?

Llego hasta ella, paso mi dedo por su cuello y hombro, veo cómo siente cada caricia, cierra sus ojos y traga saliva.

—Lo que hicimos allá afuera... —Habla entrecortado—. Estuvimos cerca de que Lola nos descubriera.

Dejo que mis dedos desciendan por su brazo, mientras que paso mi nariz por su cuello, oliéndola, dándole mimos. Su perfume es dulce, pero también huele a su jabón de baño, ese olor a coco que a veces me despierta en la madrugada, pensando que ella está cerca.

Noches en que debo intentar bajar erecciones y pensamientos mal habidos por esta mujer.

—Estás muy hermosa esta noche... —susurro muy cerca de su boca, acariciando con mi nariz su rostro, siento su respiración entrecortada, su necesidad de que la toque. Estoy igual que ella, queriendo tocarla por todas partes.

Sus manos tocan mi brazo, tratando de buscar un apoyo. Con mi otra mano disponible, la acerco más a mi cuerpo. Sigo tentándola aún sin besarla.

—Raymond.

—Diablita, ¿quieres jugar?

—Sí quiero —responde con determinación, abriendo sus ojos, tomando con su mano mi rostro—. Me dejaste con las ganas allá afuera.

Me río, hablándole muy cerca del oído.

—¿Quieres saber cómo estoy yo? —Le pregunto con seducción, tomo una de sus manos y la dirijo a mi entrepierna, ella jadea—. Tócame, preciosa. Siente cómo me tienes.

Nos miramos por un momento, mirando el deseo del otro en nuestros ojos. De pronto,

Leslie me toma por completo con sus labios y comienza un beso salvaje, rápido, como si estuviera hambrienta y yo fuera su comida.

Paso mi brazo por su trasero, alzándola y caminando por el lugar para posicionarla sobre el cimiento de mármol donde está el lavamanos, esperando que en donde la esté colocando no esté mojado y no dañe su vestido; ella con sus manos rápidas, intenta desabrochar la correa de mi pantalón. Mi boca se pasea desde sus labios hasta su cuello, intento bajar la cremallera de su vestido, y así poder besar sus deliciosos pechos; estos se han vuelto mis favoritos, son tan redondos y bien proporcionados, encajan perfectamente en mi mano; cuando logro desabrochar el vestido, ella gime al momento en que me apodero de uno de sus pezones.

Toca mi cabello con desesperación.

—Entra en mí ya, por favor. Me tienes...

—¿Cómo te tengo, bella? —Lamo una y otra vez, sus pezones erguidos son un manjar. Me gustan mucho—. ¿Húmeda, excitada, caliente?

Sus jadeos y gemidos son coro para mis oídos, es la forma en que me doy cuenta que ella disfruta de lo que hacemos.

Estoy a su merced si quiere para hacerla disfrutar.

Subo su vestido, agradeciendo que su falda es corta, a pesar de que tiene un tipo de capas transparentes por encima. Ella me ayuda a subirla con facilidad, sin dejarme de besar con apuro.

Rozo mis dedos con su intimidad, lo cual me hace respirar hondo. Está tan húmeda y lista... ¡Joder!

Ella siempre está lista para mí.

—Dime qué deseas, Leslie. Dime qué quieres de mí —pregunto, besándola una vez más.

—¿Estás a mis servicios? —La picardía en sus ojos me confirman que está bromeando.

Sin dejar de mirarla, bajo mi cremallera por completo, saco a mi miembro erecto y listo para darle placer a la mujer sonrojada y sedienta que está enfrente de mí. Leslie tiene sus mejillas sonrojadas, sus ojos tan expresivos como siempre, brillan muchísimo.

—Estoy a tus servicios, nena —respondo, introduciéndome en ella. Ambos jadeamos en unísono, la castaña acerca su boca a la mía para besarme, para que su lengua haga estragos con la mía.

Es una diabla en su totalidad, su poder de seducción innata, su fiereza en la cama, ese fuego que desprende me está volviendo loco. No miento cuando digo que me estoy convirtiendo en un adicto.

Es como si no pudiera saciar mi deseo por ella.

—¿Usas píldora cierto? —Corroboro una vez más, hace días se lo pregunté cuando lo hicimos sin preservativo.

Ella asiente, pidiéndome que me mueva.

Hago lo que me pide.

Los embistes son rápidos, ella no se queja, más bien pide que lo haga más profundo. Está muy excitada y necesita liberación. Ambos estamos que llegamos, el juego previo, la seducción nos ha llevado por un camino que es difícil de salir. Es sed por el otro.

Somos muy compatibles sexualmente. Eso muy poco me ha ocurrido en la vida, desde mis momentos de Casanova, como me llama la gente, no me pasaba esto. Esta conexión con alguien más, que quiera más de esa persona... Muy raro.

Los gemidos de Leslie es música, me hace adentrarme más a ella. Sus manos están aferradas a mis hombros. Jadeo cada vez que mi cuerpo se tensa por el roce con su cavidad.

—Voy a llegar, Raymond... Joder... —murmura, posicionando su frente en mi hombro,

casi escondiéndola en la base de mi cuello.

—Siéntelo, Les... Déjate llevar por el placer... Quémate una vez más.

—Nos quemamos de nuevo —dice riéndose mientras jadea.

Eso me hace sonreír.

—Vivimos en el infierno ya.

—Los dia...blos. ¡RAYMOND! —exclama entre dientes mi nombre al momento en que llega al clímax, tensándose, aferrándose a mi cuerpo. Embisto un poco más y finalmente llego a mi liberación, acerándola más, intentando respirar, calmar mis ganas por más momentos como estos.

—Leslie... —susurro en su oído.

Ella me está haciendo perder la cordura.

Cuando volvemos a nuestra mesa, haciendo como si no hubiese pasado nada, Lola pregunta por qué Les se ve como sonrojada, ella dice que no se ha sentido bien en los últimos días, que tal vez le vaya a dar un catarro. Su hermana mayor la miró con suspicacia, pero Roger salvó el momento al llevársela a bailar.

—Tienes que dejar de sentirte nerviosa cuando está ella —le digo a la castaña, me mira y asiente—. Si no queremos que nadie se entere, debemos ser cuidadosos.

—Lo estamos haciendo. Solo que... con Lola es diferente. Ella es como mi madre y no me gusta ocultarle cosas, ya estoy hasta el cuello con... —Se calla, no termina de hablar, bebe de su copa de champagne y vuelve a hablar—. Creo que ya debería de irme.

—Te llevo —propongo, ella me mira sin decir nada, pero asiente.

—Vale, estoy cansada para esperar por un taxi.

—¿Te despedirás?

—Les pasamos por un lado, nos despedimos y nos vamos.

—Está bien.

El ambiente en el auto es agradable, creo que desde que nos hemos ido acercando por nuestros encuentros, no discutimos tanto como perros y gatos, las conversaciones con Leslie son llevaderas, ella es muy inteligente y siempre tiene algo que decir. No quisiera comparar, pero muchas de las chicas con las que he salido no son como ella, con Leslie puedes hablar, sentirte a gusto en todos los sentidos. Es diferente.

Walts está en el asiento del copiloto, apoyando su cabeza sobre su asiento, mirándome fijamente. Le doy vistazos de vez en cuando mientras manejo.

—Raymond, ¿y las niñas?

—Mis tulipanes están bien, muy hermosas. Pasé un día divertido con ellas cuando fui a Miami, tuve que rogar mucho, pero valió la pena. Sabes que por ellas haría cualquier cosa.

Se hace un pequeño silencio.

—¿Por qué tuviste que rogar? ¿No te dejaba verlas? —Sé que ella se preocupa por las niñas, sus preguntas me descolocan un poco, porque aún no tenemos esa confianza... Aún no nos conocemos del todo.

Pero siento que con ella puedo hablar con tranquilidad, lo que me hace contarle lo ocurrido en Florida con la madre de mis hijas, así como cuando hablamos tranquilamente en casa de Lola.

—Ella está empeñada en no dejar que me acerque mucho a las niñas, dice que salgo con varias mujeres a la vez, que no soy un buen padre y que no le demuestro el verdadero valor de la

familia a Marie y a Riley. Lo cual todo es mentira —le cuento todo lo que Mayra me dijo, lo que quiere de mí y el cómo me siento.

Leslie me escucha con atención.

—Sé que tienes muchos años fuera y que no me has visto ser padre, que no me conoces, pero juro por todo lo Santo que moriría por mis hijas. Eso no lo entiende Mayra, ella quiere tener la razón siempre, tener la última palabra, todo lo que dice son calumnias. —Rodeo con ambas manos el volante, aferrándolo con fuerzas. Hablar sobre este tema me molesta, porque me cabrea la actitud de mi exesposa—. Sí, tengo un pasado un poco turbulento, fui un mujeriego, pero ya no. Y mis hijas son mi prioridad.

— No tengo que tener tanto tiempo viéndote ser padre, con los días que llevo en Seattle me he dado cuenta de tu amor por ellas, ¡por Dios! Se ve en tus ojos. Las amas, las proteges y quieres lo mejor para ellas, eso lo hace un padre. No dudes que eres uno de los mejores, con errores como todo ser humano, pero eres el mejor papá para ellas.

Sonrío con nostalgia.

—Las extraño mucho, no quiero pelear con Mayra, porque es su madre, pero si por mí fuera, ellas vivirían conmigo.

—Ya encontrarás la solución de estar con ellas, ya verás —asegura con una sonrisa, dándome un apretón en mi brazo derecho. Le sonrío de vuelta—. Te apoyo.

—Gracias, Leslie.

Me detengo en su edificio, me disculpo un momento sin dejarla ir todavía, reviso mi teléfono un segundo y veo que mis hijas me han enviado un mensaje desde el teléfono que su niñera tiene para ellas. Es una nota de voz.

—*Hola, papá* —dicen al mismo tiempo, sonrío con emoción. Miro a Leslie, ella me sonríe también.

—Tal vez estés ocupado, pero queríamos decirte que en dos días estaremos en Seattle, mamá nos llevará. ¡Estamos emocionadas de verte! —La que habla es Marie, mi hermoso tulipán amarillo.

—¡Síii! —canturrea Riley, mi otro tulipán—. Papá, quiero darte muuuuuchos abrazos y besos, quiero ir a donde Lucas, Leah y Lily, los extraño muuuuucho. ¿Y si vemos a la tía Les también? ¡Ella es súper!

Que mencionen a Leslie me sorprende, ella me mira asombrada también, veo que sus mejillas se sonrojan de manera tenue, le sonrío. Es imposible no ganarse el cariño de esta castaña, y si mi hija quiere verla, ¿quién soy para negárselo?

—¡Riley! Recuerda que es una nota rápida, no hables tanto. —La amonesta su hermana —. Te extrañamos, papá. Te amamos mucho, nos vemos pronto. Eres el mejor papá del mundo.

—*¡Síiii! ¡El mejor!* —exclama con alegría Ryry, como cariñosamente la llamo—. *Te amo muuuucho.*

—Tu sonrisa te delata, brillas demasiado en este momento, ellas son tu luz de vida — argumenta Leslie, mirándome sonriente, levanta sus manos y me señala—. ¡Mírate! Te hacen blandito esas niñas.

Suelto una carcajada, ella también se ríe un poco.

—¿Soy un papá blandengue? —inquiero bromeando.

Ella asiente.

—Lo eres. ¿Escuchaste? ¡Eres el mejor papá del mundo para tus tulipanes!

Sus palabras me sonrojan un poco, ella se burla y se sigue riendo.

Su sonrisa es hermosa, muy hermosa.

Leslie comienza a despedirse, dice que no la acompañe a su apartamento.

—Está bien, nos vemos mañana —me despido de ella.

En un arrebato, me quito el cinturón de seguridad y me acerco a ella, dándole un beso suave sobre su labio inferior. Ella lo devuelve, pero después cae en cuenta en algo y se aleja con brusquedad.

—Raymond, recuerda que lo nuestro no es sentimental. Condiciones —me recuerda.

Tenso mi mandíbula. No sé qué me ha llevado a hacer eso. Ella tiene razón.

No hay sentimientos en esto.

Me aparto, pasando mis manos sobre mis labios y disculpándome.

—Lo siento, Leslie... No debí...

—Sí, no debiste. —Abre la puerta, se baja del auto, pero antes de cerrarla, dice—: Buenas noches, Raymond.

Suspiro.

—Buenas noches, Leslie.

¿Qué demonios me pasó por la cabeza besarla así sin más?

¡No traspases límites, Butler!

Noviembre ha sido un mes muy movido, entre nuevos proyectos y continuando con los ya acordados, ha sido un mes sin parar. Mucho trabajo, pero trabajo del bueno, del que uno se siente satisfecho y feliz de lo que hace. Con tantos años de práctica, me he convertido en un excelente empresario; no es echarme flores, sino que digo la verdad.

Todos en la familia adoran a Roger, en que él es el mejor dirigiendo la empresa. No lo discuto, es un buen presidente encargado, lo ha hecho muy bien en estos años. Pero cuando ya no quiera trabajar, ese puesto pasará a mí y deben estar seguros que haré un trabajo impecable. Amo a esta empresa, amo hacer negocios, poner condiciones, jugar con los inversionistas y buscar nuevas ideas.

Hablando de mi hermano, el mismo pasa por la puerta de mi oficina, saludándome y diciendo que se irá de viaje con su familia.

—¿Viaje de invierno? Las clases aún no terminan —le digo desde mi silla reclinable, apoyando mi espalda en ella con acomodo.

—Lo sé, el viaje será antes de vísperas de navidad. Solo te lo estoy informando. Ya falta poco para la época navideña.

—Apenas Acción de gracias será la próxima semana —bufo.

Roger se acomoda en su asiento.

Asiento. —Vale, lo sé, un par de semanas y estamos todos vestidos de rojo, adorando a un gordo canoso y con barba.

Mi hermano se ríe.

—¿Tendrás a las niñas contigo esta navidad?

Meneo mi cabeza. —No lo sé. Intentaré mediar con mi ex para que me deje verlas.

—¿Por qué no solucionas esto con un abogado?

—Eso toma tiempo, hermano. Además... Ella es la madre de mis hijas, no quiero meterlas a ellas dentro una disputa donde probablemente salga perjudicado y más nunca pueda verlas o estar con ellas.

Mi hermano suspira, me da una mirada desoladora y asiente.

—Estoy en una encrucijada.

—Así es.

—Las niñas vienen en uno de estos días, me enteré porque ellas me enviaron una nota de voz, porque si es por su mamá...

—Entonces, ¿qué tal si llamo a tu ex y le digo que las niñas pasen un día en mi casa y así puedes verlas?

Sonrío.

—Maldito genio —respondo, él se ríe.

—Soy el hermano inteligente e ingenioso. Robert está en su mundo y familia.

Me carcajeo.

—Tengo que ir a visitarlo, el pobre se volverá loco con Nina. En estos días me escribió diciendo que lo salvara porque lo iba a matar.

Roger se ríe de nuevo.

—¿Qué hizo ahora?

—Contrató a una nueva mesera en RoBu y no es del agrado de nuestra cuñada.

—Él no sale de una —dice Roger, riéndose y negando con su cabeza—. Hablaré con Mayra, verás a tus hijas.

—Gracias, hermano —agradezco con sinceridad.

—Para eso estamos, ¿no? Para ayudarnos.

—¿Ahora es cuando tengo que besarte el culo o qué?

Nos reímos, Roger niega y se levanta para irse a su oficina.

—Me debes una salida a RoBu, noche de hermanos.

Esbozo una sonrisa pícara.

—Quieres salir de Lola un rato —lo molesto.

—Sabes muy bien que amo a mi esposa, pero también es necesario una noche de hombres, de hermanos, hablar con ustedes me hace bien.

—Awww —me burlo, eso siempre le ha hecho enojar—. Qué adorable eres, Roger. La gente te querrá en el ancianato, esas canas... —le señalo el cabello—, esas arrugas... ese amor de abuelo... Sí, tu vejez sigue estando a la vuelta de la esquina.

—Vete al diablo —replica, saliendo de mi oficina. Me río una vez más y vuelvo a concentrarme en el trabajo.

El recuerdo de lo que hice hace dos días se recrea en mi mente de nuevo, no debí haber besado a Leslie. Ella está muy clara de nuestros límites. Es solo saciar el deseo y seguir con nuestras vidas.

No puedo involucrarme con ella...

No puedo, ella es demasiado buena para mí.

Me asusto como un niño al que le han descubierto lo que estaba haciendo, pensar en Leslie no está bien, pero ¡demonios! ¡Es imposible no hacerlo!

Miro hasta la puerta y tenso mi mandíbula al ver a Mayra entrar como si esta fuese su casa, como si fuera bienvenida a venir a acá. La morena lleva vestido mangas largas y botas de invierno que le llegan a medio muslo. Su cuerpo ha cambiado un poco desde los embarazos, antes era delgada con curvas, era toda una empresaria luciendo como modelo.

—¿No me das la bienvenida? —inquiere, dejando su abrigo en el mueble de cuero.

Enarco una de mis cejas.

—Así que viniste a Seattle, por fin —digo con ironía—. ¿Dónde están mis hijas?

No estoy de buenas para tolerarle su estado de ánimo cambiante, en Miami no quería verme ni entablar alguna conversación, ahora viene a mi oficina y quiere que le dé la bienvenida

con bombos y platillos.

—En mi casa con su niñera, están bien.

Hago una mueca de asombro fingido, pero luego la miro con seriedad.

—Con su niñera... como siempre. —Me levanto de mi puesto y camino hasta donde está —. ¿Cuándo están con su mamá? ¿Al menos las acuestas en sus camas por las noches? ¿Le haces el desayuno?

Ella se tensa y pone los ojos en blanco.

—Supe que estás buscando abogados —sisea.

—Sí, te lo dije cuando fui a Miami. No es que te enteraste por las malas lenguas.

Me acerco más a ella, mirándola sin deseo ni amor.

—¿Qué quieres de mí, Mayra? ¿Por qué quieres lastimarme usando a mis hijas?

La morena se acomoda el cabello hacia atrás, luego vuelve a mirarme, me detalla desde los ojos hasta la boca. Yo no dejo de mirarla fijamente a los ojos.

—Siempre serás mío, Raymond... —susurra muy cerca de mis labios.

No me había dado cuenta que Mayra no había cerrado la puerta, visualizo una sombra a un lado y volteo para verla. Me sorprendo cuando veo a Leslie con una expresión de asombrada. Sus ojos siempre expresan sus emociones, en este momento es asombro mezclado con otra cosa... ¿decepción?

Me alejo de Mayra de forma inconsciente, poniendo distancia entre ella y yo, para que Leslie no malinterprete la situación.

—Ah... —intenta decir—. Vengo luego.

Mayra la mira también.

—Espera... —La detalla muy bien—. ¿Leslie?

La mencionada da una sonrisa fingida, se acerca y saluda a Mayra, no de mil amores, pero está siendo diplomática.

—Mucho tiempo sin verte. —La inspecciona de arriba abajo—. ¡Vaya! Eres toda una mujer.

—Sí, la gente crece —dice con sarcasmo—. Tú sabes, los años pasan, la gente cambia, madura, otros se vuelven egoístas...

—¿Y más o menos qué cargo tienes aquí? Eres como muy joven...

—Soy la tercera cabeza importante en la empresa.

Mayra la mira sin entender. Intento zafarnos de ella, cambiando el tema. Le doy miradas a Leslie, pero ella no me mira devuelta. Se disculpa por tener que irse y se va de la oficina.

Me quedo mirando hacia la puerta, eso fue muy repentino.

Espero que no haya pensado otra cosa. No sé por qué no quiero que lo haga. No quiero malentendidos, nos estamos llevando bien.

Vuelvo a mirar a mi exexposa, la mujer me sonríe como si quisiera engatusarme con su encanto.

—Que te quede claro, Mayra: no voy a volver contigo. No quiero lastimar a mis hijas, no quiero discutir más; nos iremos a la corte. Si es posible, pediré la custodia de las niñas. Tú ni siquiera las cuidas. Ellas necesitan de su madre, no de una niñera.

Mayra cambia su humor, en sus ojos hay enojo y como si quisiera vengarse de mí, o como dijo, no quiere dejarme ir. Hace mucho terminó lo nuestro, ella dañó lo que teníamos. Todo fue una farsa, ¿por qué ahora quiere venir con este cuento de fantasía?

—Bien, con que esas tenemos... Prepárate porque no voy a dejar que ganes. Sufrirás, Raymond Butler.

—No lastimes a mis hijas.

—Ellas son las que te van a lastimar a ti —refuta, tomando su abrigo y saliendo de la oficina.

Cierro mis puños con enojo, ella no puede salirse con la suya. No está bien, siento que ella no está del todo consciente de lo que está haciendo. Simplemente está usando a nuestras hijas como carne de carnada, tratando de hacerme daño. Esto no puede seguir. Necesito buscar una solución.

Vuelvo al escritorio, aún sin sentarme, necesito calmarme antes de que el enojo por esa mujer no me deje respirar ni dejar trabajar.

Mi teléfono vibra en mi mesa, la luz se enciende en la pantalla, lo miro para ver qué es y lo tomo rápidamente al leer el mensaje que ha salido en la ventanilla.

Leslie Walts:
Si quieres estar con ella por tus hijas, hazlo.
Nuestro acuerdo terminó.

¿Qué demonios?

Salgo de la oficina, camino hasta la de Leslie, sin mirar a los lados ni saludar a su asistente. No estoy pensando con claridad, solo necesito verla. Entro sin avisar, cierro la puerta tras de mí. Ella se sorprende por mi arrebato, pero me mira desde el ventanal de su oficina.

—Si es lo mejor para ti y para tus hijas, no voy a poner trabas. Total, es solo sexo y dijimos que sin compromisos.

—Leslie, no es lo que piensas.

—¿Qué pienso? —Comienza a acercarse a donde estoy—. Raymond, no te conozco, no nos conocemos en lo absoluto. No sé cuál será tu movida. Amas con tu vida a tus hijas, si debes estar con su madre, está bien en parte.

Niego con mi cabeza.

—Claro que no, no está bien. Tener un matrimonio o una relación sin amor no está bien. No voy a lastimar a mis hijas fingiendo querer a su mamá. No lo haré.

—Entonces, ¿qué quiere? ¿Por qué dijo que siempre serás de ella?

—¿Por qué estamos discutiendo esto? ¿Por qué terminas las cosas sin hablarlo?

Ella se queda en silencio.

—No lo sé —responde sin más.

Me aproximo más a ella, quedando cara a cara.

—Tú dices que no me conoces, que no nos conocemos, entonces... *No digas nada y conóceme*. Hagámoslo, conozcámonos, Leslie Walts.

Le extiendo mi mano para que estreche la suya con la mía.

En su mirada hay duda, como si no quisiera traspasar límites, romper reglas, pero al mismo tiempo quiere hacerlo.

No sé qué le estoy proponiendo, pero quiero conocerla, que ella me conozca. Estoy cansado de los prejuicios, de que mi imagen esté manchada con una gran **X** pintada en rojo. No soy un mal hombre, he cometido errores en mi vida, como cualquier ser humano. No se me puede sacrificar por eso. La gente ni siquiera me conoce como para juzgarme.

Quiero que Leslie me conozca realmente. Ella es muy diferente a todas las mujeres, es única, especial y siento una bonita conexión con ella. Quiero conocerla, saber cómo realmente es, no haremos un desastre si lo hacemos.

—Quiero conocerte, Leslie. —Vuelvo a decir.

Ella suspira.

—Vale, hagámoslo. —Sus ojos me miran desafiantes, pero sonrío cuando estrecha mi mano—. Vamos a conocernos, Raymond Butler.

Estoy listo para hacerlo.

Comencemos a conocernos.

Capítulo XIII

Leslie

Muevo mis brazos al aire mientras camino por la sala de la casa de Loretto, después de la oficina tuve que venir a verle, necesitaba hablar con alguien sobre lo que me está ocurriendo con aquel hombre de ojos azules.

Mis sentimientos están revueltos.

—Así como te estoy contando, Loretto —le digo, mirándole de vez en cuando—. El hombre vino a mi oficina diciéndome que nos conociéramos, que quiere conocerme, ¿cómo tomo eso? Además, su exesposa estuvo en la empresa, diciéndole que siempre será de él.

Loretto me tiende una copa llena de vino, tomo un trago hondo, sintiendo el escozor en la garganta, meneo mi cabeza negando.

No podía seguir con el acuerdo sabiendo que ella quiere tenerle en su vida, y si es lo mejor para que él pueda estar con sus hijas, terminaría con el negocio por su bienestar.

Pero no, él quiso seguir con nuestro acuerdo. Argumentando que no iba a fingir quererla. ¡Demonios! Él no quiere lastimar de ningún modo a sus hijas.

—Cariño, detente un momento que no estoy entendiendo nada. —Pide Loretto acercándose a uno de los muebles—. ¿De quién hablas? ¿Tu novio llegó a la ciudad?

Le doy una mala mirada.

—Ya no tengo novio, el tipo me engañó y jugó conmigo queriendo llegar más alto en la empresa en Londres —le explico, bebiendo de nuevo—. Hablo de Raymond.

Él hace una mueca de no entender de quién hablo.

—Raymond es el cuñado de mi hermana, el hermano menor de mi cuñado Roger, el presidente de Sunshine —Mi vecino asiente entendiendo finalmente—. Bueno, yo... eh... Me he estado acostando con él, en pocas palabras.

Loretto abre mucho sus ojos.

—¿Con tu cuñado?

—¡Claro que no! —exclamo exasperada—. ¡Con Raymond, el cuñado de mi hermana!

El rubio abre su boca con asombro, gesticula un “woah” y alza mis cejas.

—Quién te viera, mujer. Con el mismísimo Casanova —Se ríe—. Vale, ¿por qué estás histérica?

—Porque fue mi amor platónico de adolescente, yo... estaba enamorada de él, aun sabiendo que me lleva trece años de diferencia. Y ahora me estoy acostando con ese hombre; hoy llegó diciendo que quiere conocerme, ¿qué significa eso?

—¡Vaya! Las vueltas que da la vida. —Loretto termina de beber su copa, se levanta por más vino. Busca la botella y me sirve más en mi copa, luego hace lo mismo con la suya—. Simplemente quiere conocerte más, ver que has crecido, no sé. ¿Por qué haces tanto escándalo por eso, Leslie? La gente se conoce y ya.

Suspiro frustrada, tomando mi teléfono que está en el bolsillo trasero de mi pantalón, miro la pantalla y noto que Marcela está llamando, contesto, diciéndole a Loretto que me dé un segundo.

—¡Marcy!

—¡Les!

—¿Qué haces despierta? Son como las tres de la mañana en España —le digo mientras camino hasta el sillón alargado de Loretto.

—No tenía sueño —responde del otro lado—. ¿Podemos hacer videollamada? ¿Qué estás haciendo?

—Estoy en casa de mi vecino, mi nuevo amigo. Claro que podemos hacer videollamada, déjame llamarte de nuevo.

—¡Me estás engañando con un amigo americano!

Me río porque es malísima actuando. Sé que no le afecta que tenga amigos nuevos, ella está segura de que somos mejores amigas, somos como hermanas.

Hago lo de llamarla con video y una vez que ella acepta, miro a mi amiga con una sonrisa que llena por completo mi cara, me alegra mucho verla. La castaña me devuelve la sonrisa.

—A ver, ¿quién eres, americano? ¡Muestra tu cara!

Me vuelvo a reír, Loretto me mira con una ceja enarcada. Volteo el teléfono hacia él, para que mi amiga pueda conocer a mi amigo americano como lo llama. El rubio le sonríe, saludándola con la mano.

—Así que tú eres la amiga española que vive en Londres y que ahora está en España —Marcela lo mira con la boca abierta—. Sí, cariño, sé sobre ti.

—¡¿Cómo es que yo no sé nada de ti?! ¡Esto es indignante, Leslie Walts!

—Teníamos tiempo sin hablar, ¿yo no mencioné que tenía un vecino genial?

Ella se queda pensando.

—Creo que sí.

—Entonces, ¿cómo te llamas? —Le pregunta Loretto, bebiendo de su copa de vino, luego la alza en dirección a Marcy—. Yo soy Loretto Havern.

—Marcela Suárez, mucho gusto, amigo americano.

—Igualmente, amiga europea.

—¡Genial! Ya se conocen —les digo a ambos, alzando mi dedo pulgar derecho en señal de “bien”.

—¿Están bebiendo? Déjenme ir por algo también, en esta reunión no puedo faltar yo sin beber. —Se nota que realmente no tiene sueño y que se pondrá a beber con nosotros a las tres de la mañana. Es Marcela, así de simple—. Listo, ya tengo mi Vodka.

La miro asombrada cuando veo que está bebiendo directamente desde la botella.

—Por favor, no te vayas a emborrachar, Marcela.

Ella bufa.

—Déjame ser, Leslie. Estamos pasándola estupendo, estoy conociendo a otro americano que no seas tú.

Loretto se ríe, asintiendo. —Me caes bien.

—Hablando de americanos... ¿Qué ha pasado con el viejo sexy que te vuelve loca, Les? Loretto, ¿sabías que a Leslie le gustan mayores?

El rubio suelta una carcajada, lo miro mal por un momento.

—No me veas así, querida vecina, yo no soy quien está acostándose con él.

El grito que emite Marcela nos aturde.

—¿QUÉ? —inquiere sin creérselo—. Leslie Walts, ¿tú qué estás haciendo allá? Ya va, ponme en un sitio donde pueda verlos a ambos.

Tomo una respiración profunda, le doy una mirada a Loretto y él solo se ríe. Acomodo el teléfono en la mesita de estar que se encuentra en el centro de la habitación. Marcela nos puede ver a ambos con perfección. Ella está sentada en su cama, con la luz encendida y la botella de

vodka a un lado.

—Explica, mujer. Necesito detalles.

Ladeo mi cabeza antes de hablar, pensando en lo que le diré.

—Lo hablaré con ambos porque confío en ustedes —Miro a Loretto—. Te he agarrado confianza.

Él pellizca mi mejilla izquierda, sonríe y asiente.

—Vale, yo... hice un negocio con él...

—¿Un negocio? —interrogan ambos a la misma vez.

—Un negocio sexual...

—Espera, eso no suena bien. ¿Y qué obtienen ambas partes?

Siento que mis mejillas se han comenzado a teñir de rosado, como si no fuera una adulta hecha y derecha que puede tener sexo sin compromiso con cualquiera.

—Saciar el deseo por el otro.

De pronto, Loretto y Marcela empiezan a reírse a carcajadas, beben sus bebidas y siguen riéndose.

—¿Ahora se hacen acuerdos para tener sexo? —Se burla Loretto, aun riéndose.

—¡Demonios! Eso no me lo esperaba. Se nota que no querías al imbécil de Owen, puff, sé que me gustan las mujeres, pero ese Butler está buenísimo. Tú hablabas tanto de él que tuve que googlearlo, el tipo está muy bueno. No lo voy a negar.

Mi vecino se ríe de nuevo.

—¡Vaya! A ti te gustan las mujeres y a mí los hombres, pero estamos muy claros de que ese hombre está como quiere. No se le puede culpar por querer comérselo.

No tengo escapatoria con estos dos, se han juntado dos personas compatibles y, que me harán la vida un caos, pero será divertido tener esta triple amistad. Conozco a Marcela, le ha caído bien Loretto, y viceversa.

—¿Qué con eso de que no ibas a caer por él, Les? ¿Cómo es el tipo? ¿Es bueno haciéndolo?

—¿Estás segura de que te gustan las mujeres, Marcy?

—100% —responde sin chistar, Loretto se vuelve a reír. ¿Le hicieron efecto dos copas de vino?—. Solo que me gusta el chisme, sigue contando.

—Ya veo, amiga. —Marcy se encoge de hombros, toma otro trago de Vodka—. Bueno, él hoy me dijo que quiere conocerme, y le dije que lo hiciéramos.

—Eso no suena como que solo quiere una noche contigo, Leslie.

—Solo quiere que se lleven bien, a mí parecer —comenta Loretto.

—También puede ser. ¿Qué harás? —pregunta Marce—. ¿Le dejaras conocerte?

—Lo más importante —interrumpe el rubio—, ¿Quieres conocerlo?

Le doy una mirada a cada uno, sopesando cada pregunta hecha.

Una parte de mí quiere hacerlo, saber quién es, qué le gusta, qué piensa sobre muchas cosas, pero al mismo tiempo existe el miedo a que me lastime, que juegue conmigo como lo hizo con tantas mujeres hace años. Creo que la gente puede cambiar, madurar y crecer, pero al mismo tiempo, sigue esa espinita de saber que lastimó a tanta gente, que no quiero que eso ocurra conmigo.

¿Le doy el beneficio de la duda? ¿Me dejo llevar y lo conozco más allá del sexo?

¡Maldición! ¡Lo haré!

Quiero conocerlo.

—Sí quiero hacerlo, quiero conocerle también. Me intriga muchísimo saber quién

realmente es, pero tengo miedo a salir lastimada de nuevo, que sea un casanova imbécil.

—Eso lo sabrás con el tiempo, amiga. —Marcela ladea una mueca.

—Todo es intentar, peor es quedarse con el "si hubiera" —añade Loretto.

Emito un suspiro que hace que mis amigos bromeen con que tampoco es de vida o muerte mi decisión, que puedo negarme y seguir con solo el sexo.

—Pero dinos, ¿lo hace rico? —pregunta de nuevo Marcy.

El rubio enarca sus cejas, haciéndome señas para que conteste.

—¡Chicos!

Rico es poco, lo hace fenomenal.



Voy ensimismada en el teléfono mientras camino hasta la oficina de Roger para una pequeña reunión con él y Raymond, los mensajes de Marcela no han parado desde que le conté lo que ocurre con el hermano de mi cuñado. Mi amiga no puede creer que yo haya aceptado tal oferta como un acuerdo sexual, pero me apoya y que mientras yo esté bien, saciando mi deseo por él, siga con lo acordado.

Leslie:
Entraré a una reunión, hablamos luego.
Besitosssss.

Al entrar a la oficina de Roger, me tropiezo con él, subiendo mi mirada para verle. Él me sonríe con una ceja alzada.

—¿Owen no te deja tranquila un rato? ¿Te extraña mucho? —me pregunta al darme la bienvenida a su oficina, dentro están sus dos hermanos.

Trago saliva cuando miro a Raymond. Su hermano Robert está a su lado, en la silla contigua, me da una sonrisa mientras me saluda.

—¡Leslie! Tanto tiempo sin verte, ¡woah! Estás muy hermosa, pequeña.

Él es otro quien me llama así como todos en mi familia lo hacen. Supongo que tendré treinta años, estaré casada y con hijos, y ellos aún me llamarán así.

—Robert, qué gusto verte —respondo, acercándome para darle un abrazo.

Robert Butler no se la pasa siempre con sus dos hermanos menores, pero antes, cuando vivía con Roger, él iba a la casa a visitarlo; su esposa es hermosa y muy gentil. Su hijo tiene la edad de Leah creo, muy lindo también.

—Veo que también trabajas en Sunshine, todo queda en el negocio familiar, ¿no?

Me río por lo bajo, asintiendo hacia él.

—Amar los negocios es de familia —contesto con una sonrisa, mirando a Roger. Él me da un guiño.

—Me alegra mucho verte, Leslie.

—A mí también, Robert. Envíale saludos a Nina y a tu hijo.

Él asiente. —Lo haré, cariño. Nina se emocionará al saber que has vuelto a Seattle, ella te quiere mucho.

Sonrío.

—Y yo a ella.

El hombre se despide de sus hermanos, prometiendo volver e ir a donde sus padres para visitarlos. Por lo que sé, él sigue con el negocio del Club RoBu. Nunca he ido, pero todos dicen

que es bonito y se pasa genial allí.

—Hola, Diablita —susurra Raymond muy cerca de mí, al momento en que Roger está despidiendo a su hermano en la puerta.

—Hola, Ray —le doy un guiño, él sonríe.

—¿Tienes planes esta noche?

Miro hacia Roger, él aún no viene. Niego en dirección a Raymond.

—Entonces cenaremos juntos, te busco a las ocho.

Escucho que Roger se acerca, me acomodo en mi asiento, arreglando mi cabello.

—Vale, nos vemos esta noche —le digo a Ray.

Mi cuñado se sienta en su silla reclinable, entrelaza sus dedos con sus codos apoyados sobre la mesa.

—No me respondiste, ¿cómo está el perfecto Owewe? —Roger lo pregunta de una manera bromista, que me da algo de vergüenza el hecho de que llamaba a mi exnovio de esa manera. Raymond carraspea.

Juego con mi teléfono en mano, cambio de posición mi pierna que está sobre la otra y lamo mis labios.

—Terminé con Owen, Roger —le cuento, directo al grano.

El mencionado arruga su frente.

—¿Y eso?

Él no tomará muy bien lo que le voy a decir.

—Me engañó con alguien más.

No le cuento el hecho de que estaba conmigo por interés, eso sería peor.

El rostro de Roger se transforma en molestia, el enojo se nota en sus ojos. Veo como empuña su mano derecha y golpea un poco la mesa.

—¿Qué? ¿Ese sinvergüenza te engañó? ¿Pero quién se cree?

—Una lagartija sin donde caerse muerto —sisea Raymond entre dientes.

Roro se lame los labios, niega con su cabeza y frunce su ceño a más no poder. Está muy enojado.

—Ya no importa, es un idiota que se pasó de listo y ya. No quiero darle importancia. Estoy bien, Roger —le aseguro, dándole una mirada firme que le haga saber que ya no quiero saber nada sobre Owen y su traición.

—¿Pasarse de listo? El imbécil te quería por interés —comenta Raymond con molestia. Roger le mira sin entender.

Me pongo nerviosa al tiro. Le doy miradas al Butler menor para que se calle.

—Pero ya pasó, no quiero saber nada de él.

—Esto no se quedará así, Leslie —asevera Roger—. Ay, cuando se entere Lola de esto.

Resopla molesto.

—Ya le contaré uno de estos días. En fin, hablemos de negocios, para eso estamos aquí.

Roger respira hondo, asiente y nos entrega las carpetas que vamos a analizar y discutir.

Si Roro se molestó por Owen, no quisiera saber cómo se pondría si se entera que me estoy acostando con su hermano.

¡Cancelado! ¡No pienses en eso! Me digo una y otra vez.

De tan solo pensarlo, el estómago se me revuelve y siento que el corazón se me saldrá en cualquier momento.

Lola ni Roger pueden enterarse de lo que ocurre entre Raymond y yo.

Nunca.

Raymond fue puntual en buscarme, Loretto me ayudó a arreglarme, hoy llegó temprano a casa para estar conmigo antes de la cena. Él ha sido un buen amigo desde que llegué a Seattle, nos hemos llevado muy bien y siempre es bueno tener a alguien cuando llegas a un sitio nuevo.

El restaurante al que me ha traído Raymond es un poco lujoso, ubicado en la Bahía de Elliot, muy cerca de un muelle en el que podemos caminar fácilmente y admirar las vistas del mar. Es increíble cómo en él desemboca el río Duwamish. Es un lugar muy bonito para pasar un rato agradable.

Las luces están tenues, recreando un ambiente cálido y tranquilo, el saxofón de una canción suave se escucha por unos parlantes, no hay muchas personas comiendo, tal vez es muy temprano o no es temporada para venir al restaurante. Raymond está al frente de mí, está vestido con un traje azul marino que le sienta muy bien; sus ojos se ven mucho más azules. Su barba bien arreglada, al igual que su cabello.

Se ve muy guapo.

Ya entiendo por qué la mujer que nos ha atendido se le ha quedado embobada mirándolo. No puedo culparla, el hombre se ve jodidamente bien.

—Dime, Leslie, ¿qué te gustaría comer? —me pregunta Raymond, sosteniendo la cartilla del menú con sus manos, deja de mirarla para verme.

Detallo el menú por un momento.

—Me gustaría una ensalada y solomillo a la pimienta —contesto, dándole una sonrisa.

Él asiente, elige otro plato y cuando la mesera que nos ha atendido se lleva nuestro pedido, nos quedamos hablando mientras bebemos un vino blanco muy rico. Raymond se acomoda en su puesto, colocándose a mi lado, miro sus acciones con detenimiento.

Me sorprendo cuando toma los lados de mi silla y me atrae a él, para que estemos frente a frente, muy cerca del otro. No le importa dónde estamos. Me siento algo nerviosa por lo que está haciendo.

Empieza a hablar en voz baja, lo cual me hace erizar la piel.

—Estás muy hermosa esta noche —Mira hacia mis piernas—, esa falda luce muy bien en ti, ¿qué pasaría si la subo esta noche? —Acaricia mis piernas por el lado en que no se ve a los demás—. Si vamos a conocernos, debo admitir que me encanta cuando llevas vestido... No puedo dejar de mirarte cuando vas vestida de esa manera. Tus piernas...

Trago saliva, siento mis piernas débiles. La manera en que habla, sus miradas pícaras y lo que me está diciendo me está haciendo sentir calor.

—Tus ojos expresan todo, hermosa... —Cierro mis ojos cuando empieza a acariciar mi mejilla con si fuese una pluma, muy suave—. Hay tanto que quiero saber de ti, pero lo que me emociona es que te derrites con mis toques.

Sus palabras me hacen abrir mis ojos, fruncir el ceño, pero al final sonrío con picardía.

¿Tan necesitada me veo? ¡Demonios, no!

—No te creas tan importante, Raymond —le digo, quitando su mano de mi mejilla—. La presa en esta caza serás tú, no yo.

Me acerco más a él, tocando su corbata y haciéndole un poco de presión mientras lo jalo hacia mí.

—Yo también sé jugar... y lo hago muy bien, querido.

Él esboza una sonrisa traviesa, lame sus labios y hace una mueca de suficiencia.

—Ya lo veremos —añade, dándome un beso rápido en la mejilla que me descoloca por su espontaneidad.

Nos separamos cuando la mesera viene con la comida, nos acomodamos en nuestros puestos y empezamos a comer, mientras hablamos del otro sobre cosas triviales.

Tres cosas que he notado en lo que llevamos de noche:

-Es divertido, muy divertido.

-Ha madurado muchísimo.

-No es el mismo Raymond de hace años.

Su manera de ver la vida es con una perspectiva de un hombre que quiere estabilidad, no va con rodeos cuando quiere decir algo, es directo y bromista. Si quisiera, podría pasar horas hablando con él y no me aburriría.

—Cuéntame, Leslie Walts, ¿cuál es tu hombre ideal? —inquiere, dando un sorbo a su trago, apoyando su espalda a la silla mientras me mira. Ha terminado de comer.

Eso me hace reír.

—¿En serio?

Qué extraño que me pregunte eso.

Raymond da un asentimiento.

—No lo sé, nunca me he puesto a pensar en ello. —Hago una pausa, aun pensando mi respuesta—. Supongo que un hombre que me respete, me deje ser quien soy, que no me reproche nada y que me haga reír siempre.

El castaño sonríe. —No eres tan difícil de conquistar entonces.

—¿Qué? —pregunto, riéndome.

Emite un gesto de quitarle importancia al asunto.

—¿Y tú? ¿Cómo debe ser la mujer que conquiste a un Butler?

Ray piensa, lleva sus dedos a su boca y se me queda mirando sin responder.

—No sé cómo será con mis hermanos —intenta bromear— pero conmigo... Alguien que sepa lo que quiere en la vida, que tenga un propósito. A estas alturas no estoy buscando la mujer perfecta, pero sí alguien que me quiera con mi paquete a bordo, que quiera a mis hijas y respete nuestra relación. Obviamente que podamos tener una buena conversación y seamos una bomba nuclear en la cama.

Suelto una carcajada, por supuesto que él mencionaría algo como eso.

—No somos tan inalcanzables, ¿no crees?

Me quedo mirándole con una suave sonrisa en mis labios.

—No lo somos.

Me gusta este Raymond.



Caminar por el muelle con vista a la bahía a altas horas de la noche, con frío de casi invierno no es tan buena idea, pero cuando Raymond me arropa con su chaqueta, todo se siente cálido. El olor de su colonia llega a mis fosas nasales, haciendo que respire hondo, trato de memorizar su olor característico. Tan varonil.

—Por lo que me dijiste hace unas semanas, tu color favorito es el azul marino, ¿Cómo la noche? —La pregunta tan trivial que ha hecho me hace sonreír.

Asiento en afirmación, señalo el cielo nocturno.

—Algo así como el cielo de esta noche.

Él me sonríe.

—El azul también es mi color favorito. No tan azul como el tuyo, más claro.

—¿Cómo tus ojos?

—Creo que sí —responde con una mueca divertida—. A ver, míralos de cerca para ver si son azules realmente.

Sin que me lo pida dos veces, me acerco a él, a centímetros de su rostro. Miro fijamente sus ojos, intentando descifrar el color de su iris. Su mirada empieza a ponerme nerviosa, hace que mi estómago se llene de mariposas o halcones, no sé qué revolotea tan fuerte dentro de mí.

—Tienes pecas —murmura, tocando el puente de mi nariz—. Son pocas, pero son lindas.

Trago saliva, intentando reponerme de su cercanía y toque.

—Tienes algunos destellos verduzcos en tus ojos —digo finalmente.

Él sonríe.

—Los descubriste, Bella Leslie —comenta, dándome un beso en mi frente como lo hizo en la oficina.

Por esta noche le dejaré pasar que me llame así, porque cuando lo hace, todo en mí se remueve, los recuerdos de esos días en que lo miraba tan inalcanzable vuelven a mi mente y no me gusta.

Aún sigo sin creer que estemos en esto, que nos estemos acercando como tanto quise hacerlo.

Aunque sea por un tiempo... aprovecharé en conocerlo.

—Vayamos a mi casa, Leslie. ¿Quieres ir?

¿Ir a su casa? Dudo en hacerlo...

Suspiro, quitando todas las dudas de mi mente. Lo que estamos haciendo es disfrutar el momento, así que... Si él ha ido a la mía, no está mal que yo vaya a la suya. Podemos seguir conociéndonos allí, y tal vez, hacer otras cosas más candentes.

Le sonrío.

—Vamos —respondo, acariciando su mejilla y alejándome para caminar antes que él.

Raymond entrelaza mi mano con la suya cuando bajo de su auto, bromeamos con que hay mucho frío afuera y que necesitamos mucho calor cuando estemos dentro, obviamente todo en doble sentido. Él abre la puerta de su casa y al momento en que unos gritos de niñas, me hacen deshacer el agarre de su mano, alejándome un poco de él.

Observo el rostro de Raymond, luce sorprendido porque sus hijas estén en casa. Caminamos para encontrarnos con ellas y su madre en la gran sala de estar. Mayra nos mira con su ceño fruncido, pareciera que estuviera intentando descifrar algo entre nosotros.

Marie y Riley se acercan de manera efusiva a su padre, lo abrazan muy fuerte y le dan muchos besos.

—¡Te hemos extrañado muuuucho, papá! —Riley habla primero, dándole más besos a Raymond, quien se ha puesto en cuclillas para alcanzar la estatura de sus hijas. Sonrío al ver su reencuentro.

—¿Qué te trae por aquí, Leslie? ¿Tan tarde? —Mayra mira el reloj en su muñeca y luego a mí, enarcando una ceja y dándome una mirada interrogatoria.

—Quisiera saber qué haces tú aquí —replica Raymond, levantándose, aún con las niñas a su alrededor. No dejan de abrazarlo.

—Vine a traerte a tus hijas que no dejan de preguntar por ti, ya me estaban cansando.

Pongo los ojos en blanco.

Le cansan sus hijas, no puedo creerlo.

—¡Leslie! —exclama Riley al verme, estaba tan ensimismada en su padre que no había notado mi presencia.

Le doy una sonrisa. Ella se acerca a mí para abrazarme. Marie solo me da una pequeña sonrisa ladeada, junto con un saludo con su mano.

—Hola, niñas, qué gusto verlas. ¡Están hermosas!

Abrazo fuerte a la más pequeña, ella me da un beso en la mejilla.

—Me gusta tu cabello, tía Leslie, muuuuy suave —dice, tocándome el cabello. Me río por su ocurrencia, toco su mejilla y le doy un besito.

—A mí también me gusta tu cabello, pequeña.

Miro a su hermana mayor, quien aún me mira algo renuente, ella sigue abrazada a su papá.

—Hola, hermosa —la saludo—. Me gusta mucho tu vestido.

Ella sonríe con sus labios cerrados, musita—: Gracias, Leslie.

—¿Entonces? ¿Qué hace la pequeña Leslie en casa de su tío? —La manera en que ha hablado ha sido de forma sarcástica e irónica.

—Sabes muy bien que no soy tío de Leslie, Mayra —refuta Raymond, como si le hubiesen tocado esa fibra sensible de que le llamen mi tío—. Vino a trabajar en un proyecto que tenemos, ¿por qué te interesa?

—Es muy raro que la hermana de tu cuñada esté aquí a las once de la noche un viernes, ni siquiera tienen trabajo mañana.

—Serás tú que no trabaja, porque yo trabajo los sábados —le digo con una sonrisa falsa. Me está cansando que sea entrometida—. Para los negocios no hay pausas, supongo que lo sabes, tú eres empresaria también.

La morena si pudiera lanzar dagas por sus ojos, yo ya estuviera a tres metros del suelo, en una urna con flores encima.

—Necesitamos hablar, Raymond —dice Mayra, ignorándome.

En este momento siento que sobro en esta casa, las hijas de Raymond están aquí, su exesposa quiere hablar con él, además es tarde. Es mejor que me vaya.

—Yo... mejor me voy a mi casa. Es tarde y tú estarás con tus hijas, podemos hablar de negocios mañana en la empresa, Raymond.

El castaño me mira con un poco de desilusión, la estábamos pasando muy bien esta noche.

—No, tía Les, quédate, podemos ver una película —sugiere Riley a mi lado.

—Ella se quiere ir, Ryry, es tarde —agrega Marie—. No creo que le gusten las películas de princesas.

—Sí me gustan, Marie —le digo, sonriéndole, pero luego esbozo una mueca ladeada, al mirar a su madre—. Es tarde, pero podemos verlas otro día.

—Pediré un taxi —anuncia Ray, le doy un asentimiento.

—Por favor.

—Quería que te quedaras —me dice Riley, abrazándome de lado y haciendo un mohín en su boca.

—Riley, por favor, compórtate. Deja de rogar —la amonesta su mamá, miro a la susodicha con el ceño fruncido, la niña no está haciendo nada malo para que la regañe.

—Otro día vemos la película de princesas, y nos vestimos como una si quieren, sería

divertido.

Ella esboza una sonrisa muy grande.

—¡Me encantaría! —exclama alegre, abrazándome más fuerte—. Eres genial, tía Les.

—Tú también lo eres, pequeña. —La abrazo devuelta.

Raymond regresa de donde se haya ido hace un momento, me avisa que el taxi llegará en cinco minutos porque la estación es cerca de la urbanización. Le agradezco y le digo que esperaré afuera.

—¿Estás loca? Claro que no, afuera hay mucho frío, quédate adentro, el conductor tocará la bocina cuando llegue.

Me rindo, encogiendo mis hombros y sintiéndome incómoda con las miradas de Mayra en mí.

—Vamos al despacho para entregarte la carpeta que venías a buscar —me informa, señalando con su cabeza el despacho de su casa. Asiento y le digo a las niñas que ya venimos. Mayra no nos quita la mirada de encima, no es tan tonta como parece, ella debe sospechar algo.

Al llegar al despacho, Raymond cierra la puerta y se acerca a mí, colocando sus manos sobre mis hombros. Abro mucho mis ojos cuando me doy cuenta que aún sigo usando su chaqueta.

—Oh por Dios, olvidé dártela al llegar.

Él sacude su cabeza.

—Tranquila, había frío afuera. —Raymond toca mi mejilla con suavidad—. La pasé muy bien contigo esta noche, Leslie.

Sonrío.

—Yo también, Raymond.

—Discúlpame por no seguir, ellas están aquí... —Señala de nuevo con cabeza en donde están sus hijas.

Niego.

—No te preocupes, está bien, mereces estar con ellas. Sin importar que su molesta madre esté aquí.

Él suspira con frustración.

—Vamos a ver de qué quiere hablar ahora.

Ladeo una mueca.

—Olvidando a tu ex... —Juego con mis dedos—. Fue una noche donde empezamos a conocernos, no estuvo mal.

El castaño se ríe por lo bajo mientras niega con su cabeza.

—Me gusta conocerte, Leslie.

—A mí también.

Nos quedamos admirando al otro por un segundo, no sé por qué espero a que me bese. Tomo la delantera y le doy un beso en la mejilla, él sonríe cuando lo hago.

—Buenas noches, Leslie Walts.

—Buenas noches, Raymond Butler.

Capítulo XIV

Leslie

Lo de anoche estuvo bien, cenar y hablar con Raymond fue agradable. Tenía tiempo que no conectaba con alguien de una forma tan rápida, que me siguiera la corriente en mis opiniones, que expresara las suyas sin dudar. Me gustó que haya sido divertido, me reí mucho con él. Más allá de que sea una persona que me lleve trece años de diferencia, nos hemos llevado bien.

Me encanta que tenga un alma joven.

Pero aun así de que la hayamos pasado bien, cuando llegamos a su casa, me sentí incómoda. Sus hijas y su exesposa estaban allí, casi pudimos haber sido descubiertos y se hubiese hecho un lío si Mayra se enteraba sobre nosotros.

Es por ello que decidí alejarme un poco de él, o al menos, hacer el intento.

Es imposible, pienso en voz alta, hablando para mí misma. Estoy en la oficina tratando de trabajar, pero se me ha hecho muy difícil. En lo que ha transcurrido de mañana, no he podido dejar de pensar en él. Raymond ha estado llamando para vernos en la empresa, pero hace una hora le dije que estaba ocupada.

Excusas que hacen enojarme, porque ¡joder! Quiero estar con él.

—Actúa con lógica, Leslie, deja los impulsos a un lado —me reprocho, resoplando como una niña molesta con el mundo—. ¡Demonios! Desde que él llegó a tambalear mi vida, mi lógica se ha ido a la mierda.

Emito un grito con frustración, lo que hace que Carol entre a la oficina con cara de asustada.

—¿Qué ocurre, jefa?

Le doy una mirada reprobatoria, pero luego le hago un ademán con la mano intentando decirle que no pasa nada.

—Tranquila, es que no estoy de humor. Puedes irte, ve a descansar.

—¿No necesita más nada, señorita Leslie?

Niego. —Ve, Carol, nos vemos el lunes.

Ella asiente.

—Vale, feliz fin de semana, señorita Leslie.

Le doy una sonrisa ladeada. Mi asistente sale de la oficina, dejándome con mis sentimientos y emociones en un enredo que ni yo misma sé cómo desenredar.

Me levanto de mi puesto, meneando mi cabeza en negación, tomo mi bolso junto con mi teléfono y salgo también de mi oficina; selecciono planta baja en el tablero del elevador. Camino hasta el estacionamiento, subo en mi auto y antes de encenderlo, busco el móvil y marco el número de Raymond.

—Nos vemos en el estacionamiento del centro comercial a tres cuadras de la oficina, ¿sabes cuál es? —digo sin saludar cuando él contesta la llamada.

—Vale, nos vemos en diez minutos, estoy terminando una videoconferencia.

—Está bien.

No sé qué demonios estoy haciendo, pero en este momento quiero quitarme este estrés con sexo, solo que de una forma diferente.

Lleno de adrenalina...

Conduzco hasta el gran centro comercial que está cerca de Sunshine, su estacionamiento es grande y se encuentra en el subterráneo, algo muy útil, porque no estamos tan expuestos. Estaciono el auto en el puesto más lejano, pero donde no hay cámaras de seguridad. Lo bueno es que he dejado un espacio para el auto de Raymond.

La espera no es mucha, el hombre llega cinco minutos antes a lo que dijo que se tardaría, noto que está buscando mi auto, toco la bocina para que sepa que soy yo. Él estaciona su camioneta último modelo del lado izquierdo, un lugar perfecto para poder entrar en mi auto por cualquier cosa que ocurra; baja el vidrio para poder saludarme. Hago lo mismo que él.

—Dime, ¿qué estamos haciendo aquí? —pregunta de forma burlona.

—Te gusta lo prohibido, ¿cierto?

Raymond enarca una ceja, mirándome con curiosidad.

—¿Y la adrenalina al sentir que nos pueden descubrir en cualquier momento?

El castaño esboza una sonrisa pícara.

—Está saliendo a relucir la diabla en ti... —Sacude su cabeza lentamente—. Está bien, me dejaré tentar por ti.

Sonrío como si hubiese ganado la lotería.

Me gusta jugar, ¡que me condenen por hacerlo!

—¿En mi auto o en el tuyo, nena? —Se desabrocha el cinturón de seguridad.

—En el tuyo, tienes vidrios polarizados —respondo, dándole un guiño. Él se ríe, disfrutando de la situación.

Bajo del auto, sin activar el bloqueo del mismo, le sonrío de nuevo a Raymond cuando entro a su auto por el puesto del copiloto. Él observa cada movimiento que realizo, sin dejar de mirarme con una mirada profunda, oscura, llena de deseo.

—No soy al único que le gusta lo prohibido —murmura. Niego con mi cabeza.

Me acomodo en el asiento para mirarle de frente, qué bueno que hoy usé una falda de bolados que me facilitará hacer muchas cosas en este momento. Acerco mis manos a su camisa blanca de mangas largas, no lleva puesta su chaqueta. De esta forma se notan demasiado sus bíceps bien trabajados. Toco los botones de la camisa, para ir poco a poco desabrochándola, todo con la atenta mirada de Raymond en mí.

—Creo que es mejor que te sientes aquí —dice, señalando su regazo. Mientras sonrío, me posiciono con cuidado.

—No sé si esto fue una buena idea, no es tan cómodo —me quejo al notar que mi cabeza casi choca con el techo del auto.

—Déjame hacer algo. —Raymond hace que el asiento se corra hacia atrás, tanto de puesto como de espaldar, ahora pareciera que estuviéramos casi que acostados dentro del auto.

Le hago señas con mis cejas.

—Qué inteligente, señor Butler —lo felicito, dándole pequeños besos por su mandíbula.

Haciéndole mío.

Siento sus manos sobre mi cintura, sosteniéndolas como si estuviera aferrándose a mí. Termino de desabrochar su camisa, abriéndola hacia los lados; doy besos húmedos por su cuello hasta llegar a sus pectorales. Me muevo con suavidad sobre su regazo, haciéndole jadear.

—Cómo me gusta escucharte hacer eso —susurro muy cerca de su oído. Él no pierde oportunidad para tomar mi cuello y unir su boca con la mía, estremeciéndome cuando su lengua entra para convertir mi cuerpo en gelatina. Ninguno deja de besarse, de tocarse como si estuviésemos hambrientos por el otro.

Raymond sube mi blusa, para así poder desabrochar mi sostén y quitármelo con apuro;

toma uno de mis pezones con sus labios, lamiéndolo como si fuese el mejor helado, eso hace que mi cuerpo vuelva a sentir corrientes por todos lados. Intento besar su rostro muchas veces; cuando él suelta mi pezón, agarra mi seno con suavidad y masajea de una forma que se siente muy bien.

Bajo por su cuerpo para poder quitar el botón de su pantalón, le voy a dar el placer que quiere, y que de alguna forma me hace sentir más deseosa por él. Hago lo que necesito para tener su miembro en mi boca, dándole los lengüetazos necesarios para escucharle gemir de nuevo. El pobre hombre jadea y suspira entrecortado, pide más, siento como sus piernas se tensan. Cierro mis ojos, haciendo mi mejor trabajo.

—Leslie, cariño, voy a venirme y eso no es bonito si no es dentro de ti —masculla entre dientes, una sonrisa se me escapa.

Me despego de él, dándole un último masaje con mi mano, mirándole con seducción; que me vea como le doy placer, cómo se va a correr por mí.

—Les, por favor —ruega en susurros, Raymond cierra sus ojos por las corrientes de su cuerpo.

Me detengo cuando las alarmas del estacionamiento comienzan a sonar, ¿nos descubrieron? Raymond me mira confundido.

—Creo que mejor me voy —le digo, mirando hacia los lados.

—¿Qué carajos, Leslie? —Se intenta levantar, pero la erección tan pronunciada que tiene lo hará venir en cualquier momento—. No me puedes dejar así.

Tomo mi blusa del asiento trasero, acomodo mi falda y salgo del auto, dejando a Raymond pasmado y sin moverse.

—¡Lo siento! —exclamo, riéndome cuando cierro la puerta, me subo al auto y entro al mío con rapidez, encendiéndolo y yéndome de ese lugar.

¡Joder!

¿Ahora tengo que llegar a quitarme estas ganas del demonio?

¡Ugh!

No tardé en llegar a la casa, lo primero que hice fue acostarme en el sillón de la sala y dejarme correr, porque no podía con la presión en mi entrepierna. Ese hombre me hace excitar de una forma única, con solo sus susurros, sus caricias, me tiene a sus pies.

Mientras bebo un vaso de agua fría, escucho que el timbre del apartamento suena, preguntándome si es él quien ha llegado. Dejo el vaso en la cocina, luego camino hasta la puerta, miro por la mirilla y efectivamente, es Raymond con cara de pocos amigos.

Le abro la puerta, sonriéndole con socarronería.

—¿Todo bien? —Alzo una ceja de manera pícara.

Veo como lame sus labios, juega con su lengua y hace una mueca mientras menea su cabeza en negación; tiene las manos en su cadera, su rostro está sonrojado.

—¿Sabes lo que ocurrió? —pregunta, entrando a la casa sin permiso, voltea para mirarme. No respondo, solo le presto atención—. Varios guardias de seguridad vieron mi linda erección cuando abrieron el auto pensando que estaba intentando robar o poner una bomba en el centro comercial.

No aguanto ni tres segundos antes de soltar la risotada más grande del mundo, siento que mi barbilla tiembla y que mis músculos se atrofiarán por tanto reírme.

—Sí, búrlate, mira quién me dejó solo en esa situación —dice molesto, no paro de

reírme.

—¿Y qué dijeron? ¿Linda erección? —Me burlo, acercándome a él. Poso mi mano en su mejilla derecha—. ¿Aún la tienes? ¿O el susto te la bajó de tirón?

Me vuelvo a reír.

Butler está que me entierra y hace mi velorio con su mirada, su rostro está muy enrojecido, está muy molesto. ¡Rayos! Intento enseriarme, pero es imposible, no puedo dejar de pensar en el momento en que lo encontraron.

—Búrlate todo lo que quieras, que no fui el único que quedó con ganas —replica, señalando con su cabeza mis piernas, ¡grandioso! Le abrí la puerta mientras estoy sin bragas. Me las tenía que quitar, estaban tan húmedas que daba asco tenerlas puestas.

¿Por qué estaba tan segura que era él? ¡Ugh!

Raymond me acerca a su cuerpo, colocando una mano por detrás de mi espalda baja, mi pecho choca contra el suyo. Su camisa tiene algunos botones desabrochados. Nos miramos fijamente, la punta de nuestras narices se tocan, la tensión entre ambos es grande.

—¿Te divertiste, Diablita? —Habla en voz baja que hace sonar su voz más gruesa de lo normal.

—¿Te gustó el momento?

Él ladea una sonrisa.

—Quitando el momento de vergüenza, sí, me gusta que me tientes.

—Y a mí me gusta tentarte... —añado, dándole un beso tranquilo, que poco a poco se va volviendo más rápido y salvaje, Ray me toma de mi trasero desnudo, alzándome para que me enrosque en él y pueda llevarme hasta mi habitación.

Y así comenzamos otro momento de deseo en ambos.

¡Cómo me gusta hacer esto con él!

—Me estás desquiciando, Leslie Walts —susurra mientras embiste cada vez en mí, intentando que ambos lleguemos al clímax.

—No eres el único que está loco aquí, no sé qué hacemos... ¡Pero joder! ¡Sigue haciéndolo, Raymond!

Este negocio no se ha terminado.

Esta casa no es mía.

Aquí no está mi familia.

¿Por qué tuve que venir con ellos y no con Lola?

¡Mamá! ¡Papá! ¡Lola!

No quiero estar aquí. Me repito una y otra vez mientras me meso en una esquina de mi nueva habitación.

No quiero estar con Cecilia y George, ¡quiero estar con mi hermana!

No quiero estar aquí.

No quiero.

¡NO!

—¡NOOO! —grito tan fuerte que siento que mis cuerdas vocales se han lastimado. Mis lágrimas descienden por mi rostro, mis manos tiemblan y mi respiración es acelerada. Es la misma sensación de cada pesadilla: angustia, miedo y desesperación.

Me siento en la cama, tratando de recobrarme como siempre lo hago, pero algo me

descoloca al ver que Raymond está a mi lado, mirándome con preocupación, sus manos tocan mis mejillas, intenta quitar mis lágrimas. Me siento muy frágil cómo para decirle que se vaya. En este momento... No quiero estar sola.

Él sin decir alguna palabra, me atrae a su cuerpo, abrazándome, haciéndome sentir que alguien me apoya. Su abrazo no se siente como lástima, se siente reconfortante. Un calor que emana dulzura y consuelo.

—Estoy contigo, preciosa, estoy contigo. Tranquila, ya pasó. —Las palabras de Raymond vienen con caricias en mi cabeza, tocando mi cabello con delicadeza. Aferro mis brazos alrededor de su cuerpo para que no me suelte, no quiero que se vaya.

—Lo siento por despertarte —digo en un hilo de voz, el temblor en mis manos ha ido desapareciendo mientras Raymond me abraza y susurra palabras para que me sienta bien—. Yo...

—No tienes que explicarme ahora, Les. Sé que algo ocurre contigo, pero no voy a presionarte para que me cuentes. Solo quiero que tengas claro que cuentas conmigo, estoy aquí para ti.

Las lágrimas vuelven a descender por mi rostro, gimoteo como niña pequeña en su pecho. El dolor que siento es el mismo de siempre, uno tan fuerte que no me deja respirar, que me hace débil y sin fuerzas.

No quería que él me viera de esta manera, pero no tengo ánimo para echarlo de casa. Por un momento desde que comenzaron éstas pesadillas, me siento en calma al despertar. Y aunque no sepa cómo desaparecerlas de mi mente, siempre intento estar bien.

Pero, algunas veces, está bien no estarlo.

Cada vez trato de decirme eso, hacerlo un mantra y dejarme sentir, así quizás pueda entender lo que ocurre conmigo; no oprimir el sentimiento y dejarlo salir. Es por eso que esta vez no lucho, me permito sentir.

—Gracias por estar aquí, Ray —le agradezco, separándome un poco y mirándolo a los ojos—. Hay algo en mí que no está bien, pero no quiero hablar sobre eso... Te agradezco por no indagar más en ello.

Él niega con su cabeza, ladea una pequeña sonrisa alentadora y posa sus labios con los míos en un suave y tierno beso que me llega al alma.

Lo miro con ojos humedecidos. Una vez le dije que no lloraba por cualquier cosa ni por gente que no valía la pena. La única vez que me vio llorar fue cuando Paul y yo terminamos, ese chico me importaba en ese momento, pero creo que lloraba más por el hecho de que Raymond estaba sentado a mi lado, consolándome en su auto, sabiendo que no se iba a fijar en mí estando soltera, siendo una adolescente con trece años menos que él y siendo como una sobrina desde hace años.

Ahora míranos aquí.

—Todo va a estar bien, los días grises en un momento serán soleados, hasta puede haber arcoíris en ellos.

Esas mismas palabras me las dijo esa vez.

—Lo que quiero decir es que, así estés pasando un mal momento, uno oscuro y sin salida, la luz y los colores siempre estarán presentes. Hasta en los más mínimos detalles.

Esbozo una leve sonrisa. Sus dedos acarician mi rostro.

—La oscuridad no reinará para siempre, Bella Leslie. En algún momento amanecerá —termina de decir.

Apoyo mi mejilla en su mano, sintiendo su calidez.

—¿Qué estamos haciendo, Raymond? —pregunto en un susurro, él me da una bonita

sonrisa que achica sus ojos.

—Conociéndonos, cariño.

Vuelvo a abrazarle, dejando que este momento entre él y yo, aleje los recuerdos y los pensamientos tristes.

Acabo de dejar que él conociera esta parte de mí, no del todo, pero me ha visto de una manera tan vulnerable que algo dentro de mí se quiebra, como si estuviera haciendo grietas en el gran muro de concreto que he construido para no enamorarme de él.

Hoy no quiero pensar en ello, solo quiero sentirme bien, y a su lado, me siento de una manera que no pudiera describir con palabras.

He conseguido refugio en sus brazos.



Abro con lentitud mis ojos, intentando acostumbrarme a la luz del día, en medio de un bostezo me sorprendo al ver a Raymond mirándome con una sonrisa. Los recuerdos de anoche al despertar de mi pesadilla vienen a mí, haciéndome sentir incómoda. Me cubro por completo con la cobija, solo para no mirar al hombre a mi lado.

—Buenos días —anuncia con voz juguetona—. Qué hermoso despertar.

Intento no sonreír.

—No, no es hermoso. Aún estás aquí.

Escucho que suspira.

—Leslie, no voy a hablar sobre lo de anoche, ¿vale?

—Gracias. —Es lo único que digo.

—Levántate, bella durmiente —me dice, posando sus manos sobre mi abdomen para comenzar a hacerme cosquillas—. Te voy a hacer cosquillas para que salgas de la cama y vengas a desayunar, hice el desayuno.

La manera en que lo dice como si estuviese orgulloso de que lo hiciera me hace sonreír.

Fue... tierno.

—¿Me quieres envenenar? —Las bromas salen de mí, agradezco mucho que esto no siguiera siendo un momento incómodo entre ambos—. Primero lo pruebas tú.

Sus manos me tocan con cariño, pero de pronto las cosquillas llegan para hacerme reír a carcajadas.

—No, Raymond, no, para —me río, retorciéndome en la cama, él está casi encima de mí. Me destapa para verme—. Necesito respirar, yo... tengo muchas cosquillas.

Su boca se aproxima a mi rostro, dándome pequeños besos mientras sigue el juego.

Saco mis manos para poder hacerle a él también, sonrío cuando noto que sí tiene al tocarle, nos reímos al unísono.

Qué bonito despertar.

—Si seguimos así, no podremos desayunar, hermosa —dice entrecortado mientras se ríe. Esto se ha puesto más caliente cuando me poso encima de él. Lo miro por un momento, sonriéndole. Por un impulso, le doy un beso en la mejilla. Él me sonríe de vuelta—. Buenos días.

—Buenos días —le digo, acariciando su nariz con mi dedo índice.

El timbre de la casa suena, nos miramos extrañados, ¿quién podría venir tan temprano a casa? Deben de ser las siete u ocho de la mañana, de paso es domingo.

—Voy a cepillarme rápido y veo quién es, no salgas. —Raymond solo asiente, estira sus brazos por encima de su cabeza y me da una vista fenomenal de su buen cuerpo, es importante mencionar que solo lleva su bóxer de color negro.

Hago todo rápidamente, me visto con una pijama y salgo para ver quién llama con tanta insistencia, miro alrededor para ver si no hay ropa tirada, y noto la camisa de Ray junto con mi falda y bragas en uno de los muebles. Recojo todo, corriendo hasta la habitación, lo dejo en el suelo y vuelvo, escucho reír a Raymond.

Camino hasta la puerta, abriéndola sin mirar quién llama. Pensando que es Loretto, pero qué equivocada estaba cuando veo a mi cuñado mirándome con una gran sonrisa en su rostro. Mis alarmas inmediatamente comienzan a sonar dentro de mí.

Trágame tierra, por favor, que Raymond no salga de la habitación.

—Roger —digo con voz fina, irreconocible en mí.

—Pequeña —me saluda Roro con un abrazo—. Estaba corriendo por esta manzana y quise venir a visitarte.

Roger entra a la casa, lo que me hace ver con preocupación hacia el pasillo que dirige a mi habitación. Efectivamente estaba haciendo ejercicio, está vestido con ropa deportiva y luce algo sudado.

—Está bonito tu apartamento, no había tenido oportunidad de venir. —Mira a todos lados —. Me gusta la decoración.

Veo para todas partes, esperando no encontrar ropa tirada o... ¡Joder! ¡Los pantalones de Raymond! Siento que me va a dar algo, los pantalones están detrás del mueble pequeño. Intento no lucir nerviosa, pero en el momento en que un teléfono suena y no es mi tono de llamada pierdo toda la lucidez.

—Vaya, ya tienes el desayuno preparado, pero... —Roger frunce su ceño—. Hay dos platos puestos, ¿hay alguien contigo?

Mi corazón no va a soportar esto.

Voy a desfallecer.

Niego muchas veces.

—Mi vecino Loretto viene a comer conmigo. Lo siento.

Roger me mira con suspicacia, entrecerrando sus ojos un poco.

—¿Debo preocuparme por tu vecino?

Una risa nerviosa se me escapa.

—Para nada —digo, haciendo una señal con mi mano de restarle importancia—. No le gusto, tranquilo.

—Uhm... vale.

—Deja de comportarte como un padre o hermano celoso, por favor. Ya estoy grande —le recrimino, él se ríe.

—Lo intentaré, pero sabes que te quiero muchísimo y me preocupo por ti —responde, tomando un pedazo de fruta picada y comiéndosela antes de señalarme con su dedo.

—¡Lávate las manos!

Me tenso cuando siento pasos venir por el pasillo, espero que Roger no los note. ¿En qué momento mi sentido de audición se afinó tanto?

—Está bien, iré al baño, así aprovecho de orinar.

Él se ríe, asintiendo, empieza a dirigirse hasta el baño que se encuentra en el pasillo. Corro para pararme delante de él, me mira sin entender.

—Este baño no funciona, Roro —me excuso con una mueca.

—Vale, voy al de tu habitación.

En serio, voy a desmayarme en cualquier segundo.

Mi cuñado no se detiene, sigue su camino directo a mi habitación.

—No, ya me acordé, sí sirve, puedes usar este. —Mi voz sigue sonando tan fina que Roger comenzará a sospechar—. Lávate las manos aquí.

Abro la puerta del baño, lo señalo y él se devuelve. Escucho el chisteo de alguien viniendo del baño, miro en esa dirección y dejo de respirar cuando veo a Raymond dentro de la ducha. No me da oportunidad de que Roger no entre al baño, me sonríe y empieza a lavarse las manos.

No me muevo, espero a que salga rápido, pero Roger se ríe y me dice que va a cerrar la puerta.

¿A qué Dios le comienzo a rezar para que estos dos hombres no se encuentren? ¿Es este mi fin? ¿Ya valí?

Llevo mis manos hacia mi cabeza, tomándola fuerte; sintiendo el corazón en la garganta, camino de un lado a otro, cualquiera diría que parezco loca. Miro a Roger salir del baño, sonriéndome de nuevo.

¿No lo vio?

—Entonces comerás con tu vecino —dice, haciendo el gesto de comillas en el aire.

Asiento efusivamente, volviendo a la cocina para que él me siga.

—Sí, discúlpame que no haya comida para ti. ¿Cómo está Lola? Debe estar esperándote. No deberías de tardar, sabes cómo es.

—Hay algo extraño en ti, pero eres adulta, lo respetaré. Lola está bien, anoche tuvimos una pequeña cena romántica en casa.

Sonrío y emito un «awww».

Roger se ríe, sintiéndose algo apenado.

—Siempre hay que avivar las llamas de la pasión y fortalecer nuestro amor.

—Vale, ¡No quería saber que tuviste sexo con mi hermana anoche, Roger!

Nos carcajeamos.

—Estás grande, sabes lo es que es eso.

Por supuesto que lo sé... También tuve sexo anoche con un Butler.

—Bueno, no voy a incomodarte con tu vecino, me iré. Quería comer contigo para que habláramos un poco, pero ya será después. El vecino es más importante que yo.

Enarco una ceja.

—¡Deja el drama, hombre!

Él se ríe otra vez, saliendo de la casa.

—Cuídate, pequeña —se despide con un beso en mi mejilla—. Ya después conoceré a tu vecino.

Si supiera que mi vecino es gay y que no tengo ninguna probabilidad allí.

—Claro, otro día lo conoces.

Asiente, se vuelve a despedir y veo que entra al elevador. Cierro la puerta con el corazón a miles de latidos por minuto. Miro hasta el pasillo, Raymond está riéndose mientras viene a la sala.

—Mi hermano se tiró un gas en el baño —comenta sin dejar de reírse.

Su comentario me hace reír también, pero siento que son los nervios que me están pasando factura.

—Hey, estás pálida, tranquila, ya se fue. —Raymond se enseria, tocando mis mejillas con ambas manos.

—Pensé que nos descubriría —digo, aún con el miedo recorriendo mi cuerpo.

—No lo hizo, me escondí bien, puedo ser un espía con facilidad —bromea, pero él nota

que no me río—. Vale, Leslie. Lo diré: no me gusta esconderme, pienso que ya estamos grandes para eso, pero respeto tu decisión.

—Lo siento... Sería un desastre si se entera, sabes cómo es él conmigo.

—Lo sé perfectamente, solo... vivamos el presente y no nos preocupemos demás.

Esto es tan peligroso.

—¿Desayunamos? Creo que la comida ya se enfrió.

Ladeo una sonrisa, niego y le doy un beso en la mejilla.

—Estamos locos, Butler.

—Dicen que las mejores personas lo están, Walts —replica, tocándome el abdomen y haciéndome pequeñas cosquillas, mientras caminamos hasta el mesón de la cocina.

—Por cierto, las niñas estarán en casa por la tarde, su madre misteriosamente me está dejando verlas más seguido, pero eso no quita el hecho de que iremos a una audiencia, pero disfruto el momento con mis tulipanes. ¿Quieres ir? Ryry no deja de hablar sobre princesas y que tú te vestirías como una.

Esbozo una pequeña sonrisa, pensar en ellas me emociona, son tan lindas e inteligentes, que me gusta pasar tiempo a su lado.

—Sí, puedo ir un rato —respondo, asintiendo mientras tomo un pedazo de pan, aun pensando en lo que ocurrió hace unos minutos atrás.

Estuvimos cerca de ser descubiertos, no me gusta la idea para nada de que pudiera ocurrir de nuevo. Estamos jugando con fuego, sabiendo que podríamos quemarnos y hacer un gran incendio, donde todo se lleve a su paso sin mirar a los lados.

¿Valdrá la pena quemarse?

No pude evitar venir a visitar a las niñas Butler, quería pasar un rato jugando con ellas, viendo películas y sintiéndonos como princesas. Llevo tres horas pasándola muy bien con las pequeñas, nos hemos divertido mucho. Raymond de vez en cuando se nos une, pero está un poco ocupado en su despacho.

Es bonito ver cómo han crecido, tenía tanto tiempo sin estar con ellas, no en modo niñera, sino como una amiga. Al venir hasta acá, pasé por una juguetería, encontré unas hermosas tiaras que le encantaron a las niñas. También le compré una corona a Raymond, él estaba muerto de la risa cuando sus hijas se la colocaron, afirmando que él es el rey.

Hoy estoy usando un vestido casual de pequeños volados y flores, las niñas también están vestidas de esta manera. Son las cinco de la tarde, Marie y Riley se encuentran en el centro de la sala de su casa, descalzas, hemos apartado algunas cosas hacia los lados. La ama de llaves de Raymond nos ha ayudado, traído bocadillos y jugos de frutas en toda la tarde, es una señora muy gentil.

—¿Ahora qué haremos, chicas? —les pregunto, sentada en posición de indio en el suelo.

Las niñas me sonríen. Marie ha estado comunicativa, no me habla tan cortante como siempre lo hace. Supongo que ella también la ha pasado genial hoy.

—¡Bailar! —exclaman las dos al mismo tiempo, con una gran sonrisa en sus rostros.

Las miro con temor. El baile siempre fue mi mayor refugio, el lugar al que pertenecía y que hacía mío en cada oportunidad que tenía. Pero cuando ocurrió el incidente en Londres, al caerme intentando hacer un solo en la academia de baile al que me había inscrito, no volví a hacerlo.

No volví a bailar, no volví a hacer lo que amaba tanto.

—Papá nos contó que tú eres muy buena bailando, ¿nos puedes enseñar? —pregunta Marie con algo de timidez. Su rostro de cachorrito juega con mis sentimientos.

Quisiera hacerlo, pero tengo miedo a fracasar una vez más.

—Pequeñas, eso era cuando estaba más joven... ya no bailo —intento explicarles. Sus rostros se entristecen.

—Mi mamá no nos deja bailar en casa —cuenta Marie con voz afligida—. Pensábamos que tú... nos enseñarías. Pero si no quieres, está bien. No vamos a rogar.

Observo a las niñas, sus cabezas se han agachado con pena, Riley ya no está sonriendo y Marie se ha cerrado de nuevo. Siento una pequeña punzada en mi pecho, no puedo dejarlas así, queriendo hacer algo que les gusta solo porque yo no enfrento mis miedos.

Tomo una bocanada de aire y acepto.

—Vale, vamos a bailar, puede que me acuerde de algunos movimientos.

Me levanto del suelo, busco el teléfono y lo conectamos al bluetooth con los parlantes de música. Les pregunto qué quieren bailar y responden al unísono: ballet.

Mi danza favorita.

Con el corazón desbocado, con algo de temor y nerviosismo, me quito mis sandalias y empiezo a bailar, acordándome de cada paso que aprendí hace tiempo. La magia del baile se hace presente, cierro mis ojos dejándome llevar, sintiendo como floto entre nubes mientras la música suena.

No escucho a nadie, solo a la suave melodía y el palpitar de mi corazón.

Bailo de una manera que extrañaba hacerlo, disfrutando cada momento, cada segundo.

De pronto, los recuerdos de Londres aparecen en mi mente.

Estaba bailando, haciendo mi solo musical en un evento de primavera que la academia estaba efectuando, aunque era una nueva estudiante, me dieron mi solo y estaba muy feliz de hacerlo frente a tantas personas.

Pero cuando estaba bailando, dando lo mejor de mí, miré hacia el público y vi a dos personas, una que se parecía a mamá y la otra a Cecilia. Los recuerdos de mi niñez empezaron a nublar mi mente, intentaba no dejar que me vencieran, pero cuando sentía que no podía respirar correctamente, perdí el equilibrio y caí, sintiendo que todo mi mundo lo hacía al mismo tiempo.

Salí corriendo del escenario mientras lloraba, diciendo que ya no bailaría, que no podía seguir haciéndolo. Todos estaban consternados, pero no los escuchaba.

No quería sentir dolor, pero era lo único que sentía en el momento.

Simplemente me fui, y dejé atrás el baile, porque de alguna u otra forma, me recordaba mi pasado. Las pesadillas también no me dejaban avanzar y odiaba tanto que permitiera que me manipularan.

Escucho aplausos, tanto de las niñas como de alguien más. Raymond ha entrado a la sala y está sonriendo.

Mi respiración se ralentiza, mis manos tiemblan cuando caigo al suelo, sintiendo mis lágrimas descender por mis mejillas. Meneo mi cabeza, tratando de olvidar todo. Los aplausos cesan cuando caigo, las niñas se acercan y me preguntan por qué lloro. Sus voces están muy lejos, las manos de Raymond están sobre mis mejillas, le miro, pero no entiendo lo que dice.

Me levanto, tomo mis sandalias junto a mi bolso y corro a la puerta de salida, sin despedirme, sin decirles nada a las niñas ni a Raymond. Una mano me toma del brazo deteniéndome, volteo a verle.

—Les, ¿qué pasa, corazón? ¿Estás bien? —Raymond me mira con preocupación, de la misma manera en que me vio anoche cuando tuve la pesadilla—. ¿A dónde vas?

Meneo mi cabeza, dando negativas con ella. Limpio mis mejillas, me suelto de su agarre y esbozo un mohín en mis labios.

—Lo siento, Raymond... —susurro, abriendo la puerta detrás de mí—. No puedo hacerlo.

Él me mira sin entender, pero su rostro se ha afligido, intenta hablar, pero no lo dejo, me doy la vuelta y corro hasta mi auto, encendiéndolo y yéndome de allí.

Muchas emociones.

Muchos sentimientos.

Un solo dolor.

No puedo hacerlo.

Capítulo XV

Raymond

La forma en que se fue anoche Leslie de mi casa sigue perturbándome; cuando se fue tuve que decirles a las niñas que ella no se sentía bien, que la disculparan, pero que la pasó bonito con ellas. No quería preocuparlas, mis hijas quedaron muy tristes al ver a Leslie así.

No entendí que le ocurrió, estaba bailando tan increíble, parecía que volaba, estaba muy metida en el baile, cuando la música estaba terminando, empecé a aplaudir junto a las niñas, pensando que ella se emocionaría porque estábamos viéndola hacer lo que ama, pero todo fue al revés, cayó al suelo mientras lloraba.

Corrí hacia ella de una vez, las niñas también lo hicieron.

Su mirada se veía perdida, le hablábamos, pero ella no decía nada. Mis tulipanes la miraban asustadas, le preguntaban por qué estaba llorando. Al irse Leslie, ellas siguieron bailando, mientras yo las veía y tomaba fotos, tratando de entretenerlas y no estuvieran preocupadas por la tía Les, en cambio, yo seguía preocupado por la castaña.

A Leslie le ocurre algo, quisiera tanto ayudarle con lo que sea que le esté pasando. Desde que comenzamos a vernos, a entablar una amistad entre ambos, todo con ella es distinto, quiero protegerla, hacerla sentir bien, hacerla reír.

No sé qué ocurre entre nosotros, pero lo que sí sé es que me gusta pasar tiempo con ella. De todas las maneras posibles.

¿Está mal que me sienta así?

—Raymond, la junta directiva está aquí, tenemos la reunión sobre el proyecto de Leslie —me indica Roger, entrando a mi oficina, me entrega una carpeta y me dice que vayamos a la sala de reuniones.

—Sí, ya estaba yendo hacia allá.

Hoy Leslie presentará un nuevo proyecto, muy importante para todos, lleva semanas tratando de tener todo perfecto y así anunciárselo a la junta directiva. Roger no podía aceptarlo solo, tenían que estar todos.

No sé cómo está ella después de lo de ayer, no hemos hablado. Mis manos picaban por tomar el teléfono y llamarla, pero pensé que mejor le daba su momento a solas. No quiero incomodarla.

Doy un asentimiento, suspiro y salgo de la oficina, directo a verla. Espero que todo le salga bien, ha trabajado muy duro por esto.

La reunión comienza con los socios hablando, dando sus perspectivas en cuanto a un nuevo proyecto para la empresa, habla Roger y algunas veces doy mi opinión. Leslie me dio un rápido vistazo, sin detenerse tanto en mí. La miro de vez en cuando, pero ella no devuelve su mirada.

Ella realiza su presentación, explicando cada detalle de lo que sería el proyecto, las ventajas y sus desventajas, pero en el momento en que Máximo, uno de los socios de papá habló, pidiéndole una estrategia convincente, Leslie no supo qué decir. Vi como en ella todo cambió, su seguridad, su ímpetu al hablar se esfumó.

Trata de buscar una solución, explica lo que se podría hacer, pero a Máximo no le gusta su respuesta, haciendo que su presentación tambalee; los presentes en la mesa se miran entre

ellos. Niegan con sus cabezas. Lola y Roger la miran con cara de preocupación. Miro a Leslie quien tiene sus ojos húmedos, baja su cabeza, y luego vuelve a subirla, esperando la decisión final.

Quisiera ayudarla...

—Señorita Walts, me parece que tiene buenas ideas, pero le falta más solidez a su proyecto. Sabemos que hace un buen trabajo en Londres y lo ha hecho bien aquí, pero este proyecto no lo vamos a aceptar. Sin una buena base, pudiéramos tambalear y perder mucho dinero. Trabaje duro en un próximo proyecto, obtenga más experiencia y vuelva a solicitar una junta —le informa Máximo con gran seriedad en su rostro.

Ella suspira.

—Sí, señor. Gracias por venir, y me disculpo por hacerlos perder el tiempo —comenta Leslie sin ánimo.

—No hemos venido a perder el tiempo —expreso en voz alta—. Te hemos escuchado, tu tiempo es oro, así como el de nosotros. Estamos seguros que lo harás mejor la próxima vez.

Leslie me mira con ojos apenados, asiente y se disculpa antes de irse.

La reunión finaliza, me levanto rápidamente para ir a su oficina y ver si está bien, no puedo seguir con esta angustia. Tomo mis cosas, veo a Roger hablar con Lola, la saludo y salgo, camino hasta donde Leslie, su asistente me da una mirada de que ella no está bien.

Abro la puerta, la veo llorando mientras mira por el ventanal. Sus hipidos se escuchan mientras sus hombros se mueven. Mi corazón se arruga al verla así.

—Leslie —la llamo, tocando su hombro, ella voltea, mirándome con esos ojos tan expresivos llenos de lágrimas. Este es el tercer día consecutivo que la veo de esta manera y no me gusta para nada.

—Lo hice mal, pensé que todo estaba perfecto, que no había ningún problema en el proyecto, y ¡sí lo había! —Hace una pausa—. Pensándolo bien, él tiene razón.

Su voz se quiebra al momento de hablar.

—Esto era importante para mí, Raymond —murmura, llorando de nuevo.

—Ven, cariño —le digo, abriendo mis brazos para darle un abrazo que intente reconfortar su tristeza y molestia. Ella lo acepta, aferrándose a mi cuerpo.

Ay, Bella Leslie.

Dentro de esa gran coraza que te has creado, sigue presente tu esencia.

—Todo se solucionará, buscarás la manera de mejorar el proyecto. Si quieres lo hacemos juntos, no has perdido hoy, con esto seguirás mejorando y obteniendo experiencia en el ámbito empresarial.

La abrazo más fuerte; es su primera vez teniendo esta experiencia en Sunshine, está bien que se sienta triste.

Respiro el aroma de Leslie cuando poso mi cabeza sobre su hombro, cierro mis ojos disfrutándolo.

Se ha vuelto mi favorito.

El cuerpo de Leslie se estremece cuando la puerta se abre, miro en esa dirección y veo a Lola junto a mi hermano a su lado, mirándonos con preocupación. ¿Podrían sospechar algo si nos ven abrazados?

—Cariño, lo hiciste bien, no te pongas así —dice su hermana, acercándose a nosotros.

Leslie se separa de mí como si fuese la peor plaga del mundo, se ha movido casi un metro de distancia, algo que me molesta que haga. La miro con ceño fruncido, no sé por qué, pero este gesto de su parte no me gusta.

¿Tiene que poner tanta distancia? ¡Arg!

Una parte de mí quisiera conocerla a la luz del día, como dos adultos que perfectamente pueden salir y hablar, pero la otra parte más sensata piensa en que si nuestra familia se entera, no creo que lo vayan a tomar de buena manera. Leslie es la pequeña de la casa, siempre lo ha sido, y aunque haya crecido y se haya vuelto esta gran mujer que es hoy, para ellos sigue siendo la pequeña Leslie.

Hay muchas razones que me hacen alejar, pero al mismo tiempo me atraen a ella. Es un magnetismo que intento zafar, pero que me sigue atrayendo sin permiso.

En cada momento quiero estar con ella, quiero llamarla, que hablemos sobre cualquier cosa, oler su dulce aroma a coco, pero la realidad me detiene, y solo me queda respetar su decisión de nuestro acuerdo, de este negocio tan absurdo que hemos creado.

Mientras más la conozco, más me gusta su forma de ser. Y es un sentimiento muy difícil de entender.

Ella me está convirtiendo en este hombre que busca, que hace todo por ella.

Y, eso, me está asustando demasiado.

—Lola, Roger —exclama Leslie con voz aguda, la hace cada vez que siente nerviosa. Ya voy conociéndola a la perfección.

—Leslie, mejoraremos el proyecto, ya verás —sugiere Roger, acercándose también, ambos la miran con ese amor fraternal que siempre han tenido en ella.

Le doy una última mirada a Leslie, haciéndole saber que estoy con ella, pero que en este momento no puedo estar aquí, estando cerca, pero tan lejos a la misma vez.

Salgo de la oficina dándome cuenta que lo nuestro terminará en un incendio, jugar con fuego nunca ha sido bueno, pero no quiero dejar de hacerlo.

Ella es la diabla que me tienta y me arrastra al infierno del deseo, y yo soy el pobre cordero que la sigue, dejándose llevar por su encanto.



Una semana en la que Leslie no me ha hablado, tampoco he hecho el intento de atraer su atención. En las reuniones solo hablamos de trabajo, no más allá. Las niñas siguen en Seattle y de vez en cuando me preguntan por la tía Leslie. Les he dicho que está ocupada con el trabajo, pero que está bien.

Es viernes de nuevo, el último del mes, diciembre comienza a partir del lunes, una navidad en la que no sé si Mayra me dejará estar con mis hijas. Las audiencias comienzan el próximo mes, he estado recabando mucha información sobre mi exesposa, mis hijas me cuentan cosas que no permitiré que sigan viviendo.

Ella ni siquiera las cuida los fines de semana, siempre está de fiesta con sus amigas y quien cuida de ellas es su niñera Stephanie. No las deja bailar, jugar con sus vecinos ni salir a jugar en el parque. ¿Qué ocurre con Mayra? Un niño necesita entretenimiento, aire libre, diversión y socializar con otros.

No puede tenerlas encerrada en casa.

Hay comportamientos en Mayra que me están preocupando, ella no está muy bien del todo. Debo decirle al abogado que pida que se realice un examen psicológico antes de la audiencia, y si quieren que también haya uno de mi parte, lo haré con gusto. Marie me contó que a veces ella se enoja de pronto, y al rato está feliz, que las regaña mucho también.

Me preocupa el bienestar y crecimiento de mis hijas. Necesito que ellas estén conmigo lo más pronto posible, si Mayra no puede ser una madre, yo estoy completamente decidido en criarlas, ser el mejor padre que puedan tener.

Les daré el amor que merecen.

Camino ensimismado, cansado por un arduo día de trabajo, llego al elevador y selecciono el botón de planta baja, en ese momento la risa de unas chicas me llama la atención, la mano de una de ellas toca la puerta para que ésta no se cierre. Es una castaña de ojos marrones que, de una vez al mirarme, me sonríe. ¿Nos conocemos? Detrás de ella aparece Leslie, quitando la sonrisa de su rostro.

—Buenas tardes, casi noches —digo para saludar, mirando la hora en mi teléfono.

—Buenas tardes, Raymond Butler —me dice de forma espontánea la castaña más baja de estatura que Leslie.

Ladeo una sonrisa. —¿Nos conocemos?

Ella niega con su cabeza.

—No, pero sé muy bien quién eres.

Su acento británico es pronunciado, pero tiene otro acento mezclado con ese. Es como la voz de Leslie que a veces se escucha americana combinada con británica.

Muy sexy a mi parecer.

—Vale, un placer conocerte... —Alzo mi mano para estrecharla con la amiga de Leslie.

—Marcela Suárez —responde, dándome su mano—. Soy la mejor amiga de esta mujer a la que los ratones le han comido la lengua.

El elevador sigue descendiendo hasta planta baja mientras hablamos. Es cierto, Leslie no dice nada en todo el viaje. Miro hacia ella, intentando descifrarla, pero se me hace imposible cuando me devuelve la mirada.

—Hola, Raymond.

Le sonrío levemente.

—Hola, Walts. —La saludo, pero miro de nuevo a su amiga, diciéndole—: ¿Así que tú eres su mejor amiga británica?

La mencionada ladea su cabeza, riéndose.

—Española, pero vivo en Londres desde hace varios años.

—Oh, vale, mucho mejor —le digo, ella se ríe—. ¿Van a algún lado? Si me lo permiten, quisiera llevarlas a cenar. No quiero ir a cenar solo, tengo una reservación en un restaurante.

Mentira, pero puedo hacerla mientras voy en el auto.

Leslie codea a su amiga, negando con su cabeza, pero Marcela sonríe aceptando.

—Me encantaría cenar contigo, sé que a Leslie también. ¿Podemos llamar a alguien más?

Le doy un vistazo a la susodicha que no dirige su mirada hacia mí.

¿Por qué este distanciamiento? ¿Qué hice mal?

Confieso que invitarlas a cenar es para poder acércame a ella de nuevo. No quiero que nuestro negocio termine, nos estábamos conociendo, no entiendo que ocurrió entre nosotros para que se comporte así.

—Sí, claro —respondo sin pensar, pero luego frunzo mi ceño—. ¿A quién?

—A un amigo de Leslie —contesta sin mucha importancia, pero sonriendo con picardía.

¿Amigo? ¿Qué amigo?

Vale, internamente me estoy riendo por lo tonto que fui al pensar que Leslie tenía a alguien más, al ver que el amigo de Leslie es nada y más y nada menos que Loretto, el dueño de Life's, la cafetería que tiene años cerca de la empresa. No voy mucho allí, pero sé de él por Lola. El hombre es abiertamente gay, es su tan mencionado vecino y una persona muy agradable.

Tengo media hora riéndome con Marcela y él sobre lo que dicen, al parecer, ellos también se conocen desde hace poco, pero se han llevado muy bien. He escuchado que se llaman "amigo americano" y "amiga europea". Son muy divertidos.

La que si no se ríe mucho es Leslie, aunque nos sigue la conversación, se ve muy aislada de la situación. Sus amigos intentan que se una a las bromas, a que cuente algo genial para todos, pero ella se disculpa diciendo que está cansada y que anoche no pudo dormir bien.

¿Tuvo pesadillas de nuevo? Saber que las tiene seguido, me hace preocupar más por ella. Puedo apostar que el dolor de cabeza que tuvo hace un tiempo fue debido a una de ellas. ¿Qué puede soñar que la haga despertar tan asustada y exaltada?

—¿Quieres algo especial de postre? —le pregunto, intentando que me preste atención por un momento—. Aquí sirven el pastel de melocotón y crema que te gustaba tanto.

Ella me mira, duda mucho en contestar, pero sonríe al final, aceptando un pedazo de ese pastel que extraña probar. Le doy un guiño, pidiendo su postre favorito desde que era una niña al chico que nos atiende. Sus amigos piden lo que quieren y siguen hablando sobre Londres y Seattle.

—Seattle no es tan húmedo como Londres —cuenta Marcela—. Me he sentido bien aquí. —Toma una cucharada del helado que pidió—. Lo que sí es cierto es que Londres es más costoso que Seattle.

—El ingreso es muy diferente en ambos lugares —comento hacia ellos, luego volteo a mirar a Leslie—. ¿Está rico?

Hago alusión al trozo de pastel que está comiendo, qué bueno haber recordado ese detalle de ella.

La castaña asiente, esbozando una muy pequeña sonrisa.

—Gracias.

—Raymond, ¿sales con alguien? —me pregunta Loretto, mirándome con una sonrisa pícara.

¿A qué viene esa pregunta si nos acabamos de conocer hace dos minutos?

Pero no me importa responder, seré sincero.

—Estoy viendo a alguien, la pasamos bien juntos —respondo, sin dar tanto detalle, visualizo que Leslie se atraganta comiendo. Ella tose, diciendo que está bien mientras bebe agua —. Solo que ahora estamos algo distanciados.

—¿Por qué? —La pregunta viene de Marcela.

Alzo mis hombros dándole un gesto de no saber.

—No lo sé, ella se alejó sin explicación alguna.

—No es cierto —afirma Leslie, todos nos quedamos viéndola, ella se sonroja—. Digo, eh... No es cierto que a Marcela le guste ese sabor de helado, solo lo hace por cortesía.

Su amiga la mira sin entender, pero se ríe con Loretto.

Sé que intenta hacer...

—Es mejor que nos vayamos —anuncio para todos.

Ellos asienten, levantándose de sus puestos, ya he pagado la cuenta y todos han terminado de comer.

—Gracias por la cena, estuvo estupenda —dice Loretto—. Cuando vayas a la cafetería

tendrás un pedido especial.

Le sonrío asintiendo.

—Un placer conocerte, Raymond Butler —habla Marcela al momento en que estamos a las afueras del restaurante—. Gracias por la cena, espero que la persona con la que sales te hable de nuevo.

Miro a Leslie, quien tiene sus brazos cruzados sobre su pecho, mirando a otro lado.

—Yo también lo espero —aseguro—. Un gusto conocerte, Marcela. Espero que nos veamos nuevamente en otra oportunidad.

—Tenlo por hecho, Butler. Sé que lo haremos.

Detrás de sus palabras hay alguna razón, pero lo dejo pasar. Varias veces pensé en que ellos saben sobre lo mío con Leslie. Una vez que he terminado de despedirme de sus amigos, me acerco a Leslie, ella me mira cuando estoy a su lado.

—Tenemos que hablar —le digo, directo al grano.

—Yo me estoy quedando en casa de Leslie, me iré con Loretto en el auto de Les y tú te vas con él —le dice a su amiga, ella la mira con molestia, pero la española le sonríe, toma la llave que Leslie le da y se va, Loretto también se despide.

—Qué bien —masculla Leslie.

—Ellos saben sobre nosotros, ¿verdad?

Leslie intenta ocultarme el hecho de que sí lo hace, pero termina confirmando mis sospechas.

—Vaya, has incumplido una de las condiciones de nuestro acuerdo.

Ella luce culpable.

—Lo sé —responde, mirando a otro lado menos a mis ojos—. Por favor, llévame a mi casa.

Niego.

—Caminemos un poco —le pido, ella se rinde y acepta.

La noche está algo fría, según las noticias de la mañana, esta noche podría haber una pequeña nevada en la ciudad. Una que da la bienvenida a la navidad y al invierno.

—¿Por qué no me hablas? —inquiero, caminando a su lado, mirando hacia el frente. Muy pocas personas caminan por las calles a esta hora.

—Me da mucha pena mirarte después de lo que ocurrió en tu casa —empieza a decir—. No debí irme así... Me siento apenada con las niñas, la estábamos pasando bien.

—Ellas estaban preocupadas por ti, pero luego siguieron bailando un rato más. Yo... estaba preocupado también. —Me detengo mirándole, ella también lo hace, pero baja su cabeza —. ¿Qué ocurrió, Les? Estabas tan feliz bailando, y de pronto, comenzaste a llorar.

Ella suspira, jugando con los dedos de sus manos.

—En Londres me caí mientras bailaba en un evento importante, pensé ver a mi mamá y a Cecilia entre el público, empecé a recordar cosas que ocurrieron cuando era una niña y perdí el equilibrio, lloré y me fui de allí.

La escucho atento a lo que me cuenta.

Oh, Leslie.

Cecilia Hamilton formaba parte de la pareja que cuidó de ella cuando no le dieron la custodia a Lola, que luego se supo que ellos estaban involucrados en la muerte de sus padres.

Ella prácticamente estaba viviendo con los asesinos de sus padres.

—Desde ese día siento que si bailo, los recuerdos volverán y no quiero sentir dolor —confiesa, mordiendo su labio inferior.

¿Qué habrá vivido cuando pequeña para que esos recuerdos no la dejen vivir ahora?

—¿Esto también está ligado a las pesadillas?

Leslie asiente sin hablar, ladeando una mueca. Suelta un suspiro audible, ella empieza a caminar de nuevo. La detengo, tocando su brazo, la giro para que me mire.

—Cada quien tiene un pasado, una historia que contar; no voy a forzarte para que me digas todo, pero sí quiero decirte que estoy para ti, Leslie. No creas que es lástima, no, no lo es. Agradezco mucho tu confianza.

Acaricio su mejilla con suavidad. Ella me mira fijamente.

—Me preocupo por ti, siempre lo he hecho. Y ahora más... Si necesitas hablarlo, voy a escucharte, si necesitas un abrazo, te lo daré, cuantos necesites. Voy a estar ahí. No estás sola, cariño. Estoy contigo.

—¿Esto es parte de conocernos? —pregunta con una sonrisa suave en sus labios. Sus ojos brillan, pero esta vez no es porque quiera llorar, sino que hay algo más en ellos.

—Lo es, hermosa. Nadie es perfecto, todos tenemos una historia —señalo, arreglando un mechón de su cabello castaño.

—Gracias otra vez —me agradece, dándome un beso en la mejilla. Me está comenzando a gustar que lo haga—. Gracias por escucharme sin juzgar.

Apoyo mi frente con la suya, nuestras narices se rozan, cerramos los ojos y nos quedamos así por un momento. Sintiendo la respiración del otro.

Se siente paz a su lado.

—Me gusta conocer cada parte de ti, Leslie Walts.

—A mí también, Raymond. A mí también me gusta conocerte.

Estoy tan cerca de darle un beso, que cuando voy a tocar sus labios, siento que empieza a nevar. Haciendo que Leslie alce su cabeza para mirar los copos de nieve que caen del cielo. Su sonrisa ilumina la noche y mi corazón.

¡Joder! Qué hermosa es.

Sonrío también, agarrando su mano y atrayéndola a mi cuerpo, hago una posición para bailar en medio de la acera, comenzamos a movernos en un intento de baile lento improvisado. Ella me ve, tratando de entender qué estoy haciendo.

—Solo déjate llevar —le digo, acercando su rostro al mío—. Bailemos.

—Siempre siendo un diablito, siempre tentándome —murmura, sonriendo antes de darme un tierno beso en la boca.

Acepto su calidez entre tanto frío, acepto que algo dentro de mí está cambiando con respecto a ella.

Acepto el hecho de que Leslie Walts me está empezando a gustar.

—Lo siento, Ray —se disculpa por el beso, niego inmediatamente.

—No lo hagas, Diablita, porque yo no me voy a disculpar por lo que voy a hacer —replico antes de volverla a besar.

Sí, esta mujer me gusta, no lo voy a negar más.

Capítulo XVI

Leslie

El olor a café recién hecho y pastelillos llenan por completo la cafetería de Loretto. Es tan embriagante que quisiera probar todo lo que están preparando, pero solo me termino conformando con un mocaccino muy delicioso que mi amigo me ha servido hace cinco minutos.

Laura llegó hace un momento, se sentó frente a mí con una súper sonrisa en su rostro. Amo verla tan feliz. Las preguntas triviales de cómo está la otra comienzan, así pasamos un rato hablando, el pedazo de pastel que nos hemos comido se ha quedado en el olvido, y nuestros cafés también se terminaron. Aun así, seguimos hablando mientras Loretto nos pregunta a cada rato qué más queremos. No sé sienta con nosotras porque tiene muchos clientes que atender. Él es muy comprometido con su trabajo, aunque sea el dueño.

—Lola la está pasando bien con los niños y Roger en su viaje familiar, me han enviado fotos —comenta Laura.

—Sí, también me han enviado algunas. Me gusta verlos feliz, me hubiese encantado acompañarlos, pero tengo mucho trabajo. Si te enteraste de lo que ocurrió con mi proyecto fallido... No quiero tomar vacaciones.

El proyecto que trabajé por casi tres semanas no fue aprobado por los directivos de Sunshine, entendí y acepté los errores que había, por lo que sigo trabajando duro en un nuevo proyecto, aunque Raymond me dijo que podía seguir con el que tenía. No estoy del todo segura en seguir con ese trabajo.

Si no se dio es por algo, no quisiera forzarlo.

—Ese día no pude estar en la junta, sabes que son todos los gerentes y directivos. Pero Lola me dijo lo que ocurrió, lo lamento, Les. Sé que trabajaste duro por eso.

Ladeo mi cabeza.

—Ya no importa, trabajaré en otro que sí sea más factible.

Ella asiente.

—Hazlo, la vez que Lola y yo competimos por un evento financiero, perdí, pero al año siguiente o el otro a ese, di el balance anual. Entendí en el momento que debía mejorar muchas cosas, lo hice y lo logré. No te rindas.

La mano de Laura toma la mía sobre la mesa y da un pequeño apretón. Le doy una suave sonrisa.

—No lo haré, tú eres un claro ejemplo de lucha, así como lo es mi hermana. Son mujeres muy fuertes que admiro muchísimo y estoy agradecida de tenerlas.

Laura hace un mohín en sus labios.

—Calla, me harás llorar, ¡por San Pepegrillo!

Me río, negando con mi cabeza.

—No sabes cuánto amo a San Pepegrillo, a veces se me sale con los niños. Es muy divertido.

Ella también se ríe.

—Mis hijos también lo dicen —dice riéndose—. Hasta André.

Hablamos un poco de los mellizos, de André y de la pastelería que tiene con su mamá.

—Les, ¿qué es de la vida de Owen?

Tomo aire antes de contestar.

—Terminé con él, no sé si te contó Lola.

Ellas se cuentan todo desde que son mejores amigas, tienen años en eso y amo que estén juntas. Laura se convirtió en parte de nuestra familia.

—Algo mencionó, pero no en su totalidad. ¿Es cierto que te engañó?

Doy un asentimiento.

—Lo hizo. Quería escalar más alto estando conmigo —le cuento, encogiéndome de hombros—. Pero no le digas a Lola, yo le cuento cuando regrese. Debo hablar con ella.

—Tranquila, no diré nada. —Hace una pausa, niega y vuelve a hablar—: Y todos creíamos que era un buen chico.

—Hay gente que es un lobo con piel de cordero.

Ella bufa.

—Sí que los hay, Raymond en su momento lo fue.

Que lo nombre hace que mi cuerpo reaccione, como si se pusiera en alerta para defender o huir. Solo me quedo callada, esperando a que diga más para saber sobre el hombre con el que tengo sentimientos confusos.

—Cuando salí con él, era toda una santa paloma, luego ya sabes lo que me hizo. Caí redondita por su encanto, pero ha cambiado, o eso creo. Ahora se ve más maduro.

Un suspiro se me sale entrecortado.

—Supongo que, por sus hijas, no luce como el hombre de hace años —intento decir.

—Sí, ahora somos amigos, estamos bien en nuestras vidas. Él se disculpó conmigo por lo que hizo cuando fue al funeral de mi padre, no sé si lo sabías. Por eso, sé que él pudo haber madurado y dado cuenta que estaba haciendo mal en ese entonces.

Laura bebe de su vaso de agua, se limpia con la servilleta y sonríe.

—No creo que esté de picaflor en estos tiempos como dicen las redes sociales. Ya no lo veo de esa forma —añade con una mueca.

—Tampoco lo creo, él ha cambiado, es más maduro, también lo he notado.

—Pensé que se llevaban mal, Lola me comentó que parecían perro y gato una vez en su casa.

Intento reírme, pero lo que sale es algo forzado e incómodo.

—Ya estamos bien, nos llevamos bien.

Y sí que lo hacemos.

Luego de que habláramos hace unas noches atrás, fui a su casa de nuevo, a disculparme con sus hijas y pasar un rato con ellas. No podía dejar para más tarde eso, y así aprovechaba que ellas estaban con él.

Mayra se las ha estado dejando más seguido, Ray piensa que es una táctica para que desista sobre la custodia y, así no la demande, pero él sigue metido en ello. Creo que el juicio comienza el próximo mes.

No sé cómo se sienten las niñas, aunque ellas no saben lo que está pasando entre sus padres, pero yo pasé por eso, sé lo que es estar en disputa por quién te cuide. Como si fuera una subasta al mejor postor.

Esos días fueron difíciles...

Las niñas están sentadas en el sofá de la sala de la casa de Raymond, vine a visitarlas y disculparme con ellas. Lo hice al llegar, simplemente me sonrieron y me dieron un abrazo. Diciéndome que esperan que esté bien.

Muy hermosas.

Su padre viene detrás de mí con jugos de fresas y galletas de maní; Ray me contó que les gustan mucho. Ellas inmediatamente toman una y empiezan a comer.

—Come también, tía Leslie, son muuuuuuy buenas. —La voz dulce de Riley me hace tanta ternura. Hago lo que me pide, engullo una de las galletas, la cual me sabe a gloria.

—Son muuuuy deliciosas —la imito, sonriéndole. Ellas se ríen cómplices.

—Son de la pastelería de la mamá de Laura, ellas las hace —me cuenta Raymond, me sorprendo, pero asiente, sonriéndome también.

—Con razón son tan buenas —digo, agarrando otra galleta.

—¡Papá! —Intenta tener Marie la atención de Raymond, él la mira como siempre lo hace, con ojos iluminados por su tulipán—. ¡Vamos a bailar! Tía Leslie está bien, podemos hacerlo.

La mandíbula del castaño se tensa, pero sigue sonriendo. Me da una mirada como si estuviera preguntándome si está bien que bailen.

No soy su mamá, no se los voy a prohibir. Ellas aman esto. Ellas pueden bailar con todo el gusto del mundo.

—¡Bailen, pequeñas! Nosotros los vemos desde aquí, disfruten mientras lo hacen —les digo con una sonrisa sincera.

Las niñas gritan con emoción, sonríen y aplauden mientras saltan en busca del control para encender los altavoces de música de la sala.

Raymond se me queda mirando, le doy una suave sonrisa y un asentimiento, diciéndole que estoy bien. Él me sonríe de vuelta, dando un pequeño apretón a mi muslo.

Mientras él deja su mano en mi regazo, miramos a las niñas bailar con la música que han elegido en el teléfono de su padre. Ellas disfrutan del baile, Marie se mueve más como ballet clásico, en cambio su hermana menor se mueve al ritmo contemporáneo y más libre. No dejo de sonreír al verlas tan felices.

Me sorprendo cuando Ray se levanta, me extiende su mano para que la tome. Me da una mirada con picardía, sonriente y con ojos iluminados.

Me está invitando a bailar.

Algo dentro de mí se remueve, me siento algo nerviosa. Las niñas me animan a bailar también.

—Baila conmigo, Bella Leslie —pide Raymond en voz baja—. Déjate llevar como la otra noche.

En mis adentros me siento dudosa, pero cuando Marie toma mi mano y la une con la de su padre, en nuestras manos se siente un clic que no podría explicar.

Sonrío con timidez.

Me levanto de mi puesto, acercándome a Raymond, quien me toma de la cintura y empieza a moverme al ritmo de la música.

La canción es movida, muy divertida, todos bailamos al mismo tiempo, alzando los brazos, moviendo caderas y los pies en muchos pasos. Nos reímos a carcajadas, la pasamos muy bien.

En un momento, Marie me abraza por la cintura, me asombro por su gesto, mi corazón se detiene cuando me agradece que las deje bailar.

—Eres genial, gracias por dejarnos bailar, Leslie.

Mis ojos se humedecen. Sé cuánto significa el baile para mí, y ver que esta hermosa morena lo ame casi de la misma forma, me abruma.

Niego con mi cabeza.

—No es nada, hermosa. Bailar es algo mágico, me emociona saber que amas mucho hacerlo. Si quieres bailar, ¡hazlo! Así no haya música, puedes hacerlo. Siempre habrá música dentro de ti. —Termino de decir, tocando su corazón. Sonreímos de nuevo.

Si tan solo siguiera mi propio consejo y continuara bailando como lo hice a sus edades o más grande, todo fuera diferente.

—Ahora es momento de bailar algo lento, ¿les parece? —pregunta Raymond, enarcando una de sus cejas y mirándonos con picardía.

Las pequeñas Butler sonríen asintiendo con sus cabezas y moviendo sus brazos al aire.

Están muy felices.

La canción que ha seleccionado Raymond es una lenta, que me eriza la piel cuando voy entendiendo la letra. Él tiene su mano por detrás de mi cintura, mi nariz roza su barbilla, huelo profundamente el olor de su colonia.

Oh, cariño.

No hay mucho que puedas decir.

Para evitar que caiga por ti.

Como lo estoy haciendo.

Oh, cariño.

Incluso las olas no pueden lavar nuestros nombres en la arena.

No pueden, no pueden.

Lifetime de Justin Bieber, es tocada por los altavoces de una manera angelical, las niñas danzan de forma individual, alzando sus brazos, moviéndose con suavidad hacías los lados.

Los ojos azulados de Raymond se unen con los míos, nos miramos fijamente, como si en ellos dijéramos palabras que no pudieran salir de nuestras bocas. Es una conexión que hace mella en mi corazón.

Eres mi todo.

Lo dejaría todo por ti.

Muéstrame las partes más oscuras de tu corazón, no voy a correr.

Cada baile es lento, cada beso es deslumbrante.

Dicen que sabes cuando sabes, bueno yo sé.

Sé que eres la indicada.

Reposo mi cabeza sobre su hombro, mientras él me atrae más a su cuerpo.

La canción sigue sonando, como si estuviera llena de tanto significado detrás de la letra.

Algunas personas te traen un millón de bendiciones.

Algunas personas te enseñan un millón de lecciones.

Todo lo que aprendí esa vez, es que no era mi turno.

No era el momento adecuado.

Algunas personas vienen a tu vida por una razón.

Otros vienen a tu vida por una temporada.

Pero cariño, eres toda una vida.

Nena, eres toda una vida.

En este momento me doy cuenta que debo cuidar mi corazón, Raymond está calando tan fuerte que me asusta terminar enamorada de él y, que al final, simplemente me abandone como a todas las demás.

—Leslie —me llama Laura, volteo a mirarla, ella se ríe—. Me estabas asustando, te quedaste pensativa mirando la mesa.

Me río con nerviosismo.

—Disculpa, me estaba acordando de algo.

Laura enarca su ceja y sonríe.

—¿Un chico nuevo?

Su pregunta atraganta un suspiro. Trago saliva y la miro sin decir nada.

—Ahora estás soltera, ¿saldrás con alguien pronto?

No sabría decirte si ya estoy saliendo con alguien o no.

—No estoy saliendo con alguien —respondo un poco a la defensiva. Sí, ha sonado así. ¡Cálmate, Leslie!

Ella se ríe.

—Cualquiera pensaría que sí porque te has puesto nerviosa. ¡Ay, Leslie! Tranquila, disfruta de tu juventud.

Intento sonreír, pero sale todo menos una sonrisa honesta. Pensar en Raymond y en que todos se enteren de lo que tenemos, me pone nerviosa. No quiero sentirme así, pero es la única forma en que mi cuerpo reacciona.

—¿Sabes de mi amiga Marcy, la española? Se fue hace unos días a Kentucky, tiene familia allí. Su paso por aquí fue muy rápido, pero la pasamos bien. ¿Has ido? —Y de esa manera, cambio la conversación por completo, tratando de calmar mis nervios y hacer la vista gorda de que Raymond no me afecta, que no me enamora ni me gusta.

Porque no me gusta, ¿verdad? ¡Joder!

Miro una y otra vez el documento sobre cómo va el proyecto en Estambul, gracias al Cielo, todo va bien. Algo que me alivia muchísimo, porque fue un gran proyecto y todo va viento en popa. Pero hay algo que no me deja concentrarme del todo.

El nombre de Raymond aparece en mi mente de manera constante. No había pensado tanto en el baile que tuvimos en su casa hasta hace un rato, algo en nosotros está cambiando. No es un simple negocio. Un simple acuerdo.

Navidad es la próxima semana, mi familia está de viaje, no sé si vendrán para nochevieja, por lo que me quedará aceptar alguna de las dos invitaciones que me han hecho: ir a casa de Laura o de Raymond.

Realmente no quiero quedarme sola en casa.

Los recuerdos tal vez aparezcan, y lo que menos quiero hacer ese día, es sentirme triste.

Aceptar la oferta de Raymond es darme cuenta que lo nuestro no es solo un acuerdo.

Sí, puede ser en plan de amigos, como lo hemos sido desde hace mucho tiempo, pero... Los amigos no se besan en la boca ni se desean como nosotros lo hacemos.

¡Ugh! ¡Mi cabeza explotará de tanto pensar!

¿Cuándo es que dejé a un lado la lógica y racionalidad? ¡Yo no era así!

El teléfono suena, atiendo de mala gana a Carol, pero me disculpo al hacerlo. Ella me informa que Raymond quiere verme y que está afuera esperando a que lo deje pasar.

¡Hablando del Rey de Roma y mira quién se asoma!

—Que pase —anuncio.

Mi asistente confirma su entrada, en segundos, la puerta se abre y con ella detrás, aparece el mismísimo Raymond Butler. Mirándome con curiosidad, Carol se despide, cerrando la puerta. Ray le pone seguro.

Me quedo mirándole sin saludar, él frunce su ceño, acercándose a mi escritorio.

—¿Qué pasa? —inquiere, colocando sus manos sobre mis hombros y dándole un suave

apretón modo masaje.

Su toque me desequilibra.

Necesito redirigir esto.

Lo que tenemos es un acuerdo. Más nada.

—Dame placer, Raymond —dicto, subiendo mi cabeza para mirarle de cerca—. No preguntes, solo dame placer, hazme llegar.

Todo comenzó con la condición de que tendríamos sexo cuando yo quisiera. Y aunque no quiero tener relaciones en la oficina, con que me toque es suficiente.

Tengo que volver a poner en el carril en el que comenzamos a conducir el deseo por el otro. No puede haber distracciones ni atajos a otra cosa.

Él se separa cuando me levanto de mi silla, me siento en el escritorio y lo atraigo a mi cuerpo. Uniendo nuestras bocas y llevando su mano a mi parte baja. Raymond no pone trabas, pero se siente algo renuente.

—¿No quieres hacerlo? —pregunto con un poco de enojo. ¡Ayúdame a que esto no se nos escape de las manos! Quisiera gritarle, pero me aguanto.

No quiero lucir desesperada, pero eso es lo que luzco internamente, como si estuviera huyendo del amor.

Solo me quedan tres meses aquí, ¿qué puede ocurrir en tanto tiempo?

—¿Qué ocurre, Leslie? Sabes que me encanta perderme en ti de todas las maneras posibles, pero siento que algo está mal.

—Solo... hazme dejar de pensar —digo casi en un ruego mientras susurro muy cerca de su boca.

—¿Tuviste otra pesadilla? —inquiere con preocupación—. Estaba pensando que deberías ir con la cuñada de Laura, es psicólogo, ¿no? Ayudaría a buscarles un significado.

Que mencione mi problema con las pesadillas hace que todas las ganas que tenía, se me esfumen. No tiene que meterse en eso.

—Gracias por la sugerencia, pero por favor, no te metas en ello... Yo... —Me callo, pero luego hablo—: No quiero involucrarte en mis problemas, Raymond.

Él toma mi rostro con cariño.

—Quiero lo mejor para ti, quiero que estés bien.

No hagas esto.

Por favor.

Mi corazón no lo soportará.

—Raymond...

Cuando sonríe, pierdo todo. Simplemente bajo la guardia y me dejo llevar. ¡Demonios! ¡Que no me haga caer!

—Hagamos algo, vámonos a algún lugar, pasemos una bonita tarde y despejemos nuestras mentes —recomienda, tocando mi cabeza mientras sonríe de una manera tan cálida y tratando de transmitir calma—. Nuestros hermanos no están en la ciudad.

Lo último lo dice en tono bromeando, lo que me hace entrecerrar los ojos y burlarme de él.

—Les tienes miedo.

Él se ríe, menea su cabeza en negación.

—No lo hago, sabes bien que, si en algún momento nos descubren, asumiré mi responsabilidad.

Me da un beso en la mejilla.

—Somos adultos, Les —finaliza, dándome un guiño—. Pero respeto tu decisión de no decirles. Por los momentos... —Acaricia mi mejilla con su nariz—. Disfruto estar contigo. Nos estamos conociendo, no hacemos daño a la humanidad.

Suspiro, sabiendo que él haría todo por hacerme sentir bien, y eso me está descolocando. ¿Qué hago? ¿Me dejo llevar y ya? ¿Qué el destino decida?

Él espera que le acepte esta salida tan espontánea. Me mira, me da pequeñas sonrisas, toca mi mejilla con su nariz y roza sus labios con los míos, como si estuviera tentándome. Así como siempre lo hace. Es su juego favorito.

Siempre termino en su red de tentación.

Acepto su salida, pero algo dentro de mí también acepta vivir el momento y seguir disfrutando de él.

Daré un paso pequeño, puedo hacerlo.

No me siento del todo segura, pero lo intentaré.

Quiero hacerlo.

Aunque todo pueda salir mal.

Lo haré.



Hemos tenido una espléndida tarde, entramos a una función del cine y fue divertido hacerlo, parecíamos un par de jóvenes viendo una película de acción, comentando lo que aparecía en pantalla y de vez en cuando, tocando nuestras manos y apoyando la cabeza en el hombro del otro. Fue un rato muy agradable.

Mis pensamientos confusos los dejé en la empresa, porque la manera en que Raymond ha sido el anfitrión del paseo, me ha hecho bajar el muro por un ratico y dejarme llevar.

Sé que debo dejar que mis problemas dejen de agobiarme, cuando le miro a los ojos, me doy cuenta que puedo estar con él, pero que debo trabajar en mí primero para poder sentirme segura a su lado.

Y no es que no me sienta así, pero hay algo dentro que me detiene y no me deja sentirme libre.

Raymond me lleva tomada de la mano por el centro comercial, a veces la suelto por si alguien nos reconoce, pero al rato, él la entrelaza de nuevo, mi cuerpo ama estar pegado al de él, por lo que permito que lo haga.

Quisiera solo dejarme llevar. ¿Por qué es tan difícil?

Nos detenemos enfrente de una joyería, Ray me mira con una sonrisa, señala la tienda y entramos.

—¿Comprarás algo? —le pregunto cuando estamos dentro.

—Quiero regalarte algo. —Es lo único que dice antes de entablar una conversación con la dependienta sobre cadenas de oro.

No digo nada, Raymond luce emocionado por los dijes y las cadenas. Miramos todo lo que nos presentan hasta que él sonríe al ver un dije de bailarina de ballet. Dejo de respirar cuando él lo toma y me lo muestra.

—Esto definitivamente me recuerda a ti, te representa. Sé que en algún momento tendrás de nuevo la seguridad por el baile y serás la mejor en ello. Confío en que confiarás en ti.

Le miro anonadada, sin decir palabras, mis ojos se humedecen. Este hombre cree tanto en mí que me abruma. Estos sentimientos se están haciendo tan reales que no sé cómo abordarlos.

—¿Te gusta?

—Es hermoso, Ray —respondo, respirando nuevamente. Le doy una sonrisa que achica mis ojos.

Él con cuidado, acomoda mi cabello hacia un lado sin moverme el gorrito que estoy usando para el frío. Diciembre está siendo muy helado, podemos estar por debajo de los 10°C. Coloca la cadena y la abrocha por detrás. Una vez que lo hace me vuelve a dar esa sonrisa que me gusta tanto ver.

—Se te ve muy bonita, Leslie.

Toco el dije con mis manos, con el corazón atragantado y con la respiración entrecortada. Él sabe cuánto me importa el baile, y que haga esto para recordarme que volveré a hacerlo en un futuro, me llena el corazón de mucho amor.

Es como si tratara de calentar mi frío corazón.

Lo está haciendo.

—Gracias, Ray. Es muy hermoso y su significado... —Mi voz se quiebra—. Eres increíble. Gracias.

Le doy un abrazo fuerte, luego de darle un beso en la mejilla, él me recibe con gusto. Acariciando mi cabeza sobre el gorro, dándome un beso en la frente como siempre lo hace con cariño y calentando mi frío corazón con estas acciones tan bonitas.

Él me está haciendo caer.

Me gusta.

Me gusta mucho que asusta.

Me gusta Raymond Butler.

Después de que pagara por la cadena, salimos del centro comercial y comenzamos a caminar por las calles del centro de Seattle.

Pasamos por el museo de arte, admirando la gran estatua con el hombre y el martillo en la entrada del edificio, cruzamos hacia unos edificios azulados que están a los lados de unas grandes escaleras que nos dirigen hasta el muelle 52 de Seattle, dónde está la gran noria y el acuario.

Amo esta ciudad, cada rincón es maravilloso. Más atrás dejamos al Space Needle, una torre que solo he visitado una vez en mi vida y siempre he querido que alguien me pida matrimonio allí.

Se lo comenté a Raymond cuando pasamos por la torre, él bromeó con que me gustan las alturas. Sentí que no juzga mis locas ideas o comenta algo fuera de lo normal.

La estamos pasando muy bien.

Me encanta estar con él.

A nuestro alrededor mientras bajamos por las escaleras, hay sillas y mesas de colores, una pequeña cafetería y personas hablando.

Le digo que vayamos por un café y donas, él acepta. Caminamos hasta allí, hacemos nuestros pedidos y nos sentamos en una de las mesas disponibles. Raymond acerca su silla a la mía, así podemos estar sentados muy de cerca, sus piernas rozan con las mías.

Bebemos de nuestros cafés, comemos un poco de dona con glaseado y seguimos hablando sobre nuestras anécdotas en la vida. Me gusta tanto conocerle. Es un hombre impresionante.

Raymond me da un pequeño beso con su lengua lamiendo la comisura de mi boca, eso me hace tragar en seco. Fue tan... dulce, pero al mismo tiempo, sexy.

—Tenías glaseado —se excusa con una sonrisa de niño haciendo una travesura.

Le sorprendo cuando hago lo mismo que ha hecho conmigo, pero por toda su boca, hasta mordisqueo un poco su labio inferior. Su mano se posa en mi muslo derecho, dando un pequeño apretón mientras un jadeo sale de su boca.

Cuando abre los ojos, le miro sonriente, él sonríe también, moviendo su cabeza a los lados como si estuviera negando.

—Me gustas mucho, Leslie Walts —confiesa de pronto, me tenso por lo que dice—. Debo confesarlo, no puedo quedarme con esto que siento al besarte.

Raymond toma con delicadeza mi mejilla y me acerca a su boca de nuevo, dándome un beso que se siente diferente, tanto que dentro de mí se sienten mariposas revoloteando, mi corazón se acelera cuando comienza a mover sus labios con suavidad, sintiéndome por completo, demostrándome con acciones lo que acaba de decir.

Al separarse, apoya su frente con la mía, nuestras narices se rozan, pero seguimos teniendo nuestros ojos cerrados.

—Estoy sintiendo cosas por ti, Leslie. No me asusta confesarlo, con esto no te estoy pidiendo algo más, pero quiero seguir conociéndote más allá del acuerdo. Respeto tus tiempos, respeto tu ritmo. Sólo déjame seguir conociéndote.

Mi respiración no se ha normalizado en los últimos cinco minutos y no creo que lo haga pronto si este hombre sigue diciendo esto.

Lo que no quería que sucediera entre nosotros, está pasando. Él también tiene sentimientos confusos. ¿Qué hago? ¿Sigo a mi cabeza o a mi corazón?

—Tú también me gustas, Raymond —termino confesando, tal vez cavando mi tumba con mis palabras, pero lo he hecho. Algo en mí simplemente contestó antes de que lo pensara.

Abro mis ojos para verle directamente, él sigue con los suyos cerrados. Lo que me causa ternura. Admiro su rostro, las pequeñas arrugas que se le han formado alrededor de sus ojos, su nariz algo respingada y sus labios un poco rojizos por el beso.

Él nota que le estoy mirando, entonces cuando abre sus ojos y miro ese azul tan apabullante, tan oscuro, pero brillante, me permito sentir mis sentimientos y emociones.

Me dejo llevar una vez más por este hombre.

—También me gustas, pero sigamos teniéndolo entre nosotros. Sigámonos conociendo el uno al otro, así como lo venimos haciendo, sin que alguien más se entere hasta que nos sintamos completamente seguros de que esto funcionará.

El castaño ladea una sonrisa.

—Como tú quieras, Leslie. Por ti haré lo que me pidas. —Acaricia con su pulgar mi mejilla—. No digas nada y conóceme, estoy dispuesto a dejarte entrar a mi vida.

Le doy una sonrisa pequeña.

—Disfrutemos del momento, no pensemos en el futuro... Solo sigámonos conociendo, por favor —concluyo.

No prometo nada.

No me comprometo a un futuro.

Solo quiero seguir conociéndole, disfrutando de sus besos y tratando de acomodar mi vida para poder dejarle entrar.

¿Podré hacerlo? Eso solo queda de mi parte.

Pero, por ahora, no prometo un más definitivo, solo trataré de vivir lo que tenemos como lo estamos haciendo.

Aún con desconfianza, no lo voy a negar, solo estoy tratando de dejarme llevar por una vez en mi vida. Me asusta, me abruma, pero no quiero que eso me agobie otra vez.

Puedo controlar mi vida o, por lo menos, hacer el intento.

Capítulo XVII

Leslie

Un día después de la confesión de Raymond, me decidí a buscar ayuda psicológica profesional, siento que es el momento en que debo avanzar, pero hacerlo realmente. Aún hay cosas en mí que se sienten inseguras en dar este paso, pero para mejorar y poder sentirme bien, debo hacerlo.

Tengo miedo.

Tengo miedo a fracasar, a fallar y no poder seguir. En estos momentos, tengo el corazón desbocado, tuve mi primera sesión con la psicóloga, preferí ir con la cuñada de Laura; la vi hace un tiempo en su casa, fue agradable y simpática. La escogí porque siento que le puedo tener confianza para contarle mis problemas.

Aunque fue la primera terapia, nos presentamos, ella hizo algunas preguntas de cómo me sentía estar allí, qué es lo que quiero de la terapia y me habló del compromiso que debo hacer conmigo misma para lograrlo.

Accedí a todo, estaba un poco renuente, pero con firmeza hice una buena consulta, me dejé llevar. Realmente quiero hacer esto.

Lo estoy intentando.

Creo que eso es lo importante.

Aún tengo el corazón algo arrugado por expresarme libremente con la doctora Clark, ella me dijo que iríamos por partes, que no era una carrera, sino que todo sería a mi paso. Que yo misma respetara mis tiempos y sepa sobrellevar la situación.

Sé que puedo lograrlo, solo necesito no cerrarme de nuevo y seguir fluyendo.

Puedo hacerlo.

Mañana es vísperas de navidad, no acepté ir a casa de Raymond, siento que este es un momento importante para que él esté con sus hijas, además, si paso estas festividades con ellos, sería como si aceptáramos que tenemos una relación.

Puede que no le haya dicho eso a Raymond, solo le dije que mejor pasara el día con las tulipanes antes de que comience lo de las audiencias por la custodia; no le conté lo que pensaba de nosotros.

No me siento en ese lugar. Prefiero dejarles estar juntos en esta fecha importante, y luego, tal vez visitarles una tarde, pero no me siento preparada para ese paso tan familiar.

Se lo dije a Raymond, le dije que no estaría con él en navidad, que iba a estar en casa de Laura y su familia. Él no dijo mucho, pero en su rostro se vio la decepción.

Una parte de mí también la siente, amo estar con ellos, las niñas me llenan de mucha alegría y Raymond está alterando cosas en mí que me es difícil de explicar. Por eso es mejor mantener un poco la distancia.

Sí, nos gustamos, pero... No puedo dar más, por lo menos hasta que me sienta segura antes de estar a su lado por completo.

Hace un rato llegué a casa, con los sentimientos a flor de piel, además estoy en mis días de menstruación y todo me tiene sentimental. Lola y Roger me enviaron fotos de su paseo, hay fotos de los niños muy sonrientes jugando con la nieve, mi hermana y su esposo besándose mientras sus hijos están a su alrededor, supongo que la foto se las tomó alguien más.

Lucen muy hermosos. Los amo tanto que los extraño.

—Se ven tan bonitos, quisiera estar con ustedes, les deseo felices fiestas, ¡no olviden mi regalo! —Sonrío cuando termino la nota de voz y se la envío a Lola.

Ella a los minutos envía una de vuelta.

—Deberías de estar aquí, te extrañamos mucho, tía Les. Cuídate, felices fiestas para ti. Besos a Landré y sus mellizos, también a Ray. Pronto volveremos. Les diré a los niños que busquen el mejor regalo para ti. Te amo, pequeña no tan pequeña. Chaoooo. —Vuelvo a sonreír, sí que la están pasando bien.

Espero pronto sentirme lista para hablar con ella. Sé que tengo que hacerlo, he investigado y es una parte de superar mis problemas. Hablarlo, contarle a alguien tan cercano cómo te sientes o lo que sucedió, es bueno para el proceso de sanación. Lola comprenderá, pero se me ha hecho tan difícil dar ese paso, que termino ocultando las pesadillas o lo que sucedió hace muchos años en aquel apartamento en el que vivíamos.

De tan solo pensarlo, me dan ganas de llorar. Y solo quiero evadir el dolor en mi pecho y el sentir de mi corazón palpitando tan fuerte.

Doy un suspiro mientras me levanto de mi sofá con mi chocolate caliente en mano, abro la puerta del balcón y salgo un rato para respirar aire puro. El frío de la noche llena mis fosas nasales, mi cuerpo tiembla un poco, pero hago que la cobija que llevo encima me cubra más.

Esta noche no hay estrellas, las nubes se han apoderado del cielo y está lleno de nubes grises. El sonido de los autos, las bocinas y el murmullo de la gente llena el ambiente nocturno. Doy un sorbo a mi taza, saboreando el chocolate y dejando que el calor me caliente el cuerpo.

Pienso en todo lo que ocurrió hoy en la terapia, en mi conversación con Raymond y en los recuerdos de cuando mis padres vivían.

Son una montaña rusa de emociones en estos momentos.

—Lola, acomoda el vestido de tu hermana, por favor. Iré por el pavo, no quiero que se me queme —le pide mamá a mi hermana antes de irse muy risueña a la cocina.

Papá está arreglando la mesa, colocando los cubiertos y platos, Lola está arreglándose para que podamos sentarnos en la mesa a comer. Hoy es navidad, mañana cuando despertemos habrá muchos regalos cerca del árbol pequeño que mamá siempre decora en diciembre.

Mi hermana se me acerca, me sonríe y me ayuda con mi vestido nuevo. Es muy lindo, tiene muchos colores brillantes. Le doy una sonrisa también.

—Hola, pequeña —me saluda, acomodando el lazo del vestido que se encuentra en mi espalda.

—¿Te gusta mi vestido, hermana?

Ella asiente, sonriendo y alisando mi vestido.

—¿Qué me compraste de navidad? Mamá me dijo que fuiste con ella por regalos.

Llevo mis manos hacia mi boca como si fuera un secreto, meneo la cabeza y veo como Lola se ríe a carcajadas.

—Así que guardas secretos… Está bien, esperaré a mañana. Yo también te compré algo.

—¿Con plata de mamá? —pregunto, yo también lo hice.

Ella niega.

—Con plata de mi trabajo, pequeña. Ya verás, te gustará mucho.

Le doy un abrazo fuerte, dejamos de abrazarnos cuando mamá dice que la cena está lista y que tenemos que ir a la mesa.

Una vez allí, todos dimos nuestras gracias por la comida y pedimos deseos para el año nuevo.

—Yo deseo que sieeeempre estemos juntos —digo en voz alta, con mis ojos cerrados y las manos entrelazadas.

Cuando vuelvo a observar mi entorno, mis padres y Lola me miran sonrientes, como si hubiese hecho algo genial.

—¿Qué? —inquiero preocupada, arrugando mi frente—. ¿Hice algo mal?

Ellos menean sus cabezas en negativa.

—Eres tan hermosa, hija. Tan dulce —me elogia papá, sonrío para todos.

—Gracias —les digo.

—Así como dijo Leslie: "Que siempre estemos juntos"—anuncia mamá, todos alzamos nuestras copas de jugo, que puedo decir que sabe delicioso.

Amo muchísimo a mi familia.

Un suspiro se me escapa, así como unas cuantas lágrimas, pero al final sonrío, agradecida por haber vivido eso con ellos.

El amor se sentía en ese humilde hogar, dónde no éramos ricos, pero estaba lleno de mucho amor y cariño por el otro.

Algo que lo destruyó la envidia y la ambición.

Nunca he podido superar el hecho de que Cecilia y George fueron los que enviaron a aquellos hombres a robar a mi padre. No puedo creer que traicionaron la confianza de mi papá, se hicieron pasar por unos buenos samaritanos que no tenían nada.

Me dolió.

Me dolió muchísimo saber que estaba viviendo con unos asesinos. Que ellos me pintaban corazones y brillos para que estuviera a su merced y así seguir obteniendo el dinero del Estado, así como el de mi hermana.

—Fui tan tonta —murmuro para mí.

Pero eras una niña, no sabías nada de lo que ocurría.

A veces me reprocho el haber creído que ellos eran buenas personas. El haber confiado en una pareja que todo lo hacía ver bien, cuando no era así.

Por eso no confío totalmente en las personas, siento que en algún momento sus cinco cabezas del mal saldrán a la luz y me destruirán de nuevo.

Porque esas personas destruyeron a mi familia, me quitaron a mis padres e intentaron tenerme como un objeto que les hacía obtener dinero.

¿Qué clase de persona es esa? ¡Jugaron con una niña!

Pensar en los Hamilton me agita los sentimientos, el rencor y la ira se apoderan de mí, así como también las ganas de llorar y mandar todo al carajo.

Una brisa fría cala por mi cuerpo, tomándome desprevenida, me decido a entrar y dormir temprano.

No quiero que me duela la cabeza ni que amanezca con ojos llorosos. Mañana desde el mediodía debo ir a ayudar a Laura y a su mamá a cocinar lo de la noche.

Agarro mi teléfono que estaba sobre el sofá y camino hasta la habitación, mientras voy por el pasillo lo reviso, veo que tengo un mensaje de Raymond.

Ray:

Buenas noches, hermosa. Aunque no vayas a estar con nosotros, te deseamos unas felices fiestas y muuuuuchos regalos, así como dice Ryry. Espero que estés bien, te envío un beso y un abrazo de oso, como dice Marie.

Una sonrisa se me dibuja con rapidez en mi rostro, acompañada de una pequeña punzada

en el pecho. Siento que hice mal en no aceptar su proposición.

—No, debemos guardar distancia, es lo mejor —intento recalcarme para así poder irme bien a la cama, pero será difícil dormir con esta sensación en el pecho de que he hecho algo mal.

Tecleo algunas letras para responder el mensaje.

Leslie:
Buenas noches, Ray. Un beso y un abrazo de oso para las niñas, y…para ti también. Felices fiestas, que la pasen bonito :)

Suspiro, hago un mohín en mi labio inferior y entro a la cama, sin ánimo a nada, solo para abrazar mi almohada e intentar conciliar el sueño.

Pensando en que extraño a mi familia, a mis padres y también extraño a Raymond y a las niñas.

Extraño a todos.



El día ha transcurrido muy rápido, hemos pasado la tarde cantando villancicos con los niños, cocinando y arreglando toda la casa; Laura y André compraron un árbol de navidad, junto a los mellizos hemos ayudado a armarlo y decorarlo. Compraron uno nuevo porque Cole dañó el anterior cuando jugaba con una pelota. Después de arreglar la casa, nos vestimos y cenamos, ya son casi las diez de la noche y el timbre suena.

Tal vez sean los vecinos con algún postre para Laura, sé que se lleva bien con todos ellos.

La mencionada se acerca a la puerta para ver quién llama, se sorprende al ver a alguien conocido por la mirilla, me paralizo cuando dice—: Es Raymond.

¿Raymond? ¿En casa de Laura?

André junto a Claire se encuentran sentados en la sala bebiendo un poco de vino, los pequeños están jugando en el centro de la sala, un juego de pistas y de cómo encontrar al criminal.

Yo sigo mirando fijamente hacia la puerta, algo nerviosa y dudosa por la llegada de Raymond.

Laura abre, saluda de manera grata, pero curiosa que él haya llegado. Las niñas aparecen en nuestra visión, emocionadas de ver a la tía Laura, como cariñosamente la llaman. No escucho muy bien de lo que hablan desde donde estoy sentada.

André se levanta para saludar a Raymond, quien también lo mira con suspicacia, pero le da la bienvenida de igual modo. Ellos se ríen sobre algo, noto que no hay ninguna rivalidad entre los tres.

Algo que admiro y, al mismo tiempo, me sorprende. Dejaron el rencor en el pasado, superaron y perdonaron lo sucedido. ¡Vaya!

Deberías de hacer lo mismo, Leslie.

Intento que mi interior se calle, realmente no quiero pensar en eso en este momento.

Sigo queriendo saber por qué Ray vino hasta acá.

—No, mi hermana no vino, ella pasa este día con su familia y la familia de su esposo —le cuenta André a Ray, quien sigue entrando a la casa y se da cuenta de mí.

—Vinimos porque las niñas extrañan a los chicos —mencionando a mis sobrinos—, entonces para que no se aburrieran en casa, les propuse venir a pasar un rato con Cole y Andrea.

—¡Hola, Riley! —exclama Cole.

—¡Marie! —dice Andrea, acercándose a las niñas y dándoles un abrazo a cada una.

Sonrío al ver que las niñas Butler reciben y dan abrazos del mismo modo, con entusiasmo y felicidad por verlos.

—Hola, Leslie —me saluda Raymond con una sonrisa, alzando su mano en un gesto—. Estás aquí con la familia Clark Montreal. No sabía.

Intento disimular una sonrisa, claro que sabía que estaría aquí, pero entiendo por qué lo dice.

—Sí, Claire quería que probara su fabuloso estofado de navidad y el pastel de arándanos especial navideño.

La madre de Laura se ríe, me guiña un ojo y le ofrece un pedazo de pastel a Raymond. Él con gusto acepta.

Las pequeñas Butler me ven, gritan con felicidad y se acercan a mí, dándome un abrazo de oso como les gusta dar.

—¡Hola, niñas! —Le doy besos a ambas—. ¡Feliz navidad!

—¡Feliz navidad! —cantan al unísono.

Les sonrío, ellas me dicen que van a jugar con los mellizos, acepto que se vayan con ellos.

—Veo que ya te conocen, Les —supone Laura.

Asiento.

—Salí con mis sobrinos por helado y ellas vinieron también.

No cuento que he ido a su casa, bailado con ellas, jugado a las princesas, visto películas ni que salgo con su padre.

Un detalle muy importante.

Todos se enfrascan en una conversación amena, los Clark le han dado la bienvenida a Raymond, le dieron pastel y una copa de vino solamente, porque dijo que era un padre responsable y no estaba bebiendo esta noche.

Eso hizo que mi corazón saltara, no puedo negarlo. Él siendo todo un papá me derrite. Ama demasiado a sus hijas.

Cuando son pasadas las diez y media de la noche, los niños han salido al patio a ver los fuegos artificiales que destellan el cielo. Una empresa corporativa siempre los lanza a esta hora, creo que ya es tradición, cuando niña también lo hacían.

Los adultos se quedan dentro, aun charlando y viendo un programa navideño por la televisión. Yo he salido para ver los fuegos artificiales, Raymond me está acompañando a verlos.

Esta es nuestra única oportunidad para hablar, aunque los niños estén cerca.

—Estás hermosa —susurra para que solamente lo escuche yo, pero su mirada está fija en los niños.

—Gracias, Ray. —Volteo para verle—. ¿Es cierto que las niñas querían venir? Los Clark estaban sorprendidos de tu llegada.

Él se ríe.

—Lo sé, no es común mi interacción con ellos, pero en parte las niñas estaban aburriéndose en casa, sabía que estabas aquí, también había niños, quería verte, y bueno, aquí nos tienes.

Raymond deja de mirar a los niños, posa su vista en mí.

Que haya hecho todo esto me hace sentir culpable.

—Lo siento por no estar con ustedes —digo en voz baja, algo apenada.

Él niega.

—Ellas la han pasado bien con sus amigos, además... —Se acerca un poco a mi rostro—. Te estoy viendo, pasando mi rato contigo.

—Y con los Clark —bromeo, él sonríe, asiente y me guiña un ojo—. Gracias por venir, es bueno verte.

Él se separa cuando ve que los niños corren hacia adentro de la casa, dejándonos solos. Deberíamos de entrar, está haciendo mucho frío aquí afuera. Ray se gira para mirarme de frente.

—Feliz navidad, Bella Leslie —susurra Raymond, viendo detrás de mí antes de posar sus labios en un tierno beso sobre los míos.

Un suspiro se me atora en la garganta, mi cuerpo se debilita por la suavidad del beso y del momento que estamos teniendo.

Cuando se separa, roza su dedo pulgar sobre mi labio inferior y al abrir mis ojos, veo que está sonriendo.

—Me gustas mucho, Les —susurra de nuevo, muy cerca de mis labios. Estamos haciendo una locura acá fuera, en cualquier momento alguien podría vernos.

No sé si sea el momento de contarle lo que hice ayer, es algo muy personal, pero algo en mí me dicta a qué se lo cuente.

—Ray, ayer fui al psicólogo, comencé las terapias —cuento en voz baja, casi que para mis adentros.

Él inmediatamente sonríe.

—Estoy orgulloso de que hayas dado este paso, cariño. Sé lo importante que es para ti. —Hace una pausa, acariciando mi rostro—. Sabes que cuentas con mi apoyo, cualquier cosa que necesites, estaré para ti. Lo lograrás, hermosa. Confío en que confiarás en ti.

Mis ojos se humedecen cuando repite las mismas palabras de hace unos días.

Él confía en mí.

—No eres el mismo hombre de hace años... —No sé por qué me encuentro diciéndole eso —. No sé por qué crees tanto en mí.

—Porque siempre has sido fuerte y resiliente, superarás esta situación que te está molestando internamente. Eres una mujer impresionante que puede lograr lo que se proponga en la vida. Lo vienes haciendo, esto también lo harás.

En este momento la barrera que tenía tan alta para que este hombre no traspasara mi corazón va cayendo en picada, como lo ha estado haciendo últimamente.

—¿Viene alguien? —pregunto de pronto, él se desconcierta, pero aun así mira de nuevo detrás de mí, luego niega con su cabeza.

Cuando vuelve a mirarme, tomo su rostro con mis manos y le doy un beso con mucho significado. Es un beso de agradecimiento con algo más que no voy a admitir en estos momentos.

Algo que va más allá.

Al alejarnos, escuchamos pasos, de una vez me tenso, pero Raymond se separa más de mí, disimulando como si estuviera por entrar a la casa.

—Chicos, estamos en videollamada con Lola y Roger, si quieren venir a saludar —nos cuenta André con su típica carismática sonrisa.

Ambos asentimos, André se va y Raymond voltea para mirarme por última vez de esta manera como lo hace cuando nadie está a nuestro alrededor.

—Me gusta conocerte —le digo, sonriéndole.

Él hace lo mismo.

—A mí también me gusta conocerte.



Han pasado semanas desde las festividades navideñas, estamos casi culminando enero y no puedo creer que ya a finales del próximo mes esté volviendo a Londres.

Son muchos sentimientos encontrados, por un lado, es mi obligación volver a trabajar en London Sunshine, pero por el otro no quisiera irme todavía.

Aquí me siento en casa, el calor de hogar y el cariño de las personas que me quieren no están en Inglaterra, allá solo tengo a Marcela. En cambio, aquí... está mi familia.

Está Raymond.

El hombre con el que me siento tan atraída, que me gusta tanto y que extrañaré demasiado cuando me vaya. Aún no hablamos sobre qué ocurrirá entre nosotros. Pensar en terminar este acuerdo o lo que tengamos, me deja una sensación amarga en la boca del estómago.

En estas semanas también he tenido mis terapias, voy dos veces a la semana. Me han ayudado mucho en poder comprender la manera en cómo me siento y qué es lo que quiero mejorar en mí. La doctora Clark es un amor de persona, tan profesional y agradable, me ha ayudado tanto, que estoy muy agradecida.

Las terapias han sido difíciles, siempre termino llorando en ellas, aunque no quiera, he aprendido a qué es bueno llorar, y que no te hace débil hacerlo. Sino que es una manera de canalizar lo que uno siente. Y eso me parece tan bien saberlo, porque yo siempre reprimía esa emoción.

Pensaba que llorar me hacía débil, vulnerable y, eso no es así, es una manera de drenar lo que sentimos. De expresar todo lo que estamos sintiendo en el momento. Entonces cuando estoy en terapia, lloro, me permito hacerlo. Al final, termino sonriendo, porque Helen me lo hace más llevadero. Ha sido una gran guía.

Hace dos días tuve mi séptima sesión, hablamos sobre lo que ocurrió hace algunos años, en cómo intento no dejarme sentir dolor y no lo expreso con los demás. Cuando finalicé la sesión, decidí que era momento en que hable con Lola sobre lo que ocurrió en casa y después de allí.

Estoy nerviosa, no pude dormir bien anoche, pero me siento segura de hacerlo. No voy a retroceder, sé que esto es un paso para poder superar mis pesadillas y mi pasado.

Esta mañana he citado a Lola en mi apartamento para que podamos hablar a solas, le dije que tuviera la tarde libre para estar conmigo. Ella aceptó amablemente, sabe que le hablaré de algo importante.

Compré algunos bocadillos dulces para amenizar la conversación, aunque no quiero ni probar el que tanto me gusta de la tienda en donde hice la compra.

Mis manos están algo sudorosas, no dejo de jugar con los anillos de mis dedos. Afuera aún hay frío, por lo que he encendido la calefacción. Lola lleva diez minutos de retraso y me estoy comenzando a desesperar.

Cuando el timbre suena, mi cuerpo salta en alarma. Estoy muy nerviosa.

Tomo una bocanada de aire, trago saliva y limpio mis manos sobre mi pantalón de mezclilla. Me acerco a la puerta, abriéndola y dándole una pequeña sonrisa a mi hermana mayor.

Esta mujer a la que le debo tanto en la vida. Mi ejemplo a seguir y mi mayor fortaleza.

—Hola, hermana —la saludo, ella me sonríe, dándome un abrazo caluroso.

—Hola, pequeña, ¿cómo has estado? Teníamos días sin vernos así, solo nosotras.

Le doy la bienvenida a mi casa, ella entra a gusto, colocando su bolso sobre uno de los

muebles. Se quita la chaqueta que lleva puesta y se sienta en el sofá que le he señalado.

—He estado bien, Lola. ¿Y tú? —pregunto, yendo por el té que tanto le gusta y los bocadillos—. ¿Dónde dejaste a los niños?

Ella se ríe.

—Con Roger, le dije que iba a estar contigo, que se tenía que hacer cargo de sus hijos por un rato. Se inventaron una salida al cine y a dónde los abuelos, así que deben estar en eso.

—Muy ingenioso Gran Roger —respondo con una sonrisa.

Le entrego la taza de té a Lola, pongo los bocadillos en la mesa de estar y la miro, ella me mira con curiosidad, un dejo de preocupación en sus ojos y una sonrisa algo nerviosa.

—Estoy aquí para ti, Les —dice Lola con esa mirada maternal que siempre ha tenido sobre mí.

Desde ya tengo ganas de llorar.

Suelto un suspiro.

—Esto no será fácil. —Hago una pausa antes de respirar hondo y poder seguir hablando —: No he sido muy comunicativa contigo sobre algo que me ha estado molestando por años.

La rubia se acomoda en su asiento, acercándose más a mí y tomando mis manos para darle un apretón.

Ella está aquí para apoyarme, para escucharme y saber todo lo que he pasado desde hace tanto tiempo.

—Comencé a ver a una psicóloga hace unas semanas porque realmente quiero afrontar este problema y poder superar mi pasado.

—¿Es esto sobre las pesadillas? —La pregunta de mi hermana fue en voz baja, como si preguntar fuera a hacerme daño. Por lo que solo asiento en modo de respuesta.

—Nunca se han ido. Las tuve de pequeña, luego de adolescente y ahora siendo una adulta. Siempre es lo mismo: recuerdos de cuando asesinaron a mis padres, cuando estuve en la casa de acogida y con los Hamilton.

Lola tensa su mandíbula, sus mejillas están sonrojadas y sus manos siguen aferradas a las mías. Es como si tratara de sostenerme para que no me fuera a quebrar.

—Nunca quise contar que las tenía porque te ibas a preocupar, ya tenías demasiado cuando Cecilia y George nos estaban persiguiendo, siempre cuidándome de que no me pasara nada.

—Aun así te estaba pasando algo, y no pude ayudarte —susurra Lola con lágrimas en los ojos.

Me doy una pausa para poder controlar mis lágrimas.

—Esto no lo sabe nadie, solo la psicóloga... —Mi hermana me queda mirando con atención—. Cuando aquellos hombres entraron a nuestra casa para robarnos, mamá me llevó a un armario a esconderme, es mentira que yo estaba debajo de una mesa escondiéndome, no fue así; uno de ellos me descubrió y me sacó de allí a rastras.

Mi voz suena tan quebrada, pero no me detengo, no voy a echarme para atrás.

—Mamá gritaba, papá también. Yo solo lloraba, tenía mucho miedo. Quería que estuvieras allí, no sabía que iba a pasar. Entonces los hombres pensaban que yo sabía dónde estaba el dinero, yo no tenía ni idea, Lola. Me jaloneaban, me decían groserías y golpeaban a papá para que yo hablara. Y luego vi... como... los asesinaban a cada uno.

Lola gimotea, su labio inferior tiemblan tanto como el mío.

—Lo siento por no estar, sabes que te protegería de todo, Leslie. ¡Oh Dios! Has pasado por tantas cosas. No me imagino con lo que has vivido todos estos años con esas pesadillas.

Asiento. —Lo sé, hermana, sé que me protegerías de todo.

Dejo de hablar por un minuto, esto me duele mucho contarlo, pero sé que será para bien.

—Fue horrible, esos recuerdos no salen de mi cabeza, intento borrarlos, no pensar en ese día, pero ellos vuelven en las noches en forma de pesadillas. Luego está cuando estuve en la casa de acogida...

—¿Qué pasó allí? —inquiere Lola con angustia.

—Yo solo tenía nueve años, me sentía muy sola. Tenía tanto miedo, no conocía a nadie, las niñas me miraban mal, me trataban de lo peor. Yo no hablaba mucho, pero intentaba hacerme fuerte y no prestarle atención a lo que decían.

—Desde ese momento te hiciste esa coraza de niña fuerte, ¿verdad? —Lo único que hago es asentir a su pregunta—. Ese modo que siempre tienes que nada duele, nada molesta y siempre tratas de seguir adelante. Siendo una niña fuerte y madura, luego de adolescente y ahora... Eres igual.

—Es...—Se me quiebra la voz—...mi manera de evadir las situaciones para que no duelan, porque tener dolor dentro de ti se siente muy feo, Lola. Escoce, arde, es un fuego que no te deja pensar ni moverte. No me gusta sentirme así.

La mano de Lola pasa por mi mejilla, quitándome las lágrimas que se desbordan sin permiso.

Por fin me estoy abriendo con mi hermana, el momento de que le cuente todo ha llegado.

Aquí estamos una vez más.

Aquí estoy afrontando mi pasado y tratando de dejarlo ir. Al menos, esto me ayuda a aliviar este secreto que tanto he acarreado por años.

Tratando de que mi corazón deje de arder por aquellos momentos en donde cada uno de ellos fue quemándolo, haciéndolo cenizas hasta que se volvió puro polvo. Dejaron un vacío que por años he intentado llenar para sobrevivir.

—En ese instituto pasé por muchas cosas, pero no quiero contarlas para no recordarlas, tal vez en otro momento. —Lola asiente—. Esto no es fácil para mí, abrirme con alguien me cuesta mucho.

Mis lágrimas siguen saliendo de mis ojos, mis hipidos son constantes y el sorbo de mi nariz también.

¡Maldición! Debí comprar pañuelos.

—Aprecio y valoro que lo estés haciendo conmigo, pequeña. Sabes que siempre estaré escuchándote, dándote mi apoyo y amor incondicional. Estoy contigo, cariño, para siempre.

—Lo sé, Lola —sollozo fuerte—, perdón por no contarte antes, por evadirte tanto y no decirte lo que me pasaba.

Mi hermana me abraza, dándome un abrazo que tanto necesitaba para poder seguir.

—Shhh, tranquila, cada quien tiene su momento para abrirse a lo que siente. No te juzgo, Les. No lo hago. Más bien estoy orgullosa de lo que estás haciendo, estás afrontando el pasado que tanto te ha hecho daño, lo vas a superar, confío en que lo harás.

—Gracias, hermana, gracias por siempre estar para mí en cada momento, por ser mi fortaleza y la mejor hermana-mamá del mundo mundial.

Ya no habla la Leslie adulta, por un momento me dejo ser aquella niña de trece años que comenzó a vivir con su hermana, su única familia y que siempre estaba junto a ella para conocerla y sentirse amada.

—Te amo, pequeña, nunca lo olvides. Somos nosotras contra el mundo.

Ella siempre me dice eso.

—Lo somos —digo, incorporándome en mi puesto—. Te amo más, hermana.

Nos damos una sonrisa cálida, una que transmite el amor de hermanas, el cariño que nos tenemos y que hemos fortalecido con los años, aunque no haya sido del todo sincera con ella, la amo muchísimo y la respeto por la gran persona que es.

—Comamos un poco de bocadillos y bebamos té, aunque tú estás bebiendo café —dice, mirando el contenido de mi taza—, que creo que está frío ya, pero no importa, luego seguimos, ¿vale? Poco a poco, Les.

Le doy una sonrisa ladeada con labios cerrados, limpio mis lágrimas y doy asentimiento en aprobación.

Poco a poco iré contándole todo lo que me ocurrió en aquel tiempo, por ahora siento un gran alivio de haber hablado con ella.

—Estoy feliz de tenerte en mi vida, Lola —confieso antes de beber mi taza de café y comer un bocadillo.

Elegí el café para mí, el sabor del té que le gusta no es de mi agrado.

—Y yo a ti, Leslie. Estoy orgullosa de la gran mujer que te has convertido. Sé que nuestros padres están orgullosos de ti.

Sonrío una vez más, aún con los ojos húmedos.

—También de ti, hermana. Hemos vivido tantas cosas que no pude haber tenido una mejor hermana mayor.

Ella se ríe.

—Deja de elogiarme que me creeré todo y quién aguanta a Roger diciendo que estoy siendo creída por ser la mejor hermana del mundo.

Eso me hace reír.

—Bah, él diría algo como: "Rubia, te ves hermosa siendo creída por ser la mejor hermana, eres increíble". No diría algo mal de ti.

Sus mejillas se sonrojan.

—Ugh, lo sé. Me ama tanto que a veces es difícil de creer que estemos juntos después de haber hecho un acuerdo sexual.

Mis ojos se abren con asombro, ¿ellos qué?

—Espera, ¿que ustedes qué?

No puede ser posible.

Lola se comienza a sonrojar, a reír y a toser porque se ha atorado con su té al darse cuenta de lo que dijo. Ella nunca me había contado eso.

—Vamos, es tiempo de que sepas cómo comencé mi relación con Roger Butler.

La historia se repite, pero de una manera diferente... Esto es algo de no creer.

¿Qué ocurre con las hermanas Walts y los acuerdos sexuales con los hermanos Butler? ¡Joder!

Capítulo XVIII

Raymond

En un abrir y cerrar de ojos, enero llegó para volver mi mundo patas arriba. La audiencia por la custodia de las niñas será pasado mañana, me siento sumamente nervioso y preocupado por ese día.

Aunque ya estamos a finales de mes, este ha sido uno de mucho trabajo, estrés y preocupación. Entre la empresa, estar pendiente que a Mayra no se le ocurra hacer un viaje inesperado a Miami y el recaudo de todas las pruebas necesarias para demostrar que mi exesposa no es apta para cuidar a mis hijas, ha sido muy extenuante.

Además, tampoco me ha dejado ver a las niñas desde hace dos semanas. Eso me tiene muy cabreado y dolido. Extraño a mis hijas, pero sé que pronto estarán conmigo. Las pruebas son muy claras, Mayra no puede tener su custodia.

Lo único que me ha llenado de tranquilidad y paz en estas semanas ha sido esa castaña hermosa y dulce que se ha vuelto en alguien importante para mí.

Leslie ha estado calando tan fuerte por todo mi cuerpo que en todo momento está presente en mi mente. Cada noche si no estoy rodeándola con mis brazos, pienso en lo bien que nos sentimos estando juntos.

Si fuese por mí, ya estuviera gritando por los cielos que me gusta muchísimo Leslie Walts, y que es la mujer que me tiene loco. Podría decir que me estoy enamorando de ella. Hay algo fuerte dentro de mí que me hace tener paciencia y seguir su paso para que nada de lo que tenemos se desmorone.

La quiero, la quiero muchísimo, más allá de una amistad de años, siento que la quiero como mujer, como alguien que poco a poco ha ido robándose mi corazón a su manera.

Y ¡demonios! Esta vez se siente muy diferente, es algo que ni siquiera puedo explicar con palabras el sentimiento del amor.

Con ella todo es distinto...

Salgo de mis pensamientos cuando la puerta de mi oficina se abre y entra la mujer que me tiene soñando pajaritos enamorados todo el tiempo.

Tengo treinta y siete años, ¡joder! Y aun así me siento como un chico enamorado por la niña más linda del lugar.

Es que ella es la más hermosa, tanto dentro como por fuera.

—Buenos días, Ray —me saluda con dulzura, acercándose a mi escritorio y dándome un suave beso en la mejilla. Me encanta que lo haga.

—Hola, preciosa —murmuro, agarrándola desde la cintura antes de que se enderece, le doy un beso en los labios, lamiéndolos con ternura.

Amo besarla.

—Estamos en la oficina —susurra risueña, separándose de mí, pero antes pasa sus dedos pulgares por mis labios para quitar el resto de la pintura de labios que está usando hoy. La miro sentarse en la silla de enfrente a mi escritorio.

—Te ves muy hermosa esta mañana. —Le doy el elogio diario que merece, ella siempre se ve hermosa. Eso la hace sonreír con ternura, sus mejillas se sonrojan de manera tenue.

—Tú también te ves muy guapo hoy, ¿a qué se debe?

Me encojo de hombros, sin importancia.

—No hay nada especial —respondo, juego con el lapicero en mis manos—. Tal vez es para aparentar que no estoy preocupado porque en dos días será un día muy importante para mí y las niñas.

El rostro de Leslie se enseria, me da una mueca, pero luego da una cálida sonrisa.

—Sabes que todo irá bien, has recogido muchas pruebas de que Mayra Smith no está capacitada para cuidar de sus hijas. Es duro, porque es su madre, pero velamos por el bienestar de Marie y Riley.

Asiento en su dirección.

—Así es, mis hijas necesitan un mejor entorno para vivir, más amor y atención.

—Estoy segura de que se lo darás, eres un gran papá, después de mi papá, puedo decir que el mejor de todos. —Se ríe, baja la voz por un momento—: No le digas a Roger que dije esto, él es increíble, también es el mejor. Hacen un muy buen trabajo.

—Todo es amor por nuestros hijos —agrego sonriendo—. Ya lo dijiste, soy mejor que Roger. Gozaré sacarle en cara eso en algún momento.

—¡No! —exclama la castaña, con cara de horrorizada, pero aun riéndose. Secundo su risa.

Siempre es bueno reír juntos. Me encanta escucharla reír, su risa es contagiosa y bonita.

Pero el buen ambiente se acaba cuando la puerta se abre de pronto con una Mayra luciendo furiosa, inestable y ¿drogada o ebria? ¡No es posible!

—¿Qué demonios, Mayra? —inquiero con molestia.

—¡Ustedes! —grita, señalándonos—. Creen que nadie se va a enterar de lo que tienen.

Frunzo mi ceño, miro a Leslie, veo que ha palidecido.

—¿De qué hablas, Mayra? ¿Estás ebria? —Me levanto de mi puesto para caminar hasta ella.

—No, no vengas a preocuparte por mí, Raymond, que nunca lo has hecho. —Su manera de hablar es diferente, sus pupilas lucen dilatadas. ¿Qué pasó con la hermosa modelo de hace años?

¿Es la madre de mis hijas?

—¿Y tú no vas a hablar, mosca muerta? —Sus palabras se dirigen a Leslie, que está parada con sus manos entrelazadas, tocándoselas con nerviosismo.

Debo sacar a Mayra de la empresa antes de que diga algo fuera de lugar en presencia de todos. Sé que Les no está lista para contar lo nuestro, lo respeto, por eso no quiero verla mal si la gente se entera antes de que aceptemos lo que tenemos.

—Ustedes creen que los niños no cuentan lo que ven y hacen. —Mayra sigue hablando, pero al menos ha bajado el tono de voz—. Tía Leslie hace esto, hace lo otro, está siempre en casa de papá, baila con papá. Díganme, par de enamorados, ¿su familia sabe que tienen una aventura?

Ella comienza a reírse.

—Esto es tan irrisorio, ¡la pequeña Leslie con el cuñado de su hermana que ha sido como su tío por años! —Empieza a caminar, riéndose como loca—. Imagínense que se entere Roger, mínimo te castra, Raymond.

—No sabemos de qué estás hablando, entre Raymond y yo no hay nada amoroso. Somos familia, amigos de muchos años, perfectamente puedo ir a su casa a pasar un rato con sus hijas —habla Leslie.

—No me van a confundir, sé que entre ustedes hay algo. Él... —Me señala, su rostro cambia a uno nostálgico—. Te mira diferente, no cómo lo hacía conmigo o con alguna otra, y eso

—vuelve a mirarla—, no es ningún amor familiar ni de amigos.

Basta.

—Es suficiente, no sabes ni de lo que hablas, esta es otra prueba de que no estás bien mentalmente y que necesitas ayuda antes de cuidar y criar a mis hijas —digo, tomándola del brazo y llevándola por el pasillo—. Por favor, sal de la empresa y nos veremos en la audiencia.

—No me vas a quitar a mis hijas, Butler. ¡Suéltame, imbécil! —Ella se zafa de mi agarre —. Ya vine a decir lo que quería, ya hice el espectáculo que quería —menciona, mirando hacia un lado, veo a Roger desde la puerta de su oficina con ceño fruncido—. Espero que me haya escuchado decir tu secretito.

Ojalá que no.

—Mis hijas tendrán una mejor vida, hasta que no estés en tus cabales, no van a estar contigo. Si al menos te importan un poco, hazte a un lado y deja que vivan conmigo.

—¡Eso nunca! —vocifera—. ¡Nunca las vas a tener! ¡Son mis hijas! Y mientras las tenga y tú no, seré muy feliz haciéndote infeliz. Porque tú no te mereces nada.

Meneo mi cabeza, sin poder creer que esta mujer sea la misma con la que me casé hace años.

A la que creí que amaba.

Qué ciego fui.

Los guardias de seguridad la toman de los brazos y le piden que entre al ascensor para poder llevarla a planta baja y salga de la empresa.

Otro día en que ella me confirma que no puede tener a mis hijas bajo su custodia.

Ellas merecen mucho amor.

Ruego al cielo esperando a que mi hermano no haya escuchado lo que dijo Mayra. Aún no es momento de que sepa de mi relación con su cuñada.

Un pensamiento diferente llega a mi mente, uno que molesta un poco.

¿Realmente tenemos una relación amorosa? ¿O sigue siendo un simple acuerdo? Porque para mí, ya no es un simple acuerdo sexual.

La audiencia comenzó hace diez minutos, pero ya es todo un caos. Aquí se encuentra una Mayra algo desorientada y mal arreglada, ha interrumpido muchas veces al juez que está encargado en dictar la custodia de mis niñas diciendo que esto es absurdo, porque no dejará que ese hombre canoso decida por sus hijas.

Ya tengo dolor de cabeza.

Las pequeñas se quedaron en casa de Lola, hace unos días fue su entrevista individual con trabajo social, como requisito para la audiencia. Así como la entrevista a cada uno de nosotros. Con mucho gusto atendí a la trabajadora social en mi casa, hablamos un poco y le mostré dónde dormían mis hijas cuando se quedaban conmigo.

Fui honesto con ella, hablamos de todo un poco, hasta de mi vida personal.

Cada abogado comienza a explicar los motivos que nos ha traído a una audiencia por la custodia de Marie y Riley Butler. En el momento en que Mayra vuelve a interrumpir, el juez detiene la explicación del abogado y pide una prueba de toxicología a la señorita Smith.

Algo que me descoloca un poco, porque una parte de mí siente lástima por ella. Es malo tenerlo por las personas, pero muy en el fondo me preocupo por la morena. En algún momento de mi vida fue mi esposa, y también es la madre de mis hijas.

No es cariño, no es amor, es solo un ademán de preocupación.

—No, no me van a hacer nada —repite una y otra vez Mayra.

—Entonces está negándose a las autoridades, podemos arrestarla por falta de juramento. Es una amenaza para todos nosotros si usted está bajo el efecto de sustancias ilícitas. No está en la calle, señorita. Está en un juzgado.

Los ojos de Mayra se humedecen, creo que se ha quebrado y dado cuenta de lo mal que está actuando.

Una persona vestida de trabajador de salud, se acerca a ella y le toma una muestra de sangre allí mismo.

—Sí, puede que esté drogada —declara sin más, hundiéndose hasta el fondo de un precipicio—. Pero vine a no dejarme quitar a mis hijas, tenerlas es la única forma en que este hombre sea un infeliz.

—¿De qué está hablando, señorita Smith? —pregunta mi abogado.

—Desde hace mucho lo odio con mi vida, me casé con él para hacerle la vida cuadritos, me dejé embarazar para atraparlo y así quitarle dinero, fama y desprestigiarlo por el mundo.

La miro sin entender. ¿Qué le hice para que me odie de esta manera?

Mi abogado me pide que no hable, que ni siquiera le responda.

—Odiaba que su empresa fuera la número uno de Seattle en tan poco tiempo, en que se ganara a mis posibles inversores. —Se empieza a reír como en la empresa—. Jugué con él, le hice creer que lo amaba, estaba tan loco por mí.

Tenso mi mandíbula, podría quebrar mis dientes en cualquier momento.

“Siempre está tranquilo, cariño. Todo saldrá bien. Ellos se darán cuenta de lo buen padre que eres”. Las palabras que me dijo Leslie anoche antes de despedirnos fueron esas, en este momento me ayudan a intentar calmarme.

—Usted está consciente de que no está capacitada para cuidar de dos niñas mientras consume drogas, ¿verdad? —El juez es quien habla en este momento—. Está faltando a la ley, está poniendo en peligro a dos menores de edad.

—Ay, ¡por favor! Ellas están bien cuidadas con su niñera. Fue la mejor decisión.

¡Esto es el colmo!

—¿Cómo puedes decir eso, Mayra? ¿No tienes amor por tus hijas? ¿Cómo puedes decir que una niñera puede ser mejor que una madre? —pregunto con enojo, saltándome la petición de mi abogado, pero es que ya me harté de callar y ser paciente.

—¡Tú cállate, Raymond! Que muy buen hombre no eres, ahora menos que andas acostándote con la mosca muerta de la cuñada de tu hermano.

El mazo del juez suena por todo el lugar, pidiendo que cese el contrapunteo que tenemos.

Cada quien se acomoda en su sitio. Agradezco demasiado que esto sea a puertas cerradas y que mi familia no esté aquí.

—Vamos a tener un receso de diez minutos, escucharemos la versión del señor Butler y daré el veredicto. Ya son suficientes las pruebas obtenidas por cada parte.

Vuelve a sonar el mazo y la audiencia toma un receso.

Esto se ha salido de control, pero sé que me dará la custodia. Está muy claro el estado de Mayra. Ella ha llegado muy lejos.

El abogado habla conmigo sobre algunos detalles que debo mencionar, recalcando lo sucedido hace dos días dónde Smith llegó de la misma manera que hoy.

La adrenalina sigue corriendo por mi cuerpo, así como el enojo por todo lo que dijo, ahora entiendo por qué ha intentado hacerme la vida imposible desde nuestro matrimonio y posterior divorcio.

Reviso mi teléfono para saber qué hora es, noto que hay un mensaje de Leslie.

Tulipán Blanco:
¿Cómo va todo? Pensando en ti y en las niñas, esperando lo mejor siempre. Un abrazo y un beso.

Suelto un suspiro al ver su mensaje, tan bella como siempre. Sonrío al recordar el día en que me di cuenta que ella se estaba convirtiendo en otro tulipán importante para mí, y aunque no le he dicho que ahora es mi tulipán blanco, así modifiqué su nombre en mi teléfono.

Respondo un mensaje rápido antes de que mi abogado me llame para que guarde el teléfono porque el juez va a entrar a la sala. Ignoro los mensajes de Roger y Lola, al igual que los de mis padres y mi hermano Robert, sé que son mensajes de buenos deseos.

Raymond:
Gracias por tenernos en tus pensamientos, hermosa. Algo caótico, pero vamos bien. Un beso más para ti.

Ahora vamos con lo que queda de esta audiencia, el momento en que pueda expresar cuánto amo y quiero el bienestar de mis hijas.

El juez me pide que empiece a dar mi opinión, el abogado de Mayra hace sus preguntas un poco personales y de cuando era más joven, pero aun así sé qué responder y de qué forma.

—Mi vida privada fue en un tiempo así, sí, salí con varias mujeres, pero con los años fui dándome cuenta que ya no quiero más eso, que ya no estoy para esos trotes de picaflor. Actualmente, no estoy saliendo con nadie, y si lo hiciera, sabría perfectamente que mis hijas son mi prioridad. Que son una parte esencial de mí y que siempre voy a estar al pendiente de ellas.

Necesito dejar claro que ya ese concepto y apodo de Casanova que la gente me puso, no existe más.

—Vine hasta acá porque realmente necesito que mis hijas estén bien, vivan en un entorno de amor, felicidad y cariño. Mi familia y yo le daremos el amor que merecen, la mejor crianza que puedan tener y un entorno favorable para su crecimiento individual. Estoy dispuesto a darles lo mejor de mí, puede que cometa errores como cualquier ser humano, pero sabré cómo sobrellevar cada situación que se nos presenten.

Hago una pausa para tragar saliva, tomar aire y comentar cómo son mis hijas—: Soy un padre orgulloso de sus hijas, estoy feliz de verlas crecer y conocerlas cada día, mi hija Riley es una niña muy tierna, canta hermoso, ama hacerlo desde que se levanta hasta que se acuesta en la cama; por otro lado, Marie es una niña que ama el baile con su vida, y que su mamá no la deja realizar libremente.

Miro a Mayra, ya luce algo más avispada, tal vez el efecto de la droga se le esté pasando.

—Yo dejo que ellas sean libres, que disfruten de su gusto por el baile y el canto, de que sonrían al ver los tulipanes en el campo, todo eso me llena de felicidad, ¿saben por qué? —pregunto a todos—. Porque me hace feliz verlas felices.

Vuelvo a mirar al juez.

—Señor juez, por favor, deje que mis hijas vivan conmigo, ellas tendrán una mejor vida si están a mi lado. Ella es su madre, siempre lo será, pero hasta que no esté realmente capacitada para darles la atención y el amor que merecen, no pueden seguir viviendo con ella. Pareciera que ni siquiera las quiere, y mis hijas no merecen tal desprecio.

Finalizo mi intervención, dándole una última mirada a Mayra quien me mira con malos

ojos, pero limpiándose las lágrimas que descienden de ellos.

En el fondo sé que las quiere, confío en que así sea.

El veredicto no tardó en dictarse, el juez finalmente me dio la custodia de Riley y Marie, alegando que Mayra consume sustancias ilícitas, necesita apoyo psicológico y un tiempo recluida en un centro de ayuda a personas con problemas de drogadicción. No sabemos cuánto tiempo tiene ella haciendo esto, ni qué tipo de droga consume, aunque el juez ha mencionado una en su veredicto.

La morena hasta que no cumpla el tiempo acordado de un año en rehabilitación, no tendrá contacto con las niñas, solo si ella les envía cartas.

Tengo sentimientos agridulces, por un lado, feliz por tener a mis hijas conmigo, pero por el otro, tristeza porque ella se haya convertido en este tipo de persona, una que no demuestra querer a sus hijas y que solo las tuvo para hacerme daño.

Desde ahora mis tulipanes tendrán una vida llena de mucho amor y cariño. Haré todo lo posible porque así sea.



Tengo una semana viviendo con mis hijas, hay días de mucho agite en casa, pero ha sido llevadero; junto a mi ama de llaves, les hemos creado una rutina cada día. Ahora salgo del trabajo más temprano e intento no contestar llamadas en casa, al menos que sean muy importantes.

Quiero dedicarle el tiempo correcto a cada una de mis hijas. En el momento en que les expliqué que vivirían un tiempo conmigo, Marie preguntó por su mamá y le dije que estaría de viaje unos meses y que luego las vería.

No sé si Mayra envíe cartas como el juez permitió o si ella completará su tratamiento, pero al menos deseo que lo haga por sus hijas o por ella misma. Después de la sentencia del juez, a ella la arrestaron por uso de drogas en un tribunal, lo cual está prohibido.

Escuché que pagó la fianza, pero debido a lo dicho por el juez, debe estar internada en un centro de rehabilitación. A los dos días fue cuando apareció en dicho centro, aceptando la ayuda, por lo que me contó mi abogado.

No sé si por ella o por las niñas, pero estoy bien con que lo esté intentando.

Es de noche, las pequeñas ya se han ido a dormir, aunque es febrero, las noches siguen siendo frías, el invierno no se ha ido.

Busco mi teléfono, marco el número de Leslie y espero a que siga despierta, quisiera darle las buenas noches, además preguntarle si vendrá mañana a estar un rato con nosotros.

Las niñas y ella se han hecho muy buenas amigas, me encanta que se lleven bien; mis hijas hablan maravillas de la tía Leslie, y puedo decir que viceversa. Mi querido tulipán blanco siempre pregunta por mis otros tulipanes.

No sé en qué momento de la vida me volví este tipo de hombre que da sobrenombres tiernos, pero no me importa, porque me nace hacerlo y se siente bien.

—¿Aló? —Finalmente responde, sonrío cuando lo hace.

—Hola, hermosa. ¿Ya estabas durmiendo? —Por un momento me siento nervioso, no quería molestarla.

Con Leslie es todo diferente, ya no soy ese hombre que conquistaba y que siempre iba por ello sin importarle nada, con ella no soy así; me importa lo que piensa, su modo de ver la vida y hay un sentimiento muy fuerte por ella.

Siento que es la indicada para estabilizar mi vida para siempre. Nunca había querido eso

con nadie, ni con Mayra. Me asusta pensar que ella no esté en este punto de la relación, porque ¡joder! Me estoy enamorando, de verdad lo estoy haciendo.

Estoy cayendo muy fuerte por la pequeña Leslie, que desde hace rato confirmé que creció y se convirtió en una mujer maravillosa.

—¿Ray? —Su voz suena somnolienta—. Sí, me había quedado dormida en el sofá.

Gruño por lo bajo.

—Discúlpame por despertarte, Les.

Escucho ruido de parte de su línea.

—No, no, tranquilo. —Suelta un bostezo que me hace reír—. Tenía que despertarme, no he cenado aún y no puedo irme a dormir sin comer, como sabes, me cae mal no comer a la hora.

Ella me explica que se hará un emparedado y mientras se lo prepara, me ha puesto en altavoz para hablar mejor.

—Llamaba para desearte feliz noche —digo con una sonrisa ladeada, cualquiera pensaría que soy un adolescente en plena pubertad y no un hombre de más de treinta años.

¡Lo que me hace sentir esta mujer!

—¿Es muy tarde? —pregunta a lo lejos, escucho el ruido que está haciendo en la cocina —. Joder, son casi las doce de la noche.

Me río por lo bajo, ella también lo hace.

—Agradezco que me llamaras, de verdad. Te quiero demasiado por hacerlo.

Me sorprendo por lo que dice.

—Yo también te quiero demasiado, mujer despistada. —Me atrevo a decir, esbozando una pequeña sonrisa traviesa.

Ella no dice más nada, todo se queda en silencio. El ambiente se ha vuelto un poco incómodo. ¿Es la primera vez que nos decimos te quiero más allá de una amistad? ¿Estamos incumpliendo las condiciones de nuestro negocio?

—¿Las niñas ya están durmiendo? —Vuelve Leslie a hablar, sin hacer mención a lo que nos hemos dicho hace un minuto.

Sigo teniendo paciencia contigo, cariño.

—Sí, vieron su programa de caricaturas favorito y se quedaron dormidas, ya les di el beso de buenas noches que tanto les gusta.

—Awww —musita con ternura—. Amo tu faceta de padre amoroso. Eres muy tierno, Raymond.

Eso me hace carcajear.

—Soy tierno... ¿Pero también te hago gemir muy fuerte de la misma manera?

Se escucha como algo se cae en la cocina de Leslie, me preocupo, pero ella se comienza a reír.

—¡Demonios!

Me río con ella.

—¿Qué hiciste? ¿Te pusiste nerviosa por mi comentario? Es hora de adultos, podemos hablar de sexo. ¿O no?

—Maldición, Raymond. —Su voz suena un poco afectada, pero risueña—. Estás muy lejos, no me tientes.

La provocaré, amo que caiga en la tentación, esto se convirtió en nuestro juego favorito.

—Imagina que mi mano se desliza por tu cuello, va bajando y empieza a tocar tus pechos, mis dedos rozan suavemente tus pezones... —Mi voz se ha vuelto ronca mientras susurro.

—Raymond —sisea con tono amenazante.

—Volvámonos locos por una noche... ¿Nos ponemos cómodos?

—Ahora tengo mucha hambre, pero quiero comerte más a ti —confiesa, haciéndome sonreír.

Y así comienza una noche de deseo, que comenzó con una llamada telefónica y que terminó con un orgasmo y una paja con gusto.

Lo que esta mujer me hace sentir, hacer y vivir.

Me tiene a sus pies.



—Hay algo diferente en ti, ¿qué es? —pregunta Roger, entregándome una herramienta para arreglar la bicicleta de Riley que se le ha dañado.

Frunzo mi ceño sin entender.

—No hay nada diferente, bueno, tal vez sea el hecho de que ahora mis hijas viven conmigo. Soy un padre muy responsable y ocupado.

Alzo mi vista para verle, veo que niega con su cabeza.

—No, desde hace un tiempo te veo como pensativo, más sonriente, misterioso. —Me mira con ojos entrecerrados y una sonrisa traviesa—. ¿Hay una mujer en tu vida?

Mi mandíbula se tensa de inmediato, trago saliva e intento quitar mi mirada de él.

No puedo contarle que esa mujer que me tiene enamorado es su cuñada, la mujer que es casi como su hija mayor. Esto me recuerda que el día en que Mayra estuvo en la oficina, él no escuchó lo que dijo sobre nosotros. Menos mal. Cuando me habló sobre el incidente, nunca mencionó algo de lo que dijo mi exesposa.

Ahora me siento en un momento algo incómodo, le contaré para que me deje tranquilo, pero no le diré la verdad.

—Hay alguien —digo sin tanto detalle—. Nos estamos conociendo.

Me levanto, mirando la bicicleta y observando si ya funciona correctamente.

—¿Quién es? ¿La conozco? —inquiere de nuevo, aceptando la herramienta devuelta.

—Es una empresaria, pero no la conoces.

—Vale. ¿Y te estás enamorando? —Me da un golpecito en la espalda—. ¿Te está haciendo perder la cabeza o solo es para pasar el rato?

Me quedo mirándole sin decir nada. No puedo contarle que estoy sintiendo muchas cosas por Leslie Walts. Y no solo es pasar el rato con ella...

—Es un sentimiento más fuerte de lo que sentí alguna vez por Marie Lemongelli. Mucho más real.

Roger se asombra por lo que dije, se nota mucho en su cara. Nunca le he contado lo que pasó con Marie, su ex prometida y mejor amiga, ella murió hace diez años.

Pero hoy tampoco es el momento para hacerlo, ni mucho menos contarle sobre Leslie.

—Nunca me has contado sobre eso —dice, luciendo un poco incómodo.

—Y hoy tampoco es el día para eso, hermano —contesto, dándole una palmada en su espalda como lo hizo conmigo—. Algún día lo haré o tal vez no. Quién sabe.

Tal vez eso quede entre Marie y yo para siempre.

—Lo respetaré.

Le doy una sonrisa a medias.

—Vamos adentro, le diré a Ryry que está lista su bicicleta.

Mi hermano se queda en silencio, solo asiente, sé que ha pensado en nuestra amiga. Muy poco la mencionamos, pero siempre le tendremos mucho amor y cariño. Fue una gran persona y

se extraña su presencia cada día.

—Si se siente real y fuerte, ve por ello, hermano. Tú sabes cuándo es la indicada, sigue a tu corazón —me dijo Roger antes de que se fuera a su casa, en el momento no entendía de lo que hablaba, pero luego supe que estaba hablando de la chica que me gusta.

Eso haré, hermano. Seguiré el instinto de mi corazón. Porque sé que Leslie Walts es la indicada y cuando se dé, no nos importará ni la diferencia de edad ni mucho menos la familia.

Lo confieso: *Me enamoré de la pequeña Leslie, y no me importa admitirlo.*

Capítulo XIX

Capítulo final

Leslie

Quisiera alargar las horas de los días para que la fecha de mi viaje no llegue tan pronto. Aunque apenas estamos comenzando febrero, ya mi jefe en Londres me fijó la fecha del vuelo.

No le he contado a nadie cuándo me voy. No quisiera pasar los días con caras tristes ni pensando que pronto volveré al lugar de mi trabajo anterior, en la ciudad donde me ha visto crecer profesionalmente.

No puedo negar que me da tristeza irme, porque lo estoy pasando tan bien con Raymond que mis sentimientos por él están volviéndose más confusos con el transcurrir del tiempo.

Hay momentos en que quisiera darlo todo por lo que tenemos, pero hay otros en que retrocedo y no doy ese paso a confesar mis sentimientos.

Siento que estoy más allá de solo un acuerdo sexual. Pero no estoy segura de que nuestra historia sea la misma de mi hermana con Roger.

Raymond en todo este tiempo en que nos hemos estado divirtiendo juntos, ha sido un hombre maravilloso, luego de que hicimos este acuerdo, no discutimos ni peleamos por algo.

Solo discutimos cuando supe que él dio la orden de despedir a Owen de la sede de Londres. No podía creer que lo haya hecho, estaba muy enojada con él, pero todo pasó cuando se empezó a comportar bonito. Todo eso ocurrió en su casa, en una de mis visitas a las niñas.

Vine a la casa de Raymond para pasar un rato con él y las niñas, nos hemos divertido todo el día. Las pequeñas ahora están en su habitación, preparando algo para mostrarnos.

Le pregunté a Ray qué estaban haciendo cuando fue a chequear que todo estaba en orden, me dijo que preparaban una obra con títeres de medias hechas por ellas en la escuela.

Sonreí con ternura al saber que están aprendiendo mucho en su nuevo instituto. Su padre ha elegido casi que el mejor de Seattle, tienen varias clases extracurriculares a las cuales aman participar.

Ahora estamos solo nosotros dos en su despacho, dándonos un poco de espacio a solas. Aunque la ama de llaves sabe que hay algo entre nosotros, no dice nada cuando vengo. Más bien, siempre es muy amable conmigo.

—Cuéntame, Les, ¿pudiste ayudar a tu amigo con lo de su problema con la cocina?

Oh, se acuerda del problema de Loretto.

El pobre tenía un bote de agua en la tubería de la cocina. Yo estaba intentando ayudarle a buscar al señor de mantenimiento del edificio, mientras él trataba de solucionar la situación, pero no sabía cómo usar una herramienta.

Nos reímos mucho en el momento, ninguno de los dos sabía arreglar eso. Pero al final llegó la ayuda y todo se solucionó.

—Sí, tuvimos que llamar a la persona de mantenimiento encargada del edificio —respondo, sentándome a su lado en el mueble de cuero que tiene en su despacho.

Tiene un gran ventanal que da a su patio, desde aquí se ven los arbustos y las mesas que hay afuera. También tiene una piscina, que aún no he probado, pero que espero hacerlo algún día.

Ray abre espacio, estirando su brazo sobre el mueble para que esté más cerca de él.

—¿Te llegó la invitación de nuestros hermanos para la celebración de su aniversario? —pregunta, acariciándome el brazo.

Me río al recordar a Lola toda emocionada por eso. Después de nuestra conversación, todo ha ido muy bien entre nosotras. Esa tarde hablamos de mucho, no de todo, pero sí le conté varias cosas.

Solo que no le conté lo que ocurre con su cuñado.

—Sí, Lola está emocionada preparando su fiesta. Algo sencillo en casa, pero botará la casa por la ventana.

Ray se ríe conmigo.

—Es bonito que ya estén cumpliendo diez años de casados.

—Síii, admiro su amor. Siempre lo he hecho, se apoyan de una manera increíble. Y se aman demasiado. —Abro mis ojos un poco más al acordarme de lo que me contó Lola, me pregunto si Ray lo sabe—. Ray, ¿sabías que ellos comenzaron con un acuerdo sexual?

Él sonríe con complicidad, asiente y acomoda un mechón de mi cabello.

—Tuvieron sus problemas al principio porque él le ocultó la verdad a Lola, pero siempre fue amor. Es muy divertido que ellos también comenzarán su relación así —dice con tranquilidad, pero me quedo mirándole por lo que ha dicho.

"Ellos también comenzaron su relación así".

Cuando voy a preguntarle cuál relación, mi teléfono comienza a sonar.

Lo saco de mi bolsillo delantero del pantalón y frunzo mi entrecejo cuando veo el identificador de llamada.

Raymond también lee la pantalla.

—¿Qué hace ese idiota llamándote?

No tengo ni la menor idea.

¿Ahora qué quiere Owen? Tengo meses sin hablar con él, desde ese día en London Sunshine cuando lo encontré desnudo en su oficina, no he sabido nada de su vida.

—No sé, no he hablado con él en meses. ¿Contesto? ¿Qué querrá?

—Responde, pero colócalo en altavoz por si se pasa de listo.

Le doy una mala mirada.

—Puedo ponerlo en su lugar, Raymond.

—Por si acaso, Leslie —replica. Suelto un suspiro y contesto la llamada que se ha caído, pero ha vuelto a llamar.

Cuando deslizo mi dedo por la pantalla y pongo el altavoz, escucho a un Owen molesto y vociferando estupideces.

—¡Tú! Maldita perra, ¿mandaste a tu jefecito a despedirme? —Miro a Raymond sin entender.

—Hey, respétame que aquí el que no tiene cara para reclamar eres tú, ¿de qué estás hablando, Owen? —Me levanto del asiento y me quedo parada con el teléfono extendido aún en altavoz.

—Quieres que te rinda respeto cuando no lo tienes, hablemos de que te estás acostando con tu jefe, ¡Demonios! ¡Con el dueño de la empresa! Ya sé quién es el hombre con el que llegaste a mi oficina.

Me tenso cuando ha mencionado algo que nadie sabe. ¿Cómo carajos sabe lo que tengo con Raymond?

Miro de nuevo al susodicho de manera seria, frunciendo a más no poder mi ceño.

—Raymond Butler estaba contigo ese día, ¿no? —Se ríe de manera sarcástica—. El tipo

defendiendo lo que se come, porque no me creo que no tengas nada con él.

—Cállate, Owen. ¿Para qué me llamas? ¿Qué quieres?

—¿Eres sorda? Te dije que me despidieron por órdenes de presidencia. Y cuando pregunté quién fue, dijeron que uno de los dueños. Cuando averigüé quiénes son los dueños, tataaaan: uno de ellos es el tipo que me golpeó ese día.

Susurro un «¿Qué demonios?» en dirección a Raymond.

Él solo ha tensado su mandíbula y me mira con cara de pocos amigos. Respira hondo, se levanta de su puesto y agarra mi teléfono.

—Mira, imbécil, ya estoy harto de tu falta de respeto hacia Leslie. No te hagas como el que no hizo una falta en la empresa. Los actos sexuales no están permitidos, ni la difamación ni el mal trabajo. Porque tan buen empleado no eras. —La voz de Raymond se oye tan profunda y seria, que da algo de escalofríos por tanta seriedad en él.

Estoy muy molesta en estos momentos. No puedo creer que haya hecho esto. Yo puedo defenderme sola, no puede estar dando órdenes sin contarme, y más cuando está relacionado conmigo.

Escucho que Owen contraataca de manera grosera, pero Raymond lo calla de una vez.

—Si no quieres ir a la cárcel por difamación e irrespeto a una mujer, amenazas e incumplimiento de contrato, mejor aléjate de Leslie y nunca más la vuelvas a buscar. Elimina su número, olvídate de ella. ¿Me entiendes o te faltan neuronas?

—Váyanse al diablo, tampoco es que eres la única mujer en el mundo. No te hagas la santa, Leslie Walts, que por supuesto no lo eres. Quién te viera, te quejas de mí y eres igual, porque acostarse con el jefe no te hace muy diferente a mí.

La llamada finaliza cuando Raymond la termina. Viendo cómo su rostro se ha enrojecido y salen chispas de sus ojos.

Estoy del mismo modo, cabreada por Owen y por lo que hizo Raymond a mis espaldas.

—¡No vuelvas a hacer cosas sin decirme! —le digo, encarándolo—. ¿Cuándo me lo ibas a decir? Ahora me quedo como la mujer que se acuesta con el jefe. ¡Lo que faltaba!

—Leslie, solo quería ayudarte. No podía quedarme de brazos cruzados sabiendo que ese imbécil seguía trabajando con nosotros. No merece nada más de ti.

—Pero ya no hablaba con él, ni siquiera me interesa su vida. Dolió lo que hizo, pero ya pasó. Yo había dejado eso atrás, Raymond.

Él baja su mirada apenado.

—Estaba cabreado de que hayan jugado contigo, no podía quedarme con el hecho de que él estaría fresco por la vida sin pagar lo que hizo. Yo fui de esa manera y no me siento orgulloso, ver que lo hicieron contigo me molestó demasiado.

Ray se acerca, me acaricia el rostro y me mira.

—No voy a dejar que nadie te lastime, Leslie. Eres muy importante para mí, y si tengo que despedir a esa lagartija y a aquella pelirroja, lo haría mil veces.

—¿También a la pelirroja? —pregunto anonadada.

—Ella también incumplió el contrato.

Niego con mi cabeza.

—Puedo fácilmente defenderme, Ray. Siempre lo he hecho. No necesito de príncipes azules que vengan a mi rescate.

—Lo tengo muy en claro, cariño. Fue algo que hice, ¿vale? No pude evitarlo. Discúlpame por no contártelo.

Bajo mi guardia al darme cuenta que lo hizo porque se preocupó por mí, no puedo

acribillarlo por tener ese gesto conmigo.

—Gracias, pensándolo bien… —Hago una mueca—. No merece ni agua.

Él se ríe.

—Lo que merece es que su amiguito no se le pare más nunca —bromea.

—¡Raymond! —Me carcajeo por su comentario tan él.

—No te enojes conmigo, hermosa —me pide con un beso en la mejilla—. Solo quiero lo mejor para ti.

—No sé qué voy a hacer contigo, Diablito. —Le sonrío—. Eres importante para mí, Ray. Nunca lo olvides. Y estoy muy feliz de haberte conocido.

Ese mismo día también tuvimos un momento hermoso cuando le conté a las niñas la historia coreana-japonesa de cómo expresar un *te amo* a esa persona que tanto te gusta cuando eres grande y te enamoras.

Ellas estaban entusiasmadas de haber aprendido esa historia. Raymond nos escuchaba charlar, sonriéndonos mientras nos miraba. Después de ello, entre ellas se dijeron te amo de esta forma especial, se lo dijeron a su papá con besos y abrazos. No era de esa forma en que lo decía, pero fue bonito saber que se amaban.

Me sorprendió cuando ellas me lo dijeron, fue un momento de conexión entre nosotras. Con el tiempo, siento que hemos ido fortaleciendo una amistad muy bonita. Ellas son unas niñas increíbles, que quiero muchísimo y aprecio con todo el corazón.

—*Leslie, la luna está hermosa* —me dice Riley con un beso en la mejilla y un abrazo.

Su hermana mayor se acerca a mí y me da otro beso en la mejilla contralateral, al alejarse, me sonríe diciendo—: *La luna está hermosa, ¿no crees?*

Mis ojos se nublan con algunas lágrimas, las abrazo al mismo tiempo, de una manera fuerte que siento que estoy expresándoles todo el amor que siento por ellas.

Cuando observo a Raymond, él me mira con sus ojos achicados por la gran sonrisa que está esbozando. Sus ojos brillan.

Estoy agradecida por estar aquí con ellos.

Tengo muchas emociones mezcladas en este momento.

Siento que… estoy en casa a su lado.

Ese día me di cuenta que nada es igual entre nosotros, y que debemos aclararlo pronto, antes de que se extienda y nos hunda.

¿Me estoy enamorando de nuevo de Raymond Butler?

Falta una semana para la fiesta de aniversario de Lola y Roger, estos días he estado acompañando a mi hermana a hacer sus diligencias para la reunión, Laura también nos acompañó, la pasamos muy bien. A nuestra salida de amigas de ayer se nos unió la esposa del doctor McKein, una morena muy divertida y elocuente, se llama Lucia y se acopló a nuestro grupo de maravilla.

No me importa salir con ellas, ni que me lleven muchos años de diferencia, siempre han tenido un alma joven y divertida. Podemos hablar de cualquier cosa sin aburrirnos.

Es bueno tenerlas de amigas, ya puedo considerar a Lucia como una amiga más en Seattle.

La puerta de mi oficina se abre, luego de pedir permiso para entrar. Le hago una mueca

de sorprendida y de no entender lo que ocurre a mi asistente cuando entra a la oficina con un ramo de tulipanes blancos.

—Esto es para usted, señorita Walts —informa Carol con una sonrisa—. Están bonitas.

Ella las coloca sobre mi escritorio, me levanto para verlas más de cerca y admirarlas.

¿Puede que él...?

Le doy las gracias a Carol, ella sale de mi oficina. Busco alguna tarjeta en el arreglo floral y, efectivamente, hay una. La tomo y comienzo a leerla.

Una sonrisa grande se dibuja en mi rostro cuando veo quien firma la tarjeta.

Un tulipán expresa el cariño y el amor sincero por otra persona. Un tulipán blanco representa la pureza y la paz. Tú me transmites tranquilidad, bondad y amor puro.

Para mí, te has convertido en otro tulipán importante en mi vida.

No te asustes, solo expreso mi cariño por ti.

Raymond.

Vale, no puedo seguir mintiéndome.

—Me estoy enamorando de ti, Diablito. Y no sé cómo sobrellevarlo sin salir lastimada —confieso en voz alta para mí.

Sintiendo cómo mi corazón late deprisa, mi pecho se oprime y mi cabeza empieza a pensar tanto que no disfruto del todo que me haya enviado flores por primera vez en mi vida.

Déjate llevar, no pienses tanto, Leslie. Sigue los latidos de tu corazón.



Tenía razón cuando Lola dijo que su fiesta de aniversario sería estupenda, hemos bailado y comido demasiado. Estoy muy feliz de estar aquí.

Miro a los invitados mientras Lola y Roger dan su tercer discurso de la noche, creo que han bebido más de la cuenta o por lo menos mi hermana lo ha hecho. Sus palabras ya se escuchan divertidas, está muy sonriente.

Entre los presentes se encuentran los Clark Montreal, Butler Walts, los señores Gloria y Lucas Butler, los niños de cada matrimonio, también están el doctor McKein y su esposa junto a su hijo Louis Carlos, es un niño hermoso, tiene un color de piel tostado y sus ojos son verdes grisáceos como los de su padre.

Esta noche ha sido de celebración, compartir y mucho amor. Puede que también me esté pasando con la bebida, pero no me importa. Estamos disfrutando de nuestra noche.

Ha habido momentos en que Raymond me pasa por un lado y me toca la cintura, o cuando estamos a solas, me da un beso en los labios o en la mejilla. Él está al lado de mí, escuchando lo que Lola dice, está haciéndome cosquillas, no puedo evitar reírme. Es imposible disimular a su lado.

—Esta noche es de celebración, como ya saben, estoy cumpliendo diez años de casada con este maravilloso hombre. —Lola se ríe, abrazando a Roger, él la atrae a su cuerpo mientras le da un beso en la coronilla de su cabeza—. Pero también siento que podría ser la fiesta de despedida de mi hermana.

Los presentes me miran con nostalgia y asombro, joder, no puedo con que mi hermana haya contado eso. Fue inevitable que no supiera de mi vuelo a Londres.

Visualizo rápidamente a Raymond, quien me devuelve la mirada, pero luego la dirige al

suelo. Tiene su rostro enseriado y su mandíbula tensa.

No le había contado sobre mi viaje de regreso a Inglaterra.

Le hago señas a Lola de que no hable de más, pero ella sigue haciéndolo. El alcohol no la hará parar.

—Estoy... digo —señala a su esposo—, estamos muy orgullosos de la mujer en que se ha convertido. Estamos maravillados y agradecidos por el arduo trabajo que ha hecho en Sunshine. Te extrañaremos, hermana. Siempre respetaré tus decisiones, desearía que te quedaras, pero son compromisos que debes cumplir. ¡Aplausos para Leslie!

Todos comienzan a aplaudir, deseándome buen viaje y diciéndome que me extrañarán. Cuando busco la mirada de Raymond, no la consigo a mi lado. Veo su figura entrar a la casa.

No quiero que peleemos por esto. No quiero terminar con lo nuestro. En estos momentos cuando me veo tan lejos de él, es cuando decido vivir el presente y pasar la mejor noche a su lado.

Lo quiero demasiado, me sigo enamorando...

Es por eso que camino rápido en su búsqueda, dejando atrás a mis amigos; ellos comienzan a bailar y a hablar. Nadie se percata de que estoy entrando a la casa buscando al hombre que me ha hecho sentir tantas cosas en muy poco tiempo.

—Raymond, necesitamos hablar, por favor —le digo cuando lo encuentro en la cocina, bebiéndose por completo un vaso de whisky sin hielo.

—¿No me ibas a decir que te ibas?

Suspiro, intento tomar aire para poder hablar bien.

—Lo iba a hacer... solo...

—Que ibas a hacerlo cuando faltara un día, ¿no?

—No quería que todos estuvieran contando los días con nostalgia, quería vivir mis últimos días aquí de manera feliz, sin preocuparme por el viaje —explico, acercándome a él. Menos mal que por la música fuerte, nadie nos puede escuchar afuera donde están todos.

—¿Qué hay de nosotros, Leslie? —pregunta con voz rasgada, siento una punzada en mi pecho.

Cuando voy a contestar, Laura y su hija Andrea entran a la cocina sonriéndonos.

Espero que no haya escuchado lo que dijo Raymond.

—Chicos, están aquí. Ya Lola dijo que debemos irnos porque necesita un momento a solas con su esposo —dice riéndose—. Vine a darle agua a Andrea antes de partir a casa.

—Oh, vale. Allí están los vasos —le indico con algo de nerviosismo.

—Lo sé, gracias, Les.

Le doy un vistazo a Raymond, quien se despide de Laura antes de salir de la cocina sin decirme una palabra.

Me despido de la rubia y también salgo de allí, buscando con la mirada a Raymond. Escucho como las niñas Butler le piden a su papá quedarse con sus primos por esta noche. Él las mira por un segundo, pensando su respuesta, pero al final acepta que se queden.

—Gracias, papi —dicen en unísono las tulipanes.

Veo cómo se despiden de él, con abrazos y besos. Luego corren escaleras arriba para avisarles a mis sobrinos que se van a quedar con ellos. Raymond se lo cuenta a mi hermana.

—Tranquilo, deben de estar cansados que lo único que harán es quedarse dormidos cuando toquen la cama —comenta mi hermana, riéndose aún por el efecto del alcohol—. Mañana le digo a Gloria que venga a buscarlos para que pasen el día con ellos. ¿Te parece? Mis hijos quieren ir con sus abuelos.

—Está bien, Lola. Por favor, que mis hijas no escuchen tus gemidos —sugiere Raymond en broma, pero después se hace el serio—. Hablo en serio, cuñada.

Ella se ríe.

—¡Dios mío, sí que te has vuelto un padre exigente!

Él le da un guiño.

—Tú me dijiste eso una vez hace mucho tiempo. Hemos crecido, hermosa Lola.

Ellos bromean unos minutos más hasta que Roger llega para despedirse de nosotros. Aunque he estado cerca de la conversación, Lola no había notado mi presencia. Pero Raymond sí sabía que estaba cerca.

Me aproximo a donde están para despedirme también. Regaño a Lola por lo que hizo, pero termino dándole un abrazo. Le doy otro a Roger y salgo de la casa, sin despedirme de Raymond. Subo en mi auto y conduzco hasta la calle próxima a la casa de mi hermana.

Cuando veo venir el auto de Raymond, salgo para que me vea en medio de la calle. Él se detiene, camino hasta su puerta y baja la ventana del auto.

—¿Qué estás haciendo? —inquiere algo molesto—. Podría haber venido a alta velocidad y haberte atropellado.

Ignoro su comentario.

—Te espero en mi casa. —Es lo único que le digo, dándome una vuelta para volver a mi auto.

No vamos a comportarnos de esta manera, Raymond. Esta noche vamos a hablar.

Raymond está parado frente a mí con una mirada que quema, es una mezcla de muchas emociones; luce nostálgico, molesto, y al mismo tiempo, me mira con cariño.

Me hizo caso, vino hasta mi casa. No quería que habláramos en la sala, necesitaba aire fresco para poder respirar bien y calmar mis nervios. Es por eso que le dije que saliéramos al balcón.

Esta noche es preciosa, la luna está en fase llena, luciendo muy brillante.

—Mi viaje es la próxima semana —anuncio, contándole la verdad—. Cómo te dije hace un rato, no quería que nadie supiera, porque quería vivir estos días sin importarme que me iba. No quería pensar en ello.

Corto la distancia que nos separa, ahora estoy a pocos centímetros de él.

—Para contestar a tu pregunta... —digo, mirándole a los ojos—. No quiero terminar lo que tengo contigo, Raymond.

Me cuesta decir lo que siento, las palabras no salen cómo quiero.

—Sé que no ha sido fácil lidiar conmigo... Tengo un equipaje muy pesado sobre mí. —Hago una pausa, lamiendo mis labios y tomando valentía—. Pero tú has estado allí, dándome tu hombro para llorar y siempre apoyándome. No sé por qué lo haces...

—***Leslie*** —me interrumpe—. ***La luna está hermosa, ¿no crees?***

Mi cuerpo deja de respirar al momento en que ha dicho la frase que le conté a las niñas de cómo decirle a alguien que lo amas.

Mis ojos se humedecen, mi corazón está corriendo miles de kilómetros y mi cerebro ha dejado de analizar toda la situación.

Lo único que puedo contestar a ello, sabiendo su significado y finalmente dejándome llevar; dejando que el sentimiento del amor se desborde por todo mi cuerpo, es la manera en que digo—: *La luna está hermosa, Raymond.*

Esas palabras fueron el detonante a un beso que se siente en el alma, que nos llena por completo, nos hace sentir en las nubes y nos conduce a una noche en la que dejamos que nuestros cuerpos reflejen el amor por el otro.

Esta noche es diferente, la manera en que me besa, la conexión que siento con él me hace confirmar que amo a este hombre.

Me he enamorado de él, o más bien, nunca lo he dejado de hacer.

Hacemos el amor de una forma indescriptible, dejando que la pasión y el cariño por el otro se desborde en todo su esplendor.

—Estoy enamorado de ti, mi Tulipán blanco, mi Diablita... mi Bella Leslie —susurra Raymond, dándome embistes lentos, besos que roban mi aliento y caricias que se sienten como el suave roce de una pluma.

—Y yo de ti, mi Diablito, mi Casanova, mi Súper Ray —le digo, sonriéndole de vuelta.

En el segundo en que ambos llegamos a la cima del placer, de manera espontánea nos decimos te amo al mismo tiempo, sintiendo algo inexplicable dentro de mí.

Este ha sido el mejor momento entre nosotros. Nada podría romper nuestra burbuja esta noche.



El calor que desprende Raymond no es molesto. Más bien, da una sensación de protección que nadie me había dado antes.

Anoche hemos confesado nuestros sentimientos, dejamos que las cosas fluyeran entre nosotros y sin pensar en el mañana, pasamos una noche donde el amor nos cubrió de una manera sublime.

Abro mis ojos al notar que ya amaneció, la poca luz que entra por mis ventanas se cuela por la habitación, iluminándola. No he escuchado la alarma de mi despertador, y si lo hizo, tuvo que haber sido Ray quien la apagó.

Él sigue dormido, o eso creía antes de que sus dedos comenzaran a acariciar el brazo que tengo apoyado sobre su pecho.

—Buenos días, preciosa —musita con voz gruesa, esa con la que amanece cada día.

Sonrío.

—Buenos días —susurro, tratando de abrir por completo mis ojos.

Raymond me atrae más a su cuerpo para abrazarme. Cierro mis ojos para sentir su calor de nuevo. Me encanta estar así con él.

—Se siente tan bien estar así contigo —declara, dándome un beso en mi cabeza.

Pienso lo mismo.

—Estar entre tus brazos es como estar en casa —digo de forma sincera—. Podría quedarme aquí todo el día.

Él se ríe.

—Hay que desayunar, ir con las niñas y pasar un día estupendo juntos. —Ray acaricia mi cabello, acomodándolo por detrás de mi oreja—. ¿Cuándo les contaremos a nuestros hermanos lo que tenemos, Leslie?

Pensar en ese momento se me revuelve el estómago.

—Con ellos... tengamos un poquito más de paciencia, ¿vale? Necesito pensar en lo que les diré. Por favor.

Veo como suspira, no gustándole mi respuesta; pienso en que puede cansarse de esperar a que me sienta lista para dar ese paso.

Apenas le confesé lo que siento... ¿Podemos ir despacio?

Me quedo mirándole, deseando que me entienda y pueda esperar un poquito más. Corta nuestra distancia y me da un beso tierno en los labios.

—Esperaré a que te sientas lista. Me basta con saber que sientes lo mismo que yo.

Le doy una sonrisa suave, algo tímida, pero llena de felicidad. Sigo sin poder creer que el hombre del que estoy enamorada desde que era una adolescente esté acostado en mi cama y me haya dicho que me ama.

Mi yo adolescente está brincando sin parar por la emoción.

—Bueno, guapo, es hora de levantarse, tomar una ducha e ir a desayunar.

—¿Nos bañamos juntos? —pregunta con una sonrisa pícara, enarcando una de sus cejas. Me río por su gesto.

Me levanto de la cama antes que él, corro hasta al baño y espero a que se me una. Lo miro desde la puerta, aún desnuda.

—Primero déjame orinar y cepillarme los dientes —le digo, riéndome también. Raymond rueda sus ojos, sale igualmente desnudo de la cama y me alcanza, me da un beso en la mejilla y, mientras me cepillo, él comienza a orinar.

—¡Esto es demasiada intimidad!

Él se carcajea.

—Somos una pareja, ¿o no? Es algo normal, Leslie.

—Dios mío, nunca hubiese creído que estaría así contigo.

Cuando termina, se lava las manos y la cara, toma su cepillo dental, acompañándome a cepillarme los dientes.

Nos reímos por la manera en que estamos.

Todo es tan natural a su lado.

Una vez que nos bañamos, dándonos besos y riéndonos mientras lo hacíamos, me arreglo primero que él para ir a preparar el desayuno.

Cuando voy a la cocina, el timbre de mi casa suena, sin saber quién podría ser, abro la puerta y veo quién llegó a visitarme.

Pierdo todo de mí al ver que Lola me saluda, entrando con una sonrisa y trayendo consigo una bolsa con algunas cosas dentro.

—¡Trajimos el desayuno! —declara, poniendo la bolsa en el cimiento de la cocina.

Por todo lo santo posible, que Raymond no salga. Por favor.

—Lola... —mascullo, intentando buscar las palabras correctas para decirle que se vaya.

Toda la sangre de mi cuerpo se esfuma cuando escucho los pasos de Raymond venir por el pasillo.

—Amor, ¿comenzaste con el desayuno? —Raymond deja de hablar cuando ve a Lola.

Miro inmediatamente a mi hermana, que observa con ojos muy abiertos el estado en que Raymond se encuentra.

Él solo está usando su bóxer negro.

¡Jo...der!

Ahora sí todo se derrumbó, no podremos seguir ocultando esto.

Siento que mi presión arterial ha aumentado, no sé qué decir ni hacer. Podría desmayarme en cualquier momento.

Lola no dice nada, Raymond nos mira con seriedad en su rostro.

—¿Qué carajos está pasando aquí? —Escucho preguntar a la última persona que no quería que se enterara de esto.

Roger ha entrado al apartamento, luce muy enojado.

—¡Hablen! ¿Qué demonios haces tú aquí usando solo un bóxer? —Ha comenzado a alzar su tono de voz, se acerca a Raymond.

—Creo que está muy claro, Roger —contesta Raymond de la misma manera.

—No me digas que la mujer misteriosa de la que hablabas es Leslie. ¡No puede estar pasando esto!

—Roger —digo casi en un susurro.

—¿Qué es todo esto, Leslie? —inquiere esta vez Lola, que está casi de la misma manera que Roger, lucen sorprendidos, pero enojados al mismo tiempo—. ¿Sabes que Raymond te lleva trece años de diferencia?

—Sí, hermano. Leslie es la mujer de la que me enamoré —confiesa Raymond, pero que no termina de hablar porque Roger lo ha golpeado en el rostro.

Lola y yo gritamos al unísono.

—¡Roger! ¡No! ¿Qué te pasa? —Llego hasta a él para que no lastime más a su hermano.

—Leslie, yo puedo defenderme —dice Ray, tocándose su labio inferior roto—. ¿Qué pasa con que esté saliendo con Leslie? ¿Está prohibido?

—Tú no vas a lastimar y a tratar a Leslie de la misma manera en que usaste a muchas mujeres, no eres serio con tus relaciones. —Roger habla tan brusco, que sé que no va a calmarse si le digo que lo haga.

—¿Piensas que no soy digno de Leslie? —La manera en que Raymond lo ha preguntado suena a decepción—. ¿Tú tampoco lo crees, Lola?

Mi hermana solo lo mira sin contestar.

No puedo que esto siga pasando, no puedo decepcionar a las dos personas que han cuidado de mí por tantos años.

—Raymond y yo no tenemos nada, ¿vale? Solo fue una noche. No se va a repetir. —Mis palabras salen sin pensar.

El mencionado se da la vuelta y me mira con decepción en sus ojos.

—¿Qué demonios dices, Leslie? —me pregunta con tristeza—. ¿Por qué no dices la verdad?

No puedo hacer esto.

—¿Cuál verdad? —inquiero, tratando de calmar mi corazón, y pensando con lógica por primera vez en tanto tiempo—. Entre tú y yo no hay nada, Raymond.

—No lo creo, Leslie, porque ésta no es la única vez que has estado con él —me interrumpe Roger—. El día que vine a comer contigo, estaba seguro que alguien estaba en el baño, pero no dije nada porque no quería entrometerme en tu vida.

Oh por Dios.

—Lo estás haciendo ahora —sisea Raymond con sarcasmo—. Te estás comportando como si fueras el mejor samaritano del mundo, ¿por qué no mencionamos el hecho de cuándo engañaste a Lola? Al menos, yo siempre he sido honesto con Leslie.

Roger lo mira como si lo fuese a golpear de nuevo.

—Pero ya me di cuenta que este fuego entre nosotros, solo me quemó a mí —añade Raymond mirándome, esbozando una mueca ladeada, llena de mucha decepción, sus ojos transmiten tanto en este momento—. Pensé que eras diferente, pero ya veo que me equivoqué.

Mi corazón duele, sangra por sus palabras. Si tan solo pudiera dar ese paso que tanto anhelamos. Pero no puedo.

Raymond entra a mi habitación, luego sale con su ropa puesta a medias, sus zapatos en su

mano derecha y riéndose de forma sarcástica.

—Cuando piensas que tu familia y la mujer que amas confiarían en ti, que creerían tus palabras, es cuando no lo hacen.

Camina hasta donde está Roger, pasándole por un lado.

—No te preocupes, Roger. Que desde hoy no tengo nada con tu pequeña Leslie, que de pequeña no tiene nada. Y también olvídense de mí, que veo que no confían en mí.

Niega con su cabeza.

—Nunca esperé esto de ti, hermosa Lola, pero veo que siempre habrá alguien cercano que te traicione.

Su mirada se fija en mí. Mis lágrimas han comenzado a descender por mis mejillas.

—Siempre confié en ti, Leslie. No puedo creer que no lo hagas conmigo, cuando siempre he sido honesto.

—Raymond... yo... —trato de formular palabras, pero el nudo en mi garganta no me deja.

—Las personas pueden cambiar, mejorar y crecer. Ya veo que ninguno de ustedes lo ha hecho en años o, al menos, superado esa faceta que tienen de mí. —Termina de caminar hacia la puerta, la abre y nos mira de nuevo—. El amor es compromiso de ambas partes, es confianza, es perdón, pero ya veo que de eso no sabes nada.

Sus últimas palabras están dirigidas a mí.

—Adiós, Leslie Walts, a pesar de todo, fue un gusto conocerte.

Raymond sale del apartamento, cerrando la puerta de golpe, estremeciendo el lugar.

Lo he jodido todo.

Algunas veces no podemos dar el paso que se requiere cuando no estás seguro de lo que sientes. Pudieras sentir mucho, pero cuando no estás claro en el lugar en que te encuentras, que estás seguro con la voz dentro de ti, nada funcionará de la forma en que quieres que lo haga.

Hoy he jodido lo que tanto me hizo feliz por un tiempo.

Dejé que mi inseguridad, mi miedo a perder a las únicas personas que son constantes en mi vida dominaran mis decisiones.

He perdido al hombre que tanto he amado en la vida por mi miedo a ser abandonada, a confiar más allá de lo que puedo dar, a sentir y vivir más allá de mis temores.

Lo mejor que me ha pasado en la vida es haberte conocido, Raymond Butler. Lamento haberte lastimado, pero no voy a retroceder en mi decisión.

EPÍLOGO

Leslie

La vida se basa en decisiones y consecuencias, nosotros mismos somos los que guiamos cada paso que damos. Quienes elegimos qué hacer o no, decir o negarnos a situaciones que podrían hacernos mal. Pero también tomamos malas decisiones, y luego es donde llegan las consecuencias de lo que decidimos.

Es cuando te das cuenta que hiciste mal, que no tomaste la mejor decisión y que ya no hay cabida para retractarse.

El vuelo hacia Londres despegó hace una hora, ya existen cientos de kilómetros que me separan del hombre que me hizo muy feliz y, que yo lastimé por no sentirme segura de mis sentimientos por él, por dejar que mis temores me dominaran.

Los recuerdos de anoche se repiten una y otra vez en mi cabeza, después de nuestra conversación en su casa, hice mis maletas y reservé el primer vuelo hasta Inglaterra, no podía seguir allí, conviviendo con él en la misma ciudad.

Dolía demasiado.

Roger y Lola se fueron hace unas horas, tuve que decirles que se fueran de mi casa. No quería verlos, no quería discutir, solo quería llorar por haber mentido, por decirle a Raymond que no teníamos nada.

Por traicionar su confianza.

Roger estaba furioso, fue el primero en salir del apartamento, Lola solo me dio una mirada y salió detrás de su esposo. Cuando ya estaba completamente sola, caí en el suelo, llorando como si me hubiesen arrebatado el corazón, un dolor que traspasaba todo mi pecho, tanto así que no me dejaba respirar.

Son las diez de la noche, afuera llueve a cántaros, pero no dejo de pensar en lo que hice esta mañana.

Quiero saber si está bien… No puedo quedarme aquí en casa sin hacer nada. Necesito verlo.

Por inercia, manejo hasta la casa de Raymond, sin importarme las grandes goteras que caen sobre el vidrio delantero del auto. Estaciono al frente de la gran casa, me bajo sin paraguas y corro hasta su puerta, tocando el timbre.

Intento con mucho esfuerzo que mi corazón se calme.

Necesito hablar con él.

Toco muchas veces el timbre hasta que sale la ama de llaves de Raymond, ella se asombra por mi estado, estoy completamente mojada por la lluvia.

Detrás de ella se para Raymond, mirándome con curiosidad, pero con su ceño fruncido.

—Hablemos, por favor —le digo en su dirección, la señora se da cuenta de la presencia de su jefe y nos deja solos.

Él no me invita a pasar, no dice ni una palabra. Solo me mira fijamente, pero finalmente lo hace.

—Creo que todo quedó muy claro esta mañana —dice con un tono tan indiferente que duele.

—Raymond… Lo siento —declaro con voz quebrada—. Lo siento por no ser sincera

contigo. Fueron semanas agradables a tu lado, contigo me sentí querida... pero, no estoy lista para esto.

Él empieza a acercarse. Lo que me hace retroceder, dejando que la lluvia me vuelva a empapar. La menor distancia posible entre nosotros es mejor, es muy difícil pensar con él estando tan cerca.

—¿Lista para una relación? ¿O es que todo lo que dijiste anoche fue mentira? —pregunta, la lluvia también lo está cubriendo por completo. Veo como las gotas caen por su rostro enfurecido. Sus ojos lucen muy oscuros, su mirada es de decepción y enojo.

Mis ojos se llenan de lágrimas, pero no voy a llorar en frente de él. No quiero que sepa que me importa tanto que lloro por lo nuestro. Necesito ser fuerte para decirle adiós.

Si sigo alargando esta despedida, seguirá doliendo, no puedo seguir sintiendo esto.

Nuestra relación es imposible, mi vida está en Londres y él la tiene aquí. Desde el comienzo sabíamos que había un final en nuestro acuerdo.

Mi estancia en Seattle sólo sería de seis meses. Nada de lo sucedió entre nosotros estaba planeado.

Pero simplemente sucedió.

Intento no mirarle a los ojos cuando digo—: Fue mentira, yo… solo me dejé llevar por el momento o tal vez fue el alcohol.

—Eso no se sintió anoche, Leslie. O eres una muy buena actriz. ¿Te inscribo para que ganes un Oscar a la mejor actuación?

Ignoro sus comentarios sarcásticos, sé que los dice porque está enojado.

—Raymond, no quiero irme de Seattle peleada contigo. Seamos personas civilizadas y quedemos como amigos, por favor.

Él bufa, negando con una sonrisa sarcástica en sus labios.

—Solo era un acuerdo... El amor era una cláusula prohibida. Lo sabías muy bien.

—Qué tonto fui al pensar que eras diferente, Leslie —repite las palabras de esta mañana — Vi en ti algo que en nadie más había hecho. Me enamoré perdidamente de ti. Por una vez en la vida sentía lo que realmente era el amor.

Me quedo en silencio, el nudo en mi garganta no me deja hablar.

—Eres una fiera para los negocios, eres tan madura para tantas cosas, Leslie, pero para lo que es para ti... No lo eres. —Hace una pausa, acercándose más a mí—. ¿Por qué no eres una fiera con tu familia? ¿Por qué no defiendes lo que sientes? ¿Lo que eres?

—No quiero defraudarlos. Son todo lo que tengo en esta vida —respondo, casi inaudible.

Escucho como suelta un suspiro.

—Pero me defraudaste a mí. Pensé que teníamos algo especial, que sentías lo mismo. Ya veo que no.

Retrocede un paso, haciendo una señal de distancia entre ambos.

—Raymond… por favor...

—Nada, Leslie. Contigo lo quería todo. Contigo sentí cosas que nunca había sentido antes por alguien. Me importaba una mierda lo que pensaran los demás. Hubiese entrado en un incendio por ti si era necesario. Felizmente me hubiese quemado si así te salvabas.

Bajo mi cabeza una vez más. Sus palabras queman, me hacen sentir diminuta. Odio esto, odio no poder dar el paso.

—Contigo quería estabilidad, que mis hijas te amaran... —añade con nostalgia.

No puedo, no puedo hacer esto.

Quiero... pero no puedo.

—Lo siento, Raymond, pero no estoy preparada para quemarme —le interrumpo, tratando de tomar valor para poder terminar con él.

No estoy lista para una relación, para confiar en alguien sin tener el temor de que me abandonara, que me traicionara y me lastimara.

Pero siento que eso es lo que estoy haciendo con él.

Me he convertido en el monstruo que tanto le he temido.

—Entonces no hay más nada qué decir, Leslie Walts. Buen viaje, sé feliz en tu zona de confort. Pero no esperes nada de mí, no voy a ir tras de alguien que no está segura de lo que siente.

«De verdad te amo, Raymond» quisiera decirle, pero no lo hago. Las palabras se quedan atrapadas en mi garganta.

—Veo que al final no nos conocimos realmente, nunca pensé que actuarías de esta manera.

¿Cómo es que vivimos la mejor noche de todas ayer, y hoy… todo es diferente?

—Se nota muchísimo que no confías en mí, que no me conociste de verdad. —Sigue hablando con dolor en sus palabras—. No soy el mismo hombre de hace años. Te lo he demostrado, pero veo que no fue suficiente.

Mi labio tiembla, haciendo todo lo posible por no llorar delante de él. La lluvia sigue fuerte, cayendo sobre nosotros, pero ninguno de los dos le presta atención.

—Siempre tuve paciencia, fui a tu ritmo, pensé que anoche íbamos a dar ese paso y poder tener una relación libre.

—No puedo hacerlo, Raymond… —Doy media vuelta para irme, no quiero seguir mirando sus ojos, esos con lo que me veía con tanto amor anoche y esta mañana al despertar. Dándole la espalda le digo—: Fueron los mejores meses de mi vida, me importas, Raymond, pero lo nuestro es imposible.

Cuando voy a caminar, siento que su mano agarra mi brazo y me atrae a su cuerpo, nuestros pechos se tocan con el choque, al igual que nuestros rostros. Su nariz roza la mía, cierro mis ojos, pero cuando los abro, allí está el brillo en los suyos, mirándome como siempre lo hace.

—Dime que no te enamoraste —susurra muy cerca de mi boca, viéndome fijamente—. Pero dilo mirándome a los ojos, Leslie. Dime que no me amas para así poder dejar de amarte como lo hago.

Mi corazón se quiebra cuando veo que sus ojos están húmedos, la tristeza se desbordan en ellos. Intenté demasiado no llorar, pero las lágrimas descienden por mis mejillas sin parar.

Lo siento, mi amor.

Con el último aliento de valentía que tengo, subo mi mirada hasta sus ojos y digo—: No te amo cómo quieres que lo haga. Lo siento.

Quito su agarre de mi brazo, corro hasta el auto, lo enciendo y huyó de allí. Dejo mi corazón con él, porque realmente empezó a latir después de tanto tiempo cuando estuvo a su lado.

No sé si este sea un hasta luego, si tal vez nos volvamos a ver o si podemos hablarnos como dos conocidos en algún momento.

Pero lo que sí estoy segura es que nunca olvidaré los mejores meses que viví con él.

En este momento solo siento dolor, mucho dolor dentro de mí.

—Lo siento, mi amor —me repito en voz alta.

Aquí estoy, mirando las nubes a través de la ventana del avión, llorando por haber

traicionado la confianza de la persona que tanto confió en mí. Enojada conmigo misma por lo que hice, pero con el mismo pensamiento de que fue lo que tenía que hacer.

No me encuentro en el mismo lugar que él; sí, me enamoré, pero no siento la seguridad que debería sentir por lo que tenemos. Confieso que quien cometió el error fui yo, al no haber sido sincera con él, no le dije cómo me sentía y qué era lo que quería.

Cuando intenté dejarme llevar, la ola de la realidad al ver a mi familia enterándose de lo nuestro, me rebasó, dejándome tirada en la orilla, llena de miedo y temor por volver a entrar a esas aguas profundas del amor.

No quería defraudarlos, pero terminé haciéndolo con Raymond y conmigo misma.

Necesito mejorar muchas cosas de mí, superar los temores que tengo para poder avanzar de verdad.

Quisiera tanto hacerlo para poder vivir felizmente, abrir la puerta de mi corazón y confiar en la otra persona, así como lo hace conmigo.

Hoy vuelvo a Londres, pero no con el mismo entusiasmo que creía que tendría hace seis meses. Vuelvo con un corazón roto, con dudas y mucha tristeza.

Pero es el modo en que puedo aclarar mi vida, sin embargo, se siente como si estuviera huyendo.

Huyendo del amor, de dejarme sentir y vivir de forma plena.



Las semanas han pasado volando, ya han sido ocho las que han transcurrido desde que llegué a Londres. Volver a acostumbrarse a esta ciudad no es tan difícil, pero hacerlo con nostalgia y con un vacío en el corazón, puede que sí lo sea. Y eso me pasó a mí.

Cuando llegué a mi apartamento, lo que hice fue llorar; los recuerdos de la noche que pasamos Raymond y yo allí, se sentían tan latentes. Que por un instante pensé que estaba oliendo su colonia en mi habitación.

Los días fueron grises, irritables, llorosos y agobiantes. Trabajar en London Sunshine no es lo mismo que en la sede de Seattle. Mi viaje tan repentino trajo problemas allá, Roger me llamó en modo jefe regañándome por lo que hice. Acá también estaban sorprendidos de verme el lunes por la mañana en las oficinas de presidencia volviendo a mi cargo.

No di muchos detalles de mi regreso, solo me excusé con el hecho de que ya quería volver a mi ciudad favorita, mintiendo a todo aquel que preguntaba.

Al principio me sentía distraída, en cada momento recordaba a Raymond, a las niñas, a mi familia, pero sobretodo, la mirada o la sonrisa del hombre que, aún pasado dos meses, sigue haciendo latir muy fuerte mi corazón.

Marcela estuvo a mi lado desde que supo que volvía, le conté cómo me sentía, y me sugirió a una psicóloga reconocida en la ciudad. Pero no acepté, preferí contactar a la doctora Clark para poder tener sesiones virtuales. Las hemos estado haciendo, me sinceré con ella. Me ha ayudado a sobrellevar estas semanas tan nostálgicas y estresantes.

Muchas veces he querido escribirle un mensaje o llamar a Raymond, mis dedos intentan escribir o marcar su número, pero al final termino bloqueando el teléfono.

No quiero seguir lastimándonos.

En la terapia hemos hablado de cómo debo afrontar las situaciones, en cómo tengo que manejar mis emociones y sentimientos. También la forma en la que debo confiar, con cuidado, en los demás. No todas las personas van a lastimarme, no todas las personas son malas o tienen malas intenciones; debo saber que generalizar es lo que está mal.

Cada persona es diferente, tienen intenciones diferentes.

Lo he puesto en práctica, poco a poco he ido dejándome llevar, cuando ese tipo de pensamientos llegan a mi mente, lo medito por un momento, pienso en lo que he aprendido y luego ejecuto lo que me ha sugerido la psicóloga que haga.

He recibido llamadas y mensajes de mi hermana, intentando hablar conmigo, pero no le contesto. Sigo molesta con ellos por entrometerse en mi vida. Roger algunas veces me llama, pero no tan seguido como Lola y cuando lo hace es por trabajo.

—Por favor, Les. Hablemos, te extraño mucho y estoy preocupada por ti. Si no me contestas la llamada de esta noche, juro por lo más sagrado que iré a Londres. Estoy hablando muy en serio, Leslie Walts. —La manera en la que habla Lola en la nota de voz es demandante, tiene el mismo tono que usa cuando sus hijos no le hacen caso.

Mi corazón se arruga cuando menciona el nombre de Raymond.

—Raymond tampoco nos habla, he intentado comunicarme con él también, pero no quiere hacerlo. No es el mismo, es indiferente con todo. Los extraño mucho, Leslie. Por favor, hablemos.

Cada día me pregunto cómo está, qué está haciendo, cómo están las niñas... La pizza me recuerda al momento cuando hicimos una en su casa, no he vuelto a boxear porque él ya no es mi entrenador como lo estaba haciendo los últimos meses cuando estábamos juntos, cada día lo confundo con alguien más mientras voy caminando por la calle.

Toco por enésima vez la cadena que me regaló, nunca me la he quitado. Siento que, teniéndola puesta, es la manera en que él siga conmigo.

Lo extraño tanto.

He venido al supermercado por el mercado de la semana, la nevera está casi vacía y aunque no tenía ganas de hacer las compras un domingo por la mañana, era muy necesario.

Una señora de la limpieza me informa que el pasillo al que quiero pasar está húmedo por lo que debo irme por el de floristería. Le doy las gracias y camino por allí, arrastrando el carrito mientras observo el lugar.

Me paralizo cuando veo a un hombre muy parecido a Raymond parado frente la estantería de flores, está sosteniendo un ramo de tulipanes blancos, rojos y amarillos. Mi garganta se atasca, mi respiración se acorta y mis manos empiezan a temblar.

—¿Raymond? —susurro, mirando al hombre a la distancia.

Inconscientemente comienzo a caminar, casi que corro hasta donde está el hombre de espaldas, cuando toco su brazo para que me mire, todo mi mundo se derrumba.

No es él.

—Disculpe, pensé que era alguien más —digo en un hilo de voz. La persona me mira con rareza, alejándose de mí.

Mi visión se nubla por las lágrimas que quieren derramarse. Bajo mi vista a los tulipanes que el señor estaba agarrando.

Blanco, amarillo y rojo.

Los tulipanes de Raymond.

No puedo seguir con esto. Mintiéndome a mí misma con que lo nuestro se terminó, que no hay cabida para un amor real.

Necesito volver.

Necesito estar con él.

—¿Estás segura de lo que quieres hacer, Leslie? —pregunta Marcy desde el borde de mi cama.

Está mirando cómo hago mi maleta para volver a Seattle. No puedo seguir con este sufrimiento. Esta vez estoy dispuesta a luchar por nuestro amor. Seré sincera con lo que quiero. Solo deseo que me perdone.

—Sí, Marcy. Sé que cometí el error más grande mi vida —Termino de meter mi ropa interior, miro de vuelta a mi amiga—. Haré todo lo posible por remendarlo. Amo a Raymond, no puedo vivir sin él.

Hago una pausa cuando mi voz se quiebra.

—Me convertí en lo que temía, pero ya no quiero serlo. Sé que traicioné su confianza, que rompí su corazón y que tal vez me odie, pero voy a luchar, Marcy. Voy a luchar por nuestro amor.

—¿Y qué harás? ¿Llegarás a Seattle, lo buscarás y le dirás: *No digas nada y perdóname*, así sin más? No creo que vaya a ser fácil, Les.

Por un momento decaigo, cayendo al suelo con la maleta a un lado, sollozo porque sé que será difícil ganarme su confianza nuevamente.

Mi cuerpo se eriza cuando siento que la española me abraza, escuchando mis sollozos una vez más.

—Lo lastimé, Marcy, le dije que no lo amaba cuando sí lo hago. Es la persona más importante para mí, él me hace sentir protegida, en casa... Me hace sentir de una manera inexplicable. Me enamoré de él, sí lo hice —repito muchas veces.

—Si tu felicidad está en Seattle, vete, vuelve y lucha por tu amor. Aquí no harás nada más que lamentarte. Intenta ganar su amor de nuevo. Él te ama, se notaba mucho en la forma en que te veía en aquella cena que tuvimos.

—¿Y si ya no quiere estar conmigo? —inquiero, sorbiendo mi nariz y limpiando mis lágrimas.

—Entonces se perderá a la gran mujer que eres, Leslie Walts. —Marcy se levanta, ayudándome a hacerlo también—. Vamos, terminemos tus maletas.

Al día siguiente fui a London Sunshine a notificar mis vacaciones de tres meses que tengo acumuladas desde que comencé a trabajar aquí en Londres. Yeater se puso de malhumor, pero no pudo negar mi solicitud. Mi buen trabajo habló por mí, recalqué todo lo que hecho por la empresa, los logros que hemos obtenido y los proyectos que hemos realizado.

Es por eso que cuando estoy a pocos minutos de abordar el avión al lugar donde le pertenece mi corazón, prometo que lucharé por Raymond, daré todo de mí para que pueda perdonarme. No me daré por vencida.

Sé que herí nuestro amor, pero sigue latiendo, lo sé... No lo dejaré morir.

Muchas veces, nuestra vida se basa en segundas oportunidades, en reconocer los errores que cometemos y en intentar disculparnos por ellos; es cierto lo que dijo Raymond ese día en mi apartamento, las personas cambian, mejoran y evolucionan...

Esta vez me toca a mí.

Lucharé por nuestro amor, Diablito. Haré todo para que me perdones, aunque sé que perdonar no es fácil, daré lo mejor de mí, te demostraré que sí te amo con mi vida y que me enamoré locamente de ti.

Porque en una relación amorosa, más allá de conocerse y amarse, también existe el derecho a perdonar.

¿Pero cuán difícil es realmente hacerlo?

Continuará...

AGRADECIMIENTOS

Gracias a ti, por todos estos años de apoyo hacia mis libros, o si es la primera vez haciéndolo, muchísimas gracias por llegar hasta aquí. Gracias por el apoyo incondicional a mis seres queridos y amigos.

No digas nada y conóceme fue un libro que disfruté mucho haberlo escrito, la inspiración siempre estuvo, el amor por los personajes, por cada escena. Fue un viaje maravilloso, lleno de emoción, pasión y amor. Espero que lo hayan disfrutado tanto como yo lo hice escribiéndolo y leyéndolo como lectora.

Sigamos hasta que sea mucho más asombroso, amémonos tal y como somos, conozcamos cada parte de nosotros, luchemos por lo que queremos, y siempre, trabajemos para alcanzar nuestros sueños y metas. Sigamos avanzando que juntos llegaremos mucho más lejos.

Con amor,

Karola.

SEXTO LIBRO

NO DIGAS NADA Y PERDÓNAME

Sinopsis

Leslie Walts cometió un error. Es por eso que decide volver a Seattle para que el hombre del que se enamoró pueda perdonarla. Ella se verá entre la espada y la pared cuando sepa que él ahora tiene a alguien que intenta conquistarlo. No se dará por vencida hasta que se dé cuenta que ella volvió por él, para luchar por su amor, porque esta vez será sincera y clara con lo que siente.

Raymond Butler se ha encerrado en una burbuja, luego de que las personas que más quería desconfiaran en él. Habla poco, trabaja mucho y siempre está al cuidado de sus hijas. Ya no hay cabida para el amor, eso no está destinado para él. Aunque cada día piensa en aquella castaña que lo enamoró a tal punto de romperle el corazón.

¿Podrá Raymond volver a confiar en Leslie? ¿Qué hará la castaña para demostrarle a Raymond que realmente está enamorada de él?

Dicen que un corazón roto no tiene reparo, quizás estén equivocados.

Libro #5 de la Saga No digas nada.

AUTORA

KAROLAYN PINEDA

Karolayn Pineda es una joven venezolana de veintiséis años, estudiante de medicina. Hace unos años comenzó a escribir poemas, buscaba contar historias a través de ellos. Es así como descubre una pasión que hasta el momento había estado dormida: la escritura.

Escribió su primer libro en 2018, llamado No digas nada y disfruta; abriendo paso a un mundo en el que ella no pensó jamás estar, pero que fue descubriendo hasta amarlo por completo.

Comenzó con No digas nada y disfruta, llegando a más de ochenta mil lectores del mundo en diferentes plataformas digitales, luego continuó con No digas nada y ámame, vendiendo más de siete mil ejemplares electrónicos en la plataforma de Booknet, seguidamente escribió No digas nada y acéptame, el tercer libro de su saga No digas nada. También escribió Saliendo de la oscuridad, ambientada en su propio país.

Actualmente, ya cuenta con ocho libros escritos, entre ellos están No digas nada y conóceme; así como No digas nada y perdóname, el último libro de su saga.

Los lectores la describen como una escritora fresca, brillante, excelente y amable. Además de su pasión, Karolayn ama el chocolate, los bueno modales, los idiomas y un buen café al despertar.